GLORIAS DE AMÉRICA

por

CARLOS ROXLO



GLORIAS DE AMÉRICA



CARLOS ROXLO

Propiedad artística y literaria de las Casas Editoriales

MAUCCI H.os é HIJOS
BUENOS-AIRES
Calle Rivadavia, 1435

MAUCCI HERMANOS
MÉXICO (ciudad)
Primera del Relox N. 1.

DEDICATORIA

Dedico este libro, en el que resplandecen el culto del derecho y el amor de la patria, á la juventud del departamento de San José.

C. ROXLO.

Montevideo, 1909.

DONADO

GLORIAS DE AMÉRICA

INTRODUCCIÓN

EL DESCUBRIMIENTO.

I.

La isla de Haití, que algunos naturales llamaban Quizqueia, forma parte del archipiélago que se extiende entre las costas de la Florida y el golfo de Paria.

Separada de Cuba por el paso del Viento y separada de Puerto Rico por el canal de Mona, cuenta la isla con una superficie de 77.277 kilómetros cuadrados.

La descubrió Colón en su primer viaje, diciendo acerca de ella á don Luis de Santángel, escribano de ración de los Reyes Católicos, en una carta escrita el 15 de Febrero de 1493:

«La Española es una maravilla: las sierras y las montañas y las vegas y las campiñas y las tierras tan fermosas y gruesas para plantar y sembrar, para criar ganados de todas suerte, para edificios de villas y lugares. Los puertos de mar, aquí no habría creencia sin vista, y de los ríos muchos y grandes y buenas aguas: los más de los cuales traen oro.»—En efecto, en las entrañas de aquellas sierras, había oro y plata: con los verdores de aquellos campos, se elaboraban el pan de yuca y el pan de maíz.

Y decía Colón á don Luis de Santángel, que aunque los habitantes andan desnudos y son timoratos y odian las armas, no de-

jan de ser gentes bien dispuestas y de hermosa estatura, tan liberales de lo que tienen, que ofrecen lo que tienen con solicitud, «mostrando tanto amor, que darían los corazones.» Es verdad que juzgan á los recién venidos como hijos del cielo, y como á hijos del cielo los agasajan, «apesar de que son de muy sutil ingenio,» y habituados á recorrer todos aquellos mares, que conocen y describen á maravilla.

Ampliando estos datos, cuenta Las Casas, en su sucinta relación del primer viaje, que el domingo 9 de Diciembre de 1492, bajo la lluvia y con tiempo invernal, entró Colón en un puerto sin bancos ni sirtes, junto al que se extienden unas vegas parecidas en un todo á las castellanas, y que son las más hermosas vegas del mundo; que al rayar el lunes, envió seis hombres á internarse en la isla dos ó tres leguas, los que no hallaron sino algunas cabañas, á las que se llegaba por caminos anchos, con linderos de tierras de labor; que según los marineros, que se internaron poco, eran muchos los árboles de la isla, llenos de fruto y en verdura plena, pajareras movibles donde cantaban los ruiseñores su dulce y amorosa serenata á la luna; y que el miércoles, doce del mismo mes, pusieron á la entrada del puerto, mirando hacia el poniente, una cruz muy alta, como símbolo señorial de la española realeza y de la fé cristiana.

La isla Española, descubierta en Diciembre de aquel año maravilloso de 1492; la isla Española, llamada así porque eran españoles los que iban á poblarla, grabándola en la frente el león y el castillo, la corona y el lema del escudo español; la isla Española con sus habitantes de color más blanco que el de los habitantes de las otras islas caribes; la isla Española, con un cielo en que ruedan todos los policromos incendios de la tarde, y con unas colinas en que el encino muestra la perenne verdura de sus dentadas hojas; la isla Española, con sus mansas costumbres y su rico suelo, debió ser, á los ojos del Almirante, como el pórtico del paraíso de que iban en busca su fé de vidente y su ciencia de navegador.

—¡Cipango no está lejos!—debió decirse el alma de Colón, cuando Guacanagarí, uno de los caciques de la Española, le habló de que existía un paraje cercano riquísimo en oro, agregando el intérprete que ese paraje se llamaba Cibao. Guacanagarí era el señor absoluto de la parte nórtica de la isla. Afable y dadivoso, enseñóse pronto con los españoles, cuya nave capitana se vió en grave riesgo, por haber tropezado con unos bajíos. Cruzando las márgenes de la ínsula, los españoles echaron las anclas en una ensenada, que Cristóbal Colón llamó Puerto Real. Salieron á tierra más que de prisa, porque la capitana tocó en una peña, abriéndose en parte. Los indios, que desde la costa presenciaban el milagroso arribo, dieron en huir, corriendo los españoles en su persecución y apoderándose de una mujer, á la que vistieron y agasajaron, para que les sirviera de ganadora de voluntades. Atraídos por ella, los indios se acercaron á los buques hispanos, trocando por cascabeles y cuentas de vidrio, las aves y el pan y

las frutas y el oro que poseían.—¡Venid á ver á la gente del cielo!—gritaban con regocijado estupor los naturales.

Guacanagarí, apesar de ser superior á sus súbditos en perspicacia, también creía á los españoles de origen celestial, observando con asombro lo blanco de su tez, lo luengo de sus barbas, y lo belicoso de su armadura. Temblaba al oir el estampido de los arcabuces, ó el fragor de las bombardas de las carabelas. El cacique indio le fué muy útil al Almirante, ofreciéndole víveres y auxilio de brazos; dándole noticias sobre las gentes y sobre los usos de aquellas regiones; espoloneando la imajinación de los recién venidos, acerca de las cuantiosas riquezas que iba á valerles su descubrimiento; y mostrándoseles francamente adicto, por admirativa y supersticiosa docilidad.

Guacanagarí, no contento con su espontánea y pronta servidumbre, convocó á otros caciques de menor cuantía, que siguieron su ejemplo,—resolviendo Colón, después de estas cosas, regresar á España, no sin haber construído un tosco castillejo de tierra y maderámen, á cuyo cargo quedaron treinta y nueve hombres, mandados por el cordobés Rodrigo de Arana. Colón creía que bastaba aquel pequeño nucleo de castellanos para asegurar el dominio español en toda la isla, por ser sus habitantes «de lo más temeroso que hay en el mundo.» En este sentido, decía en su carta á don Luis de Santángel: «Así que solamente la gente que allá quedó es para destroir toda aquella tierra, y es isla sin peligro de sus personas, sabiéndose regir.»

El Almirante, tranquilo á este respecto, partióse á España, el 4 de Enero de 1493.

II.

Colón se equivocaba, apreciando el espíritu de los indígenas por la apacible mansedumbre de los costeños. Cuando, en el segundo de sus viajes, volvió á la Española, halló que los indios habían destruído la fortaleza y muerto á sus guardianes, «porque les forzaban á sus mujeres y les hacían otras muchas demasías,» según dice Francisco López de Gomara, en la primera parte de su *Historia General de las Indias.* Ya Colón refiere, en el memorial del viaje de 1492, que al llegar á Marién, al cacicato de Guacanagarí, «se mostraron los españoles tan codiciosos y desmedidos, que no les bastaba que por un cabo de agujeta, por un pedazo de vidrio ó por otras cosas de ningún valor, les diesen los indios cuanto apetecían, por que todo se lo querían tomar, sin darles ellos nada.»

Al llegar á Puerto Real, en la noche de 27 de Noviembre de 1493, en vano los gritos de los marineros y los fogonazos de la artillería, interrumpieron el reposo y la obscuridad que imperaban sobre la costa. No se veía, en toda ella, señal de vida. Momentos después, y anclados los buques, una canoa, tripulada por indios, se acercó con recelo á la capitana, sabiendo el Almirante, al triste resplandor de una linterna sorda, la destrucción del fuerte y el

lamentable fin de los soldados que dejó con Arana. En este trance, todos acusaron de lo sucedido á la perfidia de Guacanagarí, que no se dejó ver, diciéndose mal trecho por las heridas que recibiera en defensa del fuerte,—aunque el exámen médico tan solo descubrió pequeñas contusiones, que daban mayor pábulo á los recelos y mayor acritud á las amenazas.—¡Qué diferencia entre los dos viajes!—En el de 1493, los españoles hallan, no lejos de la costa, los cadáveres de los suyos y los escombros de su fortaleza. En el de 1492, según el Almirante, son recibidos en calidad de dioses, regalándoles, con franco corazón, carátulas de oro «y poniéndoles las manos sobre la cabeza, en señal de homenaje supremo y de amistad profunda. La lujuria y la sordidez cambiaron, torpemente, la reverencia en desacatamiento y la amistad en odio.—Buil, investido por una bula papal con el carácter de vicario apostólico de la expedición; Buil, un sacerdote que nunca se dió cuenta del alcance de la parábola de la oveja perdida; Buil, que no comprendía lo que explicó Jesús á la samaritana, cuando el sol de las doce tostaba los yerbales y el verderón gorjeaba en los olivos negros; Buil, que jamás pudo aprender de memoria el sermón admirable de la Montaña, dicho junto á las quietas y azulísimas olas del Tiberiádes; Buil quiso que el cacique fuera ajusticiado, como ejemplo y castigo, sobre las frescas ruinas del fuerte, pero Colón se opuso, tratando á Guacanagarí con benignidad y recibiendo, de su gratitud, una corona de oro macizo y una huera colmada de polvo de oro.

El destructor del fuerte era Caonabo, caudillo de una tribu de la Isla Española. De origen caribe, ansioso de aventuras y fiero de su raza, de natural talento para la guerra y más inteligente que sus compatriotas, llegó á ser el señor, por valimiento propio, de la fértil provincia de Maguana. Cuando el Almirante se detuvo en la isla por la primera vez, Caonabo no quiso causarle desazones, considerando que aquellas gentes y aquellos buques eran aves de paso. Más tarde, viendo que la invasión se transformaba en definitiva,—con todos los abusos y las licencias que acompañan á los conquistadores, como los buitres acompañan á los ejércitos beligerantes,—Caonabo se alzó contra los españoles, sorprendiéndolos y aniquilándolos, por la soga y el fuego, tras los rústicos maderámenes del fuerte de la Natividad. Su odio á los invasores no desmayó nunca. Era odio de creencias y odio de razas. Cuando, en 1494, Colón levantó en el centro de sus dominios la fortaleza de Santo Tomás, Caonabo se preparó y dispuso para ponerla cerco. La defendía, con cincuenta hombres, Alonso de Ojeda. Caonabo, con diez mil indígenas, la sitió por hambre. Se retiró vencido por el coraje espartano de Ojeda; pero se retiró más ceñudo que nunca, soñando con los gozos de la revancha. No disolvió á los suyos y convocó á los jefes de toda la isla, predicándoles la guerra santa contra el conquistador,—que, aprovechando aquellos instantes de tregua, exploraba las auríferas comarcas de Cibao. Así estaban las cosas, cuando Caonabo fué sorprendido, en sus fragorosos montes, por el mismo Ojeda, quien,

con una pequeñísima escolta, iba á ofrecerle la paz en nombre de Colón. Caonabo aceptó la entrevista, que tuvo lugar bajo los encinares y junto á las espumas del río Tagua. Como muestra de afecto, el taimado español enseñó á Caonabo un juego de esposas, bruñidas con esmero, y le dijo al cacique que eran joyas reales, que los monarcas de Castilla tenían en mucho. Caonabo, ansioso de poscerlas, le dejó hacer. Ojeda se las puso y trepándole en ancas de su corcel, galopó con su prisionero hacia el campo español. Durante aquella carrera vertiginosa, de los ojos del cacique cayeron dos lágrimas. El indio comprendió que nunca volvería á ver los boscajes embalsamados de su país, los ríos que arrastraban sus arenas de oro hacia la mar caribe, y la pobre cabaña en que se habían guarecido, para echar flor, todos los amores de su juventud y todos sus afanes de independencia. Convencido de lo implacable de su desgracia, no hizo ningún esfuerzo para libertarse. En su cautiverio se mostró indómito y altivo, como un león enjaulado por malas artes y traicioneros modos. Embarcado por Colón para España en 1496, murió en la travesía, mirando al mar, amenazando al cielo y soñando siempre con los vírgenes montes de su isla encantadora.

III.

Antes de 1493, cinco reyes dominaban en la Española: eran Guacanagarí, Guarionex, Caonabo, Behechio y Cayacoa. Según afirma Fernández de Oviedo, los caciques fueron padres más que monarcas, prefiriendo ser amados á ser temidos. De nobleza instintiva y de finos modales, fallaban en los pleitos de sus súbditos con equidad, manteniendo la paz con lo poco pesado de su dominación. Su soberanía era hereditaria, estando designados, para sucederles, primero los hijos, después los hermanos, y por último los hijos de la hermana mayor. Se enterraba á los caciques con sus joyas, sus armas, un cántaro, y una torta de harina de maíz ó de yuca. Sus cadáveres eran sepultados en un foso profundo, con bóveda de cañas, después de haberlos fajados cuidadosamente con cintas de algodón. Duraban las exequias hasta veinte días, durante los cuales los sacerdotes componían areitos fúnebres, para glorificar las proezas del muerto y transmitir el recuerdo de sus virtudes á la posteridad.

Eran los habitantes de la isla de Haití,—lo mismo que los habitantes de Cuba y las Lucayas,—de facciones correctas, talla crecida y esbeltéz notable. Unos se pintaban la nariz y los párpados, de negro ó de rojo; otros se pintaban el semblante y el cuerpo, de blanco ó de púrpura. Se adornaban, agujereándolas convenientemente, las orejas y las narices con piececitas de oro. Sólo las casadas se cubrían, desde el hombro hasta el muslo, con una especie de manta de algodón. Los reyes no se distinguían de los vasallos sino por el valor y el número de las joyas. Eran pródigos de lo suyo, dóciles hasta el olvido de la dignidad, de corazón co-

barde, crédulos en exceso. Castigaban el robo con el empalamiento. Admitían el repudio y la poligamia. Cultivaban el maíz, el tabaco y el algodón. Tejían con éste sus toscos columpios, y sus no menos toscas redes de pescar con hilos de palma. Labraban las maderas, el barro y el oro. Construían sus canoas con un tronco de árbol y de una sola pieza, sin tolctes ni quilla. Ahondaban los troncos, con que fabricaban sus canoas y sus viviendas, por el fuego y la sílice. No tenían otra escritura que sus areitos, diminutos poemas de algunas estrofas,—en los que narraban los orígenes, las victorias y las vicisitudes de la tribu. En su desnudez edénica y en su paz idílica, el baile era el regocijo de su predilección, celebrándose al compás de los areitos más populares. Adoraban al sér inmortal y divino de Yocauna, que habitaba, con su madre Guimaroa, en lo alto de los cielos. Este sér manifestaba su voluntad, sirviéndose de unos espíritus inferiores llamados cemíes. Lôs cemíes eran los genios de la lluvia, los que hacían prosperar el campo de miés, los dioses de las selvas, los que cuidaban de la suerte de los recién nacidos y los númenes tutelares de la raza. Cada población tenía su cemí; cada hogar el suyo. Las chozas grandes, que les servían de templo y en cuyo fondo se alzaba el altar, estaban adornadas de arbustos en flor. Las imágenes de los cemíes eran huecas, de piedra ó de barro, de madera ó de oro, y se comunicaban con los rincones más obscuros del templo por tubos escondidos con ramas hojosas. Por medio de esos tubos, los sacerdotes y los caciques aconsejabàn á la credulidad y se imponían á la muchedumbre. Afirmaban la inmortalidad del alma: las buenas eran conducidas por la muerte á deliciosos y alegres jardines, donde reinaban la luz y la felicidad; el fin de las malas era un lugar tenebroso y sin dichas, poblado de gemidos y de remordimientos. No eran aquellas gentes, dóciles de suyo y sin otro armamento que sus azagayas, gentes capaces de resistir á los españoles, con sus arcabuces y sus ballestas, con sus cotas de malla y sus guantéletes, con sus lanceros y sus bridones. Guacanagari les rindió sumiso homenaje. Caonabo murió en la cautividad. Behechio quiso ganarles el corazón, halagando su orgullo y pagándoles diezmo. Guarionex y Cayacoa, que se sublevaron y resistieron, fueron ajusticiados sin ninguna clemencia. ¿Qué podían hacer aquellos pobres indios contra el fanatismo del vicario Buil, apoyado en el puño de la espada de Ojeda?—Junto á cada cabaña, al cerrarse la noche, se sentó el fantasma de la servidumbre, tendiendo hacia los indios sus manos esqueleticas para ofrecerles, con una sonrisa de rictus macábrico, una copa en que hervía el zumo de las adormideras libertadoras. ¡El paraíso del vicario Buil, poblado de españoles, hacía más dulce y apetecible la visión de las florestas en que reinaba la india misericordia de Yocaúna!.

IV.

Anacaona era la esposa de Caonabo. Vencido este por los españoles, Anacaona se refugió en Jaragua. El cacique de Jaragua se llamaba Behechio. Behechio era hermano de Anacaona.

Flor de oro significaba el nombre de la reina indígena. Era inteligente, joven, magnánima y hermosa. Hechizaba la india por su gentileza, como hechiza el jazmín por su perfume. Había en sus palabras rumor de fuente. Behechio la acojió con ren[illegible] afecto, pensando, como ella, que los españoles eran séres sobrenaturales. Behechio llamaba locuras á las resistencias: Anacaona llamaba necesidad al sometimiento. Cuando Bartolomé Colón se internó en Jaragua, Anacaona salió á recibirle y á cumplimentarle. El cielo era un cristal bruñido por el sol, que doraba las cumbres, chispeaba en las hojas verdes de los árboles, y ponía en los ojos las dulces languidèces de las siestas largas. Llevada por seis indios, Anacaona recostaba su desnudez en un palanquín de algodón de colores. De algodón de colores era su delantal, que llegaba tan sólo á la mitad del muslo, torneado á cincel. Ceñía su cabeza, de finos rasgos en el semblante, una airosa guirnalda de flores de fuego y flores de nieve. En los brazos lucía unos brazaletes formados por las mismas flores olorosas de su guirnalda. Era en 1496. Obedeciendo al dulcísimo influjo de Anacaona, Behechio aceptó, sin grandes resistencias, el protectorado del rey de Castilla. Cuatro años más tarde se presentó en Jaragua un noble español, ganándose las almas con su bella apostura y con la cortesía de sus modales. El dios niño y vendado, el dios que pone un nido en cada rama y un tálamo nupcial en cada capullo, hizo que se quisiesen y se desposasen Hernando de Guevara y la india Higuamota, hija de Anacaona y de Caonabo. El alcalde mayor, Francisco Roldán, se opuso á esos amores, ordenando á Guevara que se alejase de la Española. Resistióse el mancebo con entereza; pero el alcalde, acusándole de conspirador, le hizo conducir á Santo Domingo, poniéndole á las órdenes del Almirante. Se dice que Roldán obedeció á los celos. El amor, atracción en los soles, es furia mal domada y mezquinos desquites en las almas sin luz. La tristeza de Higuamota no tuvo límites. Enfermóse de languidez y sus labios no volvieron á sonreir. Anacaona compartió su dolor, renunciando á su ensueño de connubiar, sobre el tálamo de Higuamota, á la raza vencedora con la raza vencida.

Por aquel entonces, el 25 de Agosto del año 1500, don Francisco de Bobadilla llegó á Santo Domingo. Era comendador de la orden de Calatrava y sucedió á Colón en el gobierno de la Española, creándose parciales á fuerza de pregones y de mercedes. Entrando en componendas sobre el diezmo real, que Colón defendía, enemistó á Colón con las gentes avariciosas ó en espera de lucro, dando lugar á quejas de todo género contra el Almirante, que, abandonado de todos los suyos y sospechoso ante los monarcas,

fué metido en hierros y llevado á Cádiz. El mar vengó á Colón del injusto proceso que le urdió Bobadilla, haciendo que Bobadilla naufragase y pereciese dos años después; pero, apesar de las injusticias de aquel proceso, se alzan contra Colón, ante el tribunal de la posteridad, los pobres indígenas, perseguidos como jabalíes, por los perros feroces que rasgaban sus carnes, al mandato español, bajo las centenarias arboledas americanas,—y que iban, aglomerados en las bodegas de los navíos, para venderse, como fardos de carne, en las riberas del Guadalquivir, en aquella Sevilla rodeada de jardines, donde crece el naranjo, y rodeada de huertos, donde crece el olivo; en aquella Sevilla de origen bético, cuyos hijos se encontraron con Anibal en Cannas, y cuya frente adorna, por más de cuatro siglos, el broche de turquesas del flotador turbante de Ab-del-Aziz, hasta que, en 1248, el broche de turquesas se cambia en cruz bajo el místico beso de San Fernando.

V.

En Febrero de 1502, Ovando reemplazó á Bobadilla en el gobierno de la Española. Bajo su mandato continuó el ojeo y la caza de los indígenes; se escuchó, á todas horas, el ladrido de los perros de dientes agudos; se aumentaron, con el ansia de oro, los gravámenes y las corveas; se siguió traficando con la carne india, y se vivió en licencia bajo las cabañas del conquistador.

El gobierno de Ovando fué duro, fué cruel, fué avaricioso, fué despreciativo, y duró cinco años, equivalentes á cinco siglos en el reloj de los martirologios de la raza vencida. Los conquistadores no reconocían valla ni límite en el abuso de su poder. Del mismo modo que la tierra se doblegaba bajo el peso de su codicia, los hombres se doblegaban bajo el yugo de su ferocidad. Así Ovando repartió los indios entre los españoles, no para que los educasen en la fé cristiana, sino para emplearlos en el cultivo de sus granjerías y en la ruda tarea de descubrir los yacimientos de oro. Fueron tantas las penalidades de los aborígenes que se despertaron las rebeldías, dando lugar á todo género de escándalos y de castigos. El desenfreno de los repartos llegó á su colmo, al fallecer, en Medina del Campo, Isabel la Católica. En 1511, hubo españoles, como Conchillas, con una servidumbre de mil indígenas, y otros, como Fonseca, con ochocientos. Tratados áspera y rigurosamente, los indios renunciaron á toda esperanza de compasión, apesar de la vehemencia con que los defendieron, en sus sermones y memoriales. el padre Montesino y fray Bartolomé de Las Casas.

En 1503, Anacaona reinaba en Jaragua, por muerte de Behechio. La poetisa, la sabia, la generosa, ya no sentía afecto ni admiración por los españoles. Los indios, que eran cultos é inteligentes, apercibidos de lo inútil de sus reclamos, volvían las miradas hacia la reina, en demanda de justicia y de libertad. Ovando creyó que los naturales, cansados de sufrir, conspiraban para sal-

var á la isla del yugo español. Se presentó en Jaragua con 300 infantes y 70 lanzas. Anacaona salió á recibirle, escoltada por los jefes más altos de la tribu. Lo más notable de su cortejo era un grupo de jóvenes de cutis amorenado, formas esbeltas y desnudez arcaica, que llenaban los aires de himnos patrióticos y bailaban las danzas del país, agitando flexibles abanicos de palma.—«Parecían driadas,»—dice un espectador del recibimiento. Ovando fué alojado en la mejor de las casas de la ciudad. Se agasajó á los suyos con frutas extrañas, y los bailes indígenas no se interrumpieron. Ovando creía que aquellos homenajes no eran sino artificios para adormecerle. Preparó una traición. Habló de la habilidad de sus soldados en el juego de cañas, y dispuso una fiesta, para retribuir las que le ofrecían los naturales. En la plaza principal, un domingo por la tarde, se aglomeró la población india; pero los jinetes peninsulares entraron al juego con todas sus armas, yéndose los infantes bien prevenidos con sus ballestas y sus arcabuces. En un momento dado, Ovando acarició la cruz de Calatrava, que lucía en su pecho. Sonó una trompeta. Rodrigo Mejiatrillo y Diego Velázquez, jefes de las tropas, rodearon la casa de Anacaona. Apresada esta, con todos los caciques, empezó la matanza. ¡Los españoles no respetaron sexo ni edad!—¡Se separó á los hijos del seno de las madres, y se apartó á los viejos de los brazos juveniles que los sostenían!—¡La espada de Toledo, de mudejar origen, y el puñal, con el pomo cincelado en Florencia, se cansaron de herir!—Se arrancó á los caciques, en el tormento, falsas declaraciones de conjura,—y la casa de Anacaona se derrumbó entre llamas, pereciendo los caciques en el incendio. Anacaona, cargada de cadenas, fué conducida á Santo Domingo, donde la *Flor de oro* murió en la horca, en virtud del proceso que le formaron con las declaraciones de los caciques y el testimonio de los españoles. Seis meses duró la persecución, sin que sirvieran de refugio á los indígenas ni las malezas de los bosques más vírgenes, ni las grutas más tenebrosas de las montañas. Las Casas, que relata estos hechos, los relata indignado y tristísimo. Ante tantas calamidades, muchos de los nativos prefirieron la muerte á la servidumbre, el nirvana al látigo. El jugo de la yuca, que es ponzoñoso, rompió sus cadenas. En 1507, en el último de los años del gobierno de Ovando, la isla Española, que contaba en los albores de la conquista un millón de habitantes, apenas tenía sesenta mil indios diseminados bajo sus bosques de abeto y catey. ¡El corcel de Ovando esparcía la misma sombra que esparcirá, en el día postrero de la creación, el corcel del Apocalipsis!

VI.

Desaparecidos, por la muerte ó la sumisión, los cinco reyes indios de la Española; mermado el número de los naturales, por el ajusticiamiento ó por la miseria, Ovando echó los cimientos de algunas villas; amplió el triste sistema de las reparticiones; au-

mentó el número de los esclavos con esclavos traídos de las islas cercanas; permitió que Gomara importase la caña de azúcar; que Ballester la transformara en producto industrial, que Villasanta convirtiera las resinas aromáticas del goaconar en riquísimo bálsamo, y Velora iniciase la cría de caballos de estirpe andaluza, los tordillos alunarados de airosa cabeza y crines luenguísimas y músculos de acero y sonoroso paso. Después, en 1508, ordenó que Ocampo explorase la isla de Cuba y Ponce de León reconociese la isla de Puerto Rico. Fueron, sin embargo, tantas las tropelías que Ovando cometió, tantas las quejas que produjeron sus malos tratos, tantos los indios muertos por el poder del látigo y por la virtud de la pesadumbre, tantas las cunas en orfandad y tantas las madres en desespero, que Ovando se vió depuesto y sumariado por la corona, muriendo, en la península y en el aislamiento, durante el año de 1518.

Sustituyóle Diego Colón, á quien reconoció el consejo de Indias razón y derecho para regir el gobierno de la Española, en virtud de los tratos del Almirante con la reina Isabel; pero Colón no hizo sino seguir las huellas que Ovando le trazara, ampliando aun más las encomiendas y los repartimientos. Lo mismo en el tiempo de Ovando que en el de Colón, la minería y la agricultura desaparecieron por falta de brazos, apesar de que la sangre de los indígenas abrillantó el oro y fecundó el surco. Ni Montesino, con todo su carácter, ni las Casas, con toda su piedad, lograron que los teólogos y los juristas se opusiesen,—en nombre del que bendijo el óbolo de la viuda pobre, y perdonó á la adúltera sus livianades, y aceptó los ungüentos de la pecadora,—á los estragos que la servidumbre causaba en la isla de orientes de rubí. Por eso, ni Plutón ni Céres se mostraban propicios al coloniado, por ser los colonos de la península de muy distinta índole que los colonos de origen sajón, que con el libro de las parábolas en una mano y con el hacha de los desmontes sujeta al cinto llenando los aires con el eco del rifle y el eco del salmo, construían sus cabañas en la costa de un río y amojonaban la tierra de labor, hasta convertir el desierto en granja, y la granja en pueblo, y el pueblo en villa, y la villa en ciudad, teniendo por custodios de sus empresas al culto del derecho y á la religión de la ayuda propia.

VII.

Durante estas andanzas, Colón había entregado su cuerpo á la tierra y su nombre á la inmortalidad. Murió en Sevilla, el 25 de Mayo de 1506.—¡Qué admirable destino, el destino de aquel descubridor de bancos de perlas, de arrecifes con muros de brillante coral! Nacido en 1435 ó en 1441, se disputan la gloria de darle á luz, Génova, Cuccaro, Savona, y Cogoleto, como se disputaron Atenas, Esmirna y Chíos la gloria inmarcesible de engendrar á Homero. Cardadores de lanas eran sus padres, y á cardador de lanas le destinaron; pero el mar le cautiva y al mar se entrega,

recorriendo las olas conocidas entonces, desde los mansos tumbos del mar Tirreno hasta los fríos tumbos del mar de Islandia. En el año de 1470, después de un naufragio, se establece en el reino de Portugal, casándose muy pronto con Felipa Muñiz, hija de uno de los pobladores de Santo Domingo. Por aquel entonces se desenvolvían y desarrollaban las naúticas escuelas de Amalfi, Pisa, Mallorca y Segres. La humanidad soñaba con agrandar su nido, entrando en todas partes la fiebre contagiosa de los descubrimientos. Copérnico preparaba su sistema astronómico, en tanto Toscanelli, prosiguiendo las huellas del cardenal Aliaco, sostenía la posibilidad de llegar á las Indias por Occidente. Todo eran discusiones sobre la redondez de nuestro planeta, defendida en la antigüedad por Parménides de Elea y Tales de Mileto. Unos, con Plineo, creen en la existencia de los antípodas, y otros la niegan, basándose en Strabón y San Agustín. Colón, que estaba en correspondencia con Toscanelli, que anotó con empeño las obras de Aliaco, y llevaba en la mente todos los fantaseos de Marco Polo, todas las maravillas de Cipango y la Atlántida; Colón, que era á la vez nervioso y sanguíneo, de pupilas aleonadas, de cabello muy rubio, de espaldas membrudas y de torax fuerte; Colón vidente, audacioso, profeta, ávido de renombre, con ánsias de lucro, soñando con enriquecer á la cristiandad para la conquista de Jerusalén; Colón ofreció á la corona de Portugal acortar el trayecto que llevaba al país de la especierías, dirigiendo hacia rumbos occidentales las proras de los buques con pendón luxitano. Rechazado en su empeño por Portugal, ofrece sus servicios á la marina Génova, que también le responde sin afabilidades, hasta que, viudo y pobre, se dirige á España en 1484. Ocho años le costó vencer á su destino. Ocho años fué al azar, con un mundo en la frente, por tierras castellanas. Diez lustros cuenta ya, su cabello encanece, su voluntad se amengua, su fé vacila; pero encuentra refugio en los hondos amores de Beatriz Enríquez, en el mucho saber de Antonio de Marchena y en el gran poderío de los Medinaceli. Juan Pérez de la Rábida le infunde bríos nuevos, poniéndole en presencia, por vez segunda, de Isabel la Católica y haciéndole que intime con los Pinzones. Ya Colón sabe, por Velázquez de Palos y Pérez de Huelva, que en los mares remotos se ha tropezado con cañas flotadoras, maderas esculpidas y cadáveres de rojizo color. No es un sueño imposible el fantástico sueño de Marco Polo. Al fin, tras de todos estos rudos andares, tras de la junta que Talavera reune en Córdoba y después del consejo que fray Diego de Deza forma en Salamanca, Colón logra su intento, salen las carabelas del puerto de Palos en Agosto de 1492, y dejan atrás el archipiélago de Canarias hacia el 6 de Setiembre. Y entran de lleno en el mar tenebroso, sembrado en ocasiones de hierbas acuáticas, sin tronco y sin raíz, inaccesible á veces á todo sondeo, aun que el sondeo llegue hasta doscientas brazas; mecido sin reposo por un viento que olía á tempestades fuertes, y poblado por la horrenda visión de la sed y del hambre, cuando sigue á la furia impetuosa del viento, lo monótono y triste de las calmas chichas. Pero el mar

tenebroso no está limitado, como la plebe cuenta, por un muro ciclópeo de plutónicas llamas; ni hay mónstruos en su seno que carcoman y agrieten las quillas de las naves; ni el vendaval transforma las oleadas en proyectiles de catapulcas aplastadoras; ni aunque brillen en lo alto de las járcias, como luciérnagas de colosal grandor, los fuegos de San Telmo, esos fuegos abrasan y consumen los lienzos del velámen. En la tarde del 11 de Octubre de 1492, una tórtola vino á posarse en la borda de una de las naves, un pedazo de espino, cuyas hojas tenían un tinte purpúreo, anunció la presencia de la tierra cercana. El continente nuevo recibía á Colón con el ave simbólica de la mansedumbre y con la planta coronadora de los martirios. Un tronco flotante, pescado á red, completó los augurios, con lo hábil y reciente de sus labrados, mientras el sol moría entre nubes de grana, y la noche infinita desdoblaba su largo traje de estrellas. De pronto, lejos, pero muy lejos, brilló una luz. Colón fué el que primero alcanzó á divisarla. Rodrigo de Segovia la vió después. Ya no durmieron, palpitantes de angustia y de curiosidad. A las dos de la noche se gritó tierra. El alba descubrió, tendida junto al mar, una ensenada que concluía en un monte cónico. Y Colón descendió á la tierra encontrada, clavando en sus arenas el pendón de Castilla y el madero del Gólgota.

Durante aquella noche de incertidumbre, Colón recordó lo que había sufrido.—¡Muy grande era el milagro de su tenacidad!—¡No le engañaron, no, al dar contra su nave, la rama de hojiacanto y el endeble nido, que Lamartine pinta pendiente de un arbusto, en que un pájaro iba empollando unos huevos al compás del suavísimo balanceo del oleaje. ¿Cómo podían engañarle el nido y la rama?—Ptolomeo y los geógrafos árabes le habían enseñado que la tierra es un globo de posible y de fácil circunvalación, lanzándose de frente hacia el Oeste. Desde el principio de su profético y angustiante afán, le habían afirmado en su intuición de la existencia de un mundo ignorado, el maravilloso viaje de Fambulo, descrito por Diodoro de Sicilia, y la historia de las investigaciones oceánicas, hecha por Edrisi. Por todos rechazado y reído por todos, tuvo visiones consoladoras y glosó los anunciadores versículos de Esdras. La isla de Thule, cantada por Séneca, y las tierras de Ofir, que nombra Salomón, ¿no serían, acaso, las felices comarcas de que iban en busca su ciencia y su fé?—Lactancio, negando los antípodas, negaba la verdad.—Así se lo dijo, en sus entrevistas, á los Reyes Católicos: el 20 de Enero de 1486, se lo dijo en Córdoba; se lo dijo después, en 1491, frente á Granada; y á decirlo volvió durante la firma de las capitulaciones que le daban nobleza y poderío y gloria, el 17 de Abril de 1492 y en la villa de Santa Fé, teniendo ante los ojos las andaluzas vegas, campo de las hazañas de los Pulgares, y cerca de las manos las sierras andaluzas, regadas por el lloro de Boabdil el Chico.

Cuando Colón, en 1470, concibe su proyecto, no piensa ciertamente en encontrar un mundo. Alejandro de Humboldt sostiene, con justicia, que Colón nada supo de los descubrimientos reali-

zados por los escandinavos durante el siglo XII. El genovés ilustre ignoraba que los normandos hubiesen recorrido el norte del continente entre los paralelos 41 á 50 grados. El mismo Humboldt sostiene, también, que el genial italiano no sacó partido de los muchos y grandes conocimientos que pueden observarse en los globos y cartas de Martín Behaim, contemporáneo de Colón y de Magallanes. El objeto principal y único que Calón buscaba «era el país donde crecen las especierías.» Creía que esta ruta era mucho más corta, y hasta más fácil, que la ruta seguida por los portugueses. Se fundaba, para creerlo, en lo dicho por Alfragán y por Pedro d'Ailly. Este último, cardenal de Aliaco, afirma en sus libros que el continente asiático se adelanta por el lado oriental, estando la India muy próxima á España. Colón admiraba, anotándolas cuidadosamente, las obras de Aliaco. Por su parte, un astrónomo árabe, Alfragán, predicaba que la curva de la redondez de la tierra es mucho menor de lo que se afirma, habiendo menos leguas en cada grado de lo que sostiene el saber especulativo. Sobre estas dos bases, Colón levantó todo el castillo de sus ensueños. Quería llegar al país del ruibarbo y del azafrán, la mirra y la canela, por un camino más corto y en un tiempo breve. De impetuoso carácter, de mucha audacia, con no poca ciencia y dotado de una invencible tenacidad, Colón rehizo en su contacto con el emprendedor espíritu portugués, entonces muy amante de los descubrimientos, cuanto de naútica le habían enseñado Antonio de Terzago y Esteban de Faenza en la célebre universidad de Pavía. Fué de los primeros en encontrar la longitud por la ascensión directa de los astros, y fué de los primeros que hicieron uso del astrolabio, aplicado recientemente á la navegación por el médico Rodríguez y por Martín Behaim, á pedido del rey don Juan II. Sólo puede reprochársele con justísima cólera, el que introdujese la esclavitud en las islas que su genio arrebató á las olas, aceptando las encomiendas y los repartimientos. Sólo puede reprochársele, con razón sobrada, el que pugnase por establecer y generalizar la trata de esclavos, en el consejo que transmitió á los reyes el 30 de Enero de 1494. Sólo puede reprochársele que á ese consejo siguiese la ejecución inmediata del mismo, como lo prueba el viaje realizado por Antonio de Torres el 24 de Enero de 1495, llevando quinientos indígenas, en la sentina de sus navíos, para que los vendiesen, como reses mansas, en las públicas almonedas de Sevilla y de Cádiz. Era culpa del tiempo. No era culpa de España. Colón, tan hombre de negocios como hombre de saber, sólo veía en la trata un medio de acallar las rivalidades, que á sus piés rugían, enriqueciendo el tesoro de la corona. Los reyes trataron más dulcemente á los americanos, que á los judíos y á los muzárabes. Se calcinó á estos últimos, para salvar sus almas; se esclavizó á los indios para imponerles, con el trabajo y con el destierro, la fé europea, la religión del nazareno crucificado. Fuera de esta gran mancha, el genovés marino brilla con luz de sol en el horizonte esplendoroso del siglo XV, en los días triunfales del Renacimiento.

Guanahani el 11 de Octubre; el 15 de Octubre, tropieza con Santa María de la Concepción; hállase, después, con la Isabela y con la Fernandina; el 28 de Octubre se detiene en Cuba y el 9 de Diciembre despierta de su sueño, velado por las brumas del mar caribe y mecido por la orquesta de un palmar de los trópicos, á la virgen cobriza de la Española. Combatiendo con los vientos alisios, que se oponen á su retorno, llega á hespéricas playas el 15 de Marzo de 1493, siendo recibido entre estruendosos víctores, y bajo arcos de triunfo, como un rey victorioso, por tonsurados y por seglares, por la corte y la plebe, que sentían, al pensar en las Indias, una codicia idéntica á la que sentía el bárbaro Ataulfo cuando pensaba en Roma. En la ciudad de Wifrido el Velloso y Fivaller el Bueno, le confirman los reyes en sus privilegios, consintiéndole que grabara en su escudo las armas de Castilla. Alejandro VI bendice el prodigio del descubrimiento y deslinda las posiciones que corresponden al esfuerzo español. Por el tratado de Tordesillas se marcó, á 370 leguas al occidente de las Azores, la línea divisoria, correspondiendo á España todo lo conquistado hacia el oeste de la línea aquella, y á Portugal todo lo descubierto con opuesto rumbo. El 25 de Setiembre de 1493, emprende Colón su segundo viaje, descubriendo,—entre otras, —la Dominica, la Guadalupe, la Monserrate, la Santa Ursula, la Santa Cruz, Puerto Rico en el día 16 de Noviembre, y la Jamaica en el día 24 de Abril de 1494. El 11 de Junio de 1496 dió Colón nuevamente en el puerto de Cádiz, encontrando su influjo muy venido á menos y á la opinión cambiada en torno de su empresa. Convencióse muy pronto de que la gratitud, lo mismo que la gloria, es una gran mentira, un foco que deslumbra, pero que no calienta al que pone el espíritu próximo á sus llamas. Se hizo de nuevo al mar el 30 de Marzo de 1498, descubriendo á la Trinidad y llegando á la embocadura del Orinoco. Reconoció la costa de Cumaná y dirigió su nave hacia Santo Domingo, donde las rebeldías de Francisco Roldán dan lugar al envío de Bobadilla, que aprisiona á Colón y le remite á España á principios de Octubre de 1500. Realiza Colón su cuarto viaje, para descubrir y no para gobernar, el 9 de Mayo de 1502. Las caravelas, con sus dos medios puentes, con su vela cuadrada en el mástil del centro y su vela latina en el mástil de popa, flotaban agilmente sobre el cristal verdoso, como ronda festiva de cetáceos jóvenes. Pero el cuarto viaje fué desgraciado y triste, como correspondía á la ancianidad y á los infortunios del descubridor. No se encontraron, no, con aquellas islas, hechas para la égloga venturosa, que Camoes nos describe en el canto noveno de sus *Lusiadas*. No salieron á recibirlos y agasajarlos, bajo bóvedas de follaje conmovidas por Céfiro y adornadas por Flora, las ninfas de los bosques, amantes y desnudas, gentiles y con surcos de color de violeta bajo los ojos. No salieron las ninfas del poema portugués á recibir á los extranjeros, curtidos por las rachas del aire salobre, para invitarlos á los largos coloquios de las estivas siestas, sobre lechos fragantes de rosas de Vénus, adoselados por mirtos de Citerea. Sólo las carava-

nas de los delfines venían al encuentro de los bajeles, juntando los reflejos de sus escamas á los fosforescentes brillos de las olas. Con tropiezos y penas descubrió á Costa Rica, pasando por Guanaja y acercándose á Honduras. Dios castiga al genio. Lo concede por excepción; pero lo castiga de un modo excepcional. Colón, como Moisés, no arribó nunca al fin de su viaje, deteniéndose ante el pórtico de palmeras del suspirado Edén. Llegó, sí, hasta las costas continentales; pero apenas afirmó su pié en esas costas, pasando sin saberlo junto al mundo virgen, junto al mundo niño, predestinado á ser, con el andar del tiempo, la tierra de promisión de la República, el jardín de las Hespérides de la Democracia.

VIII.

El hallazgo de América se verificó en las albas triunfales del Renacimiento. El Renacimiento, según Laurent, no es una apoteosis de la edad antigua; es una forma nueva en la que se remozan todas las manifestaciones del pensar humano.

El Renacimiento divinizó la vida y completó la naturaleza, libertando al cerebro de los grilletes con que le aprisionara el cielo medieval.

El Renacimiento divinizó la vida. Con la afición á los estudios clásicos, cruzó la atmósfera un efluvio venido de lo más íntimo del alma de las saturnales antiguas. Como en los días cantados por Homero, para los hombres del Renacimiento, cuando el alba despierta es que la ninfa Aurora roza ligeramente, con sus piés sonrosados, las cumbres de los montes; cuando el sol se levanta, llenando de claridad el fondo de los valles, es que Apolo atraviesa los estadios azules del horizonte, con la lira á la espalda y al galope de la veloz cuadriga de su encendido carro; cuando se agitan las tirrenas verdosidades, es que Anfitrite nace sobre las olas y en su cuna de nácar, en tanto las nereidas juegan con las espumas y en tanto los tritones llenan el aire yódico con la sonata de sus alegres caracoles marinos.

Como en los tiempos cantados por Ovidio, para los hombres del Renacimiento en cada golondrina alienta Procné, el gorjeo del ruiseñor se convierte en el sollozo de Filomena, en el harpa de los arroyos suspira Biblis, en el ramaje de los pinos se oculta Atys, la anémona retrata la hermosura de Adonis, en el águila indómita late el brío indomado de Policrimeno, en los ríos arrulla la flauta de Marzyas, la vid forja sus pámpanos trenzando los cabellos de las hijas de Mino, y al sonar de las trompas de los cazadores contesta tiernamente, creyendo que la llaman los genios boscanos, la voz embaucadora de la ninfa Eco.

El Renacimiento idolatró la forma y sintió la voluptuosidad del gozo de vivir. No basta que la perla sea de purísimo oriente; es necesario que también sea artístico el estuche de oro en que está encerrada. Las bizantinas vírgenes, de clorótico aspecto, dejaron de hechizar. ¡Se necesita que las vírgenes sean de túnica azula-

da, de cabellos flotantes, de ojos dulcísimos, de largas pestañas, de transparente cútis y cuerpo de mujer, para que la remembranza de su hermosura pase, como un terciopelo, por el corazón!

Al mismo tiempo que remozaba la vida, el Renacimiento completó la naturaleza, porque si los estudios clásicos dieron un alma pagana al siglo esplendoroso de los Médicis, los grandes viajes aumentaron el planeta físico con mares no explorados, de olas embravecidas y de peces de aletas policromas; con flores extrañas, de esencia ponzoñosa y matices purpúreos; con árboles soberbios, de resinas medicinales y perenne verdor; con nuevos brutos, como el beori y el puma; con tierras no pisadas y razas ignotas. como aquellas razas y aquellas tierras descritas por Don Gonzalo Hernandez de Oviedo y Valdés en su *Natural Historia de las Indias*.—Aumentada la tierra con un continente á cuyos mares árticos se acerca Cabot en 1497 y en donde se descubre en 1520 el estrecho que lleva el nombre de Magallanes, se completó también el mapa de los cielos, porque á las constelaciones que brillan al norte del Zodiaco, como la Lira y el Cisne, Andrómeda y Perseo, se vinieron á unir las que brillan al sur de la misma zona, como el Centauro y el Lobo, la Hidra y Orión, juntándose al placidísimo resplandor de la Cruz Austral á las luces boreales del Sextante de Hevelio.

Remozada la vida y completada la naturaleza, el Renacimiento abrió la mazmorra en donde el medio evo aprisionara al espíritu humano. Las altas gerarquías sacerdotales y las magnificencias del culto católico, apartándose de la religión de la humildad y del sacrificio, preconizada por los primeros apóstoles cristianos, engendraron las rebeldías de la Reforma.

La Reforma se explica y se explica bien—según se desprende de la erudita y concienzuda labor de Oncken,—por el poder absoluto que ejercía el sacerdocio sobre los cetros; por la destrucción de la libertad electoral de los cabildos y de los conventos, sometidos en un todo á la voluntad omnímoda de los pontífices; por la elegante pompa de que se rodeaban los obispos y los abades; por lo depravado de las costumbres del clero regular y de las congregaciones monásticas; por la religión convertida en fetichismo, destinado tan sólo á enriquecer á la clase sacerdotal. Aquel movimiento iconoclasta crece y se desborda lógicamente ante las vírgenes adorables, pero humanísimas, que no son otra cosa que la divinización de la Fornarina hecha por los pinceles de Rafael; ante las maravillas arquitectónicas de San Pedro, con cuyo costo, convertido en limosnas, hubiera consolado millones de lágrimas la tiara de diamantes de Julio II; ante aquellos teatros y aquellas academias, donde la púrpura cardenalicia se hace más roja por los deseos y los afanes que despiertan las obras de Maquiavelo y del Aretino; ante aquel opulento bloque de mármol, tallado á estocadas, donde el genio ateniense de Miguel Angel, creyendo representar al bíblico Moisés, representa el vigor prodigioso del olímpico Hércules. Unid á todo esto el vuelo que el comercio adquirió á raíz de las Cruzadas; el desarrollo de la industria y la

navegación, que acercando á las gentes, matan los prejuicios y agrandan el horizonte de las ideas; los derroches á que dió lugar el incremento de la riqueza pública; el escepticismo engendrado por los estudios clásicos, y veréis lógicamente surgir la Reforma, —intentada primero por los concilios en el seno de la Iglesia, pero fracasada, en el seno de la Iglesia, por el humanismo pagano de Nicolás V, por la política intranquilizadora de Inocencio VIII y por la indecible inmoralidad de Alejandro VI.

Todas estas circunstancias prepararon y favorecieron, al comenzar el siglo XVI, los éxitos rapidísimos de la Reforma. En aquella gran revuelta espiritual, Savonarola es la inspiración, Erasmo la ironía, Lutero la fuerza y Calvino el orden. Estos dos últimos son los principales agitadores, apesar del martirio de Savonarola y del saber de Erasmo, porque los dos últimos son los que educan, fortifican, encauzan é imponen el movimiento. Hay, sin embargo, diferencias trascendentales entre el impetuoso pastor de Witemberg y el extático pastor de Ginebra. Como decía Zuinglio, cada conciencia es un cielo con sus auroras y sus obscuridades. Lutero quiere reformar las ideas; Calvino las costumbres. Lutero combate los errores, las falsías del dogma, la explotación del culto; Calvino combate el perjurio, la embriaguez, el juego y la licencia. Lutero se dirige á la sociedad de los espíritus; Calvino á la sociedad civil. Lutero se apoya en los príncipes y en los burgraves; Calvino en los municipios y en las muchedumbres. Lutero necesita que el voto de la nobleza le circunde con un muro de espadas; Calvino necesita que el voto de la plebe levante su codificación sobre una columna de corazones. El plan de la Reforma es aristocrático con Lutero, en virtud de las poderosas influencias del medio en que batalla; la idea de la Reforma es democrática con Calvino, en virtud de ser una democracia el medio en que se agita. Los discípulos de Lutero no prosperarán, si las coronas principescas y el manto burgrave no están junto á ellos; los discípulos de Calvino, que se extienden desde los helados montes de la Helvecia hasta los mares tormentosos de Holanda, cuando los reyes alcen su pendón de guerra y los reten á muerte, se asilarán en un barco de maderos frágiles, para ir á buscar un templo para su conciencia y una patria para sus derechos, en las costas que descubrieron Cabot y Verazzani.

Así los puritanos, que no abandonan las huellas de Calvino y se fortifican con el recuerdo de su enseñanza, engendraron la libertad del pensamiento con la libertad de la predicación, y crearon la democracia política al crear la democracia eclesiástica, suprimiendo las tiaras y los diaconados. Proclamada al norte del continente la buena nueva de la República, las aguas del Potomach entregarán el gérmen del gobierno libre á las aguas del Amazonas; las aguas del Amazonas lo entregarán á su vez á los ríos de las cuestas de los ciclópeos Andes, y esos ríos lo dejarán caer en los azulísimos oleajes del Plata. La Democracia, que puede ser estable sin dejar de ser progresista, porque el orden y el derecho no son dos términos antagónicos; la Democracia encuen-

tra en el continente colombiano,—sin mitras orientales ni heredados cetros, sin castillos góticos ni leyendas rhinianas,—el continente apto para la vida de la República.—Hizo su nido aquí, cuando nos la trajeron los desterrados de la Mayflower. Esta es y será siempre su tierra de Canaam. ¡En ningún hemisferio se hallaría mejor que en este hemisferio, que ofrece al majestuoso vuelo del ave de la Libertad bancos como el banco encerrado entre las islas de Terranova y el cabo Bretón; estrechos como el estrecho comprendido entre la Patagonia y el archipiélago de Magallanes; ríos como el Marañón, que es el más caudaloso de los ríos del mundo; desiertos como el desierto de Pernambuco, en el que reinan todas las hadas del silencio y todas las melancolías de la soledad; y montañas que extienden, sobre los horizontes estremecidos, la flámula purpúrea de unos volcanes como los volcanes deslumbradores de Cotopaxi y de Puracé!

Saludemos á América con la misma salutación de Virgilio á Roma:

¡Salve, magna Mater, Saturnia tellus,
Magna virum!

LIBRO PRIMERO

EL IMPERIO AZTECA.

I.

Méjico formó,—durante el vuelo de tres centurias,—el virreinato de Nueva España. El pendón castellano flotó sobre sus costas y sus campiñas y sus montañas hasta 1821.

Su territorio,—que mide 1.987.352 kilómetros cuadrados,—en la mayor parte de su extensión no es sino una meseta de gigantes contornos, sostenida por planos que se inclinan como en busca del mar, siendo su clima la ardiente reverberación del sol de los trópicos en las tierras bajas, para templarse en las regiones intermedias y convertirse en ártico sobre las cumbres de sus montes altísimos,—cuyas cimas parecen hundirse en el cielo, por cuyos flancos rueda el iris estruendoso de las catarratas, y cuyos precipicios ostentan en sus bordes la obscura y aromática vegetación de todos los árboles gomo-resinosos, desde el nopal al pino y desde el pino al cedro.

En las tierras más bajas de la antiplanicie que describimos,—y que se sostiene por lo común á siete mil piés sobre el nivel del mar,—prospera el caucho y se mecen, á los cálidos soplos del aire, las cañas índicas del arrozal, con sus largas hojas y sus ovales granos; la sávia del café se convierte en capullos parecidos á los del jazmín y en frutos de balsámica esencia estimuladora; el cacao arraiga prodigiosamente, llegando á transformarse en árbol de hojas duras, flores disciplinadas y carnosa almendra; se desenvuelve la caña de azucar, por cuyos tallos corre miel desleida, y se cosecha el tabaco oloroso, cuyas vegas son cestos de ramilletes de color de grana y orlas de ramilletes de color de oro viejo.

En las regiones intermedias de la antiplanicie,—que ocupa el centro de la república mejicana,—crecen con ufanía el cereal, el

agave y las cácteas, habiendo, en los grandes sistemas montañosos que cruzan y sostienen la altiplanicie, riquísimos filones de metales preciosos, como el oro y la plata, y filones riquísimos de metales útiles, como el cobre y el hierro. Si hay perlas y corales bajo el turbión de espumas que lima aquellas costas, hay también en los valles interiores de aquellas montañas, junto á las grandes corrientes de los ríos, árboles más añosos y corpulentos que la legendaria encina de Boscobel, cuyo espeso follaje salvó á Carlos II del tesón con que le perseguían los soldados de Cromwell.

Bajo el espacio aquel, que parece un escudo de cristal con barras de oro y sangre, cantan el ani y el centzontli en los mangles, se abrevan las abejas en la miel de la piña, las palomas se arrullan en los tamarindos, el aullido del coyote se escucha en las praderas y el jaguar se guarece en los malezales, que viven enroscándose y oprimiéndose lo mismo que las víboras en la estación del celo.

Méjico tiene islas, como la isla de Tiburón en el golfo de California, y bahías como la de San Bernardo, sobre las pintorescas costas de Coahuila. Sus ríos principales son el Tampico, el Conchos, el Santander, el Sonora, el Verde, el Tolotlan y el Gila, sobresaliendo entre los picos más elevados de la cordillera, áspera y rocallosa, que corre á lo largo de la república, los de Orizaba y Popocatepelt.

II.

Procedentes de una tierra denominada Aztlan, cuya situación se desconoce aún, llegaron los aztecas al suelo de Anahuac. Según Ixtlilxochitl venían de Xalisco; según Aubin, de la península de California. Robertsón, por su parte, dice en el primer tomo de su célebre *Historia de América*: «Los mejicanos pretendían que sus ascendientes eran oriundos de un país distante y situado al noroeste del imperio. Indicaban las diversas comarcas en que los extranjeros se habían detenido, al avanzar sucesivamente por las provincias interiores, y esta ruta era la misma ruta que debieron seguir en el supuesto que arribasen del Asia. La descripción que los mejicanos hacían del semblante, las costumbres y la manera de vivir de sus antepasados, en aquella época, era una pintura fiel de las tribus salvajes de Tartaría, de las que presumo que descendían.»

Ese pueblo de agrícolas y de industriales, cuya especialidad era la arquitectura, estableció su asilo y su baluarte en los frondosos montes de Chapultepec, de donde salió, como salen las águilas de su nido róqueo, para extender su dominio por todo el Anahuac. El indio mejicano tenía el color bronceado, el pelo lacio, la nariz aguileña, los dientes blancos, abultados los hombros y el pié muy pequeño, siendo casi barbilampiño, grave y melancólico, sobrio y astuto, parco en sus palabras y dulce en sus modales. Bajo el imperio de los reyes aztecas, la raza prosperó alcanzando un altisi-

mo grado de cultura. Llegaron á labrarse maravillosamente el oro y la plata, el plomo y el cobre, la piedra y el barro. Se tejía el algodón con suma destreza, y la pluma de un modo lindante en hechizo. Del maíz se sacaban el azúcar y el pan; del maguey, los toldos de las cabañas y la urdimbre de los ropajes. De la cochinilla fabricaban el color carmesí, rival de la púrpura, con el que matizaban sus telas y sus cueros. Con los juncos se hacían primorosas cestas. Sus lapidarios engarzaban las esmeraldas y las turquesas en oro finísimo, con tanto arte como engarzaban las amatistas y los rubíes los afamados joyeros de Bagdad. Los geroglíficos suplian al alfabeto de origen árabe, perpetuándose en ellos las fechas, las leyes, las plegarias, los hechos familiares, y los fastos históricos. Extendianse los jeroglíficos en papel de maguey en papel de áloe, siendo notables por el brillo y la frescura de sus matices que perduraban sin deterioro un tiempo luenguísimo, pasta creerlos «obra de mágia y gérmen de idolatria» don Juan de Zumárraga, el primer arzobispo que tuvo Méjico.

El derecho de propiedad no fué un secreto para la legislación civil de los mejicanos, pudiendo, en ciertos casos, la propiedad ser hereditaria y estando, otras veces, anexa al cargo que se ejercía. Las tierras de cada distrito eran cultivadas en común por sus habitantes, repartiéndose los productos de cada zona entre las familias de sus moradores, según el abolengo y las necesidades de las familias. La renta pública se basaba en impuestos sobre la tierra, sobre la industria, sobre las transacciones mercantiles, y no siendo conocida la moneda, los impuestos se pagaban en frutos del suelo y obras de arte. Cada distrito tenia sus jueces propios, quienes, según las crónicas más añejas, se distinguieron siempre por su rectitud y su honestidad. Había correos públicos apostados de distancia en distancia, consistentes en peatones ejercitadísimos, que transmitían las noticias, con rapidez suma, por todo el imperio. El cetro era electivo, habiendo un alto cuerpo de treinta nobles de primera clase, con poder feudal sobre sus dominios y pleito vasallaje rendido al rey, bajo cuyas banderas luchaban sus mesnadas y á quien pagaban un pingue tributo. Cada provincia era administrada por un lugar teniente, cuyo mandato emanaba de la corona y sólo dependía de la voluntad real. Sólo los prisioneros de guerra eran entregados al sacrificio. Existía la esclavitud; pero la esclavitud no tuvo nunca carácter hereditario. No daba al señor el derecho de vida. El hijo del esclavo nacía libre. No podía prostituirse á la esclava joven, ni podía vendérsela para el placer, como en el mundo antiguo. La esclava podía casarse con el señor; el siervo con su dueña. Conocieron el divorcio y la usura; pero los jueces eran probos y la ley era equitativa. El derecho del pobre valía tanto como el oro del rico. Sólo el monarca era superior á la ley, como ungido y coronado por los sacerdotes, que representaban á la divinidad, hasta la que no llegan los códigos terrenos. Ajustaban el año civil, al año solar, dividiéndolo en 18 meses de 20 días, con 5 días complementarios. Los meses eran de 4 semanas y la semana de 5 días,

siendo festivo el último de cada semana. Agrupaban el tiempo en ciclos de 52 años. Conocían la causa de los eclipses y no ignoraban el vuelo de las constelaciones, arreglando por ellas sus más solemnes festividades. Toda su civilización tuvo un sello de innegable originalidad.

III.

Era el vulgo tan endiabladamente supersticioso, que le daban espanto las primeras luces del planeta Vénus, la estrella grande, la virgen solitaria de los crepúsculos soñadores. Eran idolatrados con reverencia Quetzalcoalt, el dios de los vientos, Tzinteotl, el dios de las mieses, y Macuilxochitl, el dios de las flores. Por las flores sentían honda predilección, como lo prueban los célebres jardines de Tezcutzingo, á los que se subía por escalinatas de ciento veinte gradas. Construidos por orden de Netzahualcoyotl, el rey bardo y profeta, esos jardines estaban coronados por un gran depósito de aguas abundantísimas y venidas de las cumbres de las montañas, para caer en sonoras cascadas y repartirse, por numerosos caños, hasta los más extremos límites del verjel, dando frescura al aire, brillo al verdor, fuerza á la savia de los capullos embalsamadores y alegría á la orquesta de las aves de policromos tintes en las plumas de seda. Las divinidades de los aztecas, los dioses de su rara mitología, unas veces son númenes de progreso, y otras veces son númenes de barbarie. «¡Qué diferencia entre el espantoso culto de Huitzilopotchtli y el pacífico culto de Queuzaltcoalt! El primero es el dios de la guerra, el de los crueles sacrificios humanos, el que se nutre con carne de corazones palpitantes aun. La cuna de este dios está rodeada por la más poética de las leyendas. La tradición refiere que una mujer devota, orando en un templo, vió flotar por los aires una bola de plumas de mainumbi; que la guardó en su seno, y que poco después sintió las angustias del embarazo. Atribuyendo los vecinos su mal á licencia, la persiguieron y maltrataron; pero el dios de la guerra, fruto del suave copo de irisadas plumas, nació de pronto con toda su armadura y todos sus bríos, empuñando una lanza, embrazando un escudo, cubierta la cabeza con un alto penacho de color verde, y el pié izquierdo calzado con sandalia de plumas de picaflor. Defendió á su madre con ferocidad, destruyendo á cuantos maldijeron de ella y organizando el culto de los holocaustos sanguinolentos. Queuzaltcoatl, en cambio, representa la edad de oro del Anahuac. Enseñó á los aztecas la agricultura. En su tiempo, la tierra producía espontánea flores y frutos; el algodón se teñía á sí mismo de variados colores; los árboles eran pajareras vivientes; el aire incensaba lo mismo que un pebetero; los metales se bruñían y cincelaban por singular hechizo y sin mano de artífice. Esa mitología, que era la obra exclusiva del sacerdocio, abundaba en pomposo ceremonial. Los templos mejicanos, los teocallis, eran numerosísimos; las festividades religiosas, de mucho ornato. Una de las fiestas principales era la consagrada á Tezcatlipoca, el dios

de la eterna juventud. Un año antes de esta festividad, escojían un mancebo de los más gallardos y rindiéndole culto como si uera un númen, le preparaban é instruían para el sacrificio. uando el noviciado tocaba á su fin y la muerte se acercaba á esar los ojos del mancebo, cuatro hermosas doncellas, cuatro sacerdotisas del amor sin mañana, compartian su lecho, embriagándole con todos los brevajes del deleite físico, con todos los ransportes del placer sexual. De festín en festín, recorria las asas de la nobleza; de plegaria en plegaria, todos los camarines e los santuarios. En la mañana del día del holocausto, separaban á la víctima de sus cuatro amorosas, le ceñían una guirnalda e flores primaverales, la vestían con sus más ricas galas, y al ompás de los instrumentos, de los cánticos y de los vítores, la onducían en una barca hasta el templo situado sobre uno de los agos. Seis sacerdotes la recibían, despojándola de sus vestiduras rompiendo los instrumentos con que habían arrullado sus horas de placer voluptuoso. Al monótono són de las preces rituales, a extendían sobre la piedra del sacrificio, que era un enorme bloque marmóreo, ennegrecido por el tiempo y la sangre. Cinco sacerdotes sujetaban su cabeza y sus miembros, en tanto el otro, abriéndole el pecho con maestría, le arrancaba el corazón para ofertarlo, ensangrentado y tibio, al dios Tezcatlipoca. El mancebo era el símbolo de la vida humana, brillante en sus comienzos, como el sol que nace, y que termina en la obscuridad, como el sol que muere. No eran menos crueles las fiestas destinadas á Huitzilopochtli, ante cuyos altares ardían incesantemente braseros perfumados por las plantas más balsámicas de los bosques. Primero se cubría de flores la imágen de la sanguinaria divinidad, de flores recogidas la noche antes, á la fantástica claridad e la luna. Después, el són de las trompas y de las bocinas llenaa los espacios de jubilosas dianas y de guerreros himnos. Tras un brevísimo simulacro bélico, compuesto de complicadas danzas pantomímicas, se precipitaba con ímpetu á los esclavos, destiados al sacrificio, desde las gradas del templo, sobre las que se acinaban sus cuerpos estremecidos por el estertor último. Unas veces, las víctimas eran inocentes niños, como en las fiestas consagradas á Altcahualco, el dios de las lluvias. En otras ocasiones, las víctimas eran pobres mujeres, como en las fiestas consagradas á la diosa Toci, el númen tutelar de la medicina. Como dice Burnouf, en el tomo primero de *La ciencia de las religiones*, todos los cultos de los antiguos griegos, lo mismo que todas las antiguas creencias escandinávicas, tienen un indiscutible origen asiático.—Lo mismo puede asegurarse de la mitología de los aztecas, si se la compara con la mitología de los helenos.—Baco, que endulza los zumos de las vides de Atenas, ¿no es, por ventura, parecido en un todo á Tezcatzoncatl, el dios que verdea los pámpanos de las vides de Méjico? ¿No hay un estrechísimo parentesco entre Opuchtli y Neptuno, deidades cuyo oficio es gobernar las olas y teñir, con los siete colores del iris, las frágiles escamas del pez volador? Mictlantecutli, que reina en los infiernos y vigila

en los pórticos del reino sombrío, es igual á Plutón, como iguales parecen Tonatiuh y Apolo, que encienden los fanales del amanecer en lo alto de las cumbres, cuando las gotas de la helada brillan sobre la hierba y el último lucero dobla la red de ópalos con que atavió la noche sus cabellos de albino. Como en el imperio nacía el hombre para la guerra, como la guerra era el fin primordial de la vida del hombre, no es de extrañarse que, entre los ídolos mejicanos, ninguno tuviese más adoradores ni más suntuoso culto que Huitzilopochtli. El mayor de todos los santuarios aztecas estaba dedicado á esta espantosa divinidad, consistiendo ese santuario en una gran plaza con murallones de sillería, con una puerta en cada uno de sus cuatro lienzos, y con cada lienzo bien orientado hacia uno de los cuatro puntos cardinales. Dice Solís en su *Conquista de Méjico*: «Ocupaba el centro de la plaza una gran máquina de piedra, que á cielo descubierto se levantaba sobre las torres de la ciudad, creciendo en disminución hasta formar una media pirámide los tres lados pendientes, y en el otro labrada la escalera: edificio suntuoso y de buenas medidas, tan alto que tenía ciento y veinte gradas la escalera, y tan corpulento que terminaba en un plano de cuarenta piés en cuadro; cuyo pavimento, enlosado primorosamente de varios jaspes, guarnecía por todas partes un pretil con sus almenas retorcidas á manera de caracoles, formados por ambas haces de unas piedras negras semejantes al azabache, puestas con orden y unidas con betunes blancos y rojos, que adornaban mucho el edificio.» Dos capillas principales había en el templo, cuya techumbre estaba formada por maderas finas y cuyos ídolos eran dos enormes imágenes de piedra. La de la derecha pertenecía al culto de Huitzilopochtli, y la del lado izquierdo á su hermano Tlaloch. Dice Solís: Los ídolos «eran de figura humana, y estaban sentados en una silla con apariencias de trono, fundada sobre un trono azul que llamaban cielo, de cuyos lados salían cuatro varas con cabezas de sierpes, á que aplicaban los hombros para conducirles cuando les manifestaban al pueblo. Tenían sobre la cabeza un penacho de plumas varias en forma de pájaro, con el pico y la cresta de oro bruñido, el rostro de horrible severidad, y más afeado con dos fajas azules, una sobre la frente y otra sobre la nariz; en la mano derecha una culebra ondeada que les servía de bastón, y en la izquierda cuatro saetas que veneraban como traidas del cielo, y una rodela con cinco plumajes blancos puestos en cruz. El ornato de ambas capillas era de inestimable valor, colgadas las paredes y cubiertos los altares de joyas y piedras preciosas puestas sobre plumas de colores; y había de este género y opulencia ocho templos en aquella ciudad, siendo los menores más de dos mil, donde se adoraban otros tantos ídolos, diferentes en el nombre, figura y advocación.» Prescott, en el primero de los tomos de su *Historia de la conquista de Méjico*, deduce que no es posible calcular el número de víctimas sacrificadas ante el altar de estas divinidades, mientras Clavijero afirma que alcanzaban á veinte mil por año, Las Casas sostiene que no pasaron nunca de cincuenta por anua-

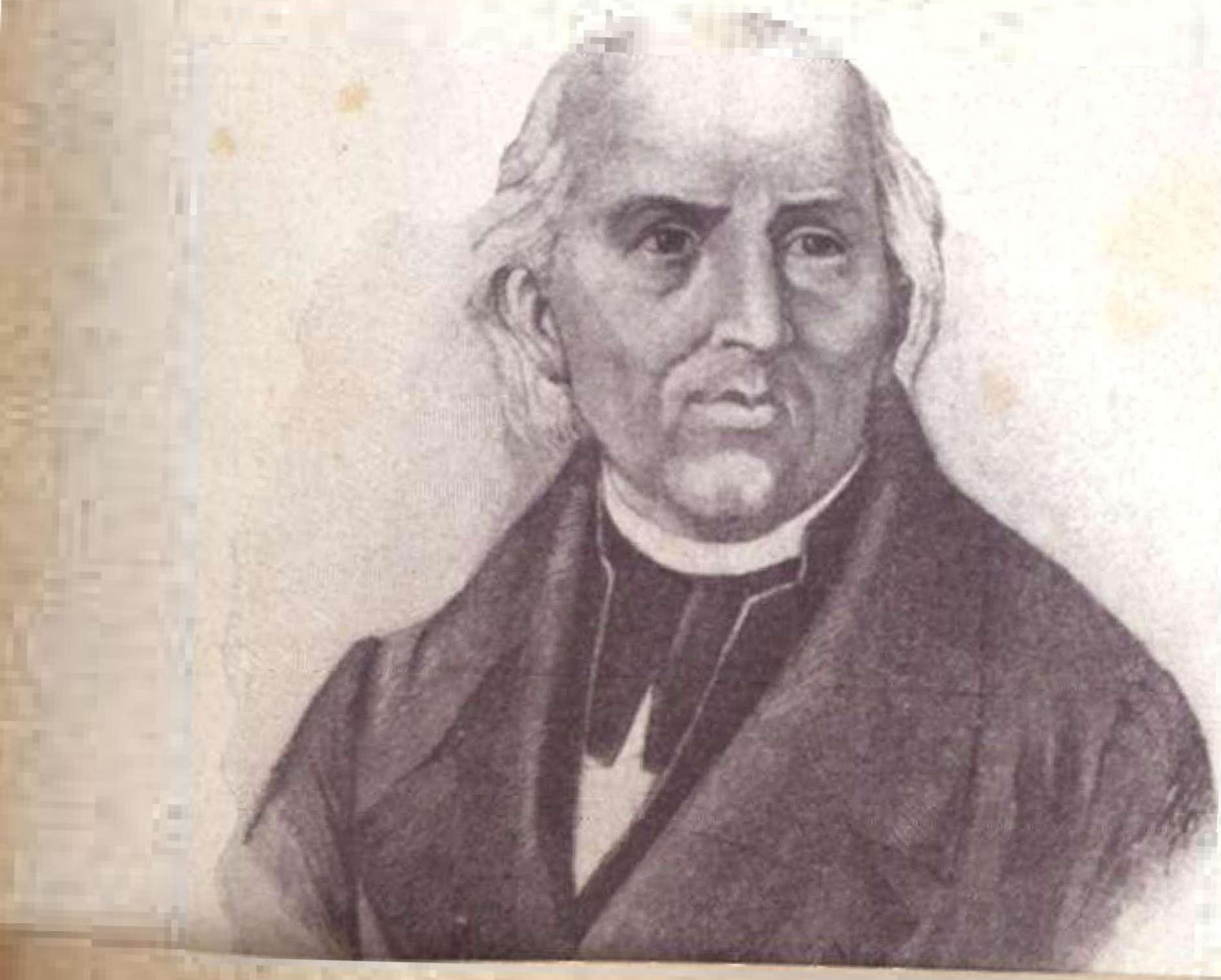
lidad, «aun que es muy posible que la aritmética del buen obispo, proviniese más bien del corazón que de la cabeza.» Lo cierto es que se guerreaba incesantemente, como respondió Moctezuma á los españoles, para suministrar, en las personas de los prisioneros, víctimas á los dioses aztecas. Los mejicanos, cuya educación estaba encomendada á los sacerdotes, creían en la inmortalidad del alma. Los guerreros que sucumbían en el combate, y las mujeres que sucumbían al dar á luz, iban al más espléndido de los verjeles, situado en el mismo centro del sol, para convertirse en pájaros de plumaje bellísimo y sonoro gorjeo, destinados á recorrer todas las enramadas del cielo y de la tierra. El paraiso era un cielo inferior, destinado tan sólo á los que morían heridos del rayo ó á causa de determinadas enfermedades, siendo también el paraíso un jardín delicioso, donde nunca faltaban mazorcas de maíz ni arroyos de corrientes azuladísimas. El infierno, situado en el corazón de la tierra, era á modo de cárcel sin ventanas ni luz, donde vagaban millones de séres, tan faltos de alegría como de esperanza. En el infierno cristiano, las almas se consumen por la virtud del fuego; en el infierno azteca reina la noche, una noche sin fin, más melancólica é inactiva que todos los nirvanas del culto índico. ¿Cómo pudieron aceptar unas tribus, nacidas en las zonas preferidas del sol, esa extrañísima religión de tristeza? ¿Cómo pudieron aceptar la injusticia de una noche eternal, los que encontraron el poético símbolo de Coatlycue, la dulcísima diosa de los castos amores? Tal vez lo sabríamos, si don Juan de Zumárraga no hubiese destruído cuantos jeroglíficos pudo recojer durante su obispado, como destruyó el cardenal Cisneros todos los manuscritos arábigos, que encontró á su alcance, después de la conquista de Granada.

IV.

El imperio mejicano se constituyó por la federación de los aztecas con el reino de Tezcuco y el de Tlacopán. Tres razas predominaban en el Anahuac; la chichimeca, la tolteca-culhua, y la tecpaneca, ensangrentando el suelo del país con sus rivalidades. Netzahualcoyotl, en el siglo XV, trató de uniformarlas por medio de la forma federativa, para concluir con sus antagonismos, cegando la fuente de las discordias. Netzahualcoyotl fué uno de los más ilustres soberanos del Anahuac, no sólo por la grandeza de las obras públicas que realizó, sino también por la moralidad de sus leyes penales, decretándose, bajo su dominio, el ajusticiamiento del sacerdote que faltara á sus votos, el del general que se rebelase contra su bandera y el del juez convencido del crimen de cohecho. Hábil político, encaró la federación como obra de unidad y obra de sosiego, colocándola bajo las órdenes de un triunvirato, compuesto por los reyes de Tezcuco, Méjico y Tlacopán.—Al acercarse los españoles, Méjico era la cabeza del imperio, habiéndose impuesto á sus aliados por la fuerza y la astucia. Ni los tla-

copanes ni los tezcucanos negaban ya lo verdadero y lo formidable de su hegemonía, aunque existiesen [illegible] estados mos aguerridos, como los estados de Tlaxcala, Cholula y Michoacán. Estos pequeños reinos soberanos y estas pequeñas repúblicas independientes, siempre temerosos de perder su independencia y amenazados siempre por la expansión de la hegemonía mejicana, fueron el aliado providencial que encontraron los pañoles en la heróica aventura de la conquista. Al iniciarse Moctezuma II gobernaba el imperio.—En el momento de ción para la diadema, Moctezuma II era sacerdote en el gran santuario de Huitzilopochtli. Veinte años hace yá que los españoles clavaron su estandarte en el suelo de América. Se aproximan á Méjico. Un cometa rojizo anuncia su llegada. El incendio de templo grita que están cercanos. Entre estos augurios, ninguno más sorprendente ni fabuloso que el referido por la credulidad Antonio de Solís. Afirma éste que «cogieron unos pescadores, ca de la laguna de Méjico, un pájaro monstruoso, de extraordinaria hechura y tamaño, y dando estimación á la novedad, se presentaron al rey. Era horrible su deformidad, y tenía sobre la cabeza una lámina resplandeciente á manera de espejo, donde verberaba el sol con un género de luz maligna y melancólica. Reparó en ella Moctezuma, y acercándose á reconocerla mejor, dentro la representación de la noche, entre cuya oscuridad descubrían algunos espacios de cielo estrellado.» En su estupor, el soberano levantó los ojos mirando á los augures que le rodeaban, y al fijarlos de nuevo en la lámina resplandeciente, «halló en lugar de la noche otro mayor asombro, porque se le ofreció á la vista un ejército de gente armada, que venía de la parte del Oriente, haciendo grande estrago en los de su nación.» Los reros y los sacerdotes, consultados sobre este prodigio, pudieron largamente examinar la cabeza del pájaro monstruoso, «que go se les fué, ó se les deshizo entre las manos, dejándoles otro agüero en el asombro de la fuga.» Esta patraña, que relató primero el padre de Acosta, sirve á Solis para suponer «que el monio se valiese de tales artificios para irritar á Moctezuma contra los Españoles, y poner estorbos á la introducción del jelio.»—Muy grande era el poder de Moctezuma, y mucho hubiera hecho por la causa de su país, si su arrojo hubiera sido igual su poder. Obedeció al miedo, más que á la fuerza de la superstición, y perdió la corona por debilidad, sin que en ello mediasen más sortilegios ni maleficios que el maleficio de las espadas y el sortilegio de los mosquetes. Perdió su tiempo en embajadas ceremoniosas, cuya falta de brío se traslucía en la riqueza de los presentes y en lo precario de las insinuaciones amenazadoras, como la embajada de Teutile y Pilpatoe, en tanto que Cortés llega á la isla de Santa Cruz, derriba á sus ídolos, liberta á Gerónimo de Aguilar, conquista á Tabasco, obliga á sus caciques aceptar su alianza, prosigue su viaje hasta San Juan de Ulloa, tropieza con una intérprete fidelísima y con una constante morada en la jóven Marina, que olvidó patria, religión y costum-

MÉXICO



Al lector

NOTA—Al final de la página 32, por error de imprenta, fué omitido lo siguiente:

" . . . costumbres en los brazos del Capitán español. Cortés, segun Diaz del Castillo. . . . . "

Castillo, era por su estatura, y su cuerpo membrudo, y sus ojos gra[illegible]reza en el cabalgar, y su gran corazón, un paladí[illegible] heróicos tiempos del rey Arturo. Muy grande era el poder [illegible] Moctezuma, cuyos ejércitos se componían de millares de hombres, divididos en cuerpos de ocho mil soldados, con caudillo viril y estandarte feudal; pero tan grande como su poder era su poquedad, que contagió á los jefes con corazas de oro y yelmos rematados en fauces de bruto, cundiendo los temores entre las tropas con escudos de junco y petos de algodón, con flechas guarnecidas de afilados huesos y espadas de madera que mataban de un golpe.—Muy grande era el poder de Moctezuma; pero lo invalidaba su ánimo enfermizo, que dejó que se fortaleciesen los invasores ganándose las amistades del cacique de Zempoala, edificando la villa de Veracruz, venciendo por dos veces á los de Tlascala, castigando las resistencias de los de Cholula, acampando en Tezcuco y acercándose intrépidamente á Tenuchtitlán.

V.

Francisco Hernandez de Córdoba descubrió á Yucatán en el año de 1517, sabiendo por él don Diégo Velasquez, gobernador de Cuba, que la tierra yucatana era tan rica en oro como rica en gentes. Velasquez, en 1518, mandó á Juan de Grijalva que reconociera lo descubierto por Hernandez de Córdoba, y mandó á Hernan Cortés; en el mismo año, á la conquista de lo reconocido por Juan de Grijalva. Cortés se hizo á la vela, al mando de una flota de once navíos con quinientos soldados y cien marineros. En la expedición se contaban tan sólo unos trece mosquetes, unos treinta arcabuces, y diez y seis caballos. Como Velásquez se arrepintiera del mando conferido á Cortés, á causa de las intrigas que le forjaban los envidiosos del extremeño, abultando lo grande de la ambición del jefe de la flota, en todos los puntos en que esta echó las anclas, en busca de víveres ó de aparatos bélicos, Velasquez trató de detenerle y hasta de aprisionarle; pero Cortés burló todas las tentativas y se lanzó á las olas el 10 de Febrero de 1519. Era Cortés nacido en Medellin y en hidalga cuna, aunque en cuna pobre, hacia 1485, dedicándose primero al estudio de las leyes en Salamanca, y resolviendo luego alistarse en los tercios de Gonzalo de Córdoba. Una enfermedad contrarió sus planes, dirijiendo entonces su vuelo á América, con la esperanza de ser protejido por su pariente. Pasó en 1511, á Cuba con Velasquez, distinguiéndose allí por lo temerario de su carácter y por lo muy ardoroso de su juventud. Era, además, y por raro contraste, de una paciencia enorme y de una perseverancia más enorme aún, cuando lo extremo de los casos lo requería. Quemada la flotilla en que salió de Cuba, para quitar á sus compañeros todas las esperanzas de volverse atrás, y de [illegible] largo como peligroso, [illegible]

los despoblados que atravesó, combatiendo con tribus en las que palpitaba el noble sentimiento del amor al pago, llegó Cortés á la ciudad de Méjico el 8 de Noviembre de 1519, contestando á los embajadores que Moctezuma enviaba para detenerle, que podía hacer sesenta leguas por tierra firme, quién había dos mil leguas de mar.»

Veytia asegura que la ciudad de Méjico fué fundada en de 1327, Brasseur .325 y Torquemada en 1341. Refiere la leyenda que los aztecas emigradores vieron, cerca de un lago, un nopal donde había posada un águila de parduzco plumaje, con las abiertas á los rayos del sol y teniendo cautiva, bajo sus garras, á una serpiente de coralinos tintes. Seducidos por aquel presagio de grandeza y de gloria, los aztecas alzaron un santuario de rústicas cañas en el borde del lago, y un pueblo de cabañas, no ménos humildes que el santuario, en torno del nopal. Así nació la antigua Tenuchtitlán, á 2.268 métros de altitud, sobre un valle tan dilatado como feracísimo, entre un cerco de quintas y pintorescos lagos, con puentes espaciosos y jardines flotantes, con jestuosas plazas y mezquitas espléndidas. Afirmaba Cortés que era tan grande como Sevilla y Córdoba. Francisco Lopez de Gomara la comparó á Venecia, «por estar en agua todo el cuerpo de la ciudad,» agregando que era Méjico, cuando Cortés entró, blo de sesenta mil casas, grandes y buenas las de la corte, chicas y ruines las de la plebe. Una calzada con puentes levadizos conducía á un baluarte situado en la puerta de la ciudad, tan amplia que podían avanzar por ella diez caballos de frente.— Por esa avenida se dirijió Cortés al encuentro de Moctezuma, llevando por escolta cuatrocientos hispanos y seis mil indígenas, ganados á su causa por las alianzas á que obligó y por los llajes que supo imponer. Moctezuma se cuenta que salió birle debajo de un palio de pluma verde y oro, con mucha argentería colgando de los flecos. Cortés, descabalgando, echó sobre los hombros del rey azteca un collar de cegantes piedras de vidrio, recibiendo del rey dos collares con grandes adornos de oro. Trás un breve diálogo, en que el ingenio de los intérpretes se puso á prueba, Moctezuma dejó albergados á los españoles en una ías casas más suntuosas de Tenuchtitlán. Era el señor de Méjico, á juicio de las crónicas de aquellas épocas, de mediana estatura, de pocas carnes, de pelo largo y de color muy bazo, como los indios. Se le tenía por justiciero, dadivoso y afable, aunque flojo de corazón y apocado de espíritu. En la segunda de sus *tas de relación*, escrita á Cárlos Quinto el 30 de Octubre del 1520, decía Hernan Cortés, ponderando la magnificencia de ma: «Y no le parezca á vuestra alteza fabuloso lo que digo, pues es verdad que todas las cosas criadas así en la tierra como en la mar, de que el dicho Moctezuma pudiese tener conocimiento, tenía contrahechas muy al natural, así de oro y plata como de pedrería y plumas, en tanta perfección que casi ellas mismas parecían; las cuales todas me dió para vuestra alteza mucha parte, sin otras que yo le dí figuradas, y él las mandó hacer de oro,

imágenes, crucifijos, medallas, joyeles y collares, y otras muchas cosas que le hice contrafacer. Demás de esto, me dió la suya, que era tal, que consistía ser toda de algodón y sin seda, en todo el mundo no se podía hacer ni tejer otra tal, ni de tantas y tán diversas y naturales colores y labores.» Explicando, tras otras muchas cosas, los usos imperiales de Moctezuma, agregaba Cortés en la misma carta de Octubre: «Vestíase todos los dias cuatro maneras de vestiduras, todas nuevas, y nunca más se las vestía otra vez,» añadiendo, «que todos los señores que entraban en su casa no entraban calzados, y cuando iban delante de él algunos que él enviaba á llamar, llevaban la cabeza y ojos inclinados, y el cuerpo muy humillado, y hablando con él no le miraban á la cara; lo cual hacían por mucho acatamiento y reverencia.»

Seis días dedicaron los españoles, después de su entrada, á mirar los edificios y darse cuenta de las costumbres de Tenuchtitlán, llamada así por su fundador, que respondía al nombre de Tenuch. Otros afirman que Tenuchtitlán es un nombre compuesto del vocablo tech, que significa piedra, y de la voz nuchtli, que significa tuna de nopal. Trataron los aztecas á los españoles más que á maravilla, pues hasta á sus corceles les tejieron mullidas y frescas camas de rosas; pero los españoles desconfiaban de tanto contentamiento, inquietando con sus sospechas al mismo Cortés. Aprovechó esto una carta de Pedro de Hircio, mandado á recorrer la provincia de Nahutlán, en la que le decía que Cualpopoca, el potente caudillo de aquellas comarcas, mató sin causa alguna á dos españoles. Con la carta de Hircio, fuese á Moctezuma, le increpó su tración y le puso en prisiones con heróica audacia, por más que Moctezuma hizo que Cualpopoca descendiese á la capital con quince de los suyos, donde les sumariaron y condenaron á morir en la hoguera, ejecutándose despiadadamente tan horrible suplicio en la plaza Mayor. La poquedad de Moctezuma irritaba á su pueblo, aumentando estas iras hasta lo indecible el humo de la hoguera de Cualpopoca. Otra nueva cobardía del soberano vino á agrandar el descontento público. Como Camama, rey de Tezcuco, se quejase con acritud del aprisionamiento de Moctezuma, Cortés hizo que Moctezuma le mandase traer á la capital, donde los españoles le cargaron de grillos, poniéndole á reconcomio. Cuando la justa cólera de los nativos se preparaba á hacer explosión, se supo que Pánfilo de Narvaez, por orden de Velasquez, había llegado á las costas de Méjico.—Venía al frente de quince navíos y con pendón de guerra contra Cortés. Este, abandonando con una parte de los suyos la capital azteca, le salió al encuentro, prendiéndole, por sorpresa y á media noche, en su campamento de Compoallán. El ejército de Narvaez se componía de ochenta escopetores, ciento veinte ballestas, seiscientos infantes y ochenta jinetes. Sacado de la casa en que dormía y llevado á presencia del extremeño, Narvaez le felicitó por la mucha ventura de su cautividad, á lo que dicen que Cortés contestó con altanería: «Lo menos que yo he hecho en esta tierra es haberos prendido.»

Aumentadas sus tropas con las tropas de Pánfilo de Narvaez, Cortés regresó precipitadamente á Tenuchtitlán. Las noticias traidas por los correos no podían ser más intranquilizadoras. Pedro de Alvarado, al notar que el encono y la soberbia de los nativos iban creciendo, quiso imponerse por el terror, y rodeando, durante una fiesta, todas las avenidas del templo de Ixtlilxochitl, cargó á filo y á punta sobre los indígenas, matando á unos seiscientos de los de más relieve. La soldadesca saqueó el teocalli y derribó á los ídolos, á lo que respondieron los naturales atacando con furia el cuartel de Alvarado. Cortés penetró en Méjico el 24 de Junio de 1520, reforzado por dos mil tlascaltecas que juntó en el camino. Cinco días después se repitió el ataque contra el fortín en que Cortés tenía preso á Moctezuma, siendo tan recia la acometida que el estremeño pidió al monarca que arengara á los suyos y llamase á sosiego la multitud. Refiere así Cortés lo entonces acontecido: «Y el dicho Moctezuma, que todavía estaba preso, y un hijo suyo, con otros muchos señores que al principio se habían tomado, dijo que le sacasen á las azoteas de la fortaleza, y que él hablaría á los capitanes de aquella gente, y les harían que cesase la guerra. É yo le hice sacar, y en llegando á un petril que salía fuera de la fortaleza, queriendo hablar á la gente que por allí combatía, le dieron una pedrada los suyos en la cabeza, tan grande que de allí á tres días murió; é yo le fice sacar así muerto á dos indios de los que estaban presos, é á cuestas lo llevaron á la gente, y no sé lo que dél se hicieron; salvo que no por eso cesó la guerra, y muy más recia y muy cruda de cada día.» Así murió aquel debilísimo soberano, á quién obedecían sin pestañear, por el lado de oriente, los pueblos comprendidos entre el río de Tuxpán y el de Cuazacualco, prestándole homenaje, por el lado donde se oculta la luz del sol, todas las tribus que alzaban su tólden desde el puerto de Zacatula hasta las llanadas de Soconusco. Así murió aquel debilísimo soberano, el señor absoluto de aquel imperio que tenía murallas tan formidables como las murallas de Cuacachula, jardines tan hermosos como los jardines flotantes de Tezcuco, provincias tan pobladas de villas y fortines como la provincia de Cempoal, necrópolis tan célebres como la de Mitla, soldados tan valientes como los de Tlaxcala, y leyendas tan pródigas en justa heroicidad como la leyenda del rey Ixtlilxochitl. Así murió aquel debilísimo soberano, á quién pintan las crónicas arengando á los suyos, desde el pretil del fuerte español, con su traje de fiesta, con la frente adornada por dos borlas de finísima pluma, con la garganta sujeta por sartales de piedras preciosas, llevando en los brazos ajorcas de oro, con el cuerpo vestido por un coselete de pluma bermeja que bajaba hasta el muslo, y calzados los piés con sandalias de suela de piel de ciervo. ¡Así murió aquel debilísimo soberano, por no saber á lo mucho que obliga el culto de la patria, que grande ó pequeña, sabia ó inculta, poderosa ó débil, triunfante ó vencida, debe ser para el hombre un amor sin eclipses, parecido en un todo al fuego que chispea incesantemente al pié de las imágenes del dios Xiuhtecutli!

VI.

A raíz de estos graves acontecidos, Cortés habló con los capitanes de los indígenas, para indagar el modo de apaciguarlos y someterlos. Ellos le contestaron, según Cortés afirma en su segunda carta, «que me fuese y les dejase la tierra, y que luego dejarían la guerra; y que de otra manera, que creyera que habían de morir todos ó dar fin de nosotros.» En efecto, tres días después de la muerte de Moctezuma, aparecieron ocupados todos los contornos del cuartel español, y guarnecidas las torres de un teocalli cercano al cuartel. Subíase por cien gradas al atrio superior del teocalli, cuyos flecheros dominaban á los españoles á causa de la mucha altitud del santuario, por lo que Cortés comprendió la premiosa necesidad de rendirle, costara lo que costase la rendición. Con la espada en la mano, saliendo del fortín, se lanzó á la escalera, ganando las gradas con serio peligro y entre charcos de sangre, por lo empeñoso de la resistencia que le opusieron los defensores; pero sobre el atrio superior del templo, fué aun más dura la brega, y la victoria se mostró indecisa por largo rato, precipitándose abrazados los combatientes por los pretiles, en su rabioso afán de no ceder el campo ó de ganar terreno. Aunque los españoles lograsen el triunfo, haciendo en los contrarios gran mortandad, Cortés resolvió abandonar á Méjico á favor de las sombras de la noche siguiente. Según dice en la carta, que hemos citado, «hizo hacer un puente de madera, que llevaban cuarenta hombres,» y tomó «todo el oro y joyas que se podían sacar,» repartiéndolo entre sus oficiales y servidores. Miel sobre hojuelas parecióle el sosiego de aquella noche sin luna, hasta llegar á la calzada que conduce á Tacuba. Los puentes estaban interruptos, pero abandonados, lo que permitió á los españoles tender el construído por sus carpinteros, apesar de los gritos de algunos vigías, á los que pronto respondió con sus voces de guerra la muchedumbre de los nativos. Acudiendo al llamado de sus centinelas hicieron tanto daño á los españoles, que aterrados estos bajo la lluvia de las ballestas y la tenacidad del acometer, dejaron en el puente botín y artillería, mientras los ayes angustiadores de los jinetes y el doloroso relincho de los caballos salían de rios, cuando callaba la voz de la fusilería. Porfiaban los indios Cortés llegó á Tacuba, y desde allí á Tlaxcala, en busca de refuerzos y de reposo. En esta dirección, mordidos por el sueño, faltos de víveres, escalando montañas y viendo á todas horas crecer el peligro, llegaron á Otumba, llano en que se había reunido, en son de guerra, la flor de la nobleza de Tenuchtitlán. Atacaron los españoles al ejército indio, que les cerraba el paso, siendo muy eficaces los arcabuces en el primer choque, y lanzándose los jinetes con ardimiento sobre la muchedumbre de sus contrarios, cuando callaba la voz de la fusilería. Porfiaban los indios especialmente donde flameaba á los aires su bandera real, lo que

hizo que arremetiesen hacia aquella parte Cortés y Sandoval y Alvarado y Olid y Alonso Dávila, quienes, atropellando escuadrones enteros, mataron al porta y se apoderaron de la bandera, confundiendo á los indios, que se dieron á huir en todas direcciones, mientras se oían, en la llanura, los gritos victoriosos «¡Por Santiago y España!» Después de esta victoria, entraron en Tlaxcala, cuyos caciques les ofrecieron refuerzos de toda clase, ayudándoles á subyugar á los de Tepeacae, Colua y Huacacholla. En los intervalos de esas campañas, Cortés hizo reunir las tablazones para la construcción de doce bergantines, á fin de dominar, si necesario era, el lago en que se mira la ciudad de Méjico, mandando buscar municiones á Veracruz y soldados á la Española. En diciembre de 1520, ultimados ya los preparativos, marchó Cortés á la reconquista de Tenuchtitlán con quinientos infantes, cincuenta jinetes y nueve cañones, amen de un poderoso núcleo de indios auxiliares. Tomó á Tezcuco y armó sus naves en un riacho próximo á esa ciudad, recibiendo en ella la nueva de la llegada de tres buques hispanos con doscientos infantes, ochenta caballos y dos culebrinas. No bien aumentó su ejército con esos recursos, reñidos con suerte el combate de Yztacpalapán y la cruenta batalla de Xochimilco, el jefe español puso en estrecho sitio á la ciudad de Méjico, donde reinaba Guatimocin, por haber muerto, á causa de la viruela, el primero de los sucesores de Moctezuma. En su tercera carta, escrita el 15 de Mayo de 1522 á don Carlos de Gante, dice Cortés que «en los setenta y cinco días del cerco, ninguno se pasó que no tuviese combates con los de la ciudad.» Los mejicanos se dirigieron primero contra los bergantines. Guatimocín armó cinco mil barcas, que, al son de los atabales y las bocinas de los guerreros indios, cercaron á la flota. Un viento terral favoreció las maniobras de los navíos peninsulares, que cayeron sobre las barcas, destruyéndolas y echándolas á fondo. Según afirma Lopez de Gómara, en aquella ocasión, «no se pudo saber cuantos fueron los muertos, pero la laguna parecía de sangre.» Guatimocín, entonces, mandó alzar barricadas, que obstruían las calles, recostruyendo durante la noche las que los españoles conquistaban á la luz del sol. Rechazado con furia el furioso ataque que sufrió la ciudad el día 3 de Julio, Cortés «determinó derribar todas las casas de las calles que ganase, cegando con ellas los canales de agua.» Merced á este expediente, los españoles fueron ganando todos los barrios, sosteniendo reñidas bregas en todos ellos, pues los sitiados se defendían con un valor homérico y una homérica tenacidad. El día 27 de Julio, cuando ya el enemigo ocupaba casi toda la villa, Guatimocín trató de salir de ella, según dice Robertson, «á fin de hacerse fuerte en las más apartadas provincias del imperio, reorganizando la defensa comun.» Detenida la canoa en que el viril monarca cruzaba la laguna, Guatimocín se encaró con Cortés, diciéndole estas memorables palabras: «He cumplido mis deberes de rey, defendiendo á mi pueblo hasta la última extremidad. Mi vida es ya completamente inútil y puedes quitármela.» El 13 de Agosto de 1521, la ciudad quedó en

poder de los españoles, por la ley de las armas y la fuerza del hambre. Gómara cuenta que «los sitiados se alimentaban con yerbas y agua salobre, amontonándose los cadáveres en las casas.» Como buscaran, sin encontrarlo, el tesoro de Moctezuma, los hispanos pusieron al rey azteca y á uno de sus ministros sobre brasas ardientes, tratando de obtener, con esta tortura, la confesión del sitio en que se encontraba el tesoro imperial. Como el ministro mirara á Guatimocín, pidiéndole permiso para revelarlo, el monarca le dijo con sublime entereza: «¿Estoy yo, por ventura, en un lecho de rosas?»—El tesoro dormía en el fondo del lago; pero el botín fué enorme. En su tercera carta, escribía Cortés: «Recogido el oro y otras cosas, con parecer de los oficiales de vuestra majestad se hizo fundición de ello, y montó lo que se fundió más de ciento y treinta mil castellanos. Entre los despojos que hubo en dicha ciudad, hubimos muchas rodelas de oro y penachos y plumajes, y cosas tan maravillosas, que por escrito no se pueden significar, ni se pueden comprehender si no son vistas.» Todo el imperio siguió la suerte de la capital, sometiéndose al yugo de los vencedores. Más que á la inferioridad de las armas, debióse el fracaso á la desunión de los pueblos que lo componían, pues poco hubiesen conseguido los españoles, sin el poderoso auxilio de los tlaxcalenses. En aquella lucha, el odio de región á región y de tribu á tribu, pudo más que el sacratísimo amor de la tierra. El ananké antiguo pesaba sobre el trono de Moctezuma, sin que hubiese bastado á evitar su sentencia la sabia política de Netzahualcoyotl. Así la bandera española junta el rojo y el gualda de sus listones á las sulfúreas luces del Popocatepetl, acariciada en la popa de los navíos de la conquista por los céfiros suaves que rizan las espumas del Totonotlán. Acusado de ambiciones reales y después de haber extendido su dominación hasta el golfo hondureño, Cortés volvió á su patria en Mayo de 1528, regresando á Méjico con carga de honores, pero casi sin mando. En el año de [illegible], acudió [illegible] en el sitio de Orán [illegible], diendo, por suyo, el gobierno de Méjico. Sus reclamaciones importunaban. Cuéntase que habiéndose encontrado con Carlos de Gante en cierta ocasión, el monarca hizo ver que le desconocía. Cortés se irguió del todo, respondiendo al monarca: «¡Soy aquel que os ha dado más reinos que provincias tiene vuestra corona!» Era el primero de sus soldados en los combates y el primero también en las privaciones, obteniendo, con un pequeño puñado de gentes, la joya más rica entre los diamantes que adornaban el regio manto de España. Al fin, cargado de años y lleno de achaques, hambriento de justicia y rico de gloria, murió en Castilleja de la Cuesta y en Diciembre de 1547. ¡El polvo volvió al polvo! ¡Las energías de aquel gran corazón se refundieron en la naturaleza, y la luz de aquellos dominadores ojos se perdió en el espacio! ¡El polvo volvió al polvo; pero las olas mejicanas cantan todavía en las cítaras de los vientos, el sonoroso nombre de Hernán Cortés!

LIBRO SEGUNDO

EL GRITO DE DOLORES.

I.

Hemos dejado á España en posesión de Méjico. Hemos asistido á la conquista del imperio de Moctezuma, cuya compleja formación social fué más antigua y más adelantada que la del Perú. Hemos dicho que sus orígenes no pueden prefijarse de un modo cierto y seguro, debiendo suponerse que la civilización azteca fué el resultado de la labor de varias capas superpuestas de conquistadores. La existencia de los restos de un hombre de la edad cuaternaria, restos encontrados en unas ruinas cercanas á Tenuchtitlán, nos permiten creer que sus primitivos habitadores no fueron aquellos emigrantes asiáticos de que nos hablan Humboldt y Prescott. Como el Egipto y como la Caldea, el Anahuac estableció sus reales á distancia del mar, siguiendo las leyes del progreso histórico, en virtud de las cuales la civilización lacustre precede á la fluvial y esta á la marítima. Dijimos igualmente las causas que favorecieron y que allanaron la empresa de Cortés. Por una parte, la hostilidad continua entre Méjico y los estados independientes, como las tribus de Michoacán y la república de Tlaxcala. Esta hostilidad impedía la unidad del imperio y preparaba aliados á la conquista. Por otra parte, la secular creencia de que Quetzalcoatl, el semidiós benéfico que enseñó á los aztecas las artes del cultivo, vendría de los mares á fin de terminar su misión protectora. Por estas causas la península se adueñó del imperio, originalísimo en su estructura con lo cruel de sus divinidades, con su sistema numérico vigesimal, con el desarrollo de su cultivo agrícola, con la amplitud de sus construcciones arquitectónicas. Esas causas explican el fácil sometimiento de sus trescientas setenta ciudades, tributarias de la corona azteca y sometidas al mismo régimen fiscal; con sus orfebres delicadísimos de metales preciosos y de piedras finas; con sus simbólicas armas imperiales,

figurando un jaguar cautivo entre las garras de un aguila parduzca. ¿Cuál fué, en resúmen, el resultado de la conquista? De Greef nos dice, en el tomo primero de *La evolución de las creencias*: «La conquista del Perú y la de Méjico fueron dos sucesos considerables para la evolución de las creencias y de las doctrinas políticas de la humanidad. Púsose entonces en contacto con [illegible] yores imperios absolutistas del Nuevo Mundo el im- [illegible] bsolutista de la Europa, y por medio de aquel choque [illegible] mento en provecho de superiores formas fu- [illegible] España por el oro de los indios americanos. La dualidad, [illegible] dustrialismo capitalista encontrará el instrumento económico que le faltaba para su desarrollo nacional y también para inaugurar la era de las grandes relaciones internacionales.» Lo que de Greef no dice es que España debía sucumbir necesariamente, perdiendo sus dominios americanos, por el delito de no favorecer ese desarrollo en sus colonias y de contrariar las relaciones de sus colonias con el resto del mundo.

En los dos siglos que siguieron á la centuria décima sexta los virreyes, sucesores de Cortés, aumentaron el territorio de la Nueva España. Dilatóse por la península de Yucatán, descubierta por Hernandez de Córdoba en 1517 y sometida por Francisco de Montejo bajo la gobernación de Antonio de Mendoza. Dilatóse también por la Nueva Galicia, conquistada por Nuño de Guzmán, y las Californias, que esquilmó la barbarie de Bernal Piñaredo. Lo cierto es que, al iniciarse la época emancipadora, la población de la nueva España ascendía á 6.122.354 habitantes, según los cálculos hechos por Navarro y Noriega, tomando por base la matrícula de tributos de 1807. Lo cierto es también que las rentas del virreinato llegaron á 20.000.000 de pesos en 1808. No es menos cierto que pasaban de 60.000 los españoles residentes en la Nueva España en ese mismo año de 1808, monopolizando los empleos principales de la magistratura, el ejército y la administración, dándose el caso notabilísimo de que de los ciento setenta virreyes, de que habla Coroleu, unicamente cuatro nacieron en América. Este acaparamiento, no sólo de los empleos políticos, sino también de los beneficios eclesiásticos indispuso á los criollos con los peninsulares, favorecidos en sus empresas por el [illegible] por su número, sino por su influjo y autoridad, y como el número menor no puede prevalecer sobre el mayor en las instituciones políticas sino por efecto de los privilegios de que goce, las leyes habían tenido por principal objeto asegurar en ella esta preponderancia. Ella poseía casi toda la riqueza del país; en ella se hallaba la ilustración que se conocía; ella sola obtenía todos los empleos; ella sola podía tener armas, y ella sola disfrutaba de los empleos políticos y civiles.» Unase á esto que los mestizos, procedentes de la mezcla de los españoles con la clase india,—así como los negros y los mulatos,—no eran admitidos en las sagradas órdenes ni en los puestos públi-

cos, prohibiéndose á las mujeres de los derivados de sangre africana el uso de las joyas y de la seda. Estas castas, infamadas por las leyes y las preocupaciones; estas castas, que odiaban el yugo peninsular; estas castas, que ejercían la totalidad de las artes mecánicas, de la labor campestre y el trabajo minero; estas castas, unidas al servicio doméstico de las grandes ciudades; estas castas encendieron la hoguera emancipadora, alimentándola con sus afanes de reivindicación política y social. Se aumentaba lo sombrío del cuadro por la mala conducta de los alcaldes mayores. Estos, que habían sustituido á los repartimientos de indios, contrataban usurariamente á los indígenas, comprándoles á bajo precio los frutos de su industria y pagándoles dichos frutos con comestibles tasados de altísima manera. Las quejas de los indios se perdían en el vacío, porque los alcaldes, teniendo á su cargo el gobierno de las provincias y de los distritos, les obligaban á cumplir con todo vigor los contratos abusivos con que se enriquecían, vejándolos y oprimiéndolos con crueldad al más pequeño amago de resistencia; lo que hizo decir al virrey Linares que los alcaldes «faltaban al monarca en los repartimientos que hacían y al común de los naturales en la forma con que los tiranizaban.» En tanto que en Chile y en la Argentina la revolución nació de las ideas de libertad que agitaban al mundo europeo,—en Méjico, como dice la universalidad profética de Sarmiento, la revolución fué indígena en su esencia, incubándose en las clases inferiores de la sociedad. En Méjico el movimiento parte de la plebe; las clases cultas lo inician en Caracas y en Buenos Aires. En Santiago y en Lima el movimiento baja del cerebro hasta el corazón; en Méjico el movimiento sube del corazón á la inteligencia. Moreno es el discípulo de Turgot y D'Alambert: Morelos es la augusta encarnación de los dolores de la raza azteca, el producto de los agravios del zambo y del mestizo.

El acaparamiento de los puestos públicos por la raza española tenía una apariencia de razón legal. Disponía una de las leyes de la Recopilación de Indias que los descendientes de los conquistadores, así como también los de los primeros colonos, fuesen preferidos en la provisión de los empleos ultramarinos. Este fué el fundamento en que se apoyó la codicia oprimidora de los peninsulares. Este fué, también, el fundamento del primer estallido revolucionario. La injusticia produjo la resistencia. La sordidez dió origen á la libertad. Estudiemos, para comprender el movimiento emancipador, todo el engranaje del gobierno colonial. En la época de su creación, la autoridad de los virreyes fué casi ilimitada, moderándose luego por la acción controladora de las audiencias y los acuerdos reales. Se denominaban «reales acuerdos» las juntas celebradas por los oidores, para aconsejar á los virreyes lo que convenía en los asuntos árduos é importantes de la administración. Las audiencias tenían el encargo de administrar justicia y el de atender á las quejas originadas por las determinaciones de los virreyes. La audiencia superior, por lo extenso de su dominio jurisdiccional, era la de Méjico, compuesta de un regente, cinco al-

caldes de corte y diez oidores. La de Nueva Galicia seguía á la de Méjico, estando formada por cuatro oidores, un fiscal y un regente. Las audiencias gozaban de una justa reputación de integridad, no pudiendo sus miembros dar ni recibir dinero prestado, hacer visitas ni poseer tierras, asistir á bautizos ni celebrar partidas de diversión. Existían, igualmente, otras corporaciones de suma importancia y que mucho influyeron en el movimiento emancipador. Entre ellas sobresalían los Ayuntamientos y los Consulados. El consulado de Méjico, la más alta representación del gremio comercial, estaba constituido casi exclusivamente por peninsulares. El ayuntamiento, cuyos regidores eran criollos en su casi totalidad, representaba la tendencia americana, viviendo en pugna con los consulados y con los virreyes. En el proceso revolucionario, todos los municipios pertenecen á la causa popular, por la acción directiva de los ayuntamientos, mientras ponen su influjo y sus caudales al servicio de la corona los grandes consulados de Méjico, Veracruz y Guadalajara. Era enorme, también, la influencia del clero, cuyas propiedades no bajaban de la mitad del valor total de los bienes raíces del país en 1808, siendo tanta la multitud de los conventos y tan numeroso el cuerpo eclesiástico que ya en 1641 el ayuntamiento de Méjico pidió á Felipe IV que no permitiese la fundación de más reclusiones de monjas ni de religiosos. Al encenderse la hoguera revolucionaria, existían 4.229 clérigos repartidos en 1072 curatos, 2098 monjas distribuidas en 56 conventos y 3122 religiosos con 165 misiones y con 208 casas claustrales. Sólo los diezmos producían más de un millón y ochocientos mil pesos á los obispados de Nueva España. La influencia del clero se explicaba bien por lo muy enorme de sus caudales, lo grande de su número, lo privilegiado de su jurisdicción, lo aparatoso de sus ceremonias y por el respeto que los indios le conservaban, respeto legítimo si se tienen en cuenta lo mucho que habían contribuido al sometimiento de los aborígenes los misioneros como fray Jacobo de Testera y el largo espacio en que tuvo á su cargo la enseñanza pública la célebre compañía de Loyola, expulsada de Méjico en 1767. A principios del siglo XVIII, según Alamán, las costumbres del clero habían llegado á un grado escandaloso de corrupción, arrendándose los diezmos por remate público en varias feligresías, y al iniciarse la obra de los independientes, las órdenes religiosas se dividieron en criollos y gachupines, pues mientras los nativos se enorgullecían con el apoyo del colegio apostólico de Guadalupe y de la orden hospitalaria de San Juan de Dios, los peninsulares contaban con el auxilio de la orden del Cármen y del colegio apostólico de Querétaro. También lo injusto de la desigualdad de las fortunas pesaba sobre la clase sacerdotal. Los párrocos de los distritos rurales remotos gozaban del ridículo sueldo de ciento veinte pesos anuales, en tanto que el obispo de Yucatán percibía una anualidad de veinte mil duros, siendo aun mayores las disfrutadas por los mitrados de la Puebla y Valladolid. Esto explica la actitud del clero rural, compuesto generalmente de naturales, durante las guerras por la emancipación. Al iniciarse estas, Méjico era una

sociedad dividida en castas: la española, soñando con poderes, riquezas y cruces honoríficas; la criolla, alejada de los puestos públicos y celosa de los aires nobiliarios de la primera; la mezclada y la índica sufriendo bajo el estigma de una legislación llena de prejuicios. El país, en tanto, se había desenvuelto prodigiosamente. Era grande el desarrollo de la manufactura de telas y paños, existiendo como ochocientos telares repartidos entre Oaxaca, Teotihuacán, Chilapa y Cadereyta. El comercio había seguido los pasos de la manufactura, alcanzando á más de cincuenta millones de pesos las importaciones y exportaciones de la metrópoli con Veracruz. El producto de las minas representaba la enorme suma anual de veintitrés millones de pesos. La agricultura se desenvolvió con la minería, recolectándose treinta mil cargas de trigo y doscientas cincuenta mil fanegas de maíz unicamente en las cuarenta y seis haciendas de labor de los fértiles valles de Mexicaltzingo. El gravámen militar era poco, alcanzando apenas á seis mil hombres las tropas permanentes del virreinato, cuya custodia estaba encomendada á los cuerpos, llamados «milicias provinciales.» Esos cuerpos, que sumarían unos veintinueve mil hombres en su totalidad, se hallaban distribuidos por distritos y comandados por los propietarios de mayor influjo. Desde el 4 de Enero de 1803, don José Iturrigaray gobernaba en Méjico. Era el virrey de figura arrogante y de ameno trato, habiéndose distinguido militarmente en la campaña del Rosellón. De una capacidad común, muy dado al torco y á las riñas de gallos, se distinguió principalmente por su codicia. Favorecido por don Manuel Godoy, vendía ejecutorias y remataba empleos, defraudando escandalosamente las rentas reales. La falta de recato de su esposa, doña Inés de Jáureguy, contribuyó también al desprestigio de su autoridad, malquista por venal y poco delicada. Bajo su gobierno, los norteamericanos quisieron apoderarse de los territorios de California y Tejas. Iturrigaray sofocó aquel prematuro conato anexionista, pero no supo ni pudo evitar que las grandes ideas de los revolucionarios franceses agitasen el espíritu de la Nueva España, abriendo el camino que debían seguir Hidalgo y Morelos. Sin embargo, estas ideas no fueron, como ya hemos dicho, las principales engendradoras de la revolución. Debióse esta á lo injusto de las castas y al monopolio del comercio colonial. La venalidad del virrey sopló el incendio, indignando á todos el desenfreno con que vendía las cruces, las licencias y hasta los mismos fallos judiciales. En 1808 una corrupción sin límites imperaba en el gobierno colonial de Méjico.

II.

Apesar de lo aciaginoso de los comienzos del siglo XIX, España había conservado poco menos que intactos sus inmensos dominios. Para ello le fué preciso, no pocas veces, sacrificar sus escuadras y sus caudales, en beneficio de las ambiciones imperialistas de Napoleón. Se vió forzada, como todas las naciones europeas, á sog-

águila napoleónica en sus giros trágicos, uniendo lo rojo y lo amarillo de sus banderas á las tricolores banderas cesáreas en Finisterre y en Trafalgar. Pareció que el mundo iba á tranquilizarse con la paz de Tilsit. En la misma Francia las clases agrícolas, las mercantiles, las militares estaban ya ganosas de reposo y hartas de laureles. Thiers asegura que la paz de Tilsit fué recibida con unánimes aclamaciones por la nación y el ejército, por la Francia y la Europa. «Exceptuada la Inglaterra, que volvía á ver reunido contra sí el continente; exceptuada el Austria que había esperado momentáneamente la ruina de su dominador, nadie había que dejase de celebrar esa paz con que terminaba de súbito la más grande conmoción bélica que conocieron los tiempos modernos.» Napoleón mismo, según las declaraciones hechas por él en Julio de 1807, creía asegurada la paz continental y de fácil alcance la paz marítima. Confiaba en el poderoso auxilio de la alianza rusa para complicar á todos los estados marítimos de Europa en sus rencillas con la Gran Bretaña. En primer término necesitaba romper los pactos existentes entre el gabinete británico y el reino portugués. Napoleón hizo saber, entonces, al señor de Lima, embajador de Portugal en Francia, que era forzoso é inevitable, para asegurar la paz europea, que fuesen detenidas las personas y confiscadas las mercancías de origen británico existentes en Oporto y Lisboa. Portugal, agregó Napoleón, debe romper sus amistades con Inglaterra, uniendo sus escuadras á las escuadras prontas á obrar contra el enemigo común. Temeroso de no ser obedecido, Napoleón organizó en Bayona un cuerpo de veintiseis mil hombres, poniéndolo bajo las órdenes del mariscal Junot. Para aquel hombre que, según la gráfica expresión de Fontanes, «había recorrido la Europa dando y quitando diademas,» el reposo era una calamidad. Portugal, obligado á someterse, pidió consejos y órdenes al ministro Canning. De acuerdo con este, respondió que rompería con Inglaterra; pero que se negaba á toda medida contra las personas y las propiedades de los ingleses de Lisboa y Oporto. Portugal tenía razón procediendo así. El mismo Thiers dice: «Lisboa y Oporto habían llegado á ser verdaderas factorías en que todo era inglés, los negociantes, los capitales y los buques. Conceder el secuestro de las personas y de las propiedades, como lo exigía Napoleón, hubiera sido para aquellas factorías una completa ruina.» Esta respuesta indignó al coloso. Aquel vencedor, que mudaba á su antojo las fronteras de los imperios, quería ser obedecido sin replicar. Napoleón entregó sus pasaportes al señor de Lima y apresuró la marcha del ejército de Junot.

Desde la guerra austriaca de 1805, desde la muy efímera paz de Presburgo, Napoleón se mostraba ceñudo con España. Como Carlos IV, en aquel entonces, se negase á reconocer el advenimiento de José Bonaparte al trono de Nápoles, advenimiento que hería en su orgullo y en sus intereses á la casa de Borbón, Napoleón empezó á recelar de la lealtad de la alianza de la monarquía ibérica. Como alguién le dijera, en 1807, que los Braganzas, al verse perdidos, se retirarían al magnífico imperio de que eran poseedores más

allá del Atlántico, Napoleón pensó que le sería tan útil como fácil, en ese caso, ceder el reino portugués á España en cambio de las Baleares ó de las Filipinas. Renunció á esa idea, en primer lugar porque le disgustaban el libertinaje de la reina española y la manifiesta imbecilidad de su augusto esposo. En segundo lugar, porque no le complacía extender el dominio de un aliado capaz de abandonarle al menor vuelco del carro de su fortuna insolente y enceladora. Mientras se entregaba á estas meditaciones, el 18 de Octubre de 1807 el ejército de Junot cruzaba el Bidasoa encaminándose á Salamanca. El 27 del mismo mes, se firmaba el tratado de Fontainebleau, por el que España contraía el serio compromiso de auxiliar al ejército francés con una división de 26.000 hombres llamados á operar sobre Oporto, Lisboa y los Algarbes. En virtud del tratado de Fontainebleau, cuya triste celebridad es bien conocida, se formarían con las provincias del mediodía y del septentrión de Portugal dos pequeñas naciones, gobernadas respectivamente por el príncipe de la Paz y el príncipe de Etruria. Napoleón se reservaba el centro del dominio de los Braganza.

El César ya no procedía de buena fé. La idea de adueñarse del trono de España se iba apoderando del espíritu del Emperador. Thiers confiesa, en el sexto de los tomos de su *Historia del Consulado y del Imperio*, que sólo necesitaba un pretexto para atreverse á aquella usurpación. Las rencillas que anarquizaban la corte española se lo proporcionaron. Esta corte estaba dividida entre los parciales del príncipe de Asturias y los parciales del príncipe de la Paz, que era para María Luisa lo que fué Mazarino para Ana de Austria. La indolencia débil é imprevisora de Carlos IV, á quién manejaban una esposa perjura y un privado insolente, exaltaba los ánimos de ambas parcialidades. La ambición de Godoy, nunca satisfecha, quiso casar al príncipe con una de sus cuñadas: pero Fernando declaró con orgullo que no consentiría en semejante unión, calificándola de denigrante y de vergonzosa. Se ahondó el abismo y las querellas se exacerbaron. El príncipe de Asturias redobló las quejas sobre su alejamiento de los negocios públicos, encontrando ofensiva la vigilancia á que le sometían los familiares del duque de Alcudia. Don Manuel Godoy se propuso, entonces, [illegible]ar el orden de sucesión al trono. Toreno reconoce estas odiosas miras de la reina y del favorito. Godoy comprendió que su omnipotencia desaparecería no bien Fernando VII se ciñese la corona de España. El desheredamiento del príncipe de Asturias era la prolongación de su poder.—Un pliego, misteriosamente depositado, apareció sobre la mesa del despacho del rey. En ese pliego se le decía: «La corona de Vuestra Majestad está en peligro. La reina María Luisa le corre de ser envenenada. El príncipe Fernando prepara una sublevación en Palacio.» El 28 de Octubre de 1807, Carlo IV, entrando de pronto en las habitaciones de su primogénito, se apoderó de unos papeles que el príncipe trató de ocultar. El heredero de la corona ibérica, que tenía á la sazón veintitrés años, no veía sino por los ojos de su antiguo preceptor el navarro Escoiquiz. Poeta mediocre y prosista mediano, el canónigo Escoi-

quiz se cree con una habilidad política tan grande por lo menos como la de Alberoni. Los papeles sorprendidos por Carlos IV al príncipe de Asturias han sido dictados por el canónigo. El primero es una exposición al rey, llena de graves cargos contra Godoy. Hay otros tres documentos sin importancia entre aquellos papeles; pero, en cambio, la tiene y muy grande una carta del príncipe de Asturias á Napoleón, solicitando el auxilio de éste y el enlace con una de las princesas de su familia. El príncipe quedó arrestado en sus habitaciones, no consiguiendo que el monarca le perdonase aquellas intrigas sino humillando su dignidad ante la reina y el favorito. El 30 de Noviembre el ejército de Junot entraba en Lisboa, abandonada por los Braganzas, que el día antes se habían embarcado con rumbo al Brasil. El 22 de Diciembre las divisiones del mariscal Dupont establecían su cuartel general en Valladolid. Un tercer cuerpo de 28.000 hombres, mandado por Moncey, invadió á Castilla el 9 de Enero de 1808. El primero de Febrero, Junot se apoderaba del mando supremo del reino de Portugal, declarando que la totalidad de este quedaba bajo el gobierno y bajo la custodia del imperio francés. El 16 de febrero el general Darmagnac se apoderó de la ciudadela de Pamplona; el 28 del mismo mes el general Duhesme hizo suyo el castillo barcelonés de Montjuich, y el 5 de Marzo el general Thouvenot ocupaba la plaza de San Sebastián. Ante aquellas evidentísimas violaciones del tratado de Fontainebleau, la corte española empezó á manifestarse turbada é inquieta, adivinando los designios del Emperador. Godoy procura en vano convencer á su rey del peligro que amenaza á la dinastía. Cuenta Alberto Savine, en su erudito estudio *La abdicación de Bayona*, que un día en que ambos estaban en el Escorial, de codos á un balcón que dá vista al camino de Madrid, el favorito, singularmente melancólico, manifestó al monarca sus inquietudes. «Vuestra Majestad, dijo señalando las inmediatas colinas, vé esas alturas tan azules y tan alegres bajo el hermoso cielo de España. ¡Ay! yo las veo cubiertas de soldados franceses; veo sus campamentos, su tren de campaña, el brillo de sus fusiles. Veo la corona de Vuestra Majestad, esa corona que han hecho gloriosa los siglos, arrancada por el águila sangrienta que adoran esos soldados.—No veo yo el horizonte tan negro como tú le pintas, replicó el rey. En nuestros días, un atentado semejante no es posible. El Emperador se explicará. Es imposible que, de propio impulso, no explique sus intenciones.» El 13 de Marzo se supo que Murat había sido nombrado general en jefe del ejército francés en España. La corte resolvió trasladarse á Sevilla, para facilitar á los soberanos, si los recelos se convertían en certidumbres, el viaje á sus inmensos dominios de América. Como los Braganzas, los Borbones parecían resueltos á buscar un refugio más allá de los mares. Se ordena que la guarnición de Madrid se traslade á Aranjuez, donde está la corte, para custodiar á los reyes en su viaje. La corte, como siempre, se halla dividida en dos camarillas: la de Godoy, partidaria del viaje de los monarcas, y la de Fernando, que no juzga oportuno ni conveniente el abandono de la península. El día 18 asaltan

los fernandinos el palacio del príncipe de la Paz, obligando al rey á firmar un decreto exonerándole de sus dignidades. El 19, ante el peligro de una nueva asonada para impedir su fuga, Carlo IV se desprende de la corona, ordenando el reconocimiento de la soberanía de Fernando VII. El 23 de Marzo, Murat entra en Madrid, y el 24 Fernando VII sigue á Murat. Ya habían empezado los tratos entre Murat y los reyes padres. Murat les escribe el 20 de Marzo: « He sabido con indignación los sucesos de Aranjuez. » El 21, Carlos IV envía á Murat un documento en que protesta de su abdicación, que considera forzada y nula. Fernando, por su parte, trata de atraerse al Emperador. Murat, influyendo sobre Carlos IV, y Savary, influyendo sobre Fernando VII, logran que ambos se resuelvan á salir al encuentro de Napoleón, que se hallará en Bayona á principios de Abril. Savary, enviado á España con el encargo de llevar á Fernando á Bayona, le dice con artero desembarazo: « Me dejo cortar la cabeza si, al cuarto de hora de haber llegado Su Majestad á Bayona, no le reconoce el Emperador por rey de España y de las Indias.»

Napoleón llegó á Bayona el 14 de Abril, Fernando llegó el 20 y los reyes padres el día 30. El 29 Napoleón les había escrito una carta diciéndoles que «no había reconocido ni reconocería jamás al príncipe de Asturias como rey de España.» En efecto, en la noche del 20, Savary se presentó á Fernando, manifestándole que Napoleón había decidido pedirle su renuncia al trono de España. Al mismo tiempo Napoleón escribe á Talleyrand, diciéndole que «el príncipe de Asturias es muy estúpido, muy malvado y muy enemigo de la Francia.» No trata mejor á los reyes padres. Después de su primera entrevista en Bayona, dice á Josefina: «El rey tiene el tipo y la cara de los Borbones. La reina es feísima, y con su piel amarilla se parece á una momia. Tiene el aspecto falso y malvado» El 2 de Mayo, Madrid se levanta contra Murat. Daoiz y Velarde se inmortalizan, disciplinando y dirigiendo la resistencia. Murat se engañaba cuando, en Abril de 1808, escribió á Napoleón: «El pueblo español no quiere ser conquistado; pero se dará.» No bien llega á Bayona la nueva de los sucesos del 2 de Mayo, Napoleón hace ver que se irrita, amenaza á Fernando y llena de temores [illegible]rejo rey. El 6 de Mayo, el príncipe de Asturias renuncia á la corona y Carlos IV abdica por segunda vez en beneficio de Napoleón. Champagny trata de explicar á la diplomacia, en una nota ministerial, los motivos de aquella enorme doblez. «La corona de España, desde Luis XIV, pertenece á la familia que reina en Francia. El Emperador, que ha recogido la herencia del gran rey, no puede desprenderse de una de sus más hermosas porciones. » Dueño de la corona de España, Napoleón se apresura á entregársela á su hermano José, que reinaba en Nápoles. El gobierno de Nápoles será para Murat. Según Thiers, Napoleón encontraba muy fácil derribar á los Borbones del último trono que les quedaba en Europa. «Juzgaba que las dificultades de esta empresa no excederían mucho de las que en Nápoles se habían suscitado. Suponiendo que fuesen los españoles tan duros y obstinados como los ban-

HÉROES DE LA INDEPENDENCIA DE AMÉRICA

MÉXICO



José Morelos y Pavón

dolores de la Calabria, bastaría triplicar ó cuadruplicar la extensión de estas provincias. En vez de veinticinco mil franceses, se necesitarían cien mil para superar los obstáculos.» Napoleón se engañaba. Cartagena se levantó al 22 de Mayo. El 24 hicieron lo mismo Oviedo y Zaragoza, Murcia y Valencia. El 26, Sevilla siguió el ejemplo de sus hermanas, organizando el pueblo de esta ciudad, reunido en la casa del Ayuntamiento, la Junta Suprema de España y de las Indias. Renacían los tiempos de Sagunto y Numancia. El 9 de Agosto, José Bonaparte escribió á Napoleón: «No tengo un solo español que me sea adicto. Felipe V no tuvo más que un competidor. Yo tengo á un pueblo entero por enemigo.» Decía la verdad. El pueblo español de las calles y de los campos se alzó pronto y terrible, unánime é intrépido contra el conquistador. El águila no pudo subyugar al león, que rugió majestuoso en Gerona y el Bruch, Bailén y Arapiles. La guerra de España demostró á Napoleón que, como dice Thiers, hasta la misma Providencia se cansa cuando el genio la agita demasiado.

III.

Hablando de la guerra de España, que ya José de Maistre anatematizó en 1809, dice Roger Peyre en el tomo segundo de *Napoleón y su tiempo*: «Europa entera se indignó de la alevosía de Bayona, y Francia, por su parte, condenó, desde el primer momento, una política tan contraria á su dignidad como á sus intereses. Era necesario llevar á España las ideas francesas, no sus armas. Fué un craso error pretender destruir la independencia de un pueblo y atraerse una guerra nacional, en vez de limitarse á sostener una lucha de carácter político. «El gesto indignado de las monarquías del viejo mundo era plausible y lógico. La decadencia española y el deseo de expandir la cultura francesa no justificaban el atentado de Napoleón. Si esas razones legalizarán la sed de poderío de los más fuertes, pronto se cubriría nuestro globo de lagos de sangre y el derecho á la guerra no sería el producto de una imperiosa necesidad, como quiere el sabio humanitarismo de Montesquieu. Dice Olivi, en su *Diritto internazionale*, que «los más altos intereses políticos y las aspiraciones morales más elevadas no serán jamás una razón jurídica para hostilizar á las otras naciones, si esa ostilidad maltrata y lesiona un derecho existente.» El primero de todos los derechos patrios es la independencia y la integridad del suelo. Por eso Lucas, elogiado por Fiore, dijo bien al decir que si la guerra defensiva es justa, la guerra ofensiva, la guerra de ambición y de conquista, es un crimen nefando.

Los sucesos de Aranjuez y las bajas intrigas de Bayona fueron providenciales para las colonias americanas. Mientras España se estremece indignada bajo el galope del caballo del duque de Berg, América se estremece con los primeros sacudimientos de su liberación. Esta reviste en Méjico un carácter especialísimo. En las colonias del mediodía, el movimiento es hijo de las ciudades, ini-

ciándolo los municipios y las clases cultas. En Méjico el movimiento se origina en los campos, iniciándolo y sosteniéndolo la población india. Era muy sólido el edificio del coloniaje en la tierra de Moctezuma. Los españoles acaparaban las minas, el comercio y la propiedad territorial. Dueños de la fortuna y la ilustración, se movían desdeñosamente entre las hambrientas y semi-desnudas clases mezcladas. El movimiento insurreccional nació en un humilde curato campestre, como el cristianismo nació en un humilde portal de Belén. Más humilde aun fué la cuna de la mejicana liberación, porque no tuvo reyes orientales que la envolviesen en nubes perfumadas con sándalo y áloe. Tan sólo recibió las rusticas ofrendas de unos pastores enternecidos; pero de unos pastores que no tenían chozas ni rebaños.

En Junio de 1808 se supo que Carlos IV renunciaba al trono y que la privanza de Godoy había concluido. El virrey Iturrigaray, hechura del príncipe de la Paz, se mostró ceñudo y descontento con aquellas nuevas. El 15 de Julio se recibió la noticia de la invasión de España. La abdicación de Fernando VII, producto de las violencias de Bayona, fué desconocida por la audiencia y los consulados. Iturrigaray no salió de su fría actitud de reserva. El espíritu público se dividió en dos campos. La audiencia representaba los intereses de los españoles. El ayuntamiento encarnó los intereses de los mejicanos. La primera quería que las colonias acatasen y se sometiesen á la metropoli, fuere cual fuere el gobierno de esta. El ayuntamiento sostenía que, mientras durase el cautiverio del joven monarca, Méjico podía y debía adoptar un gobierno propio. No faltó quien insinuase á Iturrigaray que, poniéndose de parte de los nativos, le sería factible conseguir la superintendencia del gobierno á crearse. El 9 de Agosto, á solicitud del ayuntamiento, se celebró una junta de notables, resolviéndose en ella no reconocer otra autoridad que la autoridad de las corporaciones creadas ó establecidas por Fernando VII. El 13 de Agosto se celebró la solemne proclamación del monarca cautivo, convocando Iturrigaray de nuevo á los notables para darles cuenta de que las juntas gubernativas de Sevilla y Oviedo, rivales en influencia y en afán de mando, pedían ser acatadas y reconocidas por la Nueva España. El partido peninsular luchó por el sometimiento á la junta de Andalucía y por el rechazo de las pretensiones de la junta de Asturias. El partido patriota insistió en la necesidad de reunir una asamblea de diputados, para que organizase el gobierno provisional de Méjico. Como la audiencia insistiese sobre el acatamiento á la junta de Sevilla, Iturrigaray disolvió la reunión, declarando con acritud que tan junta era la asturiana como la andaluza y tan sin valor la andaluza como la asturiana. Esto bastó para que el partido español acusase á Iturrigaray de que quería independizarse de la península y ceñirse la corona de Méjico. Se tramó una conjura. El 15 de Septiembre los conjurados invadieron el palacio del virrey, le sorprendieron y le aprisionaron, remitiéndole á España, por el supuesto delito de alta traición, á fines de 1808. La audiencia nombró para sustituirle al mariscal don Pedro

Garibay, basándose en una real orden de 1806, en virtud de la cual, ausentes ó depuestos los virreyes, debían ser reemplazados por el jefe militar de mayor graduación. Garibay descontentó á los españoles por su ineptitud y se indispuso con los naturales por haber perseguido á varios mejicanos de tendencia patriótica. El 19 de Julio de 1809 el arzobispo de Méjico, don Francisco Favier de [illegible] y Beaumont, reemplazó á Garibay. El partido criollo iba [illegible] poco satisfizo sus exigenc descubrió una conspiración en Valladolid. El arzobispo, apesar de las insinuaciones de la audiencia, trató á los patriotas con benignidad. El 8 de Mayo de 1810 la audiencia se hizo cargo del gobierno de Méjico, siendo reemplazada, el 13 de Septiembre, por el general don Francisco Favier Venegas, gobernador de Cádiz. Según Coroleu, Venegas era huraño é imperioso, aunque activo y enérgico, muy probo y conocedor de los hombres. Bajo su gobierno se inician los verdaderos trabajos patricios en Querétaro, donde se reunían y conspiraban, bajo el pretexto de tratar asuntos literarios, el corregidor de la provincia don Miguel Dominguez, el presbítero don José María Sanchez, el licenciado Laso y los capitanes Aldama y Allende. El cura de Dolores, don Miguel Hidalgo, era el alma y el jefe de la conspiración. Don Lucas Alamán, el más concienzudo de los historiadores de la independencia de Méjico, nos dice que al iniciarse el movimiento libertador, Hidalgo tenía más de sesenta años. Era de mediana estatura, cargado de espaldas, de color moreno, de ojos muy verdes, canoso y calvo, bastante membrudo, poco locuaz y desaliñadísimo en cosas de vestir, usando siempre sombrero redondo, terno de lana y capote negro. Era bachiller en teología, poco ortodoxo en sus opiniones, por demás dadivoso, muy afecto á la música y en extremo dado al estudio de las artes agrícolas. Según Alamán, extendió en su parroquia el cultivo de la vid y de la morera, le apasionaba la cría de las abejas y fabricó algunas piezas para su uso particular con la seda de los gusanos de sus plantíos.—«Existen todavía en Dolores ochenta y cuatro árboles plantados por él, en el sitio á que se ha dado el nombre de las moreras de Hidalgo.»—Sino imponía respeto por lo poco severo de sus costumbres, lo grande y lo continuo de sus caridades le ganaron el corazón de sus feligreses. Los indios, cuyos idiomas conocía bien, idolatraban á su viejo párroco, cuya puerta nunca encontró cerrada la necesidad. El movimiento insurreccional debía iniciarse el primero de Octubre de 1810. El 13 de Septiembre los conspiradores fueron denunciados por dos de sus cómplices. Juan Garrido, maestro de música del batallón provincial de Guanajuato, y Joaquin Arias, capitán de una compañía del regimiento de Celaya, descubrieron el plan de la conspiración al intendente Riaño y al alcalde Ochoa. Allende y Aldama, conocedores de la denuncia, enteraron á Hidalgo de lo que ocurría. A las dos de la mañana del día 16, después de oir la narración hecha por sus amigos, el cura de Dolores resolvió precipitar los aconteci-

mientos, diciéndoles con calma y heroicidad: «Ya no hay más remedio que cazar gachupines.» El domingo, 16 de Setiembre de 1810, don Miguel Hidalgo, después de tocar á misa antes de lo acostumbrado, se dirigió desde el atrio de su iglesia á los feligreses, reunidos allí, proclamando la independencia de la Nueva España. El clarín de los gallos saludaba al amanecer. Aun brillaba una estrella en el azul sombrío de los cielos. El cempazochil llenaba la atmósfera de perfumes campestres. Entre las verdes hojas de los capulines se iniciaban los alegres conciertos del gorrión. Encarcelados los españoles de la localidad, Hidalgo se dirigió á San Miguel el Grande. Contaba, al llegar á esta villa, con un ejército de cinco mil hombres, indios y vaqueros en su casi totalidad. Dice Alamán, en la pág. 337 del primero de los tomos de su obra: «En la mitad de Setiembre en que tuvo lugar la revolución, los maices están yá maduros en los campos, y en aquella época de riqueza y prosperidad para la agricultura, las haciendas abundaban en ganados y en toda clase de mantenimientos. ¡Desgraciada la finca de europeo por la que acertaba á pasar Hidalgo con su ejército! Los indios se esparcían en los maizales y la cosecha quedaba bien pronto levantada; se abrían las trojes, y las semillas guardadas en ellas, desaparecían en un momento; matábanse todos los bueyes que eran menester, y si había un pueblo de indios inmediato, hasta lo material del edificio era destruido, para aprovecharse de las vigas y de las puertas.» Este desborde perjudicó, desde sus orígenes, á la revolución. En la noche del 16 y durante todo el día 17, la indiada de Hidalgo saqueó las casas de los europeos de San Miguel el Grande. Muchos españoles fueron reducidos á prisión, obligándóseles á seguir al ejército independiente. El 20 de Setiembre Hidalgo se presentó delante de Celaya. En su intimación al ayuntamiento de esta ciudad, decían los jefes revolucionarios: «En el mismo momento en que se mande dar fuego contra nuestra gente, serán degollados setenta y ocho europeos que traemos á nuestra disposición.» La causa mejicana estaba perdida. El movimiento, falto de cordura y falto de piedad, había fracasado. Hidalgo entró en Celaya. Los indios se entregaron al más espantoso saqueo. Aldama reprochó al cura de Dolores su tolerancia para con los desmanes de la muchedumbre. Según Alamán, Hidalgo contestó «que él no sabía otro modo de hacerse de partidarios.» Muchos caudillos, engañados por un ambiente de falsa popularidad, han sido víctimas de una respuesta parecida á esta bárbara contestación. Cuando se quiere renovar ó engrandecer el espíritu público, es preciso conducir á las masas y no ser arrastrado por el oleaje de la multitud.

IV.

El virrey Venegas, convencido de la importancia de la revolución, expidió un bando, el 5 de Octubre, ordenando que con todos los peninsulares y con todos los descendientes de españoles, que seis disfrutaran de cierta holgura y que hubiesen cumplido diez

años, se formasen tres batallones de infantería, un escuadrón de caballería y un cuerpo de artilleros. Reforzó, además las guarniciones de Querétaro y Guadalajara. Ya el 27 de Setiembre había ofrecido la tentadora suma de diez mil pesos á aquel ó á aquellos que le entregasen, con vida ó sin ella, al cura de Dolores. Pocos días antes, el 24 del mismo mes, el obispo de Michoacán excomulgó á don Miguel Hidalgo, ordenando que los católicos le negasen socorro y favor. El arzobispo de Méjico, el 11 de Octubre, reconoció la excomunión lanzada por el prelado de Michoacán. La Inquisición, por su parte, citó á Hidalgo, el 19 de Octubre, dándole un plazo de treinta días para comparecer en la sala de audiencias del tribunal, como reo del delito de opiniones poco ortodoxas y contrarias al decoro de la Iglesia.

El ejército libertador, después del lamentable saqueo de Celaya, se había puesto en marcha con rumbo á Guanajuato. El arroyo se había transformado en torrente. Los trescientos hombres, salidos de Dolores, eran ya veinte mil. El intendente de Guanajuato, don Juan Antonio de Riaño, se preparó á recibir á los insurrectos, levantando trincheras y abriendo fosos en las calles de la ciudad. Intranquilo al ver la actitud callada y sospechosa de la plebe, deshizo lo hecho, cegó los fosos y quitó las trincheras, reconcentrando la defensa de la ciudad en el edificio de la Alhóndiga de Granadito. Guanajuato se encuentra en el fondo de un valle, circuido por un cordón de ásperas montañas. La alhóndiga está á la entrada de la ciudad; los cerros la dominan. Era un vasto edificio cuadrangular. En su patio interior hay dos magníficas escaleras, que unen el piso alto con el bajo, coronando el sólido edificio aduanero un techo abovedado de piedra cuadrada. El intendente hizo trasladar á la alhóndiga los caudales públicos, que ascendían á más de seiscientos mil pesos en barras de plata y onzas de oro. A las cinco mil fanegas de maíz, depositadas en el edificio, el intendente agregó una gran cantidad de víveres de toda especie. La guarnición, mandada por Riaño, llegaba apenas á seiscientos hombres. El 28 de Septiembre de 1810, Hidalgo se presentó ante Guanajuato. Desatendidas sus intimaciones de rendición, un gran grupo de indios, —armados con lanzas, palos, hondas y flechas,—atacó á la alhóndiga, viéndose obligado á retroceder bajo el fuego nutrido de sus defensores. Una nueva y formidable avalancha de indios bajó de las alturas. Riaño, herido de un balazo en el ojo izquierdo, fué muerto en este segundo y furioso ataque. De pronto un minero, acercándose con intrepidez á la puerta de la aduana, la untó con brea y la prendió fuego. La muchedumbre, adueñada de las alturas, redobló sus esfuerzos con descargas de piedras á mano y á honda, que excedían al más espeso granizo. Dice Alamán: «Tal fué el número de piedras lanzadas en el corto rato que duró el ataque, que el piso de la azotea de la alhóndiga estaba levantado cosa de una cuarta sobre su ordinario nivel.» Franqueada la puerta principal por la virtud del fuego y faltos de unidad los defensores por la muerte del intendente, la muchedumbre lo arrolló todo con su ímpetu irresistible, cesando al breve tiempo la resistencia. Los

rendidos fueron inmolados sin misericordia, empezando el saqueo lo mismo que en Celaya y en San Miguel. Según Alamán, «los saqueadores combatían de nuevo por el botín y se daban la muerte los unos á los otros. La plaza y las calles estaban llenas de fragmentos de muebles, de restos de los efectos sacados de las tiendas, y de licores derramados después de haber bebido hasta la saciedad.» Con objeto de que cesasen aquellos desórdenes, Hidalgo publicá un bando el 30 de Septiembre. No fué obedecido. Fué necesario fusilar á los grupos que forzaban las tiendas. Balzac nos habla de una campana que suena en nuestro espíritu, cada vez que se aproxima la desventura. El cura de Dolores, en Guanajuato, debió sentir el profético y lúgubre tañido de esa campana.—El 8 de Octubre abandonó la ciudad saqueada, dirigiéndose á Valladolid. Su ejército ascendía á cincuenta mil hombres. El 17 de Octubre el grueso de las fuerzas libertadoras entró en Valladolid, impartiéndose órdenes severísimas para impedir los actos de pillaje. Como un numeroso pelotón de indios no las obedeciera, disponiéndose á saquear las casas de algunos españoles, Hidalgo resolvió que fuesen disueltos á cañonazos. El odio de razas había desencadenado una tempestad que, si al principio fué favorable á sus fines, ahora le contrariaba y le estremecía. No se le ocultó que las depredaciones y los asesinatos conducían al derrumbe de la causa libertadora. Desde entonces hizo lo posible por evitarlos, aunque comprendiendo que ya era tarde y que la revolución «nunca sería lo que él había querido que fuese,» según dijo, en Valladolid, al carmelita Teodoro de la Concepción. El conde de Sierra Gorda, que desempeñaba interinamente las funciones de obispo de la diócesis, levantó la excomunión lanzada sobre Hidalgo, quien se incautó de los fondos públicos, que ascendían á unos cuatroscientos mil pesos, juntando, á sus escasas fuerzas disciplinadas, dos batallones de guardias provinciales y el regimiento de dragones de Michoacán. Se le unieron también ocho compañías de voluntarios formadas al recibirse la noticia del movimiento insurrecional de Dolores. Hidalgo salió de Valladolid el 19 de Octubre, para revistar á su ejército en Acámbaro, antes de dirigirse á la capital. En Acámbaro fué proclamado generalísimo de la revolución, organizando en regimientos de mil plazas los ochenta mil hombres de que disponía. Don Manuel de Flon, conde de la Cadena y jefe de la guarnición de Querétaro, operaba en aquellos días un movimiento para unirse á las tropas del brigadier don Felix María Calleja, comandante de la brigada de San Luis de Potosí. Hidalgo apresuró su marcha sobre Méjico. Le salió al encuentro con dos mil hombres, por orden del virrey, el coronel Torcuato Trujillo. Se situó éste en el monte de las Cruces, á seis leguas de la capital, chocándose sus guerrillas con las de Hidalgo á las ocho de la mañana del 30 de Octubre. El combate se formalizó á las once del día. Trujillo contaba con dos cañones, que desorganizaron el frente de las columnas libertadoras; pero los indios se rehicieron y se precipitaron sobre los cañones, riéndose de la metralla hasta arrollar á las gentes del rey. Era tal su entusiasmo que pretendían tapar con sus sombreros la

boca de los cañones. Trujillo se retiró á las seis de la tarde, dejando sobre el campo, entre muertos y heridos, á una tercera parte de los suyos. No podía ser más crítica la situación de Méjico. Según dice Bustamante, en su *Cuadro histórico*, los batallones realistas perdieron hasta sus banderas, siendo mucho el acierto y grande la bravura que Allende demostró en la célebre batalla de las Cruces. La artillería real cayó en poder de los insurrectos y la retirada de los peninsulares se hizo en desorden, no comprendiéndose las razones en virtud de las que Hidalgo no quiso coronar aquella victoria, apoderándose de la capital. Esta se dió cuenta del riesgo que corría. Por temor al saqueo, el dinero y las alhajas fueron enterrados, no bien entraron en la capital, con la ropa en girones y el rostro ennegrecido por el humo de las descargas, los restos de las fuerzas de Trujillo. Hidalgo, el 31, acampaba á la vista de la ciudad, en los alrededores de Coajimalpa. El mismo 31, á las tres y media de la tarde, envió al virrey una delegación para tratar de la entrega de la ciudad. Venegas no quiso recibirla, confiando en resistir con los siete mil hombres que le quedaban hasta que le auxiliasen Flon y Calleja. Difícilmente lo hubiera conseguido por lo muy numeroso del ejército libertador, al que vigorizaba la alegría que da la victoria. Contrariando la voluntad de Allende, Hidalgo renunció á la toma de la ciudad. ¿Temió la llegada de Flon y Calleja? ¿Quiso impedir que los indios saqueasen á Méjico? Lo único que se sabe es que el 2 de Noviembre abandonó precipitadamente sus posiciones de Coajimalpa para encontrarse, en la mañana del 6, con las avanzadas de Calleja en las cercanías de Arroyozarco. El día 7 los independientes ocuparon una loma rectangular, desde la que se dominan el pueblo y la compiña de Aculco, colocando seis piezas de artillería en cada uno de los flancos de su línea. Con la retirada había empezado la deserción, reduciéndose á la mitad el número de indios. Los seis mil hombres de Calleja, divididos en tres columnas, avanzaron hacia la loma. La artillería de los insurrectos, mal dirigida, nada supo hacer, en tanto que lo certero de los disparos de la artillería real sembraba la confusión en el ejército independiente. Un hábil movimiento de la caballería de Calleja, amenazando rodear la retaguardia enemiga, decidió del éxito del combate. Los indios se pusieron en fuga, arrastrando á la tropa disciplinada. Hidalgo perdió su material de guerra, dirigiéndose á Valladolid, mientras Allende tomaba el rumbo de Guanajuato. El 21 de Noviembre de 1810, Calleja se dirigió á esta última ciudad, donde Allende se preparaba á la resistencia. El jefe libertador, sin confianza en sus medios de defensa, solicitó el auxilio de Hidalgo, escribiéndole que si Guanajuato caía en poder de los españoles, quedarían perdidas para la revolución Valladolid, Zacatecas, Potosí y la misma Guadalajara. El 23 de Noviembre Calleja acampó á cuatro leguas de la ciudad y ocupó los caseríos que la circundaban. El vecindario se aprestó á la defensa. Era grande el heroísmo de los sitiados; pero carecían de armas de fuego y era tal el montaje de sus cañones que resultaban del todo inservibles, por no poder variar su punto de mira. ¿Qué

podían hacer, contra la metralla, sus lluvias de piedra? ¿Qué hacían con sus lanzas, contra los fusileros de la tropa real? Con ocho mil cadáveres demostró su bravura la ciudad viril: ocho mil de los suyos murieron defendiéndola. Un acto de barbarie deslustra aquella página ilustre de la historia de Méjico. Ciega de coraje al verse perdida, la plebe asesinó á los prisioneros de la Alhóndiga de Granadito. Fueron degollados, en aquella aduana convertida en prisión, más de cien españoles y algunos mejicanos enemigos de la causa emancipadora. Hidalgo, sordo al pedido de Allende, salió de Valladolid para Guadalajara, donde publicó un extenso manifiesto, en el que se leían estas palabras: «Rompamos, americanos, los lazos de ignominia con que nos han tenido ligados tanto tiempo: para conseguirlo no necesitamos sino unirnos. Si nosotros no peleamos contra nosotros mismos, la guerra está concluida y nuestros derechos á salvo. Unámonos, pues, todos los que hemos nacido en este dichoso suelo, viendo desde hoy como enemigos de nuestras prerrogativas á todos los que no son americanos.» A esta proclama respondió Calleja con un bando feroz, disponiendo que se sorteasen y se fusilasen cuatro habitantes del pueblo en que la plebe asesinase á un soldado real ó á un español de origen. Por cada soldado y por cada español que matara la plebe, serían pasados por las armas, sin distinción de personas, cuatro habitantes designados por la casualidad. Con este bando, que se hizo público el 12 de Diciembre de 1810, recrudeció la brutalidad de aquella guerra á muerte entre los peninsulares y la raza indígena. Allende, después de su derrota, se unió en Guadalajara á las fuerzas de Hidalgo. Flon, al posesionarse de Guanajuato, hizo fusilar, casi sin juicio, á todos los empleados y militares sospechosos de haber tomado parte en la defensa de la ciudad. Hidalgo salió de Guadalajara el 14 de Enero de 1811, acampando en el puente de Calderón. Contaba con un ejército de cien mil hombres, compuesto de siete regimientos disciplinados, quince mil jinetes y una masa de indios sin otras armas que su habilidad en el certero manejo de la honda. Tenía también más de noventa cañones, defectuosos en su mayor parte y mal montados casi todos ellos.—El 17 de Enero de 1811, Calleja atacó el puente de Calderón. Flon, con dos divisiones de infantería, se dirigió hacia la izquierda de una loma escarpada, en que Hidalgo había colocado una batería de setenta y cinco cañones. Calleja avanzó, con el resto del ejército, hacia la derecha de la artillada altura. La victoria, al principio, pareció inclinarse á favor de los independientes, que se batían con intrepidez confiando en su número y en lo ventajoso de su posición. En realidad eran los más debiles. Sus tropas disciplinadas sólo tenían un fusil para cada treinta hombres; su artillería era inferior en acierto y en calidad, porque sus cañones carecían de juego sobre las cureñas; los inorgánicos y casi indefensos pelotones indios imposibilitaban la cohesión y la rapidez de sus movimientos, siendo un peligro en caso de desastre, porque sembraban la locura del pánico, la más contagiosa de las locuras en las filas del ejército libertador. Empeñada la acción por ambas alas, la derecha realista se desordenó.

El escuadrón de San Carlos, que figuraba en ella, retrocedió dos veces comenzando á huir, y el coronel Emparán, jefe de los dragones de España, fué herido gravemente en la cabeza, produciéndose la confusión en su regimiento. El coronel Jalón acudió en su auxilio, atacando á la bayoneta las posiciones libertadoras y restableciendo el equilibrio de la batalla. En el ala izquierda sucedió otro tanto. Flon fué rechazado dos veces. Agotadas sus municiones de artillería, dice Alamán, «empezaron á vacilar los cuerpos de su división y algunos á retroceder en desorden.» Hidalgo no supo aprovecharse de estas ventajas. Calleja, entonces, concentró su artillería y ordenó á la caballería real que avanzase á galope sobre las piezas de los insurrectos. Batida á metralla como á medio tiro de fusil y sableada después por los jinetes monárquicos, la gran batería se desconcertó, «huyendo sus defensores con tanta precipitación, que dejaron cargados á metralla casi todos sus cañones, sin detenerse á dispararlos.» La batalla había concluido. El combate duró seis horas. El ejército de Hidalgo perdió sus banderas, su artillería, sus municiones y todos sus pertrechos. En la persecución, don Manuel de Flon, conde de la Cadena, fué muerto por un soldado del regimiento provincial de Valladolid. Con el desastre de Calderón terminó el prestigio de don Miguel Hidalgo. Después de la batalla, perdida por la pésima organización de su ejército, los jefes patriotas se refugiaron en Aguascalientes, donde Iriarte, uno de sus adeptos, había reunido quinientos mil pesos y dos mil soldados. De Aguascalientes pasaron á Zacatecas. Allí, destituyendo á Hidalgo, Allende asumió las funciones de generalísimo. Calleja entretanto, se robustecía y adelantaba, venciendo en algunos encuentros parciales. Allende, que con los dos mil voluntarios de Iriarte se situó en el Saltillo, presenciaba con angustia la marcha triunfal de los realistas. El 16 de Mayo, comprendiendo que no podía oponerse á ella, Allende convocó á los jefes que le acompañaban, demostrándoles la necesidad de refugiarse en los Estados Unidos. Escribióse, con ese objeto, á don Pedro Aranda, gobernador patriota de Cohauila, dándole orden para aprestar doscientos cargueros y una gran cantidad de víveres. El 21 de Marzo, un desertor de la causa revolucionaria, el coronel don Ignacio Elizondo, detuvo en las Norias de Baján á los catorce coches en que iban los jefes fugitivos. Los mil voluntarios, que los escoltaban, no hicieron resistencia. Hidalgo y Allende, que no sabían la traición de Elizondo, creyeron que la gente, por este reunida, comulgaba en los altares libertadores. La recibieron sin desconfianza. Elizondo los separó de su escolta. Logrado este ardid, los redujo á prisión y atacó á los suyos, atolondrados por lo grande de la sorpresa, apoderándose de los cañones y matando á lanzadas á los artilleros. Cayeron en poder de Elizondo 24 cañones montados, 3 pedreros sin montura, 18 tercios de balas, 22 cajones de pólvora y cerca de 900 prisioneros. El 23 de Abril fueron conducidos á Chihuahua. El 6 de Mayo se nombró la junta militar que debía juzgarlos. El 20 de Junio fueron fusilados Allende y algunos compañeros. El primero de Agosto de 1811, después de haber

sido degradado de su carácter sacerdotal, el cura de Dolores, corrió la misma suerte. Como no muriese á la primera descarga, se reiteró esta estando ya en el suelo, «donde espiró atravesado de multitud de balas.» Según dice Bustamante, en su *Cuadro histórico*, carece de autenticidad un manifiesto que se le atribuye y en el que se arrepiente de su empresa libertadora. Su cabeza, junto con la de Allende y Aldama, fueron colocadas en jaulas de hierro y expuestas al publico en la Alhóndiga de Granadito. Alamán, que trata severa é injustamente el proceder y las miras de Hidalgo, no reconoce en el movimiento de Querétaro la cuna de la independencia mejicana. Alamán se equivoca, procede con tiene razón. Hasta en sus mismas declaraciones,—que, según Bustamante, fueron alteradas por el juez que las recibió,—Hidalgo insiste en haber procedido «por inclinación á la independencia» y por entender que «la independencia sería ventajosa á los mejicanos.» Cuidó siempre de la suerte de los humildes. Fué demócrata por instinto y por convicción. El 6 de Diciembre de 1810, dispuso en uno de sus bandos de Guadalajara que «todos los dueños de esclavos debían darles la libertad en el término de diez días.» declarando no existentes, en lo sucesivo, los tributos impuestos á las castas y las exacciones exigidas á la clase india. El mismo Coroleu reconoce, en el cuarto de los tomos de su *América*, que Hidalgo «aspiraba, ante todo, á la independencia de Nueva España, y luego á establecer un gobierno democrático á imitación del de los Estados Unidos.»

Méjico procede con justicia y nobleza, cuando dice que su independencia y que su libertad nacieron arrulladas por los tañidos de la campana del modesto santuario de Dolores. Don Miguel Hidalgo fué el precursor. El desbrozó el camino que debía seguir el cura Morelos. Él hizo posible la expedición de Mina, y preparó las campañas triunfantes de Itúrbide. Corrió la suerte de todos los que inician un obra fecunda é inmortal; pero llena de riesgos y dificultades. Los precursores son las víctimas de la inexperiencia y de la falta de preparación del medio ambiente. Sin su sacrificio, el espíritu público no abriría los ojos á la verdad, ni la multitud se daría cuenta de su poder. El derecho, como la religión, necesita mártires. El derecho tiene, también, sus socerdotes dolorosos y atormentados. ¡Los muros de todas las patrias se tiñen con la sangre de sus fundadores, como se mancharon los muros de Roma con la sangre nobiliaria de Remo!

LIBRO TERCERO

LA REVANCHA DE MOCTEZUMA.

I.

Morelos heredó el prestigio de Hidalgo.

El humilde cura de Caráguaro era digno de suceder, en su heróica empresa, al no menos humilde cura de Dolores.

Morelos es de modesto origen y de instrucción escasa; pero está dotado de mucho ingenio y de la más tesonera de las voluntades.

Sus hechos abonan lo enorme de su energía, y su ingenio se advierte en las declaraciones que prestó en su proceso.

Nació en Valladolid el 30 de Setiembre de 1765.

Arrullaron su cuna las voces de los vientos de la provincia de Michoacán, que cría en sus entrañas el oro y el mercurio.

Pasó su niñez y su adolescencia en los valles que riegan el Lerma y el Copatitzio.

Hijo de un carpintero y huérfano de padre en edad muy temprana, se consagró á la vida sacerdotal, ejerciendo los curatos de Churumuco, la Huacana y Carácuaro.

En sus momentos de irritabilitad, su rostro imponía por lo torvo y ceñudo. Como casi todos los curas campestres de aquella época conturbada, no se distinguió por la pureza de sus costumbres. Era muy desinteresado y sencillo en sus gustos, confesándose siempre que iba á reñir un combate y defendiendo hasta con crueldad el ideal independizador. El mismo reconoce que anteponía, á los deberes de su curato, la causa de América.

Cuando Hidalgo, dirigiéndose á la ciudad de Méjico, se detuvo en Valladolid, habló con Morelos. Convencióle de que la independencia podría obtenerse, si aprovechaban la oportunidad que les

ofrecía el hecho de encontrarse acéfalo el trono español, en virtud de los sucesos de Aranjuez y Bayona. El cura de Carácuaro, que admiraba el carácter y las luces de Hidalgo, convino en ello, afiliándose resueltamente en la causa libertadora. Vuelto á su curato, inició sus campañas con veinticinco hombres, dirigiéndose á Zacatula, donde se le reunió don Marcos Martínez con una compañía de milicias montadas. Incansable en su empeño de conmover la costa del sur, Morelos recorrió en pocos días Petatlán, el Zanjón, Coyuca y Aguacatillo, donde pasó revista á más de tres mil hombres medianamente armados.

Esta marcha feliz inquietó á Venegas. Dispuso este que el capitán don Francisco Páris, al frente de la brigada provincial de Oajaca, saliese al encuentro del cura de Carácuaro. Una pequeña parte de la gente de Morelos fué vencida en al arroyo de Moledor. Otra pequeña división revolucionaria sufrió ún descalabro cerca de Chilpancingo. Morelos, en revancha, sorprendió á Páris en los Tres Palos el 4 de Enero de 1811, y después de un reñido combate de dos horas, le arrojó de allí, arrebatándole seiscientos fusiles, cinco cañones y todo el parque.

El virrey se apresuró á nombrar comandante de las fuerzas del sur al sargento mayor don Nicolás Cosio. Los independientes le atacaron y vencieron el 4 de Abril en el campo de los Coyotes. Cosio recibió á los patriotas á bayonetazos; pero, apesar de ser las fuerzas realistas dobles en número, fué tal el empuje de los voluntarios de la libertad que, al breve tiempo, huían en desbanda los soldados de Cosio.

Indignado el virrey destituyó á éste, colocando las tropas del sur bajo la comandancia del teniente coronel Fuentes.

Fuentes intentó sorprender á los patriotas en el campo del Veladero; pero resistido con intrepidez el 30 de Abril y el primero de Mayo, Fuentes comprendió, batiéndose en retirada, que Morelos era ya un adversario difícil de vencer.

Es que la emancipación de Méjico era un fenómeno incontrastable, que podía retardarse, pero no eludirse. Es que el cura de Dolores había sembrado, y la semilla fructificaba. En el campo del progreso, sembrar es vencer. No lo olviden los descreídos y los impacientes.

Morelos no tenía el modo de pelear de Hidalgo. Operaba con pequeñas masas, temiendo el desorden á que son propensas las muchedumbres desarmadas y sin disciplina.

Apesar de las ventajas obtenidas en tán breve espàcio, la situación de Morelos era dificultosa. El movimiento revolucionario carecía de unidad y de dirección. Aquel cuerpo sin cabeza preocupaba á Morelos. Don Ignacio Rayón, otro jefe patriota de gran prestigio, pensaba como el cura de Carácuaro. Rayón que acababa de vencer en el Puerto de Piñones al coronel Ochoa, acuartelándose en la villa de Zitácuaro, reunió el 19 de Agosto de 1811 á todos sus tenientes, instándoles para constituir una junta que asumiera el mando político de la revolución. Rayón obtuvo la presidencia de aquel ensayo de gobierno nacional. La junta declaró

que su autoridad estaba subordinada á la soberanía de Fernando VII. Morelos, nombrado vocal de la junta, no hizo suya esa declaración, tildándola de superchería, desde que no se batallaba por fidelidades á la corona, sino teniendo por objeto la independencia del pueblo mejicano.

Más leal y más hábil que la junta, más entusiasta y más esperanzado en las virtudes de la libertad, Morelos no quiso ocultar sus propósitos, dando á conocer el fin á que se encaminaban sus viriles esfuerzos en el decreto que publicó en Tecpán el 13 de Octubre de 1811.

II.

La creación de la junta de Zitácuaro irritó á Venegas, recibiendo Calleja la órden de apoderarse de la ciudad revolucionaria y de disolver el centro directivo del movimiento. Al frente de seis mil hombres con veintidós cañones Calleja emprendió su marcha hacia el Sur. El 2 de Enero de 1812, Zitácuaro fué atacada por los realistas, que consiguieron apoderarse de ella, apesar de los fuertes parapetos que la resguardaban y de los veinte mil indios que la defendían. El 5 de Enero, después de haber hecho salir á sus habitantes, Calleja prendió fuego á la ciudad, manifestando que quedaban sujetos al mismo castigo « todos los pueblos que admitieran á la junta revolucionaria ó hiciesen resistencia á las tropas del rey.» Los miembros de la junta establecieron su sede en Sultepec. Los realistas consideraron que la pérdida de Zitácuaro era la ruina de la revolución, celebrando solemnemente la regocijante toma de la ciudad. Les engañó su orgullosa esperanza.

El 22 de Enero, Morelos se presentó ante la plaza de Tenancingo, defendida por el capitán de fragata Polier. Vencido después de una resistencia tenaz y valerosa, Polier, el 24, evacuó á Tenancingo, refugiando su desastre en Toluca. El virrey, deseoso de terminar la lucha de una vez para siempre, dispuso que Calleja batiese á Morelos. El jefe español, después de discutir la orden que se le daba, concluyó por someterse á ella, poniéndose en marcha á principios de Febrero de 1812. Morelos, que con tres mil hombres se encontraba en Cuautla, se aprestó á la defensa. El 18 de Febrero, al salir el sol, Calleja inició su primer movimiento de asalto, dividiendo su ejército en cuatro columnas. Calleja se retiró tras un encarnizado combate de seis horas, y comprendiendo lo árduo de la toma de aquel nido de águilas, mandó á pedir refuerzo á Venegas. Aumentadas sus fuerzas con los batallones de la Unión, Lobera y Asturias; con el regimiento de lanceros de Veracruz y con el regimiento de dragones de Tulancingo; con dos baterías de campaña y una batería de óbuses, Calleja formalizó el asedio de Cuautla. El asedio duró setenta y dos días. El jefe español, confiando en el hambre más que en los proyectiles, recién el 10 de Marzo abrió los fuegos de su artillería sobre la población. Faltos de víveres, sin municiones ya y diezmados por las fiebres intermitentes, los pa-

triotas salieron con sigilo de la ciudad en la noche del primero de Mayo de 1812. Sorprendidos en su retirada, fueron acuchillados desapiadadamente por la caballería real, quedando como cuatro mil cadáveres, de todo sexo y de toda edad, en las siete leguas á que alcanzó la persecución. Cuando el coronel Echagaray, nombrado gobernador de Cuautla, entró en la ciudad, se encontró con el hambre dibujada en los rostros; con la peste habitando en las casas derruidas por el cañoneo; con los cadáveres insepultos de sus defensores, corrompiéndose sobre las trincheras ametralladas. El mismo Calleja admiró la constancia y la bravura de la ciudad mesenia, escribiendo al virrey: «Estrechados por la miseria y afligidos por la necesidad, sus defensores manifiestan alegría en todos los sucesos; entierran sus cadáveres con repiques en celebridad de su muerte gloriosa; y festejan con algazara el regreso de sus frecuentes salidas, cualquiera que haya sido el éxito, imponiendo pena de la vida al que hable de desgracia ó rendición.»

Aleccionados por lo sucedido después de la toma de Zitácuaro, el feliz resultado del asedio de Cuautla no produjo mucha impresión en los realistas. Venegas, celoso de la fortuna militar de Calleja, fraccionó, el 17 de Mayo, el ejército que aquel comandaba, levantando un empréstito forzoso de dos millones de pesos para atender á los gastos de la guerra. Morelos, cuya fama había crecido y cuya voluntad no se quebrantó, organizaba nuevas tropas en Chautla, dirigiéndose con ochocientos hombres contra los jefes monárquicos Añorve y Cerro, posesionados respectivamente de Chilapa y de Tixtla. Los batió sin esfuerzo. El 13 de Julio, Morelos se presentó delante de Huajuapán, que sitiaban los realistas mandados por Régules. Trujano, jefe de la plaza, salió de ella al saber la proximidad del ejército de Morelos. Los sitiadores, colocados entre dos fuegos, se desbandaron dejando más de cuatrocientos cadáveres tendidos en el campo. Ciento setenta prisioneros, catorce cañones y mil fusiles cayeron en poder de los independientes. El 10 de Agosto de 1812, Morelos se situaba en Tehuacan, posición que no sólo le permitía amenazar las ciudades de Oajaca y Orizaba, sino que le entregaba también el importante camino de Veracruz. Al mismo tiempo, otros jefes patriotas convulsionaban el territorio mejicano, imponiéndose Rayón en las provincias de Guanajuato y Valladolid, Osorno en la de Méjico y Mier en la de Puebla. La jurisdicción comercial de Veracruz era el campo de batalla de las partidas de un guerrillero tan hábil como valiente, del ya muy prestigioso don Guadalupe Victoria.

La regencia de Cádiz, en vista de lo prolongado de la guerra y del buen éxito de las armas revolucionarias, destituyó á Venegas el 16 de Setiembre de 1812, nombrando, para sucederle en el virreinato de Nueva España, al mariscal de campo don Félix Calleja.

Atribuía á impericias del hombre lo que eran veleidades de la fortuna, enamorada de la libertad.

III.

Calleja se merecía el prestigio de que gozaba. Al principio de la revolución prestó importantísimos servicios á la causa real, no sólo organizando los regimientos de San Carlos y San Luis, sino venciendo á los insurrectos en Aculco y en Calderón, en Zitácuaro y en Cuautla.

Podia reprochársele la lentitud de sus movimientos, que permitiendo rehacerse á los sublevados, esterilizaba sus costosos triunfos. Como virrey, aumentó los gastos gubernativos en más de dos millones de pesos anuales, permitió que la disciplina se relajara, y apesar de tener ochenta mil hombres sobre las armas, por falta de plan en las operaciones de guerra, dejó que el país fuese perturbado y casi sometido por fuerzas inferiores, escasas en armamento y en organización. Don Manuel Abad y Queypo, obispo de Michoacán, se hizo eco de todas estas acusaciones, el 20 de Julio de 1815, en un extenso escrito que dirigió al rey Fernando VII.

Lo cierto es que, en 1813, la agricultura y el comercio de Nueva España se hallaban en un estado lamentable; la real hacienda se veía arruinada, y floreciente la revolución. El 6 de Abril, Morelos empezó el sitio de Acapulco, capitulando su guarnición el día 17 de Agosto. El 14 de Octubre, las armas revolucionarias obtenían una nueva victoria, rindiendo y aprisionando, en el Palmar, al batallón expedicionario de Asturias.

Al recibirse Calleja del virreynato, la junta de Zitácuaro había caido en el mayor descrédito, por las rivalidades existentes entre sus miembros, en vista de lo que Morelos resolvió convocar un congreso donde estuviesen representadas todas las provincias de la colonia. Se opuso á esta medida don Ignacio Rayón, que, como presidente de la junta, miraba como un desaire aquella convocatoria. Morelos, ansioso de dar una cabeza política al movimiento, escribió á Rayón el 5 de Agosto de 1813, insistiendo en su idea de reunir sin demora un congreso nacional en Chilpancingo, pues entendía un absurdo postergarlo para más tarde, «cuando ya no tenemos ni un pueblo libre del enemigo en que celebrarlo.»

El 8 de Setiembre se reunió el congreso. En la sesión del 15 reconoció á Morelos como jefe del poder ejecutivo y como generalísimo de las tropas revolucionarias. El 6 de Noviembre decretó la declaración de su soberanía, dando por disuelta y «rota para siempre jamás» la dependencia del trono español.

A mediados de Diciembre Morelos, con seis mil hombres y treinta cañones, se dirigió á la ciudad de Valladolid. Al llegar á esta plaza—después de habérsele reunido las divisiones de los guerrilleros Matamoros, Bravo, Sanchez y otras partidas sueltas,—su ejército ascendía á unos diez y nueve mil hombres. El día 23, Morelos dirigió á don Domingo Landázuri, comandante militar de Valladolid, una intimación avisándole que, si en el término de tres horas no se rendía, las calles de la ciudad serían regadas con sangre, «y

sus casas transformadas en muladares inmundos.» La guarnición de la ciudad, según Alamán, apenas llegaba á ochocientos hombres; pero se hallaban cercanos á ella, para auxiliarla, los jefes realistas Llano é Itúrbide. A las nueve de la mañana del día 23, Morelos destacó las divisiones de don Hermenegildo Galeana y don Nicolás Bravo,—compuestas respectivamente de 1200 y 1300 hombres,—para apoderarse del fortín construído en el punto denominado garita del Zapote. Lo consiguieron, apesar de lo empeñoso de la resistencia de Landázuri; pero apenas se habían de aquel baluarte, Itúrbide y Llano cayeron sobre el fortín, dispersando á la fuerza de Galiana y acuchillando á la división de don Nicolás Bravo, la que dejó en poder de los realistas doscientos prisioneros, sus banderas, su parque y tres cañones. En la mañana del 24 entraron los jefes vencedores en Valladolid. En la tarde del mismo día Itúrbide se decidió á practicar un reconocimiento sobre al campo enemigo, que defendían una subida estrecha y veintisiete bocas de fuego. Los independientes se creían seguros, dado lo escabroso de sus posiciones en las lomas de [illegible] María. Merced á la noche y en virtud de lo grande de la [illegible] fué grande el desorden que se produjo en el campamento de los patriotas. Según Bustamante refiere en su *Cuadro Histórico*,, las gentes de Morelos se fusilaron las unas á las otras, perdiendo cuatro cañones y dos banderas, con los que Itúrbide regresó á la ciudad. El día 25, unidas las fuerzas de Llano á las de Landázuri, efectuaron una salida; pero Morelos, batido sin luchar, había abandonado su campamento, dirigiéndose á Puruarán. Dispersado su ejército, apenas le quedaban unos tres mil hombres. El 5 de Enero de 1814, en menos de media hora, Puruarán fué tomada [illegible] las fuerzas de Llano, refugiándose Morelos en Tlacopetec siendo aprisionado por los realistas el heróico general Mariano Matamoros, que fué ejecutado en Valladolid. Morelos, que sabía que aquel valiente era el más activo y el más feliz de sus auxiliares, quiso canjearle por doscientos prisioneros del batallón de [illegible] Rechazada la oferta y subido al patíbulo el jefe revolucionario en la mañana del 3 de Febrero, Morelos fusiló cuarenta y dos prisioneros en represalias. Fué un acto cruel y enteramente inútil, como todos los actos que la venganza inspira.

Derrotados nuevamente los patriotas en el Mescala, [illegible]o resolvió, el 22 de Enero, trasladarse al pueblo de Tlacopetec, por no encontrarse ya seguro en Chilpancingo. Morelos, cuya influencia había declinado, renunció á las funciones ejecutivas que le confiriera la asamblea nacional. Según sus propias frases, le bastaba un puesto de soldado en las filas del ejército libertador. El 19 de Febrero eran batidas, en Chichihualco, las divisiones de Bravo, Guerrero y Galiana. Poco después, don Miguel Bravo sufría otra derrota, cayendo prisionero y siendo fusilado el 15 de Abril. Para colmo de males, era rechazado y muerto el intrépido Galiana, el 27 de Junio, al intentar apoderarse del pueblo de [illegible] con- greso se atemorizó, transladándose á Apatzingán, en donde pu- blicó, el 22 de Octubre de 1814, la primera constitución [illegible]nal

HÉROES DE LA INDEPENDENCIA DE AMÉRICA

MÉXICO



Ignacio de Allende



Juan Aldama



Vicente Guerrero



Manuel Domínguez

de Méjico. Esa constitución estaba calcada en la que promulgaron las cortes de Cádiz. En ella, después de algunas declaraciones de principios sobre los derechos políticos y civiles de los ciudadanos, se dividían los poderes públicos en ejecutivo, legislativo y judicial. El poder ejecutivo se componía de tres ciudadanos, elegidos por el congreso, renovándose, cada año, uno de los miembros del ejecutivo y alternando esos miembros, cada cuatro meses, en la presidencia gubernativa. El congreso se componía de un diputado por cada provincia, delegándose en el mismo congreso la facultad de elegir los representantes de las provincias ocupadas por el enemigo. El congreso proveía todos los cargos públicos, tanto judiciales como administrativos, debiendo estar bajo su dependencia las fuerzas armadas de la guarnición. El tribunal supremo de justicia se componía de cinco miembros, facultados para observar las leyes de carácter judicial, sometiéndolas á un nuevo exámen de la legislatura. Don José María Liceaga, representante de la provincia de Guanajuato, presidía el congreso de Apatzingán. Apenas dictada la constitución, el congreso sentó sus reales en Uruapán. La guerra de partidas se prolongó por algunos meses, no sin que antes el brigadier don Luis de Aguila recibiese la orden de atacar á Rayón, que se había posesionado de Zacatlán. El día 25 de Setiembre, Aguila sorprendió á los independientes al rayar el alba, arrojándolos en pocos minutos de sus posiciones. La provincia de Valladolid, quebrada en sus bríos y amenazada por todas partes, ya no ofrecía ninguna seguridad al congreso constituyente. Este resolvió trasladarse á Tehuacán. Para esto era necesario hacer un viaje de ciento cincuenta leguas, atravesando las líneas del enemigo. Se confió á Morelos la ejecución de este proyecto desesperado. Reunió el caudillo como mil hombres, armados con cañones y quinientos fusiles. El 29 de Setiembre de 1815 se emprendió la marcha. Calleja, deseoso de apoderarse de Morelos y del Congreso, estacionó sobre el camino que estos debían seguir al teniente coronel don Manuel de la Concha con 600 hombres, apoyado por las divisiones provinciales de Teloloapán, Cuautla, Chalco y Toluca. El 3 de Noviembre llegó Morelos al pueblo de Tezmalaca. A las nueve de la mañana del 5, Concha sorprendió á los independientes. Morelos, posesionándose de unas lomas cercanas á la población y haciendo que continuasen su marcha los miembros del congreso, dividió en tres columnas sus escasas fuerzas. Reservándose la dirección del centro de la línea, colocó el ala derecha bajo las órdenes de Lobato, encargando de la jefatura del ala izquierda á don Nicolás Bravo. El ejército realista era tres veces superior en número. El ala dirigida por Bravo [illegible] desbandó. El centro hizo [illegible] enemigo; pero, falta de apoyo en uno de sus flancos, tuvo que retroceder en desorden, perdiendo sus cañones y poniéndose en fuga. Morelos, después de haber dicho á unos pocos que le acompañaban que se salvasen como pudieran, se bajó del caballo, tratando de ocultarse en unas asperezas próximas al lugar del combate. Don Matías Carranco, desertor del ejército libertador y teniente de la

compañía de realistas de Tepecoacuilco, le alcanzó y detuvo. Morelos le dijo con desdeñosa tranquilidad: «Parece, Sr. Carranco, que nos conocemos.» Conducido ante el coronel Manuel de la Concha y habiéndole preguntado el jefe realista Villasana lo que hubiese hecho con ellos en el caso de haber tenido la dicha de aprisionarles, Morelos respondió con intrepidez: «Yo les doy dos horas para confesarse y los fusilo.» En la madrugada del 22 de Noviembre Morelos entró en Méjico, siendo aprisionado en las cárceles secretas de la Inquisición. El mismo 22, á las once de la mañana, se reunió el tribunal que debía juzgarle. Segun Alamán, Morelos «contestó con dignidad y firmeza á todos los cargos que se le hicieron,» sin rehuir responsabilidad y sin apostatar de la causa que había defendido. La inquisición le penitenció como hereje formal, presidiendo la ceremonia de la degradación el obispo de Oaxaca. El auditor de guerra, don Miguel Bataller, en su dictámen del 28 de Noviembre, pidió que fuese «fusilado por la espalda como traidor al rey,» y que su cabeza, «puesta en una jaula de hierro,» se colocase en la plaza mayor de Méjico. Calleja, en su sentencia del 20 de Diciembre, ordenó que fuese fusilado, «y que inmediatamente se dé sepultura eclesiástica á su cadáver, sin sufrir mutilación alguna en sus miembros ni ponerlos á la expectación pública.» A las seis de la mañana del día 22 de Diciembre de 1815, Morelos fué conducido á San Cristóbal Ecatepec, antiguo palacio convertido en fuerte y que se encontraba á seis leguas de la capital. Llevado al recinto exterior del edificio, el mismo Morelos se vendó los ojos con un pañuelo blanco, se puso de rodillas con mucha entereza y cayó atravesado por cuatro balas. Como se quejara y aun se moviera, otros cuatro balazos pusieron fin á su vida heróica. Murió á los cincuenta años. La revolución de Méjico no ofrece, á la atenta mirada de la historia, un carácter más firme y una abnegación más desinteresada que el carácter y la abnegación de don José María Morelos.

IV.

El régimen colonial pareció robustecerse y cimentarse con la muerte del más extraordinario de los caudillos que produjo la revolución mejicana. Se gritó, desde el púlpito, que la sumisión á la monarquía borbónica era el camino, la verdad y la vida. El trájico fin de Hidalgo y de Morelos apretó el corazón de los más audaces. La duda, como un gárfio, se hundió en el cerebro de los más creyentes, limando su esperanza con las memorias de Calderón y de Tezmalaca. Así, después de una obstinada y sangrienta lucha de siete años, parecía que tocaba á su término el grandioso movimiento insurreccional de Dolores. El congreso nacional se disolvió, y en los primeros meses de 1817 la bandera emancipadora sólo se sostenía con precarios revuelos, en los distritos de Michoacán y de Guanajuato.

El 19 de Setiembre de 1816, don Félix Calleja entregó el gobierno

del virreinato al teniente general don José Ruiz de Apodaca. Este prodigó los indultos, acogiéndose á ellos Osorno, Rayón, Muñiz y Castañeda. Sólo se sostenían, con espartana tenacidad, don Vicente Guerrero y el cura don José Antonio Torres. De pronto un héroe romancesco y apasionadísimo de la libertad, arrancó del sueño cataléptico en que yacía al beligero arcángel de la independencia. Don Francisco Javier de Mina, que había batallado con gran bravura en la campaña peninsular contra los franceses; que resistió, con las armas en la mano, las medidas absolutistas y medievales de Fernando VII; y que, perseguido por lo liberal de sus ideas, tuvo que refugiarse en Inglaterra;—don Francisco Javier Mina, nacido en Navarra en el mes de Diciembre de 1789; estudiante de abogacía de la universidad de Zaragoza; de carácter enérgico y de espíritu audaz, no dado á desmayos y muy dado á aventuras, desembarcó con doscientos cincuenta hombres, el 15 de Abril de 1817, en la boca del río Santander. Se apoderó, sin resistencia alguna, del pueblo de Soto la Marina, abandonado con temerosa precipitación por el teniente coronel don Felipe de la Garza. Internándose en un país que desconocía, llegó hasta Horcasitas, venciendo, el 8 de Junio, al comandante Villaseñor, que quería impedirle que se adueñase del Valle del Maíz. Allí supo que el coronel Armiñán, al frente de una columna considerable, le salía al encuentro. Trató de evitarlo sin conseguirlo, y el 15 de Junio de 1817 chocaron, en Peotillos, las fuerzas de Mina con las de Armiñán. La expedición patriota alcanzaba á ciento setenta y dos hombres, en tanto que sólo la infantería real llegaba á trescientos, apoyados y robustecidos por una columna de milicias montadas. Mina, después de haber rechazado una briosa carga de los jinetes borbónicos, se formó en cuadro, dejó que los infantes realistas se le acercaran y después de balearlos á quema ropa, avanzó con denuedo á la bayoneta. El combate duró tres horas y media, retirándose en fuga los partidarios de la corona. El día 17 de Junio entró Mina en el pueblo de la Hedionda y continuó su marcha, tras un breve descanso, hasta Real de Pinos, que defendían trescientos realistas con cinco cañones. López Portillo, que los comandaba, respondió con altivez á las intimaciones de rendirse que se le hicieron; pero sus soldados fueron sorprendidos durante la noche y la población se vió entregada al saqueo. Después de esta hazaña, Mina atravesó las áridas llanuras de la provincia de Zacatecas, encontrándose con la partida insurgente de don Cristóbal Nava. El 24 de Junio entró en el fuerte del Sombrero, siendo recibido con jubilosa solicitud por su comandante don Pedro Moreno. En treinta días, Mina había andado doscientas veinte leguas, pasando sin raciones hasta sesenta horas y venciendo dos veces á los peninsulares. Coroleu dice que «Mina desplegó, en esta marcha, grandes conocimientos militares y un valor extraordinario.»—La fortuna, empeñada en favorecerle, le proporcionó nuevos motivos de lucimiento.—Ordoñez, comandante general de Guanajuato, salió en su busca con trescientos hombres. Mina, robustecido por algunas partidas patriotas,—casi desnudas y mal armadas,—le esperó, el 29 de Junio, á

cinco leguas de San Felipe. Cargó á los realistas á punta de la y de bayoneta, tomándoles doscientos prisioneros, dos cañones y quinientos fusiles. El coronel Ordoñez murió cuando el combate tocaba á su fin. No contento con esto, Mina sorprendió, el 7 de Julio y en su hacienda del Juncal, al coronel del regimiento de Morelada, arrebatándole tres cañones y más de ciento cuarenta pesos. La junta de Trujillo, que había sustituido al congreso, confirió á Mina el mando militar de la revolución. Fuerza es decir que los jefes revolucionarios miraban con desconfianza al heróico expedicionario. Las patrias no creen en el disinterés de los que no han nacido bajo su cielo.

El virrey Apodaca se alarmó con los triunfos obtenidos por las armas rebeldes. Dispuso que el brigadier don Joaquín Arredondo, con mil seiscientos hombres y nueve cañones, recobrase el fuerte de Soto la Marina, que se defendió con temeridad desde el 10 hasta el 15 de Junio. Sardá, jefe del fuerte, sólo tenía, al empezar el sitio, algo más de cien hombres. Arredondo, el 15, le envió un parlamento, ofreciéndole una capitulación honrosa. Sardá, que se había batido como un tigre durante cuatro días, aceptó la oferta. Cuando salió del fuerte con los treinta y nueve hombres que le quedaban, Arredondo le preguntó si era aquella toda le guarnición de la plaza rendida. Al recibir una respuesta afirmativa, Arredondo, asombrado, murmuró en voz baja: ¡Parece imposible!—El 3 de Julio, el virrey decidió la formación de un ejército en Querétaro, nombrando para dirigirlo al mariscal de campo don Pascual Liñán, y el 12 de Julio el mismo virrey publicó una proclama, calificando á Mina de «traidor á su rey y á su patria.» Mina, en respuesta, dirigió á León; pero fué rechazado, con grandes pérdidas, en el ataque que dió á esta plaza en la noche del 27 del mismo mes. El 31 de Julio Liñán, con dos mil seiscientos hombres y catorce cañones, puso sitio al fuerte del Sombrero. En la madrugada del 4 de Agosto, después de tres días de cañoneo, intentó un asalto, pero fué repelido con energía. Pronto los sitiados carecieron de agua, sin que su denuedo disminuyera por aquella indecible tortura. Mina, en la noche del 7 de Agosto, inició una salida con doscientos hombres, que no dió resultado, abandonando el 8 la defensa del fuerte, que quedó confiada al coronel Young. El padre Torres y el mismo Mina intentaron, después, ayudar con víveres y municiones á los sitiados. No lo consiguieron. En la tarde del 15 la plaza fué asaltada de nuevo por las tropas reales, muriendo, con la cabeza sacada de los hombros por un cañonazo, el inflexible coronel Young. Las enfermedades y las privaciones se habían adueñado del fuerte viril. Sustituyó á Young el teniente coronel Bradburn, que en la noche del 19 abandonó la plaza, siendo sorprendido y acuchillado por las fuerzas del rey. En la mañana del 20, Liñán ocupó el fuerte fusilando, no sólo doscientos prisioneros, sino hasta los heridos y enfermos que se hallaban en el hospital. ¡La estrella de la revolución se eclipsaba de nuevo! ¡Se acercaba, otra vez, el desaliento y la desesperanza!

V.

El padre Torres, convencido de su impotencia para auxiliar á los sitiados del fuerte del Sombrero, se fortificó en el fuerte de los Remedios. ¡Era el último baluarte donde flameaba el pabellón de la independencia!

Mina se le reunió, completando las obras de defensa y vigilando el almacenamiento de provisiones. Acordó con Torres el que este se ocuparía de defender la plaza, mientras el caudillo expediciona-ria, con nuevecientos hombres, recorrería las comarcas circunvecinas, obstigando sin tregua á los peninsulares. El general Liñan se presentó frente al fuerte de los Remedios el día 27 de Agosto. El fuerte domina las escabrosas ondulaciones que cierran el fertilísimo valle de Pénjamo. Se llega á la plaza por algunas cuestas de áspera pendiente. Los sitiados habian convertido en reducto la más alta de las eminencias, el abrupto cerro de Tepeyac. Mina creyó que el fuerte de los Remedios, con su guarnición de 1.500 hombres, era inexpugnable. Se equivocaba. Comenzó el sitio el día 31 de Agosto. El 16 de Setiembre, después de sesenta horas de cañoneo, los realistas intentaron dos veces asaltar el reducto de Tepeyac, siendo infructuosas las dos tentativas. Mina, entre tanto, se hizo sentir en varios encuentros parciales, apoderándose del pueblo de San Luis de la Paz y viéndose obligado á retroceder, el 11 de Setiembre, ante la villa de San Miguel el Grande, bien defendida por el teniente coronel don Ignacio del Corral. Instado por Torres, se acercó luego al fuerte de los Remedios, ganoso de auxiliarle, desistiendo de aquella empresa temeraria y estéril. ¡Nada podía contra los soldados aguerridos que mandaba Liñán!

Mina hizo saber al descontento Torres que la mejor manera de terminar el sitio era adueñarse de Guanajuato, obligando á los sitiadores á recuperar tan importante plaza. La empresa que tomaba á su cargo, le parecía de segura realización. Torres se opuso á ello, ordenando á los jefes, que le respondían, que no siguiesen al caudillo audacioso sino para combatir al ejército sitiador. Mina era forastero, es decir, sospechoso para los mismos que le acompañaban. Aplaudían su indómita tenacidad; pero no se explicaban su interés en sacrificarse por la liberación del pueblo mejicano. Torres nunca le quiso bien. Los realistas le profesaban un odio mortal. Liñán, empeñado hasta el delirio en su derrota y en su captura, destinó á perseguirlo la brigada de Orrantia. El día 10 de Octubre, Orrantia, con más de 800 hombres de tropas disciplinadas, le encontró en la Caja. Una multitud de mujeres y niños seguían á la división revolucionaria, compuesta de vaqueros en su mayor parte. Al primer choque, la caballería patriota se desbandó. Mina, abriendose paso con algunos intrépidos, consiguió llegar al rancho de Paso Blanco. Aun se rehizo, consiguiendo reunir algo más de mil hombres y encaminándose á Guanajuato. A las dos de la mañana del 25 penetró en la ciudad; pero fué sentido, huyendo

sus soldados en confuso desorden. En la alborada del [illegible], con veinte jinetes y cuarenta infantes, llegó al rancho del Venadito, que forma parte de la hacienda de la Tlachiquera. El 27 Orrantia le sorprendió á las primeras luces del alba, y al verle prisionero, le apostrofó llamándole traidor á su país y á la monarquía. Mina le respondió que Fernando era un déspota y Orrantia un cobarde puesto que le injuriaba estando desarmado y en desventura. Dice Alamán que «Orrantia, cegado por la cólera, sacó la espada y le pegó con ella algunos golpes de plano.» Mina fué conducido á Silao, donde le pusieron una barra de grillos. El prisionero dijo con dignidad:—¡Bárbara costumbre española: ninguna otra nación usa yá este género de prisiones; más horror me dá verlas que cargarlas!—Llevado al campamento de Liñán, este recibió la orden de fusilarle inmediatamente, ejecutándose la sentencia á las cuatro de la tarde del 11 de Noviembre. Mina apenas contaba veintinueve años. El 16 los realistas intentaron de nuevo asaltar el fuerte de los Remedios; pero fueron rechazados con grandes pérdidas, y la plaza se sostuvo valientemente hasta el primero de Enero de 1818. En la noche de ese día la guarnición resolvió abandonarla con el mayor sigilo, llevándose á los niños y á las mujeres. Descubiertos en esta tentativa desesperada, fueron fusilados sin compasión, haciéndose con ellos una espantosa carnicería. ¡Méjico no podía llegar á la libertad, apesar de haber terraplenado con restos heróicos los abismos que guardan el templo de la diosa! ¡La última chispa del incendio emancipador pareció apagarse bajo los escombros del fuerte de los Remedios!

VI.

Entonces, desde el fondo de la historia, avanzó Itúrbide.

Vargas Vila, el gran lírico, el gran paradójico, el gran estigmatizador, dice de Itúrbide en *Los divinos y los humanos*:

«Fué un soldado atrevido á quien se le ocurrió un día hacerse trágico. No teniendo nada en la cabeza, resolvió ponerse en ella una corona.»

Y agrega Vargas Vila:

«Itúrbide no sirvió á la libertad sino para servirse luego de ella. Envuelto en la bandera tricolor, aquel soldado audaz soñaba con la púrpura.»

Vargas Vila tiene razón.

Itúrbide no ama la república. Itúrbide es monárquico. Itúrbide prefiere las diademas á los gorros frigios. Puesto á elegir entre Washington y Bonaparte, Itúrbide se contentaría con ser Napoleón.

No es posible negarlo ni desconocerlo; pero su país le debe la Independencia, y la historia le mira sin acritud porque la corona, con que soñaba, se la ciñó Méjico.

Bossuet ha dicho: «El hombre se mueve, pero Dios le empuja.»

Itúrbide creyó que Dios le empujaba hacia el trono imperial, y Méjico el empujado por la mano de Dios.

lo demás poco importa y nada significa.

1820, cuando sólo quedaban algunos guerrilleros desespera- cuando el león tenía cautiva al águila entre sus fauces, Itúr- le contaba treinta y siete años.

Nació en Valladolid en 1783.

Había servido á los realistas desde el principio de la revuelta, y le enviaron á reducir á Vicente Guerrero.

Itúrbide se puso de acuerdo con el jefe patriota y engañó al vi- rey. Se había plegado á la causa de la emancipación, y detuvo en Iguala un convoy que llevaba quinientos mil pesos que debían embarcarse para Filipinas.

Con esta suma y con tres mil soldados se atrevió á todo, arran- cándose la careta.

El 24 de Febrero de 1821 publicó una proclama, sosteniendo que Méjico quedaba desligado del dominio peninsular y convertido en una monarquía de templado carácter.

El emperador sería Fernando VII; pero si no se presentaba per- sonalmente en Méjico para recibirse de la corona, le sustituiría un príncipe español nombrado por las Córtes.

A principio de Marzo se unieron á Itúrbide, en pró del plan de Iguala, las tropas realistas de Sulpetec, Chilpancingo y Za- cualpán.

El virrey Apodacá se indignó proclamando fuera de la ley á Agustín de Itúrbide.

La hoguera independizadora se reavivó. Don Nicolás Bravo puso sitio á Puebla; don Anastasio Bustamante ocupó á Guanajuato; Itúrbide entró casi sin resistencia en Valladolid.

El 5 de Julio de 1821, la ineptitud del virrey sublevó á los je realistas de Méjico, quienes le amonestaron y depusieron, sien reemplezado poco después por el teniente general don Juan O' nojú, nombrado virrey de Nueva España por Fernando VII.

O'Donojú encontró triunfante y floreciente á la causa patriot apoyada por todas las clases sociales.

El 23 de Agosto celebró con Itúrbide una conferencia en la Villa de Córdoba, aceptando con algunas modificaciones el plan de Iguala.

Sólo quedaban bájo el dominio de la corona ibérica en aquel en- tonces las plazas de Apodaca y de Veracruz.

Itúrbide, con diez y seis mil hombres, se puso en camino hacia la capital.

O'Donojú trató con Nevella, que la defendía, y el 24 de Setiembre evacuaron la plaza las tropas del rey.

Méjico quedó pérdido para España.

Se nombró una junta provisional, que firmó el acta de la inde- pendencia del pueblo mejicano el 28 de Septiembre de 1821.

El acta era la revancha de Moctezuma!

El acta era la justificación de Hidalgo y de Morelos!

VII.

Concluyamos.

Libertado de España, Itúrbide se preparó á realizar sus ensueños reales.

Su ambición se cubría de apariencias devotas. Se circundaba de un fausto oriental. Su lenguaje era equívoco. Vivía con los ojos clavados en el suelo, para que nadie pudiera escudriñar el fondo de su alma. Su trato era atrayente; su voz, suave; mucha su crueldad, adormecida por la soberbia.

En Enero de 1821, en una aldea cercana á Méjico, Guerrero le cedió el generalato de los patriotas. Desde aquel instante, Itúrbide quiso rivalizar con Bolívar y San Martín.

Ya lo hemos dicho.

Sin derramar una gota de sangre, Itúrbide logró lo que no consiguieron, con su martirio, Morelos ni Mina.

El plan de Iguala, publicado el 24 de Febrero, ganó todo el país á la causa emancipadora, y cuando Itúrbide ocupó á Querétaro, todas las ciudades se abrieron á su autoridad, como si hubiese sonado en torno de las mismas el concierto de las trompas que sonaron, en las épocas bíblicas, en torno de los muros de Jericó.

O'Donojú, desembarcado en Méjico, se encerró en el castillo de San Juan de Ulua.

El virrey, al llegar se encontró sin virreinato.

Itúrbide obtuvo de O'Donojú, en la conferencia de Córdoba, que la persona elegida por el congreso mejicano, aun que esa persona no fuese un príncipe español, ocuparía el trono de Anahuac.

El tratado de Córdoba fué para Itúrbide lo que las brujas del drama trájico fueron para Macbeth.

Las brujas prometieron al noble asesino la corona de Escocia. El convenio de Córdoba prometió al soldado liberticida la diadema de Méjico.

El 24 de Febrero de 1822 se reunió el primer congreso mejicano. Nadie habló en él de república ni de federación. Aquellos hombres soñaban con una monarquía limitada, indígena ó borbónica.

España rechazó el tratado de Córdoba.

El 18 de Mayo el sargento Pío Marcha, al frente de un tumultuoso nucleo de soldados y de una vocinglera partida de leperos, proclamó emperador á Agustín de Itúrbide. El día 21, el congreso consagró la elección de Pío Marcha.

Tácito diría que los pretorianos pedían un César y que el senado acató tembloroso la voluntad de los legionarios.

Los Estados Unidos se negaron á reconocer al emperador. Colombia hizo otro tanto.

A mediados de Octubre, el brigadier Garza se sublevó en el pueblo de Soto la Marina. Aquel primer relámpago no intimidó á Itúrbide. El 31 del mismo mes disolvió al congreso.

El 2 de Diciembre, Santana levantó el estandarte de la república

en Veracruz. El primero de Febrero de 1823, los generales Echavarri, Cortazar y Lobato se unieron á Santana. El estandarte de la república flotó en toda la provincia de Puebla.

El 5 de Marzo, Itúrbide convocó de nuevo al congreso, y el 19 del mismo mes, el ministro de justicia Navarrete presentó al congreso la abdicación del emperador. El 23 de Marzo, el congreso,—desentendiéndose de la abdicación,—declaró «nula y sin ningún valor» la elección de Itúrbide.

Itúrbide,—solitario y fugitivo, sin gloria y sin cetro,—partió para Nápoles.

El Congreso,—que no se decidía por la república,— nombró un triunvirato compuesto por Bravo, Victoria y Negrete.

Entonces Guatemala se divorció de Méjico, declarándose soberana de sus destinos.

Yucatán y Guadalajara, en donde emperaba la causa federalista, se proclamaron provincias independientes.

Por fin un nuevo congreso, mejor inspirado, declaró que se convertían en democrática federación los Estados Unidos de Méjico.

Como Carlos de Gante en su celda de Yuste, Itúrbide pensaba en su corona bajo el cielo de Italia.

El 13 de Febrero de 1824 escribió al congreso, ofreciéndole su espada y su influencia. El 18 de Abril, el congreso le declaró fuera de la ley si volvía á pisar la tierra mejicana.

Itúrbide no conoció este cruel decreto. A mediados de Junio desembarcó en las playas de Soto la Marina. El general la Garza, jefe del distrícto, le permitió internarse. Pronto le detuvieron y le aprisionaron.

El aire de Méjico es fatal para los emperadores.

El 12 de Julio de 1824 fusiló á Itúrbide.

El 19 de Junio de 1867 fusiló á Maximiliano de Austria.

LIBRO CUARTO

EL GENERAL MIRANDA.

I.

Venezuela, descubierta por Colón en su tercer viaje, el 31 de Julio de 1498, se halla situada en los confines meridionales del mar de las Antillas. Fertilizan su suelo más de mil ríos; encierra, entre sus límites, el lago de Maracaibo y el lago de Valencia; reina en lo alto de sus montañas el invierno perpétuo, y en algunos de sus valles se dejan sentir siempre los fuegos del verano. Asombra por el lujo y por la variedad de sus producciones, guardando en sus entrañas junto al cobre, el oro; vistiendo su superficie con plantíos de café y cocoteros, y guareciendo en sus selvas al manati y la onza, que se reparten la soledad con el váquiro y con el chiguiere.

En aquella región, cuyas costas recorrieron Ojeda y Vespucio, el cauchú y el copey derraman el incienso de sus resinas; el cedro y el caoba columpian con molicie su copa de gigantes; el himno de los vientos se escucha en las orquestas de las cañas dulces, y se tejen las brumas con que entolda al crepúsculo el rápido Orinoco. Su litoral nórtico parece trazado á fuego por algún volcán, alzando sobre él las cúpulas de sus iglesias, doradas por la tarde, Coro y Puerto Cabello, La Guayra y Barcelona, emporios comerciales y antiguas plazas fuertes que se miran en el límpido espejo del mar antillano. En el interior del país, detrás del murallón volcánico de la costa, se extiende una inmensa llanura horizontal, en la que levantan sus históricos muros Caracas hacia el norte, Barinas hacia el centro y Núrias hacia el Sur; sábana infinita, casi sin arbolado, donde mora el llanero centauro y tritón, cabelludo y sombrío, tan ágil en el manejo de la lanza como pobre en las pilchas con que viste á su potro; estepa sin límites, donde el zambo y el mestizo, el mulato y el negro, todos los deshereda-

s del mundo español, se harán perdonar lo humilde de su ori- con lo grande de su heroicidad y de su estoicismo.

Detrás de esas llanuras se dilata abrumadora la soledad, un de- erto que cubren selvas impenetrables y breñas abruptas. Allí el secto zumba y envenena la sangre con su dardo voraz; allí en- osca la víbora los múltiples anillos de su pintada piel; allí el árbol y el clima se convierten en defensores del suelo libre, siendo a fruta tósigo para el agresor y el sofocante ambiente un mura- llón de llamas que cierra el paso; allí braman las ondas de los andes ríos, cuyo vado es un riesgo y en que flota el caimán; llí se mueven las afelpadas zarpas del león y estira la pantera s miembros ágiles; allí el turpial esconde sus musicales gamas allí se ocultarán, después de sus derrotas, los perseguidos llane- ros venezolanos.

Sobre el lado del norte, que ya hemos descrito, se encuentra la isla de Margarita, célebre en las luchas de la emancipación y cé- lebre en los anales del descubrimiento por los bancos de perlas que á sus piés dormían. Encontradas en 1499 por uno de los aven- tureros que acompañaban al almirante, aquellas submarinas ri- quezas despertaron un siglo después la codicia de los sajones y de los holandeses, quienes entraron á saco y pusieron en confusión las poblaciones pescadoras de la costa isleña.

El Orinoco fecunda á Venezuela. Es este el tercero de los ríos de la América meridional, esplorado en 1591 por Diego de Ordaz; uelto á explorar, en 1760, por Díaz de la Fuente; recorrido ochen- ta años más tarde por Roberto Schomburgh y remontado, en fin, por Humboldt y por Chaffaujón, que llegó hasta las fuentes del caudal gigante.

Nueva Granada sirve de límite occidental á Venezuela, que cie- rran por el este las selvas de Guayana y el movedizo muro del Atlántico, mientras que por el sur las montañas de Paracaima y de Tupirapecú la separan de los espesos boscajes del Brasil.

II.

Dice Colón, en la reseña de su tercer viaje enviada á los reyes, que al acercarse á la costa de Pávia y al penetrar en un rio in- mediato á la punta de Cumaná, llamóle la atención, no sólo la hermosura de las tierras y lo blanco del cútis de los pobladores, sino también, y muy principalmente, las perlas que atadas á sus brazos traían y los lucientes espejos de oro puro que en su cuello ostentaban.

En efecto, muchas tribus indígenas, que trocaban en ornato los metales preciosos, han recorrido aquellas acantiladas costas, cru- zado aquellas llanuras sin límites, disfrutado de las sombras de aquellos vírgineos y centenarios bosques, subido á lo alto de los dos más enhiestos picachos de los montes de Mérida, que en mitad del estío se visten de nieve y que alzan sus cúspides más de cuatro mil metros sobre el nivel del mar; muchas tribus indígenas, que

vivían dichosas en su ignorancia, felices en su soledad, consoladas en su miseria, sin pedirle nada de nuevo al porvenir, tribus que aún no se sabe si venían del Norte, de las orillas del Arkansas y del Delaware, ó si subían del Sur, si tenían por cuna las tropicales y espléndidas marañas del Brasil; muchas tribus indígenas de diversas costumbres y cuyos nombres abruman la memoria con su cantidad, pues allí, entre otros ciento avivaron el fuego de sus noches los guinaos y los guaicos, los maipures y los otomacos, los guahibos y los amopúas, los yaruros y los azanenis, sin que su diferencia de apelativo y de modo de ser entrañara una muy visible diferencia de lenguaje y de raza.

La civilización, y las codicias que el progreso despierta, iban á arrebatar á aquellos pobres indios los huesos de sus padres, y el suelo en que se alzaba el humo de las viejas y errantes tolderías.

Uno de los primeros exploradores de la comarca fué Alonso de Ojeda, nacido en Cuenca á mediados de 1463. Era de miembros hercúleos y bien repartidos, de ademanes gallardos y de valor sereno, diestrísimo jinete y hábil sobremanera en el duro manejo de todas las armas. Caballero de Cristo, escuchó junto al Darro el doliente suspiro de Boabdil, y anheloso de gloria se abismó con Colón en las vastas soledades del mar. Desde la isla Española regresó á la península para emprender en 1499, acompañado de Amérigo Vespucio, un segundo viaje con cuatro carabelas que dirigía el piloto don Juan de la Cosa. Llegaron los bajeles hasta las grandes bocas del Orinoco, lucharon aguerridos con los naturales, y recorrieron el norte de Venezuela. En 1501, después de una segunda y romanesca estadía en su patria, regresó nuestro héroe al entrevisto golfo de Maracaibo, fundando una colonia en aquellos apartados lugares. Sus injusticias, sus groseros tratos y su carácter por demás altivo, ofendieron y agriaron á los colonos, quienes, cargándole de cadenas, le embarcaron en un buque que iba á zarpar hacia la Española. Ya partía la nave, ya cortaban su quilla las olas salobres, cuando el osado prisionero se arrojó á las aguas y ganó la rivera, á pesar de los hierros, y gracias á una barca que encontró á su paso. En 1508 quiso apoderarse de los parajes en que más tarde se alzó Cartagena, pero los nativos se le opusieron con sus dardos agudos y venenosos. En aquella ocasión, capacetes y cotas quedaron aplastados por las clavas indias, cubriéndose la playa de despojos blancos. Refugiado en un bosque, Ojeda se salvó de la cruel matanza, construyendo más tarde las estacadas de San Sebastián, en las orillas del golfo de Darién. El hambre y las enfermedades le arrojaron de allí, viéndose obligado á confiar de nuevo sus destinos al mar, pero, como su soberbia no se aminorara y lo ágrio de su índole recrudeciera, engrilláronle sus compañeros por segunda vez y le abandonaron, con algunos fieles, en la isla de Cuba. Después de grandes riesgos, logró Alonso de Ojeda tornar á la Española, donde murió, en el olvido y en la miseria, durante el año de 1515.

Esta vida de Ojeda, que fué en sus mocedades el doncel predilecto de Isabel la Católica, transpasa por sus bríos y pos sus desven-

turas los límites del romance caballeresco y la leyenda heróica. En la Española, durante el primero de los viajes del genovés, las astucias de Ojeda rivalizaron con su bizarría. Caonabo, que era allí el cacique de mayor prestigio, ponía en recelos y hacia entrar en cuidados á los peninsulares; pero Ojeda, captándose no sin trabajo la confianza de aquel señor de tribus, le redujo á servidumbre con un extraño ardid. Mostróle unas esposas de luciente brillo, convenciéndole de que aquellas cadenas eran insignias conque los opulentos monarcas del viejo mundo galardonaban y ennoblecían á sus servidores. Tentóse el salvaje y aceptó que le ataviaran con tan perverso adorno, arrebatándole Ojeda sobre la grupa de su caballo, en medio del asombro y del espanto de los nativos. Ojeda, aquella tarde, acertó sin querer: con prisiones y grillos iban los nobles reyes á pagar á Colón, el oro y la gloria de su descubrimiento. ¿Qué fué de Caonabo? Se trató al poco tiempo remitirle á España, para alegrar los ojos de la corte con tan valiosa presa; pero aquel indio heróico nació para ser libre y en mitad del océano lo mató la tristeza, sirviéndole de tumba la inmensidad del piélago. Es fama que las águilas nacidas en el norte de Europa, al mirarse entre rejas, se mueren de nostalgia con los ojos clavados en las cumbres lejanas de los montes Urales. Hubo almas de ese temple en las tribus de América.

A principios del siglo XVI, Bastidas de Sevilla terminaba la exploración del territorio venezolano hasta el golfo de Urubá y Vicente Pinzón, que se supone nacido en Moguer, descubría el río que lleva su nombre entre las selváticas costas de Guayana.

III.

España nunca supo colonizar, nunca pudo saberlo. Aquella nación ávida de proezas y de aventuras; aquella insigne batalladora, que apareció en las playas del nuevo mundo oprimiendo los lomos de un corcel de combate, cubriendo su enmarañada cabellera con férreo capacete, encerrando su busto en la cota de acero de apretados anillos, entre brillar de espadas de Toledo y sones de arcabuz, no cruzó los mares, como los puritanos rígidos y ceñudos del tiempo de Strafford, para crearse al final de las olas una nueva patria, donde la voz del salmo se alzase libre y cuyo suelo fértil respondiese al cultivo desbordando en los trojes. Aquella nación, cartaginesa y goda, romana y árabe, que había cantado en las ondas ejeas el himno almógavar y recojido en Sicilia la hermosa el guante ensangrentado de Colatino; aquella nación, atrevida y hercúlea, reñidera y avasalladora, que descendiendo desde los picachos de Covadonga, para vengar el desastre de Guadalete, arrancaba palmo á palmo su suelo á los moros y destruía el poder de todos los walíes, alzando su pendón sobre las torres doradas de Sevilla y clavando la cruz sobre los divinos encajes de la Alhambra; aquella nación, cuyos tercios iban á recorrer los senderos de Italia y las anegadizas campiñas de Flandes, navegó en busca de

oro y de bancos de perlas, aumentando los crímenes que inculpa su codicia con las maldades á que dió lugar su fé supersticiosa. Aun se escucha en la noche de los desiertos el sollozo de las tribus errantes y desheredadas; aun se oye el estertor de las razas muertas y de las civilizaciones desaparecidas; aun resuena el ladrido de los fieros mastines, que seguían la huella del esclavo prófugo y del indio salvaje por los caminos vírgenes y las abruptas rocas. Era tal el horror que produjo la conquista y tales los estragos que sufrieron las primeras colonias, que las mujeres indias aprendían á conocer las plantas que sirven para abortar, y el amor, privado del santo deseo de verse reproducido, se volvió infecundo. La isla Española, cuyos habitantes alcanzaban á sesenta mil en el año de 1508, no se acercaba ni con mucho á un millar cuando Oviedo la visitó ocho lustros después. Más tarde al indio sucedió el negro, el importado reemplazó al nativo, la trata de carne humana fué consentida y aumentó la miseria de la servidumbre, se hizo más frecuente el chasquido del látigo, más consoladora la visión de la muerte, y más grande la tantálica sed de pedir un refugio á la soledad. ¡Cómo no ha de ser fértil el suelo de América, si está abonado con la sangre y el lloro de millares de tribus sacrificadas! ¡Cómo no ha de ser fértil el suelo de América, si arrojaron en él la lava de su jugo los ojos y las venas de los esclavos negros, de las dolorosas mujeres de color!

Venezuela no podrá librarse de los horrores que deslustran y llenan todos los anales de la conquista. En 1527, Carlos de Gante la vendió á la casa amburguesa de Welser y un año más tarde el adelantado Ambrosio de Alfinger, con cuatrocientos peones y ochenta jinetes, llegaba á ella, se establecía en Coro y penetraba en el interior de la extensa costa, dilatando sus dominios á sangre y fuego. Alfinger se convirtió muy pronto en un despreciable mercader de esclavos; tribus enteras pasaron á poblar los verjeles de Cuba; los indios se apiñaban, trémulos de angustia ó rugientes de ira, en los mercados y en las estancias de la Española. En una emboscada pereció aquel salvaje; pero la suerte de Venezuela fué siempre cruel, y durante los diez y ocho años que los Welser dominaron en ella, la tristeza y la muerte no tuvieron ni día de descanso ni hora de reposo. Los adelantados, en sus excursiones hacia el interior, cargaban con sus víveres á los indígenas, enlazándoles antes de dos en dos por una fuerte soga pendiente del cuello. Si alguno de los que formaban esta extraña récua, vencido por el peso y por lo áspero de la ruta, se llegaba á morir, la caravana no se detenía para desatarle; un simple tajo separaba la cabeza del tronco inerte y el fúnebre convoy proseguía su marcha, bien escoltado con el ronco graznido de las aves de presa y dejando en pos suyo la noche iluminada por las fosforescencias que brotan del osario. Sólo después de los tres largos lustros que duró la venta, aquel territorio se volvió á poblar y comenzó la época de las fundaciones.

En 1552, Juan de Villegas levantaba los muros de Barquisimeto; en 1555, Díaz Moreno construía, en los bordes de un lago, la ciu-

dad de Valencia; en 1556, García de Paredes, edificó á Trujillo; en 1558, Mérida se elevaba al conjuro de Juan Rodriguez Suarez; en 1567, Cáracas, situada al pié de los montículos de Avila y de la Silla, surjía por encanto al calor de las órdenes de Diego Losada y en 1616, Juan Andrés Varela cavaba los cimientos de la hermosa Barinas, la ciudad circundada de tabacales. Bajo los Welser sólo se veían, en aquellas comarcas, las paredes de Cumaná, alzadas por Gonzalo de Ocampo en 1520 y las rústicas construcciones de Coro, empezadas en 1527 por Juan de Ampúes. Uno de aquellos tiranuelos hispanos merece, sin embargo, mención especial. El primer grito emancipador, que se escuchó en América, salió de los labios de Lope de Aguirre. Enclaustrado, á la sazón, dentro del sombrío monasterio cuyos muros se elevan en la vertiente meridional del Guadarrama, Felipe II dictaba sus leyes desde el Meuse hasta el Rhin, desde Túnez á Orán, desde Chile hasta Méjico, sofocando las últimas resistencias moras en los desfiladeros de la Alpujarra y manteniendo la católica fé, con el haz de las hogueras inquisitoriales, en los Países Bajos. No menos duro, no menos altanero, no menos cruel, aunque con muy distinta perversidad, era Lope de Aguirre, de noble linaje y á quien los primeros cronistas de Venezuela designan con el nombre de Lope el Tirano. Cegado por la ambición de convertir en heredad propia el espacio colonial sometido á su feroz tutela, Lope de Aguirre, que mandaba en Valencia, proclamó, apoyado por algunos parciales y por el miedo que inspiraba su crueldad, la autonomía de aquellas comarcas y la deposición de Felipe II. La lucha entre el súbdito y el soberano duró muy poco. Abandonado por sus familiares, aborrecido por los indígenas y perseguido sin compasión por las gentes del rey, Lope de Aguirre se refugió en la ciudad de Barquisimeto, donde momentos antes de su trágico fin, dió muerte á su hija para evitarle la angustia y la vergüenza de oir á los españoles enrrostrarle la paterna traición. Y es fama que aquel tigre lloró largo rato con los labios unidos al semblante sin calor de la muerta, maldiciendo, en el hondo desconsuelo de aquella hora lúgubre, su propia barbarie, que á tantas madres indias cubrió de luto. Por venir de quien vino, la tentativa emancipadora duró un relámpago. Puesta entre otras manos la bandera de Aguirre hubiera tenido por defensores hasta á los riscos de las costas de Venezuela, donde el recuerdo de los Welser se conservaba entero y cuyos montes recorrían aun los caribes indómitos, los guerreros salvajes, con el carcaj repleto de flechas ponzoñosas y el tólden de la tribu mecido por el viento, dispuestos á morir defendiendo aquella tierra sembrada de cadáveres por el instinto fiero y la voraz codicia de los hombres de Europa.

IV.

Y, sin embargo, aquel siglo, que se señala en la [illegible] el martirologio de las razas índicas, fué en apariencia una centur[illegible] artista, un siglo civilizador. Mientras Bartolomé Díaz [illegible] los mares de Buena Esperanza ; mientras Alburquerque [illegible] las ondas del golfo de Persia ; mientras Vasco de Gama llega hasta Calicut y Vicente Pinzon explora las encantadas regiones [illegible] Brasil ; mientras Cabot descubre la Bahía de Hudson y Magallanes muere en la isla de Cebú, el invento maravilloso de Guttemberg se extiende por la Europa ; Nicolás V funda la biblioteca del Vaticano ; Francisco I establece el colegio de Francia ; nacen Miguel Servet , Lope de Rueda , escribe sus estrofas el célebre [illegible] ; quiavelo redacta las páginas de su pérfido libro ; aguza Rabelais su yerba embriagadora como zumo de vid ; Brunelleschi resuscita la arquitectura griega, arrinconando las torturadas líneas del ordén [illegible] Miguel Angel esculpe el sepulcro de Juliano de Médicis ; crea el Sanzio sus vírgenes de purísimas formas; Commines [illegible] la historia, tratada como cuento, rectitud y juicio ; Bernardo Rucellai abre su famosa academia y el inmortal Copérnico, médico y matemático y astrónomo y profesor de filosofía, ordena que comiencen las rondas de la tierra alrededor del sol.

Durante aquella época de la conquista bárbara, allá en [illegible] mundo viejo, pareció que se renovaban todas las fuentes del arte y del saber, desarrollándose en los cerebros y en las conciencias como una nueva y vigorosa vitalidad. Mientras Ponce de León buscaba en la Florida el agua de Juvencio y Núñez de Balboa llegaba hasta el Darién ; mientras Hernán Cortés recorría los valles de Méjico y Francisco Pizarro la patria de los Incas, Iván el Terrible construía el Kremlin y el cardenal Cisneros ayudaba á editar las obras de Aristóteles ; Ignacio de Loyola soñaba ya en formar su compañía inmensa y el cauteloso Erasmo en inferir al dogma las primeras heridas ; Rubens derramaba sus brillantes colores en la [illegible] y Leonardo de Vinci movía sus pinceles ; San Juan de Dios fundaba la orden monástica de la caridad, alumbrando aquel tiempo con el haz encendido de las misericordias, y don Juan de Padilla, vencido en Villalar, alzaba en el patíbulo el glorioso pendón [illegible] comunidades. Aquellos diez lustros (1440-1492) desbordan en grandeza exterior. Ellos ven á Lutero quemar las cadenas [illegible] miento humano sobre la plaza pública de Witemberg ; miran a Andrés Vesalo buscar en el cadáver los ocultos resortes de la vida ; y contemplan el colorido sin par del Ticiano, y el magistral claro [illegible] do oscuro del Tintoreto ; pero en América, en el mundo [illegible] tras las brumas del mar ; en la virgen cobriza que adorna sus bellos con plumas de colores, en la zona sin límites donde se dejan morir de hambre las madres indias para no dar á luz, se extiende la noche, una noche cruel y sólo interrumpida por el fulgor de los cirios que velan el cuerpo de Atahualpa y por las llamas del palacio en que duerme la reina Anacaona !

HÉROES DE LA INDEPENDENCIA DE AMÉRICA

MÉXICO



Javier Mina



Nicolás Bravo



Mariano Matamor



Agustín Itúrbide

y ello se explica porque en el fondo de aquella época, guerrera y artista, está la podredumbre, la gangrena moral. Aquella es una edad fanática y cruel, preñada de lascivia y repleta de odios. Por el norte de Europa, que ya no defendía el valeroso Huniade, el héroe magiar, el caballero blanco de la Valaquia, paseaban su triunfo los genízaros de Selim el Feroz, parricida y asesino de sus hermanos; déspota á quien obedecían, abrumadas bajo el peso de sus maldades, las dos largas riberas del Danubio. En el centro de la cristiandad, en la Roma de los mártires y de los césares, allí donde brillaba la tiara pontificia y á donde llegaban, en peregrinación y con los pies descalzos, las naciones del mundo. imponía sus leyes Alejandro VI, el padre de los Borgias, el papa simoniaco é incestuoso, dilapidador y amante de lo ajeno, tachado de conocer las artes de Locusta y de emplear el agua de Tofana. Más tarde, en Inglaterra, el buen Enrique VIII entregará á la hoguera setenta mil herejes, ilustrando el patíbulo con los nombres de Fisher y de Moro, de Catalina Howard y Ana de Bolena; Alemania contemplará las terribles ecatombes de los anabaptistas en las batallas de Munster y de Frankenhausen, y empezarán en Francia las guerras religiosas, hasta el momento lúgubre en que todas las campanas de su capital toquen á somatén en la noche de San Barthélemy. Desde el año de 1492,—en que España arrojó á los judíos fuera de sus fronteras, dejando que Torquemada la convirtiese en una inmensa pira,—hasta el año de 1531, en que los vencedores se ensañaron sobre el cadáver de Ulrico Zuinglio, reformador suizo muerto en el sangriento campo de batalla de Cappel, no se oye en Europa sino rumor de armas, sordo crujido de leñas encendidas, nuevas de liviandades y voces de multitudes alborotadas. Ese fanatismo y ese bélico ardor, que no admiten piedad, recorrerán los mares, despoblarán los espléndidos verjeles del mundo encontrado y harán aborrecible aquella conquista, representada de cuerpo entero por la siniestra figura del padre Valverde.

V.

Época indescriptible es la época en que los hombres robaban sus secretos á las vastas soledades del mar, contemplando sobre la inquieta verdura de las ondas, las orillas sombreadas por el lánguido abanico de las palmeras. En 1419, Gonzalves Zarco y Tristán Faz Teyxera se [illegible] en 1492 el [illegible] en Bartolomé Díaz, reconoce el Banco de Arguím y echa el ancla en las islas de Cabo Verde; en 1492, respiran las carabelas, salidas de Palos, el perfume de las flores de Guanahani; en 1515, llega Solís al río de su nombre; en 1518, costea Grijalva la península de Yucatán; en 1522, Sebastián del Cano termina su viaje alrededor del mundo, y en 1535, Cantier se detiene ante los bosques vírgenes del Canadá. La ruta está abierta; el mar ha dejado recorrer sus senderos y rasgar sus brumas, las algas han sentido la canción

victoriosa de los aventureros; los delfines han visto, en las noches sombrías y en lo alto del velámen, los fuegos de San Telmo; las palmas de la playa han oreado la frente de los marinos blancos. La ruta está abierta; el vuelo de las aves de nuestras costas ha servido de brújula y norte á los bajeles; el gentil camalote, la isla flotante de guirnaldas azules, se ha cimbrado y ha huido para enseñar su camino á las barcas; un cadáver cobrizo tropezó con la quilla de las carabelas, que pensaban en retroceder al verse por doquiera circundadas de espuma, y una luz ha rasgado el lóbrego cendal de la noche, delatando la existencia de un mundo. La ruta está abierta; le es dado al europeo, desde los picos grises donde habitan los cóndores, contemplar las praderas en que ostenta el maizal sus panojas doradas, y las verdes lagunas que atraviesa perezoso el flamenco, entre las infinitas melancolías de la hora crepuscular. La ruta está abierta; ya pueden venir los Davis, los Furbisher, los Woort, los Schouden, todos los que llenan las páginas marítimas del siglo XVII.

Aquella maravillosa serie de descubrimientos, que tienen el siglo XIII por punto de partida y acaban á mediados del siglo XVI, arrojaron á los piés de la Europa, en revuelto montón, las más variadas y las más sorprendentes riquezas. Persia dió sus tapices; la Moka su café; Yedo su porcelana; las Antillas su azúcar; Cuba sus tabacales; sus minas el Perú y el Brasil opulento sus piedras preciosas. Después aparecieron en los mercados el bronceado maíz, la vainilla olorosa, el cacao nutritivo, la salvadora quina, el emoliente thé, el cálido algodón, las pieles no vistas y las plantas tropicales con pétalos suavísimos de brillante matiz. Todas las industrias se desarrollaron; los monzones y los vientos alisios se conocieron; aprovecharon los nautas las corrientes marinas; la brújula se perfeccionó, aumentando el tonelaje de los navíos; la cosmogonía antigua cayó en desuso, al saberse de cierto la existencia de los antípodas y la habitabilidad de las regiones ecuatoriales; la riqueza territorial cedió su puesto á la tornadiza riqueza mobiliaria, más civilizadora, y los cuantiosos caudales mejicanos permitieron á los príncipes estimular las artes. Fué aquella una época de prosperidad, de fausto y de coltura; pero España, despreciando el tesoro de los países fértiles que conquistaba la espada de sus aventureros, no quiso ser fabril y tuvo á menos convertirse en agricultora, cambiando por los productos de otras naciones las barras que su mundo de esclavos arrancaba á las minas. Entonces el derecho de alcabala, el impuesto sobre el papel timbrado, la ninguna libertad de comercio, las trabas que oprimieron á la navegación y el contrabando que siguió á estas miserias, como el vivorezno sigue á la víbora, empezaron su obra de decadencia en el gigante imperio de Felipe II. El oro, que hizo á la península sórdida y cruel, fué su propio azote, la lima en que gastó sus dientes y sus garras el león castellano.

Trescientos años, tres largos siglos, las colonias sufrieron las adusteces de su incauta madre; trescientos años, tres largos siglos, la bicolor bandera peninsular se pasó orgullosa desde el gol-

fo de Méjico hasta el cabo de Hornos; trescientos años, tres largos siglos, la tierra en que se alzaron los toldos de las tribus, la tierra en que yacían los huesos descarnados de las razas mártires, vegetó sin comercio, palpitó sin industria, se nutrió sin escuelas, agotó sus veneros y descuidó sus campos, á la sombra del estandarte de la conquista. Y, sin embargo, aquel mundo que superaba en hermosura espléndida y virginal á todas las descripciones de Marco Polo, merecía, en verdad, más dicha y mejor suerte. Allí se alzaba Cuba envuelta como en nube de orientales aromas, en la enervante atmósfera de sus especierías; con sus flexibles juncos y s plantas acuáticas y sus bambúes y sus picaflores, en cuyas plumas unen sus preciosos matices la esmeralda verdísima, el topacio amarillo, el rubí de escarlata y la turquesa azul. Allí Méjico estaba, ofreciendo á los blancos el oro y la goma de su coapinol, y la resina fragante de su liquidámbar, y la sombra proyectada por sus dragoneros, donde sestea, bajo el sol de los trópicos, el león sin melena, el felino cucuardo de pelaje gris. Allí estaba todo ese,—todo ese mundo nuestro,—velado, en el silencio tranquilo de las noches, por las manchas del sur; teniendo por orquesta sus cantos de calandria, sus silbos de zorzal y la dulce serenata de sus boyeros; guardando en sus boscajes, como incensarios de humareda tenuísima, pasionarias azules y campánulas rojas y agrestes jazmineros y claveles del aire de buen olor; lavándose los piés en los ríos que copian el tinte de los cielos y bordan el cerúleo mantel de sus corrientes con el encaje asiático de las espumas blancas. Allí estaba ese mundo,—ese admirable mundo que, lleno de tesoros y grande en hermosura y rico en juventud, encontró el genovés, dormido entre las lianas y las achiras de oro de la costa cubierta por las brumas del alba. Y allí, durante la dominación española, se fundó en el año de 1731, la capitanía general de Caracas, comprendiendo, bajo su jurisdicción, todo lo que hoy constituye la república de Venezuela.

Pero España miraba aquel territorio con desamor, por no conocer los tesoros que en su seno dormían. No dejó á su comercio extenderse y crecer, sofocándolo en la cuna á fuerza de trabas; ni permitió á la industria esparcir sobre aquellas comarcas sus beneficios, declarando forzosa la compra de los productos españoles encarecidos por el monopolio absoluto de los mercados; ni toleró, en fin, que la imprenta reflejara sus luces en los cerebros, ya soñadores, de los colonos, á quienes traía flacos por lo abusivo de los impuestos, ceñudos por la crueldad honda de los vejámenes y amamantados en el miedo que nace de la opresión.

Todos estos esfuerzos no pudieron impedir, sin embargo, que la lumbre se hiciera en algunos espíritus, gracias á los libros de los enciclopedistas y sus predecesores, que entraron á escondidas en Venezuela, para ser leídos en medio de la noche y á favor de su soledad. Un soplo nuevo circuló por las ciudades ribereñas de la colonia, y un ideal confuso comenzó á amasarse en el alma de los esclavizados, quienes debieron sentir la gozosa inquietud que sienten los marinos al acercarse á un puerto; y cuando el águila de

Napoleón cruzó el Pirineo para clavar sus garras en el desprevenido seno de la península, ya los destrozados miembros de don José María España, puestos en garfios sobre las márgenes de los caminos, habían servido de festín á las aves de rapiña de Ver zuela.

Pocos años después tuvo lugar la primera de las nobles tentativas del general Miranda. Llamado por Gual, uno de los jefes de la conspiración del infeliz España, Francisco Miranda preparó en los Estados-Unidos un convoy de tres buques é hizo con ellos rumbo hacia el sur.

Las olas se mostraron propicias á las naves, cuyas velas se henchían de aire salobre; flotaba sobre los bajeles el infinito del cielo de los trópicos. Pocos días después, ya respiraban los espedicionarios las brisas cargadas de perfumes nativos, entreteniendo sus impaciencias con amantes recuerdos y heróicas esperanzas. Las penas del exilio quedaban atrás y en los brumosos tules del horizonte asomaban las costas del país bien querido. Se leían las cartas llenas de pronósticos risueños para la expedición. Gual les decía: « Ha crecido la opinión y el deseo de la independencia. » ¡Los vientos del océano pasaban murmurando el nombre de la patria!

¡La patria! ¡la nodriza que nos nutrió en la cuna con su ambiente y su sol! ¡la campana del templo donde por vez primera nos postramos de hinojos! ¡el parral de la tapia que nos prestó su sombra y nos dió de sus zumos la risueña embriaguez! ventana, con tiestos de amarillos claveles, donde hablamos de amores y sentimos el beso de unos ojos de luz! ¡la escuela que nos dijo que el cerebro tiene alas y deberes la vida! ¡el sepulcro querido, donde duermen aquellos que nos amaron bien y cuyo cuerpo frío nos espera soñando que es muy larga la ausencia! ¡el cielo y la montaña, el río y el palmar, aquello cuyo nombre se sabe de memoria y en que parece el éther inmensamente azul, la cuesta con verdor hasta en mitad del invierno, el oleaje música de cadencioso ritmo y el dátil más sabroso que miel de camoati!

Ese númen guiaba á los expedicionarios, cuando el 20 de Abril de 1806, avistaron de cerca las costas de Ocumare. Eran las nueve de la noche y las olas se rompían en silencio contra las quillas.

Sobre las aguas titilaban las manchas blanquecinas de las constelaciones, ese polvo de oro con que se alfombran los cielos esplendentes del sur. Sólo alguna gaviota, volando hacia la orilla, cruzaba las anchas soledades del mar. En los bajeles se oían los apresstos que anuncian el fin del viaje, brillaban las armas y las voces sonaban como enternecidas. De pronto, hacia el sur, por el lado de tierra, se vieron avanzar dos tenues luces rojas. Las luces fueron creciendo y acercándose, colgadas de las gabias de los buques de la marina real el « Argos » y el « Celoso ». La escuadrilla espedicionaria fué sorprendida y Miranda huyó; pero perdiendo en el asalto dos de sus bajeles y dejando en poder de los españoles setenta prisioneros. Diez de estos cautivos fueron sometidos al infame suplicio de la horca, mientras el resto navegaba para ser se-

pultado en vida en las sombrías bóvedas de Puerto Rico y en los infectos calabozos de Cartagena.

Entonces, don Manuel de Guevara y Vasconcellos, encargado á la sazón de la capitanía general de Caracas, quemó en efigie al general Miranda; pero éste, poco accesible al miedo é incapaz de desmayo, el 23 de Julio del mismo año y al frente de una escuadrilla de quince buques, armados en la isla de Trinidad y á cuyo bordo venían quinientos voluntarios, se hizo de nuevo al mar, dirigiéndose al norte de Venezuela. En aquella playa le esperaba un ejército enemigo de mil doscientos hombres, que recibieron á la expedición con el ronco estampido de sus obuses, sin poder impedir que los patriotas desembarcaran é hicieran suya la ciudad de Coro, desde donde, desengañado y triste, muy mal acogido por los naturales y temeroso de perder su flotilla en manos españolas, el general expedicionario tendió sus velas hacia la hospitalaria isla de Trinidad. Gual le había engañado; no fué recibido como un libertador; en las costas de la patria le desconocieron y los nativos se le mostraron indiferentes.

Convencido de que la colonia no estaba preparada aún para la libertad, Miranda fué á pedir á las brumas de Londres un refugio donde esperar la hora de la suprema redención venezolana.

VI.

Hondo cambio sufrían, poco después, los destinos de la nación, belicosa y aventurera, donde no se ocultaba jamás la lumbre del día. Por el tratado de Fontainebleau, España había consentido que invadiesen su suelo, para apoderarse del reino portugués, las legiones triunfadoras de Jena y Austerlitz. Los franceses entraron en la península, pero no como aliados y sí como conquistadores, posesionándose de las plazas fuertes é imponiendo á los naturales la ley del vencido, en tanto que la familia reinante, empalidecida y acongojada, corría hacia Bayona para tomar á Napoleón por juez y por árbitro de sus querellas. Lo que ni el monarca ni el príncipe supieron hacer, lo hizo el patriotismo del pueblo español y los picos del Bruch, los escombros de Gerona, los campos de Bailén y el bronce de Arapileo detuvieron el vuelo ambicioso del águila.

Aquel genio potente, amamantado en el fecundísimo seno de la revolución que llevaba en los labios el himno de Marsella; aquel genio potente que aventaba los tronos, hechos astillas, con el cálido viento de sus cañones, y rasgaba la púrpura de los mantos reales para cubrir la desnudez estóica de sus granaderos; aquel genio potente, águila por lo grande de la ambición y por la férrea contextura de las rémiges largas, encontró dos escollos en su camino y en aquellos escollos se hizo pedazos. Encontró el sol de España, que calden la vid y enrojece la tez, inspirando á la tierra sed de verdura é inspirando á las almas sed de heroismo; y encontró las heladas noches de Rusia, las noches en que nieva la nieve en grandes copos, haciendo que la sangre se paralice y que el valor se

dome y que la gloria huya, como un ave del trópico echada por los vientos huracanados sobre uno de los témpanos del mar glacial. Zaragoza en ruinas y Moscou en pavesas son la tumba y el cirio que merecía el cóndor que llevaba en sus garras, como botín excelso, las banderas de Europa, zahumadas por el humo de cien combates y estremecidas aún por el tañido á muerte de cien clarines!

La guerra de España, que Tayllerand censura en sus memorias por impolítica, sirvió de pretexto á las colonias americanas para emanciparse. Al saber á la metrópoli huérfana de sus reyes; convertida en campo de batalla de sajones y galos; gobernada por juntas populares; maltrecha por los cascos de caballos de Berg y de Murat, la América española, haciendo acto de lealtad y olvidando las marcas que en su piel dejó el látigo, tomó parte en la causa por el vencido de Valency.

En Caracas fueron mal recibidos los emisarios del glorioso vencedor de Friedland; pero la soberbia peninsular, denegando á los naturales el derecho de gobernarse por una junta de su elección y los desaciertos del brigadier Emparán, capitán general de Venezuela, enconaron el espíritu de algunos patriotas, que, en la mañana del 19 de Abril de 1810 y obedientes á la elocuencia enardecida del canónigo Madariaga, depusieron al asombrado gobernador. Apeló este al pueblo preguntándole, desde los balcones de la casa Capitular, si quería que continuase en su alta investidura, y como de todos los ámbitos de la plaza le respondiesen con el trueno de un nó, Empáran, despechado y confundido, murmuró con voz ronca: «¡Pues yo tampoco quiero!»—constituyéndose así entre los aplausos de la multitud,—el primer gobierno soberano de Venezuela, la junta de Caracas.

Expulsadas las antiguas autoridades, suprimido el derecho de alcabala y prohibida la introducción de esclavos, el nuevo poder hizo público acto de autonomía, dirigiendo un manifiesto á las demás colonias, convocando un congreso que reasumiera la representación de todas las provincias venezolanas y abriendo relaciones con el gabinete inglés, ante el cual envió como comisionados á don Luis López Mendez, á don Andrés Bello y á don Simón Bolivar. Casi al mismo tiempo, la junta nombró á don Telésforo Orrea para impetrar, en bien de la causa de la revolución, el apoyo de los Estados-Unidos, de la nación de la bandera de las estrellas, del país donde habían brillado la austeridad y la espada de Washingtón.

VII.

Simón Bolívar nació en Caracas el 24 de Julio de 1783, siendo el cuarto de los hijos de don Juan Vicente Bolívar y doña María de la Concepción Palacio y Sojo, muy ricos en bienes de fortuna y nobles de orígen, hallándose vinculados en su familia los títulos de marqueses de Bolivar y vizcondes de Caporete, amén de un señorío que comprendía los pueblos de Carote y de San Nicolás.

Muerto su padre en Enero de 1786, quedó Bolívar bajo la tutela de doña María Palacio y Sojo, la cual le dió por maestro de primeras letras á Simón Carreño, hijo bastardo de un sacerdote y que cambió más tarde el apellido aquel por el nombre prestado de Simón Rodríguez. Era Rodríguez, según sus biógrafos, una especie de Diógenes, amamantado en los fecundos senos de las viejas filosofías cínica y estoica, humanista eximio é inteligencia superior á su tiempo, aunque llena de utopias, que había concebido un extraño modelo de repúblicas, donde eran vitalicios todos los empleos. Tenía fé profunda en el influjo de las ideas y en la virtud del verbo, que miraba á manera de lenguas de fuego flotando sobre el mundo para hechizar las almas, siendo aquel hombre raro el primero que se dejó decir: «Las llamas de la inquisición han sido apagadas con lluvia de tinta.»

Originalísimo en el pensar, extravagante hasta el exceso en sus costumbres y con instintos de ave emigradora á quien cansa la vista del mismo horizonte, Rodríguez amaba con pasión los viajes, que hacía en la mayor parte de los casos á pié, oyéndosele exclamar con frecuencia: «No quiero parecerme á los árboles, que echan raíces en un lugar y no se mueven; sino al viento, al agua, al sol, á todo lo que marcha sin cesar.»

Las enseñanzas de Carreño ejercieron una profunda influencia sobre el espíritu de Bolívar: sus senados vitalicios y sus órdenes honoríficas, que perpetuaban en una familia toda una tradición de gloria y de amor á la patria, son como retoños de la república ideal de Rodríguez. Por eso, en Enero de 1824, le escribía su discípulo desde el Perú: «Formó Ud. mi corazón para la libertad, para la justicia, para lo grande.» Y agregaba después: «Mis frutos son suyos.» Bolívar acertaba: el espíritu pertenece en esencia á su primer maestro, como pertenece la mujer á su primer amor.

Cuando cumplió quince años, Bolívar fué enviado á Madrid para que completara su educación.

Allí vivió en la casa de uno de sus tíos maternos; contrajo relaciones de amistad con Mallo, el favorito de la reina María Luisa y jugó en Aranjuez con el heredero del trono español, hiriéndole con el volante en la cabeza, mientras llegaba el momento de herirle con la espada en la corona. Allí conoció á la que más tarde debía ser su esposa, doña Teresa Toro y Alianza, y de allí partió para visitar la capital de Francia, cuando Napoleón, ya cónsul vitalicio, firmaba con el impero austriaco la paz de Laureville. Allí, ya de regreso, se unía para siempre á la única mujer que idolatró de mozo, y en cuya compañía se tornó á Caracas, para entregarse al cuidado de su gran fortuna y para perder, pocos meses después, á su dulce y amante compañera.

Bolívar emprendió entonces su segundo viaje hacia la Europa. Lloró en Madrid, en los brazos del padre de su joven muerta, los que él mismo llamaba «deliciosos tormentos del amor», y hubiera permanecido largo tiempo en aquella ciudad, si un bando del rey, en que se condenaba todos los viajeros á abandonar la corte, no hubiese despertado en su ánimo la sed de cruzar los Pirineos y de

volver á Francia. Gracias á ese bando, justificado por la extrema escasez de pan que en Madrid se sentía, Bolívar se encontró en París en el mes de Mayo de 1801, cuando el general Bonaparte, el que había hecho flamear las banderas tricolores en los campos de Italia y frente á las Pirámides, derribaba la obra de la revolución y recosía con las bayonetas de sus granaderos los girones del manto de púrpura de los carlovingios, bordando una corona imperial sobre el mandil de grana de su caballo blanco.

Cuenta Larrázabal que Bolívar, el discípulo de Rodríguez, el apasionado de la imposible república de Carreño, contempló con desvío en aquella ocasión al que rehacía á cañonazos las patrias de la Europa, llegando las iras del futuro general de Caracas hasta acusar de usurpador al cónsul en presencia de Oudinet, de Delagarde y de Savary, cuya fortuna estaba estrechamente ligada á la fortuna del héroe de Marengo.

Por aquella fecha dióse Bolívar al estudio de algunas lenguas vivas y habló con Humboldt acerca de la emancipación de las colonias americanas. Después y acompañado de Carreño, á quien halló en Europa, atravesó los Alpes, visitó en Chambery la mansión de Rousseau, vió en Milán á Napoleón que ceñía á sus sienes de soldado de fortuna la corona de Italia, y se detuvo en Roma, donde, en el monte Aventino, en aquella altura á la que se retiraba el tumulto del pueblo romano en los días de peligro para su libertad, Bolívar, sintiendo oreada su frente por las brisas del Tíber y clavando los ojos en la tumba legendaria de Cecilia Metella, que está á los piés del monte, juró, sobre las manos de Carreño, consagrarse en lo futuro á la independencia y á la gloria de Venezuela.

Así los polluelos del cóndor, al ver desde los picos de las cumbres, el espacio sin límites y al sentir que les crecen las plumas de las alas, se juran escalar con su potente vuelo la inmensidad azul. Así, entre las brumas del británico clima y ojeando al oleaje de las córcegas playas, Cromwell y Bonaparte tuvieron la visión clara de su destino y el noble presentimiento de su grandeza.

Bolívar volvió á Caracas á fines del año 1806.

La Revolución le incluyó en el grupo de los comisionados que enviaba á Londres para obtener el apoyo de la Gran Bretaña. Las afectuosas y no interrumpidas relaciones de Bolívar con su viejo maestro recuerdan la amistad clásica del filósofo Sócrates y del héroe Alcibíades.

VIII.

La circular de la Junta Suprema de Cáracas á las colonias, dándoles cuenta de haberse constituido allí un gobierno provisional, hasta que Fernando VII recobrara su trono, é incitándolas á imitar la conducta de los venezolanos, era la base sobre que reposaban las instrucciones de la comisión enviada á Inglaterra; pero Bolívar, que llevó la palabra en la entrevista celebrada en Londres con el ministro Wellseley, olvidóse que su cometido se reducía á

buscar un acomodamiento honroso con la junta de Cádiz. En su entusiasmo, enumeró con brío los agravios recibidos por las colonias durante sus tres siglos de opresión, pleiteó la causa de la libertad absoluta para los países del nuevo mundo; defendió con elocuencia el derecho que los americanos teníamos á salir de tutela y concluyó pidiendo el auxilio de los ingleses para labor de tanta dificultad. Wellseley, á quien el mantenimiento de la alianza española le era preciso, puso fin á las negociaciones prometiendo activar la reconciliación de las colonias disidentes con su vieja tutora y asegurando, para el caso improbable de un amago francés, la decidida y franca protección de los destacamentos británicos de las Antillas.

Bolívar no logró sus anhelos; pero se llevó, en cambio, al general Miranda, quien llegó á la Guayra á fines del año de 1810 y cuando la reacción comenzaba á poner en peligro la causa de los emancipadores de Venezuela. La regencia de Cádiz había declarado rebeldes á las colonias que la desconocieran y sometido á bloqueo riguroso las costas caraqueñas; las provincias de Coro y Maracaibo, oponiéndose á los avances de la revolución, alzaban con denuedo el estandarte de topacio y de grana de la conquista; los sacerdotes, desde lo alto del púlpito, sostenían la legitimidad de la servidumbre y amenazaban á los independientes con diversos castigos; los patriotas veían nublarse su oriente y por todas partes se tocaba á tumulto, oyéndose á lo lejos rodar de cañones y ruido de caballos, dianas de clarines y crujir de banderas.

Ese era el estado de los asuntos cuando el vencido Ocumare se presentó en Cáracas.

IX.

Miranda había nacido en Venezuela, el 9 de Junio de 1756, y militado desde los diez y siete años de edad, en las filas del ejército español. Fué soldado de Washington, visitando después los principales países de Europa, ávido de conocer costumbres y cosechar provechosos aleccionamientos. Oyó en París la elocuencia demosteniana de Mirabeau; vió á las muchedumbres pisotear el estandarte flordelisado y aprendió de memoria el himno de Roger; formó en el grupo de los iluminados de la Gironda, teniendo por amigo al célebre Petion y atravesó con las cucardas tricolores, como general republicano, las campiñas de Bélgica. Segundo jefe de aquel ejército, casi desnudo y casi sin vituallas, tomó la antigua ciudadela de Ambéres, sometió Ruremonde á las armas francesas, dirigió el bombardeo de Maestricht y defendió de los prusianos las orillas del Meuse, mereciendo al principio los más eficaces elogios de Dumouriez. Aún después de las infructuosas operaciones del bombardeo y hablando de la derrota sufrida por el general Lanoue cerca de Aix-le-Chapelle, Dumouriez le escribía: «Infunda Ud. su energía á los demás generales, refresque Ud. las

cabezas y súplame», agregando cinco días más tarde: «Sólo Ud., mi digno amigo, y Thowenot, saben darme consuelo y esperanza.»

Obligado á retirarse en la batalla de Nervinder, al final de tres horas de combate y dejando sobre el campo dos mil de sus soldados, Miranda fué acusado y conducido ante el tribunal revolucionario, que absolvió su conducta y donde tuvo por defensor á Chaveau-Lagarde, el abogado de María Antonieta y Carlota Corday. Bajo Robespierre, cuando las cárceles se llenaban hasta desbordar y la guillotina segaba á cientos las cabezas; cuando el miedo impedía á las viudas sollozar de dolor y se soñaba en todos los hogares con el pálido rostro de Saint-Just; cuando las campanas tocaban de contínuo á somatén y cada sesión pública era una tempestad, Miranda se vió detenido durante diez y ocho meses como sospechoso, arrastrado de prisión en prisión, sediento de aire puro y enfermo de nostalgia. Ya en libertad, despreocupándose de los destinos de la Europa y volviendo sus ojos hacia el lado de Venezuela, el caraqueño ilustre se trasladó á Londres para consagrarse á la emancipación de su país nativo, comenzando así, en 1797, la segunda de las dos grandes odiseas que forman su vida.

Un año después, Miranda había negociado con las autoridades británicas un largo convenio, al que se adhirió, no sin vacilaciones, la república yankee. En ese convenio se prometía contribuir con hombres y buques á la empresa libertadora, siempre que realizados los designios de esta, Venezuela reconociese en favor de la Gran Bretaña una suma de treinta millones de libras esterlinas y abriera sus puertas de un modo ventajoso á los intereses comerciales de los Estados-Unidos, estipulándose, además, la pronta construcción de los canales de Paraná y Nicaragua. Abortada la empresa, por indecisiones del presidente Adams, el general Miranda no se dió por vencido y llevó á cabo las dos tentativas del año 1806, haciendo flamear, por vez primera, en las costas de Coro, los tres vivos colores del estandarte de Venezuela.

Píntase á Miranda de elevada estatura y no enjuto de carnes; de frente espaciosa, en la que el pensamiento había trazado dos surcos extendidos; de torax saliente y de robusto dorso; más dado á la reflexión que á la confianza; taciturno de instinto y poco afecto á variar de opiniones. En su vestir, rígido por extremo, recordaba la época de la convención, la de los grandes heroísmos y las grandes matanzas; pero con la juventud había perdido una parte de su entereza. A los cincuenta años quedaba en él más de filósofo que de soldado, sin que por eso careciera de dominio y de majestad. Las ramas del árbol no en vano habían sentido el roce de la escarcha de muchos inviernos; la hoguera brilladora se iba poco á poco convirtiendo en cenizas. Ese era el hombre á quien recibían los caraqueños como un triunfador, cuando la causa de la libertad estaba en peligro y la península les amenazaba con las bayonetas de sus veteranos. Ese era el hombre que iba á representar á la provincia de Barcelona en el primer congreso de Venezuela, en el congreso que el día 5 de Julio de 1811, declaró libres, soberanos é independientes los territorios de aquella capitanía general. Ese era

el hombre, parco en los decires y sobrio en las costumbres, que firmó el acta emancipadora de aquellas comarcas, junto con los diputados de Cáracas, Cumaná, Bariñas, Margarita, Mérida y Trujillo.

X.

Al tenerse conocimiento de esta declaratoria, empezó á dejarse sentir la obra enconada de la reacción. Primero unos canarios, movidos por el agente regio Cortabarría, quisieron apoderarse de uno de los cuarteles, y después se declaró en abierta rebelión contra el congreso la ciudad de Valencia. Los canarios fueron fácilmente sometidos, pagando con la vida de sus jefes su atrevimiento; pero los defensores de Valencia se resistieron con esforzado brío. Esta ciudad, situada en el distrito de Carabobo y cerca del lago que lleva su nombre, se ha distinguido siempre por su intrepidez, siendo la residencia favorita de Lope de Aguirre, el trágico gobernador que se declaraba independiente de Felipe II.

No es, pues, extraño que Valencia pusiera en vergonzosa fuga á sus huestes bisoñas del marqués de Toro, comisionado por el congreso para rendirla, y que el mismo Miranda sólo lograse vencerla después de dos ataques, en que sitiados y sitiadores hicieron gala de temeridad. En el último de ellos, cada calle se convirtió en un campo de batalla y cada casa en una ciudadela, siendo tal el estrago, que los cadáveres de ochocientos patriotas quedaron extendidos dentro de los muros de la ciudad heróica. Aquella victoria le costaba lo mejor de su ejército á la revolución, recordando á las célebres victorias de Pirro.

Entretanto los legisladores, contra la opinión de los entendidos, extendían sobre los rebeldes el velo del perdón; adoptaban para la nueva república el sistema federal; abolían la inquisición y la esclavitud; declaraban inviolable el hogar doméstico y suprimían los títulos nobiliarios. Como las flores del almendro, que mueren por abrirse cuando no es tiempo aún, estas nobles y generosísimas manifestaciones se tildaron, con motivo, de prematuras y no pudieron impedir que el espíritu público cayese en flaquezas, que los realistas lucharan con fortuna en las riberas del Orinoco y que la reacción se apoderase de todo el occidente de Venezuela.

Los beneficios otorgados sin oportunidad, cuando el que los recibe no puede darse cuenta de su valor, ni se reconocen ni se agradecen. La cosecha del bien, como la de los frutos que el suelo produce, sólo debe hacerse cuando los trojes están preparados para recibirla. Se necesita tiempo para que el día se haga en los espíritus, como se necesita tiempo para que baje hasta la tierra la luz de los astros.

XI.

El año de 1812 debía ser desastroso para la república. El 23 de Marzo, el pueblo de Carora era sometido y entrado á saco capitán de fragata español, Domingo Monteverde. No hubo prisioneros; la guarnición entera fué pasada á cuchillo.

Tres días después, en una tarde de calma suprema é infinita, de ambiente sofocante y cielo brillador; en una de esas tardes serenas de los trópicos, un ruido pavoroso se dejó sentir y la tierra trepidó como empujada por una mano oculta; se agrietaron los muros y en pocos instantes la naturaleza convulsionada convirtió en escombros á La Guayra y á Mérida, á San Felipe y á Barquisimeto. Bajo las ruinas de esta ciudad, fundada en 1552 por Juan de Villegas, quedaron sepultados cerca de mil patriotas. Cáracas misma estuvo á punto de desaparecer, huyendo sus habitantes despavoridos hacia la campiña, mientras Bolívar, ceñudo ante el estrago, cuentan que le dijo á un español, enemigo de la república: «La naturaleza se nos muestra rebelde. Pues bien; ¡lucharemos contra la naturaleza!» Y se vió entonces, en los días de luto que se siguieron, lo que pueden la ignorancia y la superstición. Como el terremoto había respetado las provincias fieles al rey, descargando su furia sobre las que defendían la causa de la libertad, el terremoto fué bendecido, desde lo alto del púlpito, por los sacerdotes afectos á la península y presentado á manera de castigo del cielo, que repudiaba así la obra de la emancipación. Miranda y el congreso, apesar de su conducta con los clérigos comprometidos en la heróica rebelión de Valencia, fueron señalados en los sermones como la causa principal del infortunio que asolaba al país, mermándose no poco el prestigio de los libertadores, cuyos soldados aprendieron á desertar y cuya esperanza comenzó á decrecer. Un nuevo combate que permitió á los realistas entregar á las llamas al pueblo de San Carlos; la defección de Mérida y Trujillo, que se pronunciaron á favor de la monarquía, y la entrada de Monteverde en la importante ciudad de Valencia, que ni siquiera trató de resistir, trajeron consigo la dictadura del general Miranda. Menos de dos meses le habían bastado al jefe español para apoderarse de Siquisique, Carora, Barquisimeto, Araure, San Carlos y Valencia; menos de dos meses le habían bastado para destruír un ejército de seiscientos hombres y otro de más de mil, pasando á cuchillo desapiadadamente á los prisioneros. ¡Con razón se dieron los patriotas á desesperar! ¡Venezuela no quería ser libre aún!

XII.

Nombrado Miranda, el 23 de Abril de 1812, generalísimo de la república é investido de facultades extraordinarias, publicó un severo bando militar, para precaver los abusos cometidos por la soldadesca, y confió á Bolívar la custodia de Puerto-Cabello, plaza

convertida en arsenal de guerra de la revolución. Después, abandonando á Caracas al frente de un ejército de cuatro mil hombres, se situó en Guacará, cubriendo con una fuerte división el punto de los Guayos. El enemigo no tardó en atacarle y aquella jornada hubiera sido de éxito seguro para los patriotas, si apenas comenzada la lucha, no se hubiera pasado á los peninsulares, con toda su compañía, el capitán de granaderos, don Pedro Ponce. Fusilados á quemaropa, sorprendidos por aquella traición y temerosos de perfidias mayores, de nuevas y más terribles deslealtades, los soldados de Miranda obligaron á su jefe á retroceder. Entonces el generalísimo se retiró á una estrechura llamada La Cabrera, donde abrió fosos y armó baterías, pero también allí Monteverde le fué á buscar, y, después de tres rudos y briosos ataques, se posesionó de los atrincheramientos de los patriotas, quienes, sobrecogidos y desorientados, huyeron precipitadamente hacia La Victoria, no sin quemar antes sus almacenes de víveres y de municiones.

Esos desastres y esas retiradas entregaron al dominio español el pueblo de San Juan de los Morros, situado entre cuevas de rocas calcáreas, cuyas filtraciones sorprenden y admiran por lo rarísimo de su forma; las regiones del Tuy, bien llamadas el granero del norte, porque allí se abastecen cuantos habitan entre el cabo Codera y la plaza fuerte de Barcelona; la ciudad de Calabozo, con sus aguas termales y sus mercados de bestias de silla, con sus ricas haciendas y lo céntrico de su situación. Por eso la fuga á la Victoria, que descubría las costas de Ocumare y dificultaba la introducción de víveres en Puerto-Cabello, produjo el movimiento de pánico que acompaña á las grandes derrotas y arruinó para siempre la fama militar del generalísimo.

Este, durante el transcurso de sucesos tan tristes, llamó á las armas á todos los hombres libres desde los quince á los cincuenta y cinco años de edad; creó una orden civil y otra militar, para premiar el mérito y el coraje, con el título de órdenes colombianas, y comisionó á Madariaga, Salazar y Molini para que buscasen auxilios de dinero y gente en los Estados-Unidos, Inglaterra y la nueva Granada. Todo fué inútil, que hasta el congreso desconfiaba del dictador. Hubo un instante en que su mala suerte pareció cesar y el ejército de la Victoria, después de un día de enconada pelea, derrotó á Monteverde. Por ambas partes se luchó con rabia, con tesón, con denuedo; pero Miranda no supo aprovecharse de su difícil triunfo, á raíz del cual le escribía el eminente patriota Miguel José Sanz: «En este instante ha corrido una voz demasiado lisonjera; dicen que habiendo atacado la Victoria los enemigos, han sido rechazados con gran pérdida, y que han quedado prisioneros Pons y Monteverde. ¡Oh, noticia, si fueses verdadera! ¡Oh, Dios mío! ¡Ah! ¡mi amado Miranda!»

En verdad el desastre de Monteverde había sido grande y el generalísimo pudo hacer decisiva aquella derrota lanzándose en persecución de los realistas. No se atrevió á tanto y eso fué su pérdi-

[illegible] falsa consideraba Monteverde su situación y tan hondo el

fracaso que había sufrido, que, reuniendo á sus oficiales en consejo de guerra, les propuso emprender sin pérdida de tiempo la retirada. El presbítero Rojas Queipo fué causa de que así no se hiciera, acordándose esperar un plazo de tres días que acaso modificaran las angustias del vencimiento. Y en efecto, veinticuatro horas después, el 30 de Junio, un soldado traidor, el subteniente Francisco Fernandez Vinony, enarbolaba la bandera española en lo alto del castillo de Puerto Cabello. Cuando Bolívar, después de haber intentado infructuosamente recobrar la plaza, comunicó su pérdida al viejo general Miranda, murmuró con profunda melancolía: « ¡ Venezuela está herida en el corazón ! »

Desde aquel instante á nadie cupo duda de que la república había concluido. « Bien alto lo decían las cornetas de Monteverde festejando, con el coro de sus dianas, la entrega del castillo de San Felipe !

XIII.

Puerto Cabello se llama así por la bonanza eterna [illegible] aguas azules que besan sus muros, y por la suavidad con [illegible] vientos mecen en las velas que surcan su rada. Dicen los [illegible] el puerto aquel, sin resacas ni brumas, bajíos ni tormentas, hasta un cabello para que un buque permanezca amarrado á los diques ó anclado en la costa. La revolución había convertido aquella plaza fuerte en almacén de guerra, confiándole la custodia de sus polvorines y de sus vituallas. El castillo de San Felipe, [illegible] domina la plaza, defendía los tesoros marciales de la república, [illegible] de sus soldados y la lluvia de hierro de sus cañones. Entre la ciudad y el castillo media un trozo de mar, que hace inexpugnable al castillo y coloca la plaza bajo sus fuegos, por estar el primero en una eminencia. La fortaleza es presidio también ; allí viven en seguro retiro los criminales y los reos de estado. El oro de estos últimos sus promesas de premiar con honores militares la deserción, impulsaron al subteniente de las milicias de Aragua. Francisco Fernandez Vinony, á traicionar la causa de la república.

En el momento de la revuelta, Bolívar se hallaba en la ciudad, donde le sorprendieron las descargas con que el castillo anunció á la plaza su felonía. El burlado gobernador reunió, entonces, todas las tropas que se hallaban en los cuarteles de [illegible] y [illegible] los rebeldes ; pero estos, fortalecidos por la posición y casi seguros de la impunidad, respondieron con altanería á sus intimaciones, y con el estrépito de los obuses á las amenazas. Durante toda la noche del día 30, la plaza y el Castillo cruzaron [illegible] fuegos ; á la luz roja de los baluartes, que guarnecen la rada, [illegible] ban con sus relámpagos las baterías de San Felipe.

El 10 de Julio ya los habitantes de la ciudad [illegible] en- tados [illegible] huían despavoridos de sus viviendas, aumentándose hasta tal punto el pánico de la población á cada redoble del cañoneo, que veinticuatro horas después Bolívar sólo tenía doscientos [illegible] dos

. . . á su bandera. Aun en estos, sin embargo, se notaba un profundo decaimiento, al verse rodeados de peligros y solos entre las ruinas que ocasionaban los fuegos del castillo. En vano Bolívar quiso levantar el espíritu inquieto de su exígua hueste anunciándole, entre dianas de pífanos y tambores, un supuesto triunfo obtenido por el ejército de Miranda sobre las tropas de Monteverde. Cada patrulla, enviada en comisión por el gobernador, iba á acrecentar las filas de la deslealtad, aumentándose el día 4 lo insostenible de la situación por haberse presentado en las cercanías de la plaza, un destacamento de los realistas de Coro y San Estéban.

Al terror unióse muy pronto la escasez de agua, por dominar al río las baterías de la fortaleza y las cercanas tropas, capitulando, en fin, en las primeras horas del día 6 y después de varios incidentes sangrientos, la ciudad y los patriotas que aun guarnecían las alturas del Trincherón, único punto donde era posible prolongar algún tiempo la resistencia. Bolívar se vió obligado á abandonar la plaza y escribió á Miranda el parte detallado de lo acontecido, que concluyó así: «¡Ojalá que no hubiese salvado mi vida, y la hubiese dejado bajo los escombros de una ciudad que debió ser el último asilo de la libertad y la gloria de Venezuela!»

Con Puerto-Cabello perdía la revolución su plaza de armas y el más inaccesible de sus baluartes.

Tanto y tan bien lo comprendió Bolívar que le decía al generalísimo en una carta íntima: «Después de haber perdido la mejor plaza del estado, ¿cómo no he de estar alocado, mi general? ¡De gracia, no me obligue Ud. á verle la cara!» Y en otra carta del mismo carácter, dirigida también al general Miranda, Bolívar se quejaba de las deserciones de que fué víctima y decía de los oficiales que hicieron causa común con el enemigo: «Nada me quedó que hacer para contenerlos, y comprometerlos para que salvasen la patria; pero, ¡ah! ¡esta se ha perdido en mis manos!»

XIV.

Calcúlese, por lo que antecede, si sería terrible aquel desastre para la causa de la libertad.

Para colmo de males el congreso había resuelto en 21 de Junio de 1812, la compra de 1000 hombres de color, pagándoles cuando fuera posible, para llenar los claros del ejército. Ante la amenaza de la conscripción, que era un atentado contra la propiedad, los patrones y los peninsulares excitaron la fibra brava de aquella gente, viéndose á los esclavos de los valles de Barlovento avanzar en son de rebeldía sobre Caracas. La horda salvaje sembraba á su paso el incendio y la muerte; sus odios seculares hicieron estallido y la población blanca se estremeció de horror.

Los hombres degollados y las mujeres violadas no calmaban los instintos de la horda sombría, mirándose los ingenios convertidos en hogueras voraces y los pueblos inermes entrados á saco.

La encrespada ola negra se desparramaba por los cocoteros y los

algodonales, serpenteaba por los campos de trigo y de añil, se detenía á la sombra del plátano y del blanco manglé, destruía las siembras de yuca y subú, transformaba en chuzos punzadores las ramas ondulantes del granadillo y afilaba sus armas en la vieja corteza del cedro fuerte, sembrando por doquiera el exterminio y la desolación, como si las virginales y guayánicas selvas hubiesen arrojado sobre el territorio de Venezuela todas sus onzas y el hambriento rebaño de sus jaguares. El caballo de Atila azotaba el país; pero Atila esta vez era negro como la noche y llegaba empujado por los odios bravíos de toda una raza.

Ante aquella visión, en cuyas manos humeaba la tea y en cuya cintura relucía el puñal, Miranda y los miembros del ejecutivo, D. José de Sala, D. Francisco Paúl y D. Antonio Fernandez, acordaron, el 12 de Julio del año triste, proponer un armisticio al jefe español y convenir con este un tratado de paz. Para arreglar sus bases nombró el generalísimo á los tenientes coronelos Sata y Aldao; Monteverde concedió el armisticio y accedió á la paz, exigiendo la entrega del territorio que aún tenía en su poder la revolución y comprometiéndose, por su parte, á respetar las personas y los bienes que se encontrasen en el territorio no reconquistado. Miranda nombró á un nuevo comisionado, al marqués de Casa-León, á fin de que se hicieran menos duras estas condiciones y la impunidad del delito de rebeldía alcanzase á todos los habitantes de Venezuela. No pudo conseguirlo, dándose el brevísimo plazo de veinticuatro horas para entregar al ejército de la realeza el cuartel general de la Victoria.

Cedió Miranda á la dura ley de la necesidad, viendo como aumentaba por instantes la deserción y la desconfianza; pero cuando llegaron los españoles á la plaza aquella, ya los patriotas la habían evacuado, saqueando los almacenes y clavando una parte de los cañones. Los venezolanos acusaban á su general de haberlos vendido; esta idea se iba haciendo carne y tomando cuerpo en todas las almas. ¡Tan increíble les parecía su desventura!

Han sido injustas, muy injustas aquellas gentes atribuyendo al generalísimo faltas que nacían de lo extraordinario de su situación. Cuando Miranda llegó á su país, sólo la parte culta de aquella sociedad conocía su nombre y los sucesos gloriosos de su historia. Para la masa de los ciudadanos y para el ejército, el dictador era como nacido en tierra no venezolana. Sus prisiones y triunfos, su martirio y su apoteósis pertenecían por ley y por derecho á los anales de la nación francesa, habiéndose olvidado ó juzgándose mal las patrióticas tentativas de Ocumare y de Coro. Faltaba entre los soldados y el general un vínculo de sacrificio, un lazo de unión, la vida de cuartel, las estrecheces de la simpatía, lo que hace el soldado pronto al heroísmo, lo que convierte el vivac en casa común y lo que despierta en el ánimo del que manda la fiebre de las supremas resoluciones.

Por otra parte, los largos años que estuvo alejado de su país, las gentes diversas con que anduvo en trato y los mismos campos de batalla en que combatió, no eran por cierto, los más aparentes pa-

COLOMBIA



Simón Bolivar

ra hacer de Miranda un general apropiado en aquella guerra, que no contaba con el apoyo unánime del espíritu público. Ni la topografía del país, ni la idiosincrasia de sus moradores, ni la riqueza de sus recursos, ni la manera de retemplar su fibra patriótica, podían ser conocidas á fondo por aquel extranjero que, en el crepúsculo de su vida y con las ilusiones que da la ausencia, levantaba en sus manos la tricolor bandera emancipadora.

La presencia de Miranda sólo sirvió para enconar á los creyentes y á los monárquicos. El clero vió en él á uno de los apóstoles de la diosa razón; los españoles á un regicida y á un desertor del ejército peninsular; los jefes patriotas á un intruso que se apresuraba á robarles el laurel de sus triunfos; los congresales á un sediento de mando; el ejército á un extraño que no hablaba con sus modismos ni comprendía su manera de sér, notándose en todos, como claro lo dicen las cartas de Sanz publicadas por Rojas, un profundo descontento y una mal reprimida desconfianza. En eso está la razón de las indecisiones de Miranda. El medio ambiente no le era favorable, y sufrió su influencia. En igualdad de circunstancias, ninguno hubiera luchado con mejor fortuna.

La causa de Venezuela necesitaba un mártir.

¿Quién mejor para ello que el soldado de Jemmapes y de Valmy?

XV.

Terminada la capitulación y á las siete de la noche del 30 de Julio, llegó el general Miranda al puerto de la Guayra con el espíritu dolorido y fatigado el cuerpo. Allí le esperaban el coronel Casas, el doctor Peña y el capitán Haynes, en cuyo buque el «Záfiro», debía imbarcarse á la mañana siguiente el dictador. Haynes trató de llevarlo abordo aquella misma noche; pero Casas y Peña supieron evitarlo. Cenó Miranda con su vieja sobriedad de soldado, entregándose al sueño en una habitación cuya puerta no podía cerrarse. Al breve espacio se reunían algunos jefes de exaltado republicanismo, juzgaban como un delito de lesa patria la capitulación y resolvían apoderarse del general. Cuando Bolívar, Montilla y Chatillón se acercaron al lecho del dormido, este, creyendo que le anunciaban la hora del embarque, preguntó sin recelo: «¿No es muy temprano?» Después, al escuchar la orden de vestirse y de seguirlos, bajó la cabeza y obedeció en silencio. Pudo sincerarse con una palabra; pero no quiso prolongar más su duelo con la fortuna.

Peña, entre tanto, había salido, jinete en una mula, para anunciar á Monteverde la prisión de Miranda. El plan de los republicanos no era entregar al dictador; según Bolívar, se proponían someterle á un consejo de guerra. No tuvieron tiempo. El 31, el puerto de la Guayra se cerraba por orden del jefe español y tres días después era violado el convenio de paz, perseguidos los patriotas como fieras en celo, y encerrado bajo la bóveda de un calabozo el soldado de Mortome y Baiknai, el vencido de Ocumare y

de La Cabrera, pero aun desde la prisión, el 8 de Marzo de 1813, tuvo Miranda la bastante entereza para dirigir un memorial á la audiencia de Caracas, protestando de la tiranía con que asolaban á su país el encono y el fanatismo de Monteverde. Nada pidió para sí; nada dijo de los que le habían entregado al gobierno español. Aquel gran espíritu sabía olvidar.

Desde entonces, cubierto de grillos; arrastrado de mazmorra en mazmorra; pasado de La Guayra á Puerto-Cabello y del Morro de Puerto-Rico á la Carraca de la ciudad de Cádiz, Miranda fué un cadáver, un enterrado en vida. Dos veces, escribió á sus amigos de Londres, Duncan y Shaw, pidiéndoles una suma de dinero y comunicándoles que ésta le proporcionaría la libertad, pero la prisión le consideraba como cosa suya, no quiso soltarle, y el 14 de Julio de 1816, sin que su agonía tuviese otro testigo que un criado leal, el espíritu de Miranda fué á preguntarle á Dios el por qué de las humanas injusticias y la razón de las terrenas ingratitudes.

Al cerrar para siempre las pupilas cansadas, el generoso anciano pudo decir, como el Gustavo Adolfo de la leyenda: «¡A d'autres le monde!» Era verdad; saliendo de las olas del mar de las Antillas y dirigiendo la trayectoria de su luz sobre Venezuela, se alzaba allá, muy lejos, la estrella de Bolívar.

¡Sí! la revolución necesitaba para vencer colocar su suerte la sombra del genio de Bolívar. Nada podía hacerse sin aquel cuyo brazo rompió cadenas y cuya hiriente espada forjó naciones, empapando las crines de su corcel de guerra en las blancas espumas del mar Pacífico. Para ser libre y ser libertadora; para rasgar valiente el pabellón de rubí y de topacio de la conquista; para que los llaneros lleguen á ver, desde el lomo de sus caballos, las ruinas de Cuzco y el sitio donde humeó la hoguera de Atahualpa, le toca á Venezuela contemplar muchas veces, entre el ruido de sus clarines que tañen á degüello y sobre el campo de batalla sembrado de cadáveres, la figura gloriosa del general Bolívar. Ese es el Moisés que ha de conducirla á la tierra de promisión de la libertad, poniéndose al frente de los llaneros, de aquellos hombres que crecidos en medio de la soledad en las tranquilas y misteriosas noches de los hatos; acostumbrados á las rudas fatigas del rodeo y á las varoniles hazañas de la doma; sobrios por habitud, y huraños por instinto; músicos que lloraban en la guitarra, y poetas que sentían el melancólico númen del desierto; mal cubiertos de pieles y calzando la espuela sobre el pié desnudo; desafiando al sol bajo las anchas alas del sombrero pampeano, y dueños de su lanza, cuya aguda cuchilla se sujetaba al tronco con correas de cuero; desbaratando cuadros con sus bruscos ataques y mandados por aquel Páez que tenía hercúleos los músculos y alta la estatura; la frente despejada hacia los costados y muy hermosa; los ojos vivos y el bigote cerdoso, cuyas guías cortas y despuntadas formaban una especie de semi-círculo cayendo sobre la boca pequeña, pero de labios gruesos y mandíbula fuerte. Su cabeza se asentaba bien sobre el cuello de toro y el busto grueso, notándose en toda la marcial figura un poco de tendencia á la obesidad, que

habían impedido su vida aventurera y sus continuos esfuerzos musculares.

Nacido en 1790, pasó su primer juventud en los hatos de las llanuras venezolanas, en aquellas viviendas de troncos retorcidos y techos de totora, donde servían de asiento un cráneo de caimán y de lecho unas pieles de rés de los montes. Lanza poderosa y caballero maravilloso, se contarán por cientos sus proezas, derrotando él solo en Bailadores á toda una legión y enseñándo á Bolívar que no hay flotilla que resista el empuje de una docena de jinetes resueltos. Era tal su fuerza que volteaba á un toro con impulso fácil y rompía una lanza de granadito en las furias del choque, sabiendo también entender con elegancia la curva silbadora de su lazo campero y domar un caballo sin otras riendas que las incultas clines, ni más auxilio que el de la espuela lechinadora. Al entrar en combate solía sufrir temblores epilépticos que le desmayaban; pero vuelto á las filas, aquel hombre era un torbellino y una tempestad.

Páez, en sus escritos, se muestra idolátrico de su propio denuedo, obligando á poner en duda la verosimilitud de lo que relata. Es indudable, sin embargo, su valor legendario y el fanatismo que inspiró á los campesinos á quienes guió en los homéricos combates de aquella época. Su lanza era un rayo; su corcel una tromba: su brazo, un ariete; su figura de las que se recuerdan al lado del vivac, y sus proezas de las que cantan los llaneros en la noche e las soledades venezolanas.

Con estos campeones, no es extraño que la república renaciera de sus cenizas, como el ave inmortal de la leyenda jónica. Y renació entre el eco de las dianas de Boyacá y Carabobo, Ayacucho y Junín!

LIBRO QUINTO

LA ODISEA DEL LIBERTADOR.

I.

El paso de Bolívar por la escena de la emancipación american es á modo de himno formado por el roce de mil banderas despl gadas al viento; por el relincho de las caballerías, cuyos sable relumbran á la cárdena luz del sol de las puestas; por el agud tañer de los clarines que tocan á degüello incesantemente; po el sordo redoble de los parches en las alturas que escala el batallón, ya diezmado bajo el baleo de los obuses; y por lo lúgubre d los ayes de las villas tomadas por asalto, después de una resisten cia que hacen heróica las torturas del hambre y los la desesperanza.

España, glorificándolo con el título de pacificador, confirmó á Mon teverde en el gobierno de Venezuela. Desde mediados de 1812 hasta los albores de 1813, Monteverde rigió á la colonia con desenfreno siendo enorme su tiranía y enorme también su rapacidad. Fuero perseguidos, en sus personas y en sus propiedades, todos los qué habían simpatizado con la causa de la independencia, quedando el dominio peninsular con fortísimo arraigo, apesar de le resistían valientemente Santiago Mariño y Manuel Piar en l provincias de Cumaná y de Barcelona.

Gómez y Zuazola, dos jefes españoles de tradición sangrienta, fueron en busca de los independientes, apoderándose, el 16 de Marzo de 1813, de la villa de Aragua. Zuazola trató á los habitantes de la ciudad con un rigor salvaje, mutilando á los niños y deshollando los talones de los ancianos, para obligarles á marchar sobre ascuas encendidas. Se cosieron los hombros de las mujeres y se pasó á cuchillo á los prisioneros. Los patriotas se hicieron fuertes en Maturín, que cercó Monteverde con dos mil hombres, hasta que Piar despedazó, el 25 de Mayo, á la caballería de Mon-

Monteverde, poniéndola en fuga y obligando á retirarse á los realistas, apesar de ser muy pequeño el número y muy escasas las municiones de los sitiados.

En aquellos días de horizonte sombrío y de angustia patriótica, fué Maturín, bravamente defendida por Manuel Piar, el madero flotante y el peñón de refugio ofrecidos, por la esperanza, á los náufragos de la independencia de Venezuela.

II.

Después de la captura del general Miranda, Bolívar logró embarcarse para Curazao, gracias á un pasaporte que le proporcionó don Francisco Iturbe, español de origen y amigo personal de Monteverde. De Curazao trasladóse á nueva Granada, que se había rebelado contra la regencia á principios de 1809, destituyendo al gobernador de la importante provincia de Quito, y poniendo en recelos al virrey Amar con la junta organizada el día 10 de Agosto. Vencidas las milicias quitenses en el mes de Octubre, fueron procesadas muchas de las personas que habían contribuido á la revolución, por lo que, irritados los ánimos, estalló el motín del 2 de Agosto de 1810, atacándose, á cuchillo y sin armas de fuego, los cuarteles en que estaban los presos patriotas. Este motín no produjo otro resultado que el triste resultado de embravecer las persecuciones y aumentar los martirios. Exasperada por el valor de los independientes, la soldadesca realista saqueó las casas y asesinó á los presos. Ante tanta barbarie, cruzaron el ambiente como sordos rumores de tempestad. Cada nativo reconcentró en silencio sus energías, con sed de derechos, con sed de bravuras, y con sed de honradeces. El deber golpeaba sobre el sepulcro de la conciencia cívica, para decirle con severidad el « levántate y anda » de Cristo á Lázaro. Cartagena, Pamplona, Santa Marta y Bogotá, depusieron á sus autoridades, nombrando juntas de gobierno propio. La de Quito proclamó, el 11 de Diciembre de 1811, la absoluta independencia de la colonia ; pero los quiteños fueron vencidos, un año después, por el mariscal don Toribio Montes. Se explica esta derrota por la falta de unión en el movimiento revolucionario, pues mientras Jorge Lozano preclamaba, como forma de gobierno, la forma federativa en Cundinamarca, en Bogotá se manifestaba afecto á la forma unitaria por el poderoso influjo de Antonio Nariño. El congreso federal de Leiva, constituido bajo las inspiraciones de Lozano, pidió al congreso centralista de Bogotá que desautorizara la dictadura de Nariño ; pero el congreso bogotano desoyó el pedido y declaró legal el poder del dictador, extendiéndose la discordia por todo el territorio de Nueva Granada.

Así estaban las cosas cuando Bolívar llegó á Cartagena en el año de 1812, publicando en la misma ciudad, el 15 de Diciembre, un manifiesto en el que ofrecía sus servicios á los patriotas y en que explicaba el desastre de los venezolanos, que habían tenido

«filósofos por jefes, filantropía por legislación, dialéctica por táctica y sofistas por soldados.»

Colocado bajo las órdenes de Labatut, Bolívar decidió obrar por su propia cuenta, desalojando á los españoles de Tenerife, Monpox y Ocaña, hasta batirles completamente, el 28 de Febrero de 1813, en los fértiles valles de Cúcuta. Aprovechándose del prestigio que le daban sus triunfos, Bolívar ofició, el 4 de Marzo, á los hombres del congreso: «La suerte de la Nueva Granada, está íntimamente ligada con la de Venezuela: si ésta continúa en cadenas, la primera las llevará también,» agregando que la esclavitud es una gangrena que empieza por una parte y se comunica á todo el organismo, sino se corta á tiempo la parte dañada. Camilo Torres, presidente del gobierno federal, pensaba lo mismo, afirmando que en tanto hubiese una colonia bajo el yugo español, seguiría en litigio la suerte de todos los gobiernos americanos.—No se equivocaban Bolívar y Torres.

El congreso de Tunja autorizó á Bolívar, el 7 de Mayo, para abrir una campaña en las provincias occidentales de Venezuela, y el Libertador volvió á su país con cuatrocientos hombres, al mismo tiempo que Santiago Mariño entregaba la tricolor bandera de los libres al soplo de los vientos en la costa de Guiria.—Mientras Bolívar se apoderaba de las provincias de Mérida y Trujillo, Mariño se apoderaba de Maturín. Mientras Rivas, jefe del ejército Libertador, triunfaba en Niquitao y en los Horcones, Piar, jefe del ejército de Mariño triunfaba de Zuazola. Mientras Bolívar vencía en los Taguanes y entraba en Caracas el 7 de Agosto, Mariño se adueñaba de Cumaná, estableciendo sus cuarteles en Barcelona.

III.

La lucha había tomado un carácter de espantosa ferocidad. El 15 de Junio de 1813, Bolívar publicó en Trujillo un decreto predicando la guerra sin cuartel. En ese documento se leían estas palabras: Españoles y canarios, contad con la muerte, aún siendo indiferentes; Americanos, contad con la vida, aun cuando seáis culpables.» En vano Felipe Larrázabal y el marqués de Rojas tratan de justificar el salvajismo de las palabras del decreto anterior, con lo bárbaro de los procederes de Morales y de Antoñanzas.—El decreto no tiene atenuación de ninguna clase, porque, dado lo grande de su injusticia, servía tan sólo para exasperar á los españoles, convirtiendo en escombros y en cementerios campos y ciudades. Y si los términos del decreto de Trujillo no tienen disculpa por lo arbitrario de su inhumanidad, menos disculpa tiene la ejecución de aquella despótica amenaza, sublevando el corazón el ajusticiamiento de los españoles presos en la Guaira y Caracas, ajusticiamiento realizado por Arizmendi en Febrero de 1814;—400 españoles murieron en Caracas;—800 españoles y canarios en las bóvedas de La Guaira. Esto fué brutal y contraproducente. Es cierto que Porlier había hecho pública su resolución de no dar cuar-

tel ni á los santos del cielo si se presentaban con traje de insurjentes. No es menos cierto que Monteverde sepultó á los acusados de patriotismo en fétidas mazmorras, faltas de aire y de luz, cargándoles de grillos y sometiéndolos al suplicio del cepo.—Es cierto también que la codicia y las crueldades de Tizcar aterraron á Barinas, como es cierto que Boves asesinó en las calles y en las casas y en los montes, á los vecinos de San Juan de Morros; es cierto también que Rosete dejó insepultos más de trescientos cadáveres de mujeres y de niños al evacuar la playa de Ocumare, como es cierto, por último, que Cerveriz lanceaba á los prisioneros por el vientre, gozándose con los gestos macabros de su agonía.—Todo esto es cierto; pero ¿se ganó algo respondiendo á la guerra sin cuartel con la guerra á muerte? No se ganó nada. Yañez siguió incendiando los caseríos; Bóves siguió marcando con una erre la frente de los revolucionarios; Salas siguió tronzando las piernas y los brazos de los prisioneros. Los cadáveres tendidos en los caminos públicos, los escombros humeantes de las haciendas, las vírgenes estupradas y las mujeres en cinta con el vientre rasgado por el cuchillo del llanero feroz, prueban lo inútil del decreto del 15 de Junio.—Y no podía ser de otro modo.—Ese decreto mermaba las fuerzas de la revolución, permitiendo á los americanos militar sin peligro en las filas reales; y aumentaba las fuerzas de la corona, sacando á los españoles de su indiferencia, y obligándoles á tomar una parte activa en el pleito de la península con la colonia.—Se desprestigiaba y empobrecía la causa de los libres, haciéndola cruel, cuando se la hubiera enaltecido y fortificado castigando á los americanos traidores á su patria y estimulando, con la seguridad y con el respeto, la indiferencia de los españoles.

IV.

El día 6 de Agosto de 1813 fué un día de inmenso regocijo para Caracas. El ejército de Bolívar entró en la ciudad con las banderas desplegadas al viento y con todos sus clarines sonando á victoria. Eran dignos de verse y dignas de oirse la multitud vivando en las calles, las campanas echadas á vuelo, las flores cayendo de lo alto de las azoteas, las tropas conmovidas, por lo entusiasta á la recepción. Bolívar organizó, sin pérdida de tiempo, la administración pública, rodeándose de un ministerio formado por los señores Montilla, Mérida y Muñoz Tébar, después de haber anunciado al país el renacimiento de la república bajo los auspicios del congreso de Nueva Granada. Pocos días antes, cuando Monteverde abandonó Valencia y se refugió en Puerto-Cabello, Bolívar negoció las bases de una capitulación con el cabildo de Cáracas, obligándose á respetar las personas y las propiedades de los españoles, siempre que se entregasen al ejército revolucionario todas las plazas de la provincia. El 15 de Agosto, Monteverde respondió rechazando las bases propuestas, en nombre del honor español y el decoro monárquico. Bolívar puso sitio á Puerto-Cabello, donde Monteverde

de resistió con desesperada tenacidad; pero un refuerzo de 1200 hombres, venido de Cádiz y entrado el 16 de Setiembre en Puerto-Cabello, le resolvió á tomar la ofénsiva y salió de la plaza, posesionándose de las cumbres de Bárbula y de los desfiladeros de las Trincheras. El 30 de Setiembre, tres columnas al mando de Girandot, D'Elhuyar y Urdaneta, clavaron la bandera libertadora en lo alto de los cerros de Bárbula, posesionándose de las armas y municiones del enemigo. Girandot murió, casi al fin del combate, de un balazo en la frente. El 3 de Octubre, después de un encarnizado encuentro que duró cinco horas, los revolucionarios se apoderaron, apesar de lo inexpugnable de la posición y de estar defendidos por dos mil hombres, de todos los desfiladeros de las Trincheras, volviendo Monteverde, herido en el rostro, á encerrarse en la plaza de Puerto-Cabello.

En el mes de Noviembre de 1813 los patriotas sufrieron algunos descalabros en Yaritagua, Bobán, Nutrias y Obispos, venciendo en Mosquitero, Vigirima, y en Araure el 5 de Diciembre. Esta última victoria fué importantísima. Ceballos, que mandaba las fuerzas realistas, se situó en lo alto de una montaña, teniendo sus espaldas cubiertas por un bosque, que se extendía hasta salvar sus alas. El coronel Mariñique, jefe de la vanguardia patriota, fué deshecho en el choque, siendo lanceados los quinientos cazadores que envió al asalto. El centro del ejercito entró en el combate desanimado por aquel sangriento preludio; pero la victoria coronó sus esfuerzos, y al cerrar la noche, tenía en su poder más de mil fusiles, 300 prisioneros y cuatro banderas. Ceballos se embarcó para Guayana, mientras Yañez se embarcaba para San Fernando.

El 28 de Diciembre de 1813, las cortes nombraron capitán general de Venezuela al brigadier Juan Manuel de Cajigal, destituyendo, por impericia, al poco venturoso Domingo Monteverde, á quien tilda Baralt de hombre débil y nulo, de conducta desatinada y moral sin principios,—considerándole como el primero de los causantes de los perjuicios que sufría España.

V.

Al principiar 1814, el dominio español se hallaba reducido, fuera de la plaza de Puerto-Cabello, á las llanuras que riega el Orinoco, donde alzaban el estandarte de la realeza,—José Tomás Boves y Francisco Tomás Morales; pero las fuerzas revolucionarias carecían de unidad, porque Mariño, dictador en el oriente venezolano, obraba por su cuenta, y Bolívar, que no había nacido para obedecer, actuaba á su capricho por toda la región occidental. Así estaban las cosas, cuando Puy, teniente de Yañez, se apoderó de Nutrias y Barinas, Yañez fué derrotado en Ospino por Urdaneta, pereciendo en la lid, y Bóves, al frente de ocho mil hombres, entraba en Calabozo. Entre tanto Bolívar solicitaba inútilmente la cooperación de Mariño, convencido que de esa cooperación dependía el triunfo final de las armas libertadoras. Contribuyó á ale-

jar á Mariño, la asamblea que el 2 de Enero reconoció, en Caracas, la legalidad de la dictadura de Bolívar, dignificando á éste con el título de Libertador.—La rivalidad en el mando y en la gloria, despertó los patrióticos celos de Mariño, condenado á actuar en segunda fila, cuando se creía con títulos para mayor influjo. Empezó, entonces, la reacción. Rosete ocupó á Ocumare, Campo Elías fué vencido en la Puerta, y aunque el 12 de Febrero Rivas derrotó á Bóves en la Victoria, arrebatándole la artillería y hasta los libros del estado mayor, todo se hubiera perdido en San Mateo, donde Bolívar se había artillado con 1800 hombres, si el ejército de Bóves, muy superior en número, no hubiese sido detenido en su marcha triunfal por la heróica abnegación de Antonio Ricaurte. El 25 de Febrero Bóves comenzó sus ataques sobre las líneas atrincheradas. Duró el combate diez horas y media. Bóves fué rechazado, pero volvió al asalto el 11 de Marzo, aunque con mal suceso, para insistir por tercera vez el día 20 y tornar á su empeño el día 25, en el que el triunfo parecía estar á favor de aquel espantoso atleta, de cabeza grande, de ojos hundidos, de pecho hercúleo y de miradas torvas.

Treinta cargas llevaron los llaneros á las líneas patriotas, y ya veían agotadas sus municiones, cuando una de sus fuerzas divisionarias tomó la casa en que se hallaba el parque de Bolívar.—Estaba el parque á cargo del capitán Antonio Ricaurte, quien, mandando retirar á los cincuenta soldados que tenía á sus órdenes, le prendió fuego, sacrificando su vida por la patria, y dejando ochocientos cadáveres enemigos sobre la altura de San Mateo. El fragor fué espantoso; la admiración profunda; indescriptible el pánico de los llaneros. El 30 de Marzo retrocedió Bóves, dirigiéndose á la villa de Cura, para salir al encuentro de Mariño, que, décidido á intervenir en la refriega, avanzaba al frente de tres mil hombres en auxilio de Bolívar.

Es un cuadro terrible el cuadro del encuentro de Bóves con Bolívar. La misión de Bolívar era muy grande: Bolívar fué un cazador de tiranos. Audacioso y feroz, tostado por el viento de las campiñas y semisalvaje á fuerza de vivir en consorcio con los llaneros, Bóves era cruel como un tigre y fuerte como un toro, sin otra virtud que la estúpida virtud del valor sin ideas. En el choque violento, el denuedo semisalvaje se hizo pedazos como si fuera un vaso de cristal. El cazador de déspotas, siguió tocando su vendicativo halalí de espéranza.—¿Qué haces?—le preguntan las águilas al corcel de Bolívar.—¡Voy rompiendo cadenas á golpes de pecho!—les responde el caballo sin detenerse, y con las chispas del roce de su callo sobre los riscos de las montañas, se forman las estrellas de las nacientes nacionalidades.

Después de Bárbula, Bolívar depositó en Caracas el magnánimo corazón de Girardot. Después de San Mateo, no pudo hacer lo mismo con el de Ricaurte. El corazón de éste se consumió en las llamas del parque, como la mirra sobre el carbón de los braseros del tabernáculo. La volcánica hoguera, que encendió su brío, ha de arder incesantemente junto á las aras de los númenes tutelares de

la independencia continental. Esta es sacratísima, como fruto legítimo de los que la engendraron entre homéricas cargas, á punta de bayoneta y á filo de sable.

El 31 de Marzo, Bóves fué derrotado, después de un día de dura brega, por Mariño en Bocachica.—A estas victorias, siguió un desastre. Urdaneta fué vencido por Cajigal en Barquisimeto y sitiado en Valencia por Ceballos y Bóves, cuyas fuerzas reunidas alcanzaban á 6000 hombres. Atacada Valencia por todas partes, privados de agua los que la defendían, reducidos á la última extremidad, arruinados los edificios por la artillería del enemigo, dispuestos los jefes á volar el parque, imitando la acción de Ricaurte, vieron con sorpresa levantarse el sitio en la madrugada del 3 de Abril, ante el anuncio de que Bolívar acudía en socorro de la ciudad, después de haberse abrazado el día antes con Mariño en la Victoria.

El 16 de abril, Mariño fué vencido en Arao, mientras Bolívar estrechaba el sitio de Puerto-Cabello. Al saber la derrota de Mariño, Bolívar se apresuró á volver á Caracas, en busca de refuerzos y de vituallas, acampando el 17 de Mayo en la llanada de Carabobo. En frente suyo se encontraba Cajigal, con un ejército de 6000 hombres. Una parte de la infantería de Mariño desertó extraviándose en los bosques de San Diego, donde alcanzada por Urdaneta, se sometió sin dificultad, siendo quintados los desertores. Entonces el Libertador dividió su ejército en cuatro divisiones, mandadas por Bermudez, Valdea, Palacios y Freites, quedando la artillería á las órdenes del coronel Galón. Empezó el fuego á la una de la tarde del día 25 de Mayo. Al poco rato flaqueó la caballería española, desordenándose rapidamente las filas reales, hasta que presos de un pánico indecible, infantes y jinetes se dieron á la fuga, quedando en poder de los vencedores, el parque, los víveres, cuatro mil caballos, ocho banderas y quinientos fusiles.—Parecía asegurada, después de esta acción, la independencia de Venezuela; pero la fortuna, que es acariciadora y voluble como una mujer, se puso de repente á favor de Bóves, que volvía más encarnizado que nunca, desde Carabobo, con cinco mil infantes y tres mil jinetes, á disputarle sus lauros á Bolívar. Eran de temer los llaneros de Bóves. « Sus ataques, dice Baralt, rápidos y violentos, aunque poco ordenados, eran muy propios para sobrecojer y desbaratar unas masas informes de peones no acostumbrados á resistirlos é incapaces del continente firme y el valor sereno que dan á la infantería la confianza en sus fuerzas y la disciplina. Derrotado, el llanero se desbandaba para reunirse de nuevo en puntos señalados de antemano, haciendo inútil la persecución. Por el contrario, en un cuerpo puesto en fuga, el estrago que causaba era infinito. » Con estas hordas armadas habitualmente de lanza y trabuco, iban á encontrarse, en el histórico campo de la Puerta, Mariño y Bolívar. Tenían estos 2300 hombres. El 15 de Julio se trabó la batalla, quedando tendidos sobre las líneas los cadáveres de mil republicanos. El general Freites, se suicidó. Los coroneles Muñoz Tébar y García de Sena murieron peleando. El ejército pa-

[illegible]riota quedó destrozado, salvándose milagrosamente Mariño y Bo[illegible]ívar. El 24 de Junio las fuerzas de estos levantaron el sitio de Puerto-Cabello; el 6 de Julio Bolívar abandonó á Caracas, y el 10 de Julio, Bóves entró en Valencia, defendida con heroísmo por Es[illegible]caloma, firmando un tratado en que se comprometía á respetar la vida y las propiedades de los que se sometiesen á la causa de la realeza, tratado que fué pérfidamente desconocido por el mismo Bóves, que hizo lancear á los prisioneros y ordenó el degüello de [illegible]ospechosos de insurrección. Bolívar se fortificó en la [illegible]lla de Aragua, después de haber organizado un ejército de dos mil hombres á su paso por la provincia de Barcelo[illegible]na, siendo desalojado de sus posiciones el día 18 de Agosto, des[illegible]pués de un encarnizado combate de siete horas. Bolívar y Ma[illegible]riño se refugiaron en Cumaná, embarcándose después, en la flotilla del italiano Bianchi, para la isla de Margarita. Piar, Ribas y Bermudez, que aun resistían, les acusaron de deserción, declarando caduca su autoridad. Bermudez derrotó á Morales en Maturín el 12 de Setiembre; pero Bóves deshizo á Piar el 16 de Octu[illegible]bre en la Sábana del Salado y derrotó á Bermudez el 5 de Diciem[illegible]bre en el valle de Urica, donde Bóves cayó para no levantarse, herido de un lanzazo en el corazón. Entonces Maturín, el último baluarte de los independientes, quedó en poder de los realistas. Bermudez se refugió en los montes de Cartagena, y Ribas se encaminó á Barquisimeto; pero los realistas le sorprendieron en camino, fusilando al héroe de Niquitao en unos montes cercanos al valle de Pascua. Ribas, era impetuoso y lleno de arrogancia. Sus ojos azules, su elevada estatura, la gentileza de su ademán y las largas mentas de su coraje, le ganaban los corazones. Nació en 1775, obteniendo todos sus grados en los campos de batalla y mereciendo que Bolívar le apellidase, en uno de sus célebres manifiestos, «el vencedor de los tiranos, sobre quien nada puede la adversidad.»

De nuevo la bandera española flotó como soberana en las costas y en los valles de Venezuela. ¡Habían sido inútiles la sangre vertida y el esfuerzo gastado en los Taguares y en las Trincheras y en Araure y en Mosquitero y en Vigirima y en la Victoria y en Carabobo!

VI.

Después del espantoso desastre de La Puerta, Bolívar, conducido por Bianchi, fué en busca de recursos á Nueva Granada. La encontró en el cáos, atenaceada por los peninsulares y la guerra intestina. Incansable en su empeño, antes de abandonar la tierra venezolana, dijo á sus compatriotas desde Carápano el 7 de Setiembre de 1814: «Yo os juro que, Libertador ó muerto, mereceré siempre el honor que me habéis hecho al darme ese título, sin que haya potestad humana sobre la tierra que detenga el curso que me he propuesto seguir, hasta volver seguidamente, á libertaros

por la senda del Occidente, regada con tanta sangre [illegible] ornada con tantos laureles. »

Los triunfos obtenidos por Bolívar en 1813, no habían desanimado á los defensores de la realeza. Aunque Cundinamarca, el 13 de Julio de aquel mismo año, proclamó con solemnidad su independencia, el 10 de Mayo de 1814 los españoles vencieron á Mariño cerca de Pasto. Vuelto por esos días, Fernando VII al trono de España, la opinión reaccionó, tornándose muchos corazones hacia el monarca, lo que obligó á los patriotas á concentrarse bajo la forma federativa; pero Cundinamarca, donde aun primaban los centralistas ideales de Mariño, rechazó la unidad, preparándose á defender, por medio de las armas, su autonomía.

El 25 de Setiembre Bolívar y Mariño llegaron á Cartagena, siendo Bolívar comisionado por el congreso de Tunja para reducir á los centralistas de Bogotá. El 11 de Diciembre, batidos por Bolívar, los cundinamarqueses aceptaban el gobierno federativo, que ordenó á Bolívar que arrojase á los españoles de Santa Marta, autorizándole para recabar auxilios y recursos de la provincia de Cartagena.

Cartagena se negó á darlos, y Bolívar se dirigió hacia ella en son de amenaza, encendiéndose de nuevo la sacrílega hoguera de la guerra civil, mónstruo que roía las entrañas de la libertad, como el buitre roía, en los tiempos mitológicos, las llagadas entrañas de Prometeo. Bolívar, comprendiendo lo enorme de aquel infortunio, abandonó el mando á los granadinos, trasladándose á Curazao, casi al mismo tiempo que llegaba á la costa del Cumaná, el 9 de Abril de 1815, el general don Pedro Morillo con una fortísima expedición de diez mil soldados, que habían combatido en Bailén y Arapiles, cruzando sus armas con las armas de los granaderos de Soult y de Massena.

Morillo, organizándose en Santa Marta, sitió á Cartagena el 20 de Agosto, bloqueándola por mar y por tierra. Pronto el hambre y la peste unieron su acción á la acción de los sitiadores. Cartagena, sembrada de cadáveres insepultos y en escombros por el bombardeo del enemigo, resistió cuatro meses con un valor mesenio, evacuándola sus defensores, más que diezmados, el 5 de Diciembre, para entregarla á la barbarie del vencedor, que apenas entró en ella, hizo degollar cuatrocientas personas, ancianos y mujeres en su mayor parte. Después de este golpe, la causa de la revolución estaba perdida en Nueva Granada. Las tropas de Morillo, vencidas en el llano de Chire, pronto se repusieron, tomando á Tunja, haciendo pedazos á los independientes en las márgenes del río Chitagá, volviendo á destrozarlos en el páramo de Cachirí y entrando triunfalmente en Santafé. Morillo fué brutal. Ni á los niños perdonó su sed de venganzas. Fusiló en Cartagena, suplició en Mompax y atestó de prisioneros todas las cárceles de la capital, convirtiendo en calabozos hasta las celdas del convento de San Francisco. Acabó, en fin, con los patriotas, batiéndolos encarnizadamente en las agrias cuchillas de Tambo, que quedaron enrojecidas por la sangre de más de trescientos hombres, según dice Torrente. A

fines de 1816, reinaba poderosa la autoridad real en todas las regiones de Nueva Granada, á excepción de la provincia de Casanare, donde la resistían con felina bravura los guerrilleros Perez y Gadea.

VII.

Dice Toreno, en el tomo segundo de su historia de la *Revolución de España*, que se ha desvariado con injusticia en todo lo escrito acerca de la dominación española en ultramar. Ni se ha desvariado ni se ha sido injusto. Si tiránico se mostró Monteverde en 1814, más despótico se mostró para Venezuela, durante el año 1815, don Salvador Moxó, el nuevo gobernante de la colonia. Aun flotaba el estandarte de la independencia en las orillas del Orinoco; pero se erguía sin el menor destello de esperanza, porque todos apostaban de la libertad, siendo la enfermedad reinante la triste y contagiosa enfermedad del miedo. De pronto, en la isla de Margarita, treinta patriotas, mandados por Arizmendi, se apoderaron, acuchillando á la guarnición, del puerto de Juan Griego.

Moxó era, para los españoles el dragón que las fábulas pintan guardando un tesoro. Quería conservar á Venezuela, aunque fuese cubierta de sangre y ahogada en cenizas. El 18 de Noviembre de 1815, escribió al gobernador de la isla de Margarita: «Fuera toda consideración de humanidad: que todos los insurgentes, sus cómplices ó parciales cogidos con armas ó sin ellas, y todos aquellos que hayan tomado una parte cualquiera en la presente crísis de la isla, sean fusilados inmediatamente, sin más forma de proceso.» A su vez, el gobernador Iroztieta, tan cruel como Moxó, escribía á uno de sus capitanes, en lucha con las briosas partidas de Arizmendi: «No dé Ud. cuartel; deje á las tropas saquear apenas lleguen á un punto. Si el enemigo se retira, sígale Ud. y prenda fuego á los edificios.»

Comenzó entonces una lucha terrible, sin piedad ni cuartel, contraria casi siempre á la causa de la monarquía, hasta que el 3 de Mayo de 1816, Bolívar, ayudado por Petion, presidente de Haíti, se unió con los intrépidos soldados de Arizmendi. Bolívar arribó á Margarita en seis goletas y una balandra, con doscientos cincuenta hombres y municiones bastantes para armar á seis mil. Le acompañaban Mariño, el caudillo prestigioso en todo el oriente venezolano, y Soublette, un soldado de Vigirima, de Ocumare y de Carabobo. El 7 de Mayo, ya unidos los expedicionarios á los patriotas margariteños, confiaron á Bolívar el mando supremo de las fuerzas republicanas. Bolívar, después de un conato, se asedió á Pampatar, se apoderó, el primero de Junio, de Carúpano, enviando Piar á Maturín y á Mariño á la costa de Guiria, celebrándose en Carúpano, el día 28, una asamblea popular que ratificó los poderes supremos de Bolívar. Derrotados los patriotas en Punche por el comandante Rafael López, los expedicionarios, en una flota de 15 buques y formando un ejército de 800 hombres, desembarca-

ron en las inmediaciones de Puerto-Cabello el 5 de Julio, publicando Bolívar, dos días después, una proclama, dando por terminada la guerra á muerte y ofreciendo la vida á los españoles que se plegasen á la causa de la revolución. El 14 se encontraron al pié de la cuesta de Ocumare, las tropas realistas, mandadas por Morales, con las tropas independientes, mandadas por Bolívar. El encuentro duró tres largas horas, inclinándose la victoria á favor de la monarquía, pues dejaron los vencidos doscientos hombres y mil fusiles en poder de sus adversarios.

Bolívar se asiló en Ocumare; pero temeroso de que Morales le sorprendiera de un momento á otro y encontrándose imposibilitado de resistirle, se embarcó precipitadamente para Choroni, á la que encontró en poder de los realistas, dirigiéndose entonces á Bonaire y arribando en la tarde del 16 de Agosto al puerto de Guiria, donde habían establecido sus cuarteles las tropas de Mariño. Recibido por éste con frialdad y desconocidos los poderes que se le confirieron en Carúpano, Bolívar resolvió regresar á Haití, confiando en la inalterable amistad de Petion. Durante su ausencia, los patriotas, apesar de haber vencido á los realistas en Quebrada Honda y en el Alacrán, se encontraron tan faltos de dirección como de unidad, pues Piar, Mariño y Arizmendi se celaban y contradecían, luchando aisladamente y sin prestarse el más ligero apoyo. Mariño y Arizmendi, cansados de tantas y tan empequeñecedoras rivalidades, se dirigieron á Bolívar, ofreciéndole el mando de los patriotas de Venezuela. Estas súplicas se avenían con las ambiciones del Libertador, que el 28 de Diciembre llegó á la isla de Margarita, encontrando á los independientes más decididos que nunca á morir combatiendo por la libertad.—El yugo se había vuelto insoportable, siendo infinitos los aprisionamientos y las expropiaciones autorizados por Moxó y por Morillo. Este decía en su proclama del 15 de Noviembre de 1816, que si se le obligaba á desenvainar la espada en defensa de la monarquía, no veía difícil que los pueblos fueran destruidos por el fuego y sus habitantes por el cuchillo, no respetándose el sexo ni la edad en los castigados por los ministros de las venganzas del encono real. El 31 de Diciembre Bolívar se hallaba en Barcelona, de donde salió para ser derrotado en Clarines el 8 de Enero de 1817. A Barcelona fué á buscarle la monarquía con un ejército de 3500 hombres. Entonces Bolívar se trasladó á Guayana, desde donde supo la ruina de la plaga que acababa de abandonar y que, defendió hasta el último instante, Pedro María Freites.

Piar se encontraba sitiando á Angostura, cuando Bolívar se juntó, el día 2 de Mayo, á los que combatían en las orillas del Orinoco. Ganado por Piar el sangriento combate de San Félix y batida la escuadrilla realista por las naves patriotas de Brión, el general La Torre evacuó á Angostura, apoderándose los independientes de toda la Guayana. Poco antes, el día 8 de Mayo, un congreso reunido en el pueblo de San Felipe de Cariaco, á instancias del canónigo Madariaga, confiaba á Mariño el mando supremo de los ejércitos de la revolución. Bolívar desconoció la autoridad del con-

greso de Cariaco, hizo apresar á Mariño y el 16 de Octubre de 1817, fusiló á Piar, que había servido á las órdenes de Miranda, cooperando á los gloriosos éxitos de Mariño, vencido en San Félix al general La Torre y contribuido muy poderosamente á la importantísima sumisión de la Guayana. Mientras Piar moría á los 35 años y Mariño se refugiaba en la isla de Margarita, Bolívar se acondaba con Paez para empezar una enérgica campaña contra Morillo. Paez había vencido á los españoles el 16 de Febrero de 1816 en Mata de Miel, sorprendiéndolos y destrozándolos en mitad de la noche. Osado, activo, fuerte y semejante á aquellos vigías espartanos que se dejaban devorar por los zorros sin dar el más pequeño grito de dolor, Paez volvió á vencer á los realistas, cuatro meses más tarde, en el reñido encuentro de Mantecal. El invencible Paez, manejando la lanza parecía tener los cien fornidos brazos de Briareo. Posesionado de las regiones occidentales de Venezuela, asombraba por lo grande de su denuedo, lo que obligó á Morillo á salir en su busca con cuatro mil soldados de veterana historia. El 28 de Enero le encontró en las llanuras de Mucuritas. Paez, con un pelotón de 108 jinetes, le derrotó en catorce cargas heróicas incendiando las yerbas de la llanura y persiguiéndole tenazmente á punta de lanza.

En Julio de 1817, Morillo intentó someter á la isla de Margarita, sin conseguir domar á sus defensores, viéndose obligado á volver á Caracas, donde las rapacidades y los atentados de Moxó habían producido la caída de éste y el encumbramiento á la capitanía general del brigadier Juan Bautista Pardo. Como Bolívar se acercaba á Calabozo á marchas forzadas, Morillo fué á encerrarse en aquella ciudad, venciendo al ejército de los patriotas en La Puerta, el 15 de Marzo de 1818. Poco tiempo después, á mediados de Abril, Bolívar fué sorprendido y deshecho por el coronel López, en el Rincón de los Toros, retirándose á la capital de Angostura, donde el 15 de Agosto publicaba una proclama célebre, en la que se leían estas grandes palabras de esperanza: «El sol no completará el curso de su actual periodo sin ver en todo nuestro territorio altares levantados á la libertad.»

Estos desastres, exaltando el amor á la independencia, sólo sirvieron para transformarse en dolorosa pasión, fortificando la conciencia de los oprimidos y convenciéndolos de que es preferible no ser á vivir en el oprobio de las cadenas. Con el amor á la libertad se exaltaba igualmente, hasta convertirse también en pasión dolorosa, el amor á la tierra bendita en que se meció su cuna de niños, y en que querían cerrarse para siempre sus ojos cansados, formándose por la junción de todos los apasionamientos individuales hacia la libertad y hacia la patria, esa gran fuente de heroismos inmaculados y de abnegaciones incorruptibles que se llama espíritu nacional. Como los pueblos nunca se engañan en sus grandes tendencias, los pueblos coloniales no se engañaban al asegurar que sus angustiosas exaltaciones les crearían una patria saneada por el pampero de todas las libertades, si sabían fundarla sobre la cumbre de los martirios augustos, á fuerza de holocaustos y de estoicidades.

Bolívar, Paez, Urdaneta, Brion, Bermudez, todos aquellos héroes, abrigaban en la libertad la misma fé que Diderot, oculto y perseguido y amenazado por la segur de la guillotina, tenía en el progreso indefinido del espíritu humano.

Firmes en sus esperanzas, los patriotas instalaron, el 15 de Febrero de 1819, el congreso de Angostura, donde estuvieron representados Caracas, Barcelona, Cumaná, Barinas, Guayana, Margarita y después Casamare. El discurso de Bolívar fué inspiradísimo, eligiéndosele al día siguiente para ocupar la presidencia de la república, después de haberle revestido de facultades extraordinarias.

VIII.

En los primeros días de Abril, tuvo lugar uno de los hechos más gloriosos de la revolución. Paez, de quien Morillo se lanzó en busca con un ejército de seis mil hombres; Paez, que sólo contaba con ciento cincuenta jinetes de los llanos, simuló astutamente que retrocedía, lanzando Morillo en su persecución doscientos carabineros y cerca de mil hombres de caballería. Paez se detuvo, dividió sus fuerzas en siete escuadrones y cayó sobre los 1200 hombres de Morillo, acuchillándolos y lanceándolos sin misericordia en la batalla de las Queseras del Medio. Cuatrocientos realistas quedaron en el campo, desbandándose el resto, que se refugió precipitadamente en un bosque próximo. Morillo desconcertado se retiró á Ashaguas, mientras Bolívar, dejando á Paez en Apure, se preparaba á emprender una campaña decisiva en Nueva Granada, de cuya suerte dependía la suerte de Venezuela.

Como Ulises, que vaga por todos los mares y cuya frente orean todos los vientos, vive perseguido por la hechicera visión de su Itaca, así Bolívar, que recorre llanos y escala cumbres, vive perseguido por la visión de la suspirada libertad de América! ¡Aguarda con fé, visionario sublime! ¡La hora se aproxima! ¡Boyacá está cerca! ¡Ya se oyen, á lo lejos, los clarines triunfales de Pichincha! ¡Apesar de las brumas de la distancia, ya victorean á la libertad, llorando de gozo, las salvas redentoras de Junin y Ayacucho!

IX.

Bolívar cruzó los pasos del Arauca el 4 de Junio de 1819. El 25 revisaba á dos mil quinientos hombres en Poré y á principios de Julio se encontraba en Tunja, batiendo, el día 11, al general Barreiro en las agrestes alturas de Gámeza. En pleno invierno, apesar de las lluvias y de las neblinas y de los ríos que tuvo que vadear y de las sábanas inmensas que hacen duro el trayecto, Bolívar cruzó, con afanes de gloria, todo el espacio que media entre el Arauca, afluente navegable del Orinoco, hasta el crestón de lo-

HÉROES DE LA INDEPENDENCIA DE AMÉRICA

COLOMBIA



Francisco Miranda



José Antonio Sucre



José Antonio Paez

mas en que venció á Barreiro. Perseguido éste con tenacidad, se vió obligado á combatir de nuevo el día 25, en la hondonada del Pantano de Vargas. Vencido allí por segunda vez, perdiendo dos banderas y quinientos hombres, no pudo impedir que Bolívar penetrase en Tunja, aprisionando á la guarnición y rehaciendo el parque de los patriotas. Esta es una de las páginas más hermosas en la epopeya del Libertador. Desde Arauca hasta Poré vadea siete ríos impetuosos, conduciendo á nado su material de guerra, sin que le impidan precipitar su marcha los airados torrentes que engrosó la lluvia. Abandona á Poré y principia el ascenso de la cordillera, con sus abruptos desfiladeros, sus bosques centenarios, sus estrechos caminos y sus cumbres desnudas de vegetación, en las que se carece de combustible y en las que el frío hiela la sangre. En cuarenta y tres días atraviesa los Andes, luchando con las lluvias periódicas y mortíferas, con los arbustos cuyas espinas envenenan como si fuesen tenazas de alacrán, con la falta de aire y de fuego y de víveres y de sendas trazadas sobre los abismos vertiginosos, que se cruzan uniendo á sus bordes cables de cuerda ó por medio de puentes labrados á sable, puentes que oscilan rítmicamente y crujen bajo el peso de los legionarios, para llegar, después de haber dejado sobre la nieve una parte de su material de guerra, con dos mil hombres desnudos, hambrientos, cansados y enflaquecidos, al delicioso valle de Samagoso, donde le espera, tendiéndole los brazos, la diosa de los triunfos, como esperaban, con los brazos tendidos, las princesas encarceladas en las torres feudales del medio evo, al paladín de rubia cabellera y acicates de oro y escudo con mote.

Llegado el 6 de Julio al valle de Samagoso, vence el 11 á los realistas en los altos de Gámeza y los vuelve á vencer en el Pantano de Vargas el 25, dirigiéndose luego al puente de Boyacá, donde le aguardan cerca de tres mil hombres mandados por Barreiro. ¿Qué importan el cansancio y las penas sufridas? ¿Hay que tomar el puente? ¡Pues á tomarlo! ¿Hay que desalojar al enemigo de una cañada? ¡Pues á la cañada! ¿Hay que limpiar la altura en que se encuentran los expertos tiradores monárquicos? ¡Pues á la altura en columna de ataque y á són de clarín, hasta que el enemigo se rinda á discreción dejando en poder de la causa buena caballos, municiones, artillería, estandartes y jefes! Al saber los detalles de la batalla, al virrey Samayo le faltó tiempo para huir hacia Cartagena, mientras Bolívar entraba triunfalmente en la capital, á las cinco de la tarde del día 10 de Agosto, dejando sólo bajo el yugo español las provincias de Cartagena, Santa Marta, Río del Hacha é Istmo de Panamá. Dice el general Mitre: «Boyacá es, después de Maipú, en el orden cronológico, la gran batalla sud-americana. Estas batallas, cambiaron los destinos de la guerra. Boyacá determinó la preponderancia de las armas independientes al norte del continente, como la de Maipú la había establecido en el sur, tomando San Martín y Bolívar la ofensiva al atravesar los Andes, para converger ambos hacia el punto estratégico de la campaña continental iniciada por San Martín.» En efecto, después de Bo-

yacá, los patriotas podían considerarse definitivamente adueñados de Nueva Granada. Morillo sintió quebrarse los grilletes coloniales de Venezuela, y los revolucionarios del sur, unidos á las tropas del movimiento insurreccional del norte, pudieron redimir, solucionando el teorema de la emancipación, los divinos pensiles del reino de los Incas.

El 20 de Setiembre, Bolívar regresó á Venezuela, quedando Santander al frente del gobierno de Nueva Granada. El 17 de Diciembre de 1819, el congreso de Angostura, realizando uno de los ensueños del Libertador, declaró constituida la república de Colombia, por la unión de Nueva Granada con Venezuela. El 12 de Febrero de 1820, Nueva Granada prestó obediencia al acta del congreso de Angostura, y el 8 de Marzo, desde su cuartel general de Bogotá, el Libertador pudo decir á los pueblos unidos: «¡Colombianos! Yo os prometo, en nombre del congreso, que seréis regenerados; vuestras instituciones alcanzarán la perfección social; vuestros tributos abolidos, rotas vuestras trabas, grandes virtudes serán vuestro patrimonio; y sólo el talento, el valor y la virtud serán coronados.»

¡El ensueño era demasiado hermoso para ser factible! Imitando á Bruto que, por haber aguardado mucho la libertad, murió creyendo que la virtud era una sombra mentida y un nombre vano, el Libertador debía decir, en sus últimas horas, con espantable desesperanza: «¡América es el cáos, y los que la han servido, han arado en el mar!»

X.

¿Qué importan las dudas? Siempre la libertad de los progresos del espíritu humano, y aunque á veces el espíritu humano crea que su instrumento de redención perdió la eficacia, lo cierto es que la historia del espíritu humano, sin la libertad, sería la historia de un mundo en tinieblas. Continuemos, pues, el relato de ese gloriosísimo ascenso hacia la luz, repitiendo el grito de Bolívar en 1820: «¡Viva el Dios de Colombia!»

El 24 de Enero, el coronel Obando, jefe granadino, evacuó á Popayán por falta de recursos, siendo sorprendido, en su movimiento de evacuación, por los realistas al mando de Calzada, el que ocupó, casi sin resistencia, todo el valle del Cauca. Muy poco antes, el día 20, una escuadrilla realista que remontando el [illegible] gía á Nale, vió destruidos sus buques cerca del Peñón de Barbacoas. El 13 de Mayo, el general Mariano Montilla, por orden de Bolívar y embarcándose en la escuadrilla de Brión, ocupó Río [illegible]cha y se adueñó de las olas del Magdalena. Casi al mismo tiempo, José María Córdova, oficial lleno de juventud y audacia y ardimiento, recibía el encargo de insurreccionar las llanuras de Corosal. Siguió, entonces, un gran número de encuentros parciales, en cuya virtud Maza derrotó á los realistas en las inmediaciones de Mompax y Lara batió á los españoles en el valle de Upar, mientras

Montilla ponía en asedio á la muy importante plaza de Cartagena. Entre tanto la lucha se había interrumpido en el territorio de Venezuela. Morillo, cuyas fuerzas alcanzaban á 12.000 hombres, permaneció inactivo, en espera de refuerzos de la península. Estos refuerzos no llegaron jamás á causa de la revolución que en 1820 ocurrió en España. El 19 de Abril, Bolívar dirigió á sus soldados esta ardiente proclama: «Diez años consagrados á los combates, á los sacrificios heróicos, á una muerte gloriosa! Pero diez años que han librado del oprobio, del infortunio, de las cadenas á la mitad del mundo! ¡Soldados! ¡El género humano gemía por la ruina de su más bella porción; era esclava y ya es libre! ¡El mundo desconocía al pueblo americano; vosotros lo habéis sacado del silencio, del olvido, de la muerte, de la nada! Cuando antes era el ludibrio de los tiranos, lo habéis hecho admirar por vuestras hazañas y lo habéis consagrado á la inmortalidad por vuestra gloria. ¡Soldados! ¡El 19 de Abril nació Colombia; desde entonces contáis diez años de vida!»

Morillo, obedeciendo á la política iniciada por el nuevo gobierno español, entró en negociaciones con los patriotas, proponiéndoles una suspensión de hostilidades; pero Bolívar y el congreso de Angostura le respondieron que la base de toda tentativa de paz debía ser el reconocimiento de la independencia de la república de Colombia. Bolívar, sin embargo, aceptaba la propuesta del armisticio. El acta de este se firmó en Trujillo, el 25 de Noviembre de 1820. El armisticio debía durar seis meses, durante los cuales el ejército patriota y el realista se comprometían á permanecer en las mismas posiciones que entonces ocupaban. Morillo, después de haber celebrado una afectuosa entrevista con el Libertador, se embarcó para España, quedando La Torre á cargo del gobierno de Venezuela. Durante el armisticio, los independientes fomentaron la insurrección de la importante ciudad de Maracaibo, que el 28 de Enero de 1821 se declaró partidaria de la causa de la libertad, sostenida por un grupo de tropas á las órdenes de Urdaneta. En vano el mariscal don Miguel de La Torre protestó ante aquella desleal roptura del armisticio. Bolívar mantuvo lo hecho por su teniente, conservando en su poder la plaza de Maracaibo. Inútil es que Rojas y Larrázabal traten de atenuar la doblez de Bolívar. La Torre tenía razón. Bolívar faltó á su palabra, empeñada solemnemente en las pacíficas conferencias de Trujillo. Hizo más todavía, porque olvidando todo lo pactado intimó á La Torre, el 10 de Marzo y desde Boconó, la continuación de la guerra ó el inmediato reconocimiento de la soberanía de la república de Colombia. Rotas las hostilidades el 28 de Abril, Bermúdez se puso en marcha para la capital, batió á los realistas en Chuspita y los volvió á batir en el Rodeo, de Guaspire, entrando en Caracas el 14 de Mayo. La Torre, con cinco mil quinientos hombres perfectamente disciplinados, fué á situarse en la llanura de Carabobo.

En la mitad de esta extensión planicia se halla el cruce de los caminos reales del Pao y de San Carlos. En el ocaso de la llanura está situada una abra estrecha y fragosa, á la que rodea un círcu-

lo de cerros abruptos. La Torre artilló al abra, coronó de guerrillas la frente de los cerros, y puso en la llanura dos filas de soldados de infantería, á los flancos de cuyas filas se colocaron los jinetes reales. Para llegar al llano, el ejército libertador tenía que atravesar los desfiladeros que forma la cerrillada. El día 24 de Junio de 1821, Bolívar ocupó á fuerza de coraje, los desfiladeros. Paez mandaba la primera división de aquella falange de seis mil hombres, Cedeño dirigía la división segunda, y estaba la tercera división á las órdenes del coronel Plaza. Páez inició la batalla, cayendo sobre la derecha de los realistas por una vereda muy poco frecuentada, que arranca del camino real de San Carlos. El fuego fué espantoso y las tropas de Páez retrocedían ya, cuando llegó en su auxilio un batallón británico al mando del brioso coronel Juan Ferrier. Hincaron los ingleses la rodilla en tierra para no levantarse, hasta que los enemigos cedieron ante el empuje del ataque á la bayoneta que les llevaron las tropas de Páez. Entonces la caballería realista, mandada por Morales, se desbandó, cayendo en desorden sobre el resto del ejército español, que fué desde pués presa del pánico de las grandes derrotas. Quedaron en el campo de la refriega 400 muertos, 14 cañones y 1500 fusiles. Según dice Baralt en el tomo segundo de su clásica *Historia de Venezuela*, batallones enteros arrojaron las armas ante los vencedores una pequeña pérdida de doscientos hombres entre muertos y heridos. «La victoria de Carabobo,—añade Baralt,—fué completa y brillante: ella coronó, al cabo de once años, la empresa que Caracas empezó el 19 de Abril de 1810. El congreso, reunido en el Rosario de Cúcuta, decretó á Bolívar y al ejército los honores del triunfo, y ordenó que el retrato del hijo ilustre de Caracas fuese colocado en el salón de las cámaras con esta inscripción: *Simón Bolívar, Libertador de Colombia.*»

XI.

Bolívar completó su radiante odisea en busca de la virgen de sus ensuenos, la libertad bendita, con la campaña emprendida, casi inmediatamente, en la parte meridional de la Nueva Granada.

La provincia de Guayaquil, alzada en armas el 9 de Octubre de 1820, se declaró por la independencia, poniendo al frente de sus autoridades al célebre poeta José Joaquin Olmedo. Los soldados de Guayaquil marcharon sobre Quito, siendo vencidos y acorralados, el 22 del mes de Noviembre, por el general Melchor Aymerich. El armisticio de Trujillo suspendió las hostilidades, y, al reanudarse estas, ya el general José Antonio Sucre estaba en Guayaquil, colocándola bajo la protección de la república de Colombia. Aunque el 12 de Setiembre de 1821, Sucre fué derrotado en Huachi, Sucre ocupó, en Abril de 1822, la plaza de Riobamba, después de haber batido á los realistas con el concurso de auxiliares que San Martín le envió desde el Perú.

A su vez, Bolívar avanzaba sobre Pasto, al [illegible]eán de cu-

yo nombre se había fortificado el coronel Basilio García. Esta posición era formidable, por lo áspero de la falda del volcán y por el tormentoso del río Guiatara, que guardaba la izquierda del ejército peninsular. A las dos de la tarde del 7 de Abril de 1822, Bolívar, avanzando resueltamente por la llnaura de Bomboná, atacó con empeño la escabrosa falda, siendo rechazado por el centro enemigo pero consiguió con un hábil movimiento de flanco, escalar la montaña, dominando, desde la altura, los fuegos realistas. Al cerrar la noche, se retiró García precipitadamente, apesar de no haber perdido sino doscientos cuarenta hombres, mientras alcanzaban á más de seiscientas las bajas de Bolívar.

Después del esteril triunfo de Bomboná, vino la memorable batalla de Pichincha. El 28 de Abril, laureado con la victoria de Riobamba, el general Sucre se movió sobre Quito, apoderándose de las alturas que forman la cresta del volcán de Pichincha, donde, el día 24 de Mayo, derrotó definitivamente á los españoles, después de una sangrienta y enconada lucha. Aymerich se vió obligado á capitular, incorporándose, el 30 de Junio de 1822, la presidencia de Quito á la república de Colombia. La odisea estaba concluida. El 10 de Octubre Montilla penetró en Cartagena; el 16 de Octubre, Cumaná se rindió á Bermudez; y el 28 de Noviembre, Panamá siguió el ejemplo de Quito. El 3 de Agosto de 1823, Morales entregó á Maracaibo, después de haberse batido como un león, obteniendo algunos ilusorios triunfos parciales, y en la noche del 7 de Noviembre Páez asaltó la plaza de Puerto Cabello, último fortín en que flameaba la bandera española, defendida con gallardo tesón, hasta el último instante, por el pundonoroso brigadier Calzada. Pichincha había fijado los destinos de la sangrienta lucha. Colombia era libre, desde que sonó la última de las descargas de Pichincha.—Bolívar lo había comprendido así, diciendo á los colombianos en su proclama del 8 de Junio de 1822: «Ya toda nuestra hermosa patria es libre. Las victorias de Bomboná y de Pichincha han completado la obra de vuestro heroismo. Desde las riberas del Orinoco hasta los Andes del Perú, el ejército libertador, marchando en triunfo, ha cubierto con sus armas protectoras toda la extensión de Colombia.»

¡El Dios de Colombia, vivado por Bolívar, imperaba ya sobre el vasto y riquísimo territorio que se extiende y dilata desde las márgenes del Orinoco hasta las costas del golfo de Guayaquil!

LIBRO SEXTO

EL ALMA DE LAUTARO.

I.

Si el siglo XIX es el más importante entre todos los siglos de la historia de América, el año de 1810 es el más importante entre todos los años de aquella centuria trascendental. En ese año las colonias hispanas dán su primer paso hacia la emancipación definitiva, paso titubeante en unas y enérgico en otras, pues en ese año Méjico se levanta contra la metrópoli, Carácas depone al general hispano que la gobierna, Buenos Ayres instala su junta revolucionaria y Chile establece la primera de sus juntas gubernativas.

Bajo la máscara de la adhesión á la monarquía, se oculta el nostálgico afán de la independencia. Las almas viriles y los cerebros cultos se sentían sujetos, con fuertes tenazas, por el ciego apetito de la libertad. El norte y el sur del continente nuevo, el llanero venezolano y el gaucho argentino sufrían en sus amores por la pálida camelia del ideal, por la imágen confusa de la patria libre. Esa imágen se les presentaba en las melancolías de las puestas de otoño, cuando los árboles se despojan de sus vestiduras, cubriendo el suelo de los montes con sedas de hojarascas que tienen el tono delicado del oro bruñido. Esa imágen se les presentaba bajo el sol estival, bella como la diosa, formada por las nieves de la espuma marina, junto á las costas griegas por donde vagan, á modo de suspiros embalsamados, los voluptuosos versos de Anacreonte.

Entre el estruendo de las batallas, los hombres de 1810 forjan el porvenir proclamando principios, á modo de gérmenes arrojados en el seno de una tempestad. Esa tempestad, si bien los esparce en todas direcciones, por doquiera los deja caer en terreno fértil. Unas veces el movimiento revolucionario avanza, aunque sin plán, sin orden, sin saber realmente lo que saldrá del cáos en que luchan intereses y razas. Otras veces el movimiento revolucionario es dete-

nido en su trayectoria por la costumbre de la sumisión, por el odio á los principios de igualdad con que la plebe se empieza á nutrir, por el miedo á las repúblicas griegas ó girondinas que bullen en la mente de los apóstoles de la tormenta emancipadora.

¡Oh deleznables diques de arena movediza! Nada ni nadie puede ya detener aquella formidable avalancha, que truena en las pendientes y ruje en las llanuras, derribando á lo antiguo con su tremendo choque. Si á veces se rehace el poder español, tan sólo se rehace para caer de nuevo en los voraginosos remolinos de aquel huracán. No faltan derrotas en la causa de los patricios y abundan los infortunios en esa causa; pero su triunfo definitivo está decretado y el triunfo corre, como buque que cruza las olas y llega á puerto bajo una lluvia fuerte y entre los espumazos de un golfo bravío. Los patriotas podían responder á los españoles, cuando su causa se obscurecía, lo que John Jones respondió á los que le pedían que se rindiera, porque su buque se iba hundiendo en las olas: «¿Rendirme? ¡Nunca! ¡Ya saldremos del agua! ¡Si recién empezamos á pelear!»

II.

A mediados de 1809 llegaron á Chile las primeras noticias de la invasión de la península por los ejércitos napoleónicos. La opinión, conmovida, se mostró favorable al monarca cautivo. El cabildo de Santiago se reunió en sesión plena, decretó impuestos é hizo toda clase de belicosos preparativos. Pronto se dibujaron dos grandes tendencias en el seno del cuerpo capitular. La tendencia goda, apoyada en el clero y en los funcionarios, y el partido patriota, apoyado en la mayoría de los cabildantes y en los elementos más prestigiosos de la ciudad.

Una noche de Mayo de 1810 el capitán general Carrasco, sabiendo que los patricios se reunían en la casa de don José Antonio de Rojas, los hizo sorprender por la fuerza armada, y detuvo á Rojas, al procurador Ovalle y al abogado Vera, remitiéndolos á Valparaíso, desde donde debían transportarse al Perú. La agitación fué inmensa. Los detenidos abogaban porque se formase, durante el cautiverio del rey español, una junta nacional de gobierno, parecida á las juntas de Sevilla y Quito. Carrasco, al notar la efervescencia pública, ordenó que volviesen los detenidos. Como Rojas y Ovalle ya habían sido embarcados para el Perú, tan sólo regresó don Bernardo Vera, uno de los poetas de la revolución, uno de los cantores de la vorágine emancipadora, uno de los más líricos cruzados de la buena causa, y uno de aquellos ingenios esplendentes que rimaron los himnos del derecho al són amedrentante de los cañones, como las aves riman los himnos de la luz en los árboles sacudidos por el viento y la lluvia.

El 22 de Junio Carrasco congregó á los santiagueños para pedirles, en nombre del monarca, que acatasen y obedeciesen á la regencia. La indignación creció, llegando á lo indecible entre las

clases cultas. El 16 de Julio Carrasco delegaba su capitanía en una asamblea de notables, que presidió el conde de la Conquista. En la asamblea, unos pugnaban por la independencia, mientras otros querían que se conservase Chile para Fernando. Hubo un segundo capítulo abierto, para aunar pareceres, ante cuyo cabildo renunció al conde su presidencia, creándose una junta, compuesta de cinco miembros y dos secretarios. Esa junta, constituida el 18 de Setiembre de 1810, debía estar asesorada por un Congreso Nacional, órgano representativo de las opiniones de todas las ciudades. Formaban la junta Martínez de Rosas, Toro, Reina, Rosalez y Carrera, actuando como secretarios don Gaspar Marín y don José Gregorio Argomedo. Se abolió el cargo de capitán general, se abrieron los puertos al comercio de todas las naciones y se organizaron los cuerpos militares, sustituyéndose á los oficiales españoles por oficiales del partido patriota.

La primera junta gubernativa es merecedora de alta y de eterna recordación. El sincero patriotismo de Rosas, las cívicas abnegaciones de Carrera y Toro, las clásicas virtudes de Rosales y Reina, la relevante intelectualidad de Marín y Argomedo, explican bien el culto que despiertan aquellos hombres y aquellas horas hasta en los más apartados lugares del país chileno. Durante el coloniado, la tierra era exclusivamente del español, tragándose en torno de cada colonia una especie de cordón sanitario, que sólo se abría para recibir órdenes y productos de origen ibérico. Las leyes de Indias no permitían al extranjero tocar en playas americanas, ni tener bienes en estas playas, ni introducir manufacturas en las playas estas. El coloniado no fué otra cosa que la prolongación de los códigos medioevales del viejo mundo en el mundo nuevo, siendo necesario concluir con los virreyes y los ejércitos de tradiciones góticas, para que el nuevo mundo hiciese de sus volcánicas eminencias el fuerte inexpugnable de la libertad.

III

El Congreso Nacional abrió sus sesiones el 4 de Julio de 1811, aboliendo la esclavitud y nombrando una «cámara de apelación,» por haberse disuelto la Audiencia Real. El Congreso se componía de impacientes y tímidos, los primeros ansiosos de legislar con arreglo á la norma trazada por los girondinos, y los segundos dispuestos á reformar, pero sin salirse de los moldes peninsulares. Entonces aparecieron los célebres Carrera. En Abril de 1811, durante el período electoral, mandaba las fuerzas, encargadas de conservar el orden en Santiago, el español Tomás de Figueroa. Afiliado en secreto al partido godo, el jefe español provocó un motín, siendo detenido y ajusticiado, después de algunas horas de lucha, por un grupo patriota que encabezaba José Miguel Carrera. Hijo de uno de los hombres más influentes de la capital, Carrera era temible por lo intenso de sus pasiones, apesar del corto número de sus años. Aguardaba los acontecimientos como los ojeadores á la cier-

va cansada, predicando el más patriótico de los radicalismos. Seguro del ejército y apoyándose en las diferencias legislativas, Carrera fué lentamente minando al Congreso, hasta disolverlo el 2 de Diciembre de 1811, para formar una nueva junta con el doctor Rosas y Gaspar Marín. Cuando se supo la disolución de la legislatura, los hombres de principios se conmovieron. Rosas, que rechazó el puesto que le ofrecían en el triunvirato, dijo en un profético manifiesto que aquel golpe de audacia perjudicaba á la revolución, que iba á morir estrangulada por la soldadesca, como había muerto, estrangulada por sus legiones, la república de la antigua Roma. Rosas fué sustituido por don Bernardo O'Higgins, encastillándos en Concepción; pero Carrera desunió á sus parciales, minó su prestigio, provocó una asonada y prendió al doctor Rosas. Desterrado este, se afirmó el dominio de los Carrera. Durante ese dominio estallaron cuatro conspiraciones, confiscándose los bienes de los conjurados y estableciéndose un sistema de corrupción, que afeaba la causa de la independencia. José Miguel Carrera, muy ambicioso y en extremo audaz, soñaba con una dictadura como la de Sila, el amigo de Roscio y el émulo de Mario.

IV.

Carrera tenía todas las condiciones necesarias para seducir: el apellido, la presencia, el dón de la palabra, el coraje, la fortuna y la rumbosidad. Enviado por sus padres á España en 1806, militó en el ejército de la península, batiéndose denodadamente contra los veteranos de Napoleón. Herido en Ocaña, donde los españoles fueron vencidos por el mariscal Soult, regresó á Santiago al iniciarse los sucesos del año 10, abrigando la más desmedida de las ambiciones y una profunda fé en su destino. Tan intrépido como razonador, los radicales le aclamaron por jefe el 9 de Agosto de 1811; pero muy pronto, bajo los impulsos de su afán de mando, se dividieron los radicales en dos fracciones encarnizadas. Dueño de Santiago, como Rosas lo fué de Concepción, Carrera tenía que vencer en su duelo con Rosas, porque si éste no le desmerecía en ingenio y en luces, le ganaba en escrúpulos y en sinceridades. Desterrado á Mendoza, el rival de Carrera no tardó en morir, en tanto que Carrera vigorizaba su supremacía con las confiscaciones, la corrupción y el espionaje, persiguiendo sin piedad á sus enemigos y tolerando todos los desmanes de sus allegados. Tanto hizo, fiado en la soldadesca y en su fortuna, que las protestas menudearon y su prestigio palideció, viéndose obligado á dictar la constitución de 1812, por la que se proclamaban la igualdad civil y la libertad de la palabra escrita, creándose, para limitar el poder de la junta gubernativa, un consejo consultivo de siete miembros. Dice Huneeus que para conocer el origen y los fundamentos de la actual constitución de Chile no tienen importancia de ninguna clase ni el reglamento provisorio del año 11, ni el estatuto del año 12, ni el ensayo constitucional del año 14. Proclamada solemnemente la indepen-

dencia en Febrero de 1818, se dictó la constitución de Agosto del mismo año; pero tanto esta como la de 1822 no hicieron otra cosa que consagrar las dictaduras militares de O'Higgins y de Freire. Sólo la constitución de 1828, obra de don José Joaquín de Mora, merece el serio aplauso de la posteridad, por el liberalismo y la sabiduría de sus preceptos; pero el triunfo del partido conservador, en el campo de Lircay y el 17 de Abril de 1830, derogó aquellas cláusulas constitucionales de 1833, en las que el principio unitario triunfa y se impone, robusteciendo en todo lo posible y más de lo debido la acción tuteladora del poder central. El que quiera analizar los tanteos inconstitucionales de la época en que se moría por la independencia con un entusiasta víctor en los labios, debe recordar que, como dice Burgess en su *Ciencia Política*, las constituciones se forman por la intervención de un conjunto de fuerzas históricas y revolucionarias, que hacen de esos códigos el reflejo del espíritu público en un momento dado. Debe recordarse también que, como afirma Grimke, el gobierno, lo mismo que los demás intereses humanos, es materia de experiencia, y por lo tanto susceptible de mejora. Es un error creer que, en materia constitucional, se nace sabiendo. Los pueblos, como los hombres, viven para aprender y avanzan tropezando. Bañados Espinosa, en sus *Constituciones de Chile*, nos enseña que, durante el coloniaje, el estudio de la jurisprudencia se reducía al cultivo de los derechos canónico, romano y español, basándose todo el edificio del saber universitario en una mala concepción del derecho natural. «La ciencia constitucional no existía y apenas se daban lecciones empíricas sobre el enmarañado mecanismo de la administración de las colonias.» La revolución de la independencia, si libertó á Chile del dominio español, conservó en los primeros tiempos los mismos hábitos, la misma educación, las mismas tradiciones y el mismo estado de civilización. Según Huneeus y según Bañados Espinosa, las ideas modernas del derecho llegaron á Chile por intermedio de don José Joaquín de Mora, un español apasionadísimo de las doctrinas reformadoras de Jeremías Bentham. No es de extrañar, pues, que la constitución de 1812 se resintiera de la influencia revolucionaria y la falta de luces de los que la dictaron. Estos querían, más que otra cosa, aplacar las indignaciones que provocaba el despótico dominio de los Carrera.

Entre tanto Valdivia y Chiloé se habían sometido al virrey del Perú, quien en Marzo de 1813 dispuso que el general Antonio Pareja, con un fuerte ejército, se trasladase á Chile, para castigar la rebelión de los santiagueños y restablecer la autoridad de España. Pareja se hizo dueño, en brevísimo espacio, de varias de las ciudades del mediodía. José Miguel Carrera le salió al encuentro con doce mil hombres, tan ricos en denuedo como miserables en armas y disciplina, venciéndole el 17 de Abril en Yerbas Buenas, y tornado á vencerle, delante de San Carlos, el 15 de Mayo. Pocas horas más tarde, vueltos los realistas de su confusión, cayeron con encono sobre los patriotas; pero fueron vencidos, tras dura brega, por tercera vez. El general Pareja se refugió en Chillán, en

donde le esperaba la segur de la muerte, siendo sustituido por el coronel don Juan Francisco Sanchez. Las ciudades de Concepción, Talcahuano y los Angeles volvieron al dominio de los patriotas; pero Chillán, en donde los hispanos se hicieron fuertes como toros en jaula, no pudo ser tomada apesar de que Carrera la sitió por dos veces. El 10 de Agosto de 1813, Carrera se vió obligado á retroceder con rumbo á Concepción, sorprendiéndole los españoles junto al río Itata, en cuyas olas la causa de la independencia hubiera naufragado, talvez por mucho tiempo, sin la pericia y el valor de O'Higgins. Carrera, de cuyas dotes militares se empezaba á dudar y que irritaba á muchos con el absolutismo de su soberbia, fué destituido del mando del ejército por una nueva junta que formaban Infante, Eyzaguirre y Cienfuegos. En su reemplazo se nombró á O'Higgins, á quien los mismos carreristas denominaban el primer soldado de Chile. Carrera, entonces, se dirigió á Santiago, donde su influjo era poderoso aún; pero los realistas le detuvieron en el trayecto, llevándole prisionero á Chillán. Así entre tumbos y sacudidas, fruto más bien de las disensiones internas que del poderío de las armas españolas, avanzaba la causa de la revolución, como una diligencia que recorre un camino surcado por zanjas y cubierto de matorrales. El pueblo chileno es un pueblo espartano por lo sóbrio y lo rudo, cuyos vencidos no figuraron nunca, con la cabeza baja y el corazón medroso, en las fiestas triunfales de los conquistadores. Aun tiene la hurañez, soberana é indómita, del cóndor imperial. El ave de las cimas, si le arrancan los ojos, vuela impetuosamente hacia la inmensidad, trazando enormes giros en busca de la luz, y cuando se convence de que el dominio de la noche es eterno, cierra las alas, esconde la calvicie de su cabeza bajo las rémiges, y se deja caer con sombrío dolor, estrellándose en las cumbres coronadas de nieve. La bandera chilena, donde lo azul se enlaza con lo blanco y lo blanco se auna con lo amarillo; la bandera chilena, entregada á los vientos de las montañas el 4 de Julio de 1812; la bandera chilena conocía ya el sabor del salitre y la música salvaje de los cañones. ¡Tirado el guante á las plantas del porvenir, la insignia vencedora junto á San Carlos y que no consiguió tremolar sus tres franjas en los bélicos muros de Chillán, no podía retroceder en su trayectoria, alzándose, como una invocación á la libertad, sobre el altar ciclópeo de las rocas andinas!

V.

El primero de Febrero de 1814, Carrera entregó el mando á don Bernardo O'Higgins. Llegó á Chillán, hacia ese mismo tiempo, el brigadier español Gabino Gainza con algunos refuerzos de armas y de hombres traidos del Perú, reabriendo la campaña con afanoso empuje y aunque fué rechazado por O'Higgins en los altos del Quilo y por Markenna en el Membrillar, la estrella realista relució de nuevo, el 20 del mes de Marzo, en Cancha Rayada. Gainza avanzó, entonces, sobre Santiago, cruzando en balsas el río Maule;

pero O'Higgins, en los primeros días de Abril, le alcanzó en Quechereguas, obligándole á retirarse á Talca y cortando sus comunicaciones con Chillán. Entre tanto los santiagueños habían depuesto á la junta gubernativa y entregado la dirección suprema de los negocios al coronel Lastra, gobernador de Valparaiso. La revolución chilena contaba ya cuatro años de vida. Durante esos cuatro años, sus gobiernos se esterilizaron por la falta de estabilidad. Primero una junta ejerció todos los poderes políticos; después, un congreso se atrevió con la carga de todos los negocios; más tarde, poderes y negocios cayeron en las manos de un triunvirato, á quien asesoraba un senado de siete miembros; y, por último, un director con facultades extraordinarias, junto al cual se movía como una sombra el senado trienal, recibió el cometido de ordenar el cáos en que vagaba la nave revolucionaria. Comprendiendo lo desventajoso de aquella lucha sin horizontes y aceptando la mediación ofrecida por el comodoro Hillyar, Lastra entró en negociación con Gaínza, celebrando, el 3 de Mayo de 1814, el convenio de Lircay. Por ese convenio se estipulaba que Gaínza, en el término de dos meses, se embarcaría para el Perú, abandonando todas las plazas fuertes guarnecidas por las tropas del rey, mientras que Chile, bajo la autoridad de Fernando, se constituiría con arreglo á las leyes de las Cortes de Cádiz. Durante el agitado período que vá del año 12 al año 14, se fundó la biblioteca pública de Santiago; se creó el instituto universitario; se abrieron escuelas en todos los conventos y apareció el primer periódico patriota, bajo la dirección del padre Camilo Henriquez. La enseñanza del instituto, ocupada casi sin excepción por el griego y el latín, con el poderoso valor educativos de los idiomas y los ejemplos clásicos, arrojaba leños en la hoguera de la revolución, ya bien encendida por la esperanza, enardeciéndose los espíritus con la impecable virtud de Arístides y con los acentos viriles de Demóstenes. Otro tanto sucedió en el resto de América. Primero las universidades de Chuquisaca y Córdoba, como después los institutos de Santiago y de Buenos Ayres, predicando las excelencias de la libertad republicana que vive en Tácito y en Juvenal, adobaron para las angustias purificadoras de la emancipación, á las almas gemelas de las grandes almas de Moreno y de Monterroso. A la prédica escolástica del instituto se unía la prédica constante de la «Aurora,» el periódico redactado por Camilo Henriquez. Nacido en Valdivia el 20 de Julio de 1769, ordenado de sacerdote en el templo limeño de la congregación de San Camilo de Celis, entusiasta conocedor de los filósofos franceses del siglo XVIII y perseguido á causa de sus lecturas por el Santo Oficio, Camilo Henriquez arribó á Santiago á principios de 1811, distinguiéndose por el radicalismo de sus ideas revolucionarias y por la entereza que demostró cuando el motín realista de Figueroa. Durante aquella tentativa reaccionaria, encabezó una de las patrullas del bando patriota y cambió su cruz sacerdotal por una espada de guerrillero, como Félix Aldao y Valentín Gómez. Fundó la «Aurora,» con el apoyo de los Carrera, sosteniendo, lo mismo en sus columnas que desde lo alto del púlpito, que las leyes de

la naturaleza rechazaban el dominio español, puesto que habían colocado toda la inmensidad de los mares entre la península y sus colonias. Después de Rancagua, Camilo Henríquez buscó y encontró un asilo en las filas de los patriotas de Buenos Aires, escribiendo, por orden del gobierno de aquella ciudad, un estudio acerca de las causas del fatal resultado del movimiento emancipador de Chile.

VI.

José Miguel Carrera salió de Chillán el 23 de Agosto de 1814, en virtud del tratado de Lircay, dirigiéndose á Santiago, donde fué recibido con júbilo por las tropas, á quienes ofendía y descontentaba el convenio que volvía á colocar á Chile bajo la real tutela de Fernando VII. Ya lo hemos dicho. Los disturbios internos eran el pulpo cuyos tentáculos absorbían lo más puro y más rico de la sangre del movimiento revolucionario. Dos escuelas primaban en el país. La conservadora, cuyo sable brillaba en las manos de O' Higgins, y la radical, que obedecía pacientemente al dominio de los Carrera. La primera dudaba de la conveniencia de las reformas de cuño democrático, considerando que el espíritu público no estaba convenientemente preparado para recibirlas. La segunda pugnaba por la implantación de un régimen que estirpase hasta los menores resquicios del coloniaje; pero, más empírica que previsora, esta tendencia adulteraba lo noble de sus fines, atendiendo á sus intereses de partido más que á los públicos intereses. En el fondo y por la lógica del momento, las dos escuelas eran dictatoriales. Empeñados el partido reformista y el conservador en una lucha fratricida y cruel, facilitaban el triunfo español y preparaban el fracaso de la independencia. El tratado, que los realistas miraron como un ruidoso triunfo, sublevó á los patriotas, llegando al colmo la indignación de estos cuando Lastra dispuso que la bandera chilena fuese reemplazada por la española y que el ejército se ataviase con la escarapela peninsular. Los húsares de Talca ataron la escarapela á la cola de sus caballos y la bandera real apareció, más de un amanecer, colgada en la horca de la plaza mayor de Santiago. El 23 de Julio un nuevo alzamiento, derrocando á Lastra, entregó la dirección de los negocios á un triunvirato constituído por Carrera, Uribe y Muñoz. El hacendado Manuel Muñoz carecía de voluntad; pero el presbítero don Julian Uribe, que usaba un sable sobre su sotana, era un espíritu turbulento, un enemigo de todas las virtudes, un carácter capaz de todas las violencias. La soberbia de Carrera se desbocó, encontrándose la capital á merced de sus adictos, ansiosos de venganza, y á merced de sus legiones, ávidas de botín. Las clases cultas llamaron á O'Higgins, que se hallaba en Talca, para salvar el orden y destruir el imperio de lo arbitrario, recordándose entonces las palabras con que Rosas anatematizó la primera revuelta de José Miguel. Como ya dijmos, cuando Rosas no quiso formar parte del triunvi-

rato de 1811, publicó un profético manifiesto, afirmando que era un crimen impulsar á las legiones pretorianas á deponer á los magistrados con menosprecio de las [illegible] crimen que purgaba con un fatal destino las más celebradas republicas [illegible] dolorosos riesgos del militarismo, escollo en que [illegible] las libertades, no se ocultaron al austero jureconsulto [illegible] ción, cuyas palabras vibraban enérgicamente [illegible] hombres de 1814 ante los [illegible] desmanes de [illegible] Rosas no se engañaba, porque—como dice Emilio de Lavaleye,—un ejército que se ocupa de política es tan funesto para la [illegible] peligroso para las instituciones libres. O'Higgins acudió [illegible] llamado de la legalidad, para salvar los ideales de la revolución, salvando al derecho. Aquel carácter probo, aquella firmísima voluntad, aquel noble soldado se enamoró de la causa de la independencia, como los atenienses del siglo de Aspasia se enamoraban de las diosas de Fidias, y como los místicos del Renacimiento se enamoraron de las vírgenes del Veronés. En los llanos de [illegible] contraron el ejército de O'Higgins con el de Carrera. Tras un breve combate sin resultado y cuando iban á entablar una acción decisiva, se supo oficialmente que el virrey del Perú se [illegible] car el tratado de Lircay, enviando á Chile, con un refuerzo de quinientos hombres y con órdenes severísimas, al coronel don Manuel Osorio. El patriotismo de O'Higgins no vaciló un [illegible] rigió á Santiago y se apeó á la puerta de la casa [illegible] lebró una larga conferencia con José Miguel, [illegible] órdenes del dictador ensoberbecido. José Miguel Carrera, [illegible] en Santiago y educado en España, donde tomó parte en trece combates contra Napoleón hasta obtener el grado [illegible] sargento mayor en un cuerpo de húsares; José Miguel Carrera, que al volver á Chile, en Julio de 1811, llegaba con el prestigio que dan los largos [illegible] y un uniforme militar de deslumbrante brillo; José [illegible] de prosapia ilustre, de hermosa presencia y de talento audaz, que había logrado imponerse al primer congreso, destituir á la primera junta y enseñorearse del primer triunvirato; José Miguel Carrera, que para romper todos los vínculos que unían á su [illegible] tiguo régimen, creó la escarapela tricolor, [illegible] pabellón chileno y la primera constitución provisoria; José Miguel Carrera no tuvo en contra suya sino el orgullo que lo enceguecía y la ambición que le devoraba. El orgullo y la ambición le cerraron [illegible] de que perennemente la pasión de la independencia fulguró en su espíritu tanto y tan bien como en el espíritu de sus rivales Rosas y O'Higgins. Más bravo que Rosas y mucho más demócrata que O'Higgins, Carrera fué la víctima de sus aduladores, [illegible] diosaron, y de su fortuna, favorecida hasta lo increíble [illegible] primeros sucesos de la revolución. Cuando O'Higgins se sometió [illegible] mando, Carrera dividió el ejército en dos porciones y [illegible] gins salir al encuentro de los hispanos, quienes le rechazaron [illegible] orillas del Cachapoal y le derrotaron, después de una [illegible] perada y un sitio de dos días, dentro los heróicos muros de [illegible] cagua. El primero de Octubre de 1814 fué [illegible]

das partes, batiéndose sus defensores con asombrosa temeridad, mientras O'Higgins, recorriendo á caballo las trincheras y distribuyendo en persona las municiones, animaba á los suyos con el ejemplo y con la palabra. El 2 de Octubre se reanudó el combate. Carrera, cuyo campamento se hallaba cercano, había respondido á un chasque de O'Higgins que atacaría al amanecer á las fuerzas de Osorio. Sólo á las 11 el auxilio esperado se movió hacia Rancagua, para retirarse en presurosa fuga una hora después. Los sitiados carecen de agua, se amontonan los cadáveres en los parapetos y se inflama la carga de los cañones antes de sentir el beso de la mecha. Los hombres y las armas están rendidos de calor y fatiga. Los realistas avanzan, incendiando edificios; los patriotas sucumben, engrosandos las trincheras con sus cuerpos ensangrentados. Una chispa cae sobre el polvorín, produciendo la más espantosa explosión. A las tres de la tarde O'Higgins se abre á sablazos un camino por entre el ejército sitiador, y los vencedores entran en la ciudad, saqueando las propiedades y concluyendo con los moribundos. Dice Uriel Hancock, en su *Historia de Chile*, que de los dos mil hombres de que se componía el ejército de los patriotas tan sólo se salvaron 309, llegando en desorden al suelo mendocino después de atravesar las crestas de los Andes. La culpa es de Carrera que no acudió á tiempo. Carrera, que se encontraba próximo á Rancagua, no intervino en la lucha sino á última hora, retirándose, antes de la derrota de su rival, con rumbo á Santiago. Fueron tantas las cóleras encendidas por lo torvo de su conducta y tan hondo el desastre sufrido por la causa de la emancipación, que Carrera también huyó hacia Mendoza, llevándose los caudales públicos y entregando al incendio todo lo que el enemigo podía utilizar. Siendo mal recibido por San Martín, partidario de O'Higgins, José Miguel Carrera pasó á Buenos Aires en busca de refuerzos para volver á Chile. Sus rivalidades le habían perdido. Quiso ser el árbitro supremo de la suerte de la revolución, por ánsias de dominio y sedes de reforma. Le engañó su codicia, no siempre sana. ¡Ya nunca más volvería á luchar en su país y por su país! ¡El camino de Chile le estaba cerrado! ¡Desde entonces sus ojos, humedecidos por las brumas de la distancia, iban á dirigirse hacia el pendón chileno, creado por él, con el mismo profundo é insaciable deseo con que Hércules miraba el oro de las pomas del jardín de las Hespérides!

Detengámonos un momento. El diminuto espacio que vá desde 1812 hasta 1814 es gigantesco si se le mide por el lugar que ocupa en la historia del mundo. En tanto las provincias Argentinas instalan su asemblea constituyente, y Chile promulga el primero de sus códigos fundamentales, y Bolívar se unje con el título de libertador, y Nueva Granada se convierte en república federal, Napoleón pasa el Niemen, se detiene en Wilna, vence en Moscou y deja medio millón de muertos entre las nieves de la Santa Rusia, nublándose su estrella, cuyos últimos fulgores relumbraron, como una llamarada fatídica, sobre la sangrienta meseta de Valcour. El decálogo de la democracia, que oculto en las mochilas de sus grana-

deros recorre desde el Sena hasta el Beresina sin encontrar abrigo en las púrpuras de los Alejandros, es recojido por los colonos del continente nuevo, por las generaciones nacidas en las lomas y en las praderas que fecundó el martirio de Guamoticx, Lautaro y Zapicán. Los colonos se afanan por tejerle á la libertad, [illegible]n necesaria á la vida de las naciones como el hierro á la sangre [illegible]a luz á las selvas, un gran nido en el joven y valeroso corazón de América, sobre cuyas cumbres y cuyas frondas y cuyas pampas y cuyos ríos flotan las ciudadanas virtudes de Washington. ¡Salve, mundo bendito de la república, y ojalá cuando Dios llame á juicio á todas las patrias, no puedas ofrecerle, sobre el polvo de estrellas de la eternidad y envueltos en el baleado cendal de tus estandartes, sino martirios parecidos al martirio de Lincoln y glorias parecidas á la gloria del augusto vencido de White Plains!

HÉROES DE LA INDEPENDENCIA DE AMÉRICA

CHILE



Bernardo O' Higgins

LIBRO SÉPTIMO

EL PASO DE LOS ANDES.

I.

Afirma Toreno, en el primero de los tomos de su *Revolución de España*, que fué tan desinteresado y general el pronunciamiento de las colonias en favor de la causa peninsular, al conocerse la invasión napoleónica y la resistencia de los españoles, que la junta central de Sevilla declaró, el 22 de Enero de 1809, que no eran propiamente colonias, sino parte esencial é integrante de la monarquía, todos los vastos dominios españoles de Indias. Afirma igualmente que los ayuntamientos de las colonias tenían derecho, por el decreto del 22 de Enero, para nombrar sus representantes ante la junta; pero que, debido á lo grande de la lejanía y á los embarazos que la guerra ocasionaba, el derecho se comunicó mal y tarde á los colonos, olvidando que estos habían contribuido con más de doscientos ochenta y cuatro millones de pesetas á la defensa de la corona y al heróico rechazo de la invasión. Dice el mismo Toreno, en el tomo segundo de su célebre historia, que la dejadez de la junta, que no supo hacer práctica la declaración de derechos del 22 de Enero, unida á los ejemplos de la revolución norte-americana y á las predicaciones de la revolución francesa, fueron aflojando los lazos que unían á la colonias con la metrópoli, «empezando á crujir el edificio levantado por los españoles más allá de los mares.» Los emisarios bonapartistas, por una parte, y los emisarios ingleses por otra, al trabajar los primeros en pró del rey José y al trabajar los segundos en pró de la junta central de Sevilla, ahondaron el foso abierto por la distancia y la dejadez, siendo tan ineficaces como tardías todas las medidas que después adoptaron las Cortes. En vano las Cortes, el 15 de Octubre de 1810, acordaron á los insurrectos una amnistía sin límite alguno, y reconocieron la igualdad de derechos que establecía el anterior decreto

de la Junta. En vano, en Junio de 1811, empezaron á tratar con Inglaterra sobre el mejor modo de reconciliarse con sus posesiones ultramarinas, y en vano, á principios de 1812, formalizaron las negociaciones entabladas con Wellesley, ofreciendo admitir en su seno á los representantes de las colonias, suspender las hostilidades, poner en libertad á los presos patriotas, devolverles sus bienes y oir sus reclamos, en cambio del reconocimiento de la autoridad de las Cortes y de la soberanía de Fernando VII. Las Cortes comprendían que los tiempos habían cambiado, siendo imposible conservar sin reformas capitalísimas el férreo engranaje de la administración colonial. Wellesley amplió las negociaciones el 12 de Junio de 1812, pidiendo la libertad comercial para los colonos y el establecimiento de una especie de régimen federativo para las provincias de ultramar. Toreno, en el tomo tercero de su importante obra, nos dice que don Agustín de Argüelles se opuso á las ampliaciones solicitadas por Wellesley, defendiéndolas con elocuencia y sin resultado don Andrés Angel de la Vega. Desde Setiembre de 1812 hasta Mayo de 1813 continuaron negociando el asunto, de floja manera y entre mútuas desconfianzas, Inglaterra y España; pero, al fin, el asunto se encarpetó, siendo infructuosa la larga tentativa de Wellesley.

La nave de la revolución continuó navegando hacia el porvenir.

II.

Ya hemos visto como la idea emancipadora se desenvolvió en Chile. Ya hemos visto también, después de Rancagua, el inmenso desastre de sus defensores en aquella tierra poblada, antes de la conquista, por las tribus de Arauco, tribus tan indomables y tan estóicas que ni sus niños ni sus mujeres sabían llorar. Almagro y Valdivia se llenaron de asombro ante la temeridad de los araucanos, cuyas anchas espaldas y levantado pecho, cuyo mucho brío y enérgicas facciones, llamaron la atención y gastaron la pluma de los historiadores de la conquista. El clérigo don Cristóbal Molina encomia hasta el cansancio el valor y la maña con que aquellas tribus, sagaces y sóbrias, abrían fosos, levantaban muros, blandían la maza con puntas de piedra y aguzaban sus dardos arrojadizos, desafiando, bajo el casco y el escudo de piel curtida, las hojas toledanas y la férrea armadura de los jinetes peninsulares. Esas tribus, que castigaban con la pena de muerte la traición, el adulterio, la hechicería y el asesinato; esas tribus, que cultivaban el maíz, pulían los metales y tejían el tosco vellón de sus rebaños; esas tribus, cuyas mujeres, de melancólicos ojos negros, se vestían con una larga túnica de lana azul, adornándose con collares y zarcillos y ajorcas y sortijas; esas tribus, que no conocieron templos ni ídolos, más temerosas del diablo que de la divinidad, cuyos agoreros leían el futuro en el vuelo y el canto de las aves; esas tribus, que se confederaban para hacer la guerra y negociar la paz, congregándose sus caciques á la tranquila sombra de los arbolados

que demarcan los ríos; esas tribus, que con los cráneos de sus prisioneros fabricaban sus copas y que, en la locura de su valor, soportaban sonriendo los suplicios más rudos; esas tribus, que grababan en sus estandartes la estrella de Arauco, la estrella de Chile, habían sembrado, con la cal de sus huesos, el amor del país y el sentimiento de la libertad en los fértiles valles y en las montañosas regiones del Auca.

Los criollos heredaron el denuedo y el estoicismo de la raza indígena. Ya les hemos visto imponerse á Carrasco, triunfando de las indecisiones, de la mente estrecha y de la vanidad de aquel gobernador, más dado á reñideros y fiestas taurinas que á los negocios administrativos y á las cosas de guerra. Ya les hemos visto abrirse poco á poco á la idea emancipadora, pensando como Pedro Ramón Arriagada, «que no era un sacrilegio separarse del gobierno español para vivir libres,» y pensando como el alcalde Agustín Eizaguirre, «que no era posible que América prosperase, mientras España la tuviese bajo su férula.» Ya les hemos visto, bajo el gobierno débil y fernandino de Toro de Zambrano, constituir la primera de sus juntas gubernativas; sofocar el motín de Figueroa; darle una tribuna á la revolución con el periódico de Camilo Henriquez; batirse con los españoles en Yerbas Buenas, San Carlos y el Roble; vencerles en el Quilo, en el Membrillar y caer con denuedo dentro de los incendiados muros de Rancagua.

Hemos visto, también, la fuga de Carrera y O'Higgins á Mendoza. Después del desastre y al transponer las cumbres de la montaña andina, Carrera pudo decir á sus ambiciones, á sus estandartes y á sus campos chilenos: ¡Adiós para siempre!

III.

En Noviembre de 1814 todas las ciudades de Chile estaban ocupadas por las fuerzas de Osorio. Las asonadas habían concluído; pero también había concluido la libertad. Ya las juntas usurpadoras no sembraban, á manos llenas, la corrupción; pero las prisiones y los destierros menudeaban, como las pesadillas en torno de la cabecera de los enfiebrados. Desde 1814 hasta 1817 el rigor fué la ley impuesta á los chilenos por sus gobernadores, desapareciendo la biblióteca pública y el ruido de colmena del instituto clásico. La opresión, como los murciélagos, huye de la luz. En Diciembre de 1815, Marcó del Pont, uno de los defensores de Zaragoza, amante del boato como Pompeyo y con tendencias inquisitoriales á lo Torquemada, sustituyó al coronel Osorio persiguiendo con ferocidad á los sospechosos y desafectos, y dando muestras de una avaricia más insaciable que las sordideces pintadas en Euclión por la castigadora musa de Plauto. Los patriotas de Chile, como los israelitas en el cautiverio, suspiraban por un libertador. Ese libertador de tez aceitunada y presencia marcial, de renegridos ojos y gallarda estatura, prudente en el consejo y viril en los actos, fué el general José de San Martín.

Dice Sarmiento, en uno de sus hermosos *Discursos* [illegible]ares, que la presencia de San Martín hizo una revolución en el modo de pelear de los americanos, sustituyendo la táctica disciplinada á las montoneras indómitas, que en cada arbusto esconden un fusil y que ocultan un riesgo detrás de cada peña, siendo fatales, para el enemigo, el seno de la mujer que lo acaricia y la sombra del techo que lo cubre. San Martín dió á su ejército las prácticas de los ejércitos europeos, en cuyas filas había peleado, batiéndose en Bailén contra las aguerridas legiones de Dupont. Amaba la disciplina militar como el cónsul Rupilio, y creía en lo milagroso de las virtudes de la obediencia como Fabio Máximo. Empleó tres años en organizarse con empeñoso afán, hasta convertir á sus gauchos, que confiaban en el lazo más que en la lanza, en aquel brillantísimo cuerpo de granaderos cuyas proezas tienen por prefacio el heróico combate de San Lorenzo y por último capítulo de su leyenda las dianas con que saludan á la victoria los enronquecidos clarines de Ayacucho. Según dice Sarmiento, sólo volvieron á su país, después de las cruzadas por la independencia, 126 hombres de aquel cuerpo inmortal, depositando sus espadas libertadoras en la Sala de Armas de Buenos Aires. ¡Los otros quedaron, entre rasgados parches y astas retorcidas y banderas rotas y cañones desprendidos de sus cureñas, en Maipú y Chacabuco y Cancha Rayada!

San Martín era, en el año de 1817, gobernador de Cuyo. Las provincias de Cuyo están separadas de los valles chilenos por las ciclópeas moles de los Andes. La cadena principal de la cordillera describe, casi sin interrupción, dos curvas inmensas desde el cabo de Pária al cabo Froward, desde la república de Venezuela hasta el estrecho de Magallanes. Humboldt, cuya labor científica es invaluable, dividió esta cadena en cuatro secciones, que se denominan Andes Patagónicos, Andes de Chile, Andes del Perú, y Cordilleras de la Nueva Granada. De la parte del mediodía de los Andes de Chile se desprende un ramal de consideración, que va á perderse, corriendo hacia el sudeste y de un modo insensible, en las grandes llanuras herbáceas de Tucumán. La cordillera cruza y abarca toda la parte oriental de Chile, trazando con sus cumbres la línea divisoria con la Argentina. El Aconcagua, que se levanta á más de siete mil metros sobre el nivel del mar, domina soberano todo el sistema, en cuyas entrañas el poder plutónico encerró los tesoros del oro codiciado, el carbón utilísimo y el hierro magnético. Entre Cuyo y Chile apenas existían tres ó cuatro senderos practicables, tronchados de continuo por rápidos declives y profundas simas, constituyendo el centro de la cordillera un laberinto de graníticos bloques de colosal altura, cubiertos de nieve y por donde ruedan, en violenta caída y de trecho en trecho, anchurosas cascadas de irisado espumaje. El paso de Uspallata era tenido, entonces, por casi inaccesible, y San Martín buscó, para su trayecto, el paso de Uspallata.

Las legiones libertadoras emprendieron su marcha á mediados de Enero de 1817. Era cuando maduran los racimos de oro de la vid mendocina, y llenan el espacio de suavísimo aroma las naca-

flores del jazmín chileno. ¡Qué diferencia entre la dulce atmósfera de los llanos, con tréboles de estío, y la atmósfera glacial de la cordillera, en el fondo de cuyas simas pestañeaban los verdes ojos del vértigo! Cada jinete tenía su caballo, su silla de montar, su poncho y su espada: cada infante su poncho, su fusil y su cartuchera. Infantes y jinetes llevaban su repuesto de provisión de carne curada y de trigo tostado. El ejército se dividió en dos partes. La una, á las órdenes de Las Heras, franqueó la montaña por el camino de Putaendo; la otra, á las órdenes de San Martín, por el escabroso camino de los Patos. Las piezas de artillería llevadas casi siempre á lomo de mula y subidas á torno en las pendientes ágrias, muchas veces tuvieron que ser arrastradas, en cueros de buey, sobre la nieve enceguecedora. Se sufrió de cansancio, de hambre, de sueño, de frío y de impaciencia. Parecían interminables y sin salida los ásperos callejones de rocas, semejantes á las encrucijadas con que ilustró las páginas del poema dantesco el fantástico lápiz de Doré. En trece días anduvieron ochenta leguas aquellos tres mil infantes laconios, y aquellos nuevecientos sesenta jinetes, cuyas cargas recuerdan las cargas de los coraceros de Ney en Waterloo.

San Martín llegó, el 8 de Febrero, al valle de Aconcagua, donde una partida de realistas, fué puesta en fuga por el sable de Necochea. La noticia de la invasión causó un entusiasmo delirante en Chile. Marcó del Pont no había conseguido que las clases cultas renunciasen á la esperanza de la libertad. Se rezaba por ella en todos los hogares. Las proscripciones tan sólo consiguieron robustecer el luminoso ensueño, purificándolo por el martirio. Aun todos escuchaban en mitad de la noche, el doliente quejido de los amontonados en las cárceles santiagueñas, á quienes asesinó despiadadamente, por el noble delito de amar á su país, el alma envenenada de Marcó del Pont, el odioso San Bruno. Todos recordaban enternecidos la muerte de Ovalle, derribado á lanzazos estrechando la bandera nacional con cariñosa fuerza contra su pecho, en la tristísima retirada de Rancagua. Por eso hasta los niños sollozaron de gozo al saber que se acercaban, unidos en la gloria, San Martín y O'Higgins.

IV.

San Martín dirigía, O'Higgins sablaba. San Martín fué, en aquella campaña, prudente como Fabio, hábil como Escipión. O'Higgins tiene, en la historia chilena, los heroísmos que Valerio Máximo glorificó en Marcelo y en Cocles, en Sicinio Dentato y en Carmelio Cosso.

Daniel Riquelme, en su compendiada *Historia de Chile*, nos dice que O'Higgins era sin odios para nadie, ajeno á la envidia, entusiasta y sincero, modesto y valiente, pródigo de sus bienes y de su vida, imponiéndose por la entereza de su carácter, por lo profundo de su buen sentido y por la superioridad de su educación británica.

Hijo natural de don Ambrosio O'Higgins, nació en Chillán el 20 de Agosto de 1778, pasando los dias de su niñez cerca de Tulca, bajo las solitarias selvas del Maule, en una hacienda de don Juan Albano. El misionero Francisco Javier Ramírez, que le enseñó á leer le inició en los secretos de la música y del dibujo, hasta que en 1788 O'Higgins pasó á Lima, ingresando en el aristocrático colegio del Príncipe. En 1795 fué enviado á Inglaterra, pensionándose en el colegio de Richmond y tratando á Miranda, ya perseguído por el ensueño de la independencia de las colonias americanas. Tras una época de estrechez y de desamparo, O'Higgins resolvió dirigirse á Cádiz, en donde esperaba que le prestaría salvadora ayuda el conde de Maule. En Cádiz los canónigos de Juan y don José Cortés y Madariaga, notables por el fervor de su americanismo, robustecieron en el entusiasta espíritu del joven los ideales que había sembrado el general Miranda. En Diciembre 1801, O'Higgins volvió á embarcarse con destino á Chile. Su al morir, le había legado la riquísima hacienda de las Canteras. En 1805 ejerció las funciones de alcalde de Chillán. Al estallar la revolución formó con Rosas, Carrera, Freites, Alvarez y Jonte el centro del núcleo reformista y patriota del congreso de 1811. Desde entonces se distinguió por su valor homérico. El 3 de de 1813, en el sitio de Chillán, O'Higgins rechazó una salida enemigo, persiguiéndolo hasta las mismas trincheras de El 17 de Octubre de 1813, durante la sorpresa de El Roble, O'Higgins transformó el vencimiento en triunfo, empuñando el fusil de un patriota muerto y gritando á los suyos: —¡O vivir honor ó morir con gloria! ¡El que sea valiente que me siga Octubre de 1814, á la luz del incendio y entre los silbidos til, escribió con su sable el épico capítulo de Rancagua. En emigración de Mendoza, después del sitio y la caída de la ciudad, las rivalidades entre los carrerinos y los o'higginistas, inquietaron á San Martín. Carrera quería, en aquel páis amigo, seguir ejerciendo su poco dichoso generalato y Uribe imaginaba carácter de miembro de la junta gubernativa no había concluido el golpe mortal de Rancagua. O'Higgins, más hábil y circunspecto, supo obscurecerse haciéndose simpático á San Martín. Al un O'Higgins y los Carrera se transladaron á Buenos Aires, donde sus parciales extremaron los odios hasta tal punto que Luis Carrera ultimó en desafío al coronel Mackenna, uno de los más bizarros defensores de Chile. El gobierno del Plata, al que también los Carrera mortificaban con lo soberbio de su ambición, resolvió que O'Higgins se incorporase al ejército de Mendoza, desairando las pretensiones de los Carrera. En vista de los desdenes de que era objeto, José Miguel Carrera, vendiendo las mejores alhajas de su esposa y con algunos fondos salvados de Santiago, se dirigió á los Estados Unidos en busca de elementos para volver á Chile. que gozaba de la confianza de San Martín, trabajó en la organ del ejército de los Andes, cuyas tres divisiones fueron confiadas á Soler, O'Higgins y Las Heras, bajo el mando supremo del incansa-

le y del tenacísimo gobernador de Cuyo. O'Higgins, una vez escadas las cumbres andinas, acampó con el centro del ejército, forado por los batallones y dos piezas de artillería, en Curimón, l 8 de Febrero de 1817.

V.

En los atardeceres del 10 de Febrero fué nombrado jefe del ejército realista, que ascendía á 2000 hombres, el brigadier Rafael Maroto, que había tomado parte en la defensa de Zaragoza, batiéndose las órdenes de Palafox. El día 11, Maroto se estableció en el llano de Chacabuco, cuyo horizonte cierra una serranía, esperando apoerarse de las cumbres de esta á las luces del alba del día siiente. El día 12 inició la batalla el general Soler con una brillante arga de caballería, desbandándose, casi sin hacer fuego, la vanguardia del ejército realista. San Martín había resuelto atacar á Maroto por el frente y el flanco, dividiendo en dos cuerpos á las fuerzas patriotas, cuerpos que comandaban Soler y O'Higgins.—O'Higgins debía amagar el frente del enemigo, en tanto que Soler le atacaba por el ala izquierda, envolviendo á su retaguardia en este habilísimo ataque concurrente.—O'Higgins, que según dice el general Mitre en su *Historia de San Martín*, fué el héroe del día, embistió con encono al son de los tambores de sus fusileros, resuelto, como siempre, á vivir con honor ó á morir con gloria. Las tropas de Soler siguieron su impulso, arrollándolo todo con el encarnizamiento de su bravura. El batallón 11, mandado por Las Heras, hizo prodigios, cayendo sobre los españoles á la bayoneta, mientras Necochea rompía sus cuadros con lo corvo de los sables de sus jinetes. El batallón 11 iniciaba así su inmortal historia, brillando su bandera, después de esta hazaña, lo mismo en los desastres de Torata y Moquegua, que en las horas de triunfo de Maipú y de Junín. El combate de Chacabuco, iniciado al amanecer, se formalizó á las once de la mañana, llegando á su período decisivo como á la una y media, con la dispersión de los últimos restos del ejército de Maroto. Quedaron en poder de los vencedores seiscientos prisioneros, la artillería y el parque real. San Martín y O'Higgins entraron en Santiago el 14 de Febrero, evacuando la capital precipitadamente Marcó del Pont. El día 16 un cabildo abierto designó á San Martín jefe supremo del estado de Chile; pero San Martín, con honrosa modestia, declinó ese cargo, siendo sustituido por el valiente O'Higgins.

VI.

Don José Ordoñez, coronel español de temple vigoroso y dura constancia, mantuvo erguida la bandera de la corona en las provincias meridionales. El 19 de Enero se envió, para rendirle, al coronel Las Heras, que el 4 de Abril le derrotó en Curapalihue, y

que el 5 de Mayo volvió á derrotarle, con el ya famoso batallón 11, en el cerro de Gavilán. Juan Gregorio de Las Heras, nacido en Buenos Aires el 11 de Julio de 1780, se dedicó primero á la vida comercial, encontrándole la revolución en los dinteles de la edad viril. Tenía treinta años cuando ciñó la espada, abandonando el culto de Mercurio por el de Belona. En el mes de Setiembre de 1813 pasó la cordillera como segundo jefe de la división auxiliar que el gobierno del Plata destinó á Chile, división compuesta de 300 hombres reclutados en las provincias de Córdoba y de Cuyo. El 22 de Febrero de 1814, Las Heras contribuyó poderosamente al triunfo de los libertadores en Cucha-Cucha, y el 20 de Marzo del mismo año figuró en primer término en la victoria del Membrillar. Después de Rancagua, Las Heras se retiró á Mendoza, organizando el famoso batallón 11, al frente de cuyas filas se batió en Chacabuco. En el reñido combate de Gavilán, en el que toda la artillería patriota quedó desmontada, Las Heras puso de manifiesto sus condiciones para dirigir. Como dice el general Mitre en sus *Páginas de Historia*, Las Heras no es un héroe teatral, de los que se estimulan con los aplausos de la calle y de la plaza pública. Aquel libertador de tres repúblicas pertenecía al nucleo escojidísimo de los que consideran que el «mando es un deber, la lucha una noble tarea y el sacrificio una verdadera religión.»

Después de Gavilán, Ordoñez se encerró durante seis meses en la plaza de Talcahuano, á la que puso cerco el general O'Higgins. Mal dirigidas las operaciones por el general Brayer, uno de los mariscales de Napoleón, aquel sitio fué una derrota para el ejército independiente. El 6 de Diciembre, O'Higgins resolvió atacar las fortificaciones de Talcahuano, siendo rechazado con gran desventaja y teniendo que retirarse ante el anuncio de una expedición salida del Perú, para protejer y reforzar á Ordoñez. Entre tanto el gobierno que O'Higgins había confiado al coronel argentino, don Hilarión de la Quintana, fué sustituido por una junta compuesta de don Anselmo de la Cruz, don Francisco A. Perez y don José Manuel Astorga. Quintana había renunciado por temor á las responsabilidades y á los embarazos del gobierno unipersonal. La junta elejida el 7 de Setiembre de 1817, renunció á su vez por temor á los inconvenientes de un poder repartido entre tres voluntades. En vista de esto, el 10 de Diciembre la dirección de los negocios públicos fué confiada al coronel don Luis de la Cruz.

El 12 de Febrero de 1818, aniversario de la batalla de Chacabuco, O'Higgins proclamó la independencia del pueblo de Chile, mientras el ejército realista avanzaba con lentitud hacia la capital, estableciendo sus cuarteles en Talca. Dice Barros Arana que, en 1818, Chile tenía su bandera propia y su escudo de armas; pero que carecía de una declaración manifestando su voluntad de emanciparse definitivamente de todo yugo. O'Higgins no quiso que esa declaración fuese dictada por un congreso, convencido de que la convocatoria y la reunión de este originarían grandes y muchas disensiones internas; pero, ansioso de darle al acta de la independencia un sello popular, dispuso que en cada uno de los cuarteles

principales de la capital, se abrieran dos registros durante quince días. En uno de los registros se anotaban las firmas de los partidarios de la emancipación. En el otro debian firmar los afectos á la causa colonial, al réginien antiguo. En todas las ciudades de Chile debía procederse en una forma análoga. Barros Arana dice que sólo los registros de los partidarios de la independencia se llenaron de firmas. Ninguno se atrevió á defender lo añejo: nadie votó á favor de la realeza; nadie hizo suya la causa de la sumisión. Después de esto, Bernardo Monteagudo, un argentino apasionado hasta el crimen de la libertad, redactó el acta de la independencia del país á que servirán de frígido sudario, cuando el mundo se acabe, las [illegible] nieves de la cordillera, sobre los que echará los destellos [illegible]

acta, firmada el primero de Enero de 1818 en el pal
de Concepción por O'Higgins y sus ministros Zañartu, Villegas y Zentenó, «se hacía saber á la gran confederación del género humano que el territorio continental de Chile y sus islas adyacentes forman de hecho y por derecho un Estado libre, independiente y soberano, y quedan para siempre separados de la monarquía de España, con plena actitud de adoptar la forma de gobierno que más convenga á sus intereses. Y para que esta declaración tenga la fuerza y solidez que debe caracterizar la primera acta de un pueblo libre, la afianzamos con el honor, la vida, la fortuna y todas las relaciones sociales de los habitantes de este nuevo Estado; comprometemos nuestra palabra, la dignidad de nuestro empleo y el decoro de las armas de la patria; y mandamos que con los libros del gran registro se deposite el acta original en el archivo de la Municipalidad de Santiago, y se circule á todos los pueblos, ejércitos y corporaciones para que inmediatamente se jure y quede sellada para siempre la emancipación de Chile.»

El 12 de Febrero se realizó la ceremonia del juramento.—¿Qué forma de gobierno adoptaría le nueva nación?—El espíritu público pugnaba por una organización política que se acercase al sistema representativo, más adivinado que conocido por los pensadores americanos de la época revolucionaria. O'Higgins, obedeciendo á estas aspiraciones, designó una comisión encargada de redactar un proyecto constitucional. No bien la comisión terminó su obra, se abrieron dos registros en todas las ciudades de la patria naciente, uno en pro del proyecto y otro en contra del mismo. Sólo el primero contó con numerosísimas adhesiones. En los títulos preliminares del código constituyente del año 18 se declaraba que la seguridad individual, la honra, la hacienda, la libertad política y la igualdad civil eran derechos inenajenables de la naturaleza del hombre. Se consagraban también, en aquellos títulos, la inviolabilidad del domicilio y de la correspondencia, la libertad de la palabra escrita y el ejercicio de todas las virtudes patrióticas. Se dividían los poderes públicos en ejecutivo, legislativo y judicial, estableciéndose, hasta la formación de un congreso, un senado inviolable de cinco miembros, con el encargo de dictar reglamentos provisionales y de garantir la puntual observancia de la constitución.

Este senado, copia de los senados de las sociedades antiguas, representaba la aristocracia de la riqueza y la intelectualidad; pero sus acuerdos podían ser obstaculizados por el veto del dictador supremo, que tenía á su cargo todas las funciones del poder ejecutivo, desde el comando de la fuerza armada hasta la inversión de los caudales públicos, desde la dirección de las relaciones exteriores hasta la facultad de proveer todos los empleos administrativos y judiciales. Olvidándose de lo consignado en sus primeros títulos, la constitución autorizaba al director supremo para violar la correspondencia y detener á los ciudadanos, siempre que así lo aconsejara ó exigiera la salud pública, «ese bastardo del despotismo» según Pelletan.

El director, nombrado á perpetuidad, suscribe hasta las sentencias del supremo tribunal de justicia, cuyo nombramiento le corresponde y cuyas decisiones, en el fuero fiscal y militar, no tienen fuerza alguna sin su beneplácito. Como dice Lastarria, en su *Historia del medio siglo*, la constitución «organizaba un nuevo gobierno, asumiendo el supremo director un poder absoluto, que le facilitaba la dictadura. El director supremo era como el tronco de donde nacían todos los ramos del poder público, y en él iban á refundirse todas las atribuciones legislativas, administrativas y judiciales, por medio de un encadenamiento falaz que confundía todos los negociados de la soberanía.» La constitución provisoria del 23 de Octubre de 1818, si bien tendía hacia la forma republicana por los principios que consagraba en sus títulos primeros, tendía con recelo y con flojedad, falta de fé en el acierto de las asambleas populares y ansiosa de ahogar todas las anarquías bajo la presión domeñadora de un gobierno fuerte. Los autores de aquel código provisional declaraban hipocritamente que la soberanía pertenece á la nación; pero retrocediendo ante las consecuencias de esta premisa, huían de los congresos emanación de la realeza de la multitud y fundaban una organización política de cuño aristocrático.

Así, por las circunstancias que les imponían el culto de la fuerza, las repúblicas sud-americanas nacieron enfermas del mal del militarismo.

Ya sabemos que éste tiene aun sus apóstoles y sus catecúmenos.

No discutimos.

No se discute con el cañón.

Las ideas, que son una nube de luz, no pueden controvertir con la ametralladora, que es un macizo bloque de hierro.

Lo que tiene rémiges no entra en coloquios con lo que tiene ruedas.

Se discute para convencer ó ser convencido.

El sable no convence ni es convencible. La luz se quiebra y brilla sobre la hoja; pero jamás consigue llegar al interior.

El gobierno, que confía en las bayonetas, no vive en una tribuna, sino en un baluarte.

Esos gobiernos no son republicanos. Son dictaduras enmascaradas.

Tienen la autoridad del rebencazo y el prestigio de la deslacción.

Pero no están tranquilos.

Cuando se le ha dicho á la fuerza que sin su apoyo no se puede andar ni vivir, ¿qué respeto puede inspirarse á la fuerza?

De este modo la fuerza se convierte en la vengadora de la justicia.

Es una máquina que estruja á los que la utilizan para estrujar.

Cuando los césares les dijeron á los legionarios que sus espadas eran el sustentáculo de los poderes públicos, los legionarios se entretuvieron en escribir, con la punta de sus espadas, los últimos capítulos de la historia política de Roma.

O'Higgins es grande; pero la constitución de 1818 es una constitución pequeña.

Bolívar es inmenso; pero la constitución de 1819 le roba estatura.

Por haberse apoyado en la fuerza, el ostracismo es el premio de arrera y O'Higgins.

Por haber aspirado á la dictadura continental, el último suspiro de Bolívar es un sollozo enorme.

Washington es el único que dice, al morir, una frase de tranquila satisfacción.

—¡Bien está!—dice Washington.

LIBRO OCTAVO

MAIPÚ.

I.

En Marzo de 1818 el ejército realista avanzaba con lentitud hacia la capital, atravesando la provincia de Concepción y estableciendo sus cuarteles en Talca.

El día 18, cerca de Talca, la vanguardia de Osorio fué rechazada por la caballería de los patriotas.

El día 19 las fuerzas de O'Higgins fueron [illegible] Cancha Rayada.

Cuatro mil hombres, divididos en tres columnas y guiados por las luces del campamento emancipador, le atacaron [illegible] á las nueve de la noche.

Al tiempo en que se hacía un cambio de [illegible] en el campamento patriota de Cancha Rayada, los españoles, saliendo de Talca, le envolvieron en sus fuegos de cañón y de fusilería. Los independientes desmoralizados, presas del terror, se desbandaron en menos de quince minutos.

Batidas y deshechas en un instante, fusilándose las unas á las otras en la confusión, las legiones libertadoras [illegible] expuestas á un desastre mortal.

Dice Riquelme que un vecino de Talca le [illegible] O'Higgins de la sorpresa que proyectaba el coronel Ordoñez; pero que la sorpresa siguió al aviso, apoderándose el pánico de [illegible] de

O'Higgins, herido en un brazo, tuvo que abandonar el [illegible] su batalla en la convicción de que el ejército sería aniquilado [illegible] io: totalidad. La heróica estoicidad de Las Heras salvó [illegible] stra Este mantuvo el órden con su energía en aquella [illegible] y lúgubre, entre los víctores y los fogonazos del enemigo, bajo la impresión de las quejas de los baleados y al [illegible] fulgor de una luna de otoño.

Mitre refiere en sus *Páginas de Historia* [illegible] «cuando [illegible] era

confusión, Las Heras mantuvo el orden en el costado derecho que mandaba; reunió así á los dispersos y salió del campo del combate, salvando 3000 hombres y 12 piezas de artillería.»

El enemigo no supo aprovecharse de esta victoria. Coroleu dice, en su *Historia de América*, comentando la falta de actividad de Osorio: «Si en aquella ocasión el jefe español hubiera tenido más arranque y no hubiese incurrido en una de esas inexplicables inacciones que en más de una ocasión malograron los esfuerzos y los triunfos de los defensores de las antiguas instituciones en el curso de esta prolongada guerra, fácil le hubiera sido combatir á [illegible], tres mil hombres de que disponían San Martín y O'Higgins con [illegible]s cinco mil soldados, que en su mayor parte eran veteranos que habían batido en la península con los ejércitos de Napoleón.»

El 24 de Marzo entró O'Higgins en Santiago, donde fué inmenso el pánico producido por la derrota de Cancha Rayada. Barros Arana, Mitre, Coroleu, Riquelme y Uriel Hancock están contestes en afirmar lo grande de la consternación de los patriotas. El último nos cuenta que los santiagueños empezaron á recojer sus efectos para huir á Mendoza. «Se dispusieron precipitadamente los caudales públicos para cargarlos sobre mulas; las calles de la capital estaban obstruidas con los equipajes de los que se preparaban á salir del país; por todas partes había grupos de mujeres retorciéndose las manos de dolor y de terror.»

O'Higgins volvió á encargarse de la dictadura ejercida, durante su ausencia, por el coronel don Luis de la Cruz. El día 25 llegó San Martín con la noticia de haber quedado intacta la división mandada por Las Heras. San Martín, sin desesperar, avergonzó á los tímidos y alentó á los audaces, formando un nuevo ejército de cinco mil hombres con las tropas de la capital y los dispersos de Cancha Rayada.

II.

Pronto echaron de ver los peninsulares lo efímero de su triunfo de Cancha Rayada. Sólo consiguieron prolongar su agonía retardando la hora del desastre definitivo. ¿Por qué? Porque el ensueño de la independencia incendiaba el valiente corazón de Chile. Los patriotas sabían, como Humphry Davy, que lo único real es la idea y que vivir con la idea de la emancipación, luchando por lograrla, era casi vivir en el hecho de la libertad. Los españoles ignoraban que la idea es un árbol de penetrantísima esencia estimuladora, que tiene su copa en el cerebro y sus raíces en el corazón, siendo necesario, para que el árbol desaparezca, que el corazón cese de latir y que el cerebro deje de pensar. Los patriotas estaban convencidos de que su ensueño echaría flor, y esto era bastante para que el ensueño de los independientes fructificara. ¿No dice Schiller que si el continente americano no hubiese existido, la voluntad divina le hubiera puesto tras las oceánicas soledades para premiar la fé de Colón?

La esperanza de los patriotas llegó á ser realidad en el histórico llano de Maipú.

El día 31 de Marzo los 5500 hombres del ejército realista atravesaron el río Cachapoal, estableciéndose el 2 de Abril en la márgen izquierda del río Maipú. Maipú es una inmensa explanada con una elevación bastante escabrosa hacia el occidente. En lo más alto de la elevación se situó el centro de las tropas reales, dejando á sus espaldas un caserío con tapiales y viñas, denominado caserío del Espejo. El ala derecha de los realistas estaba formada por el famoso batallón de Burgos, constituía su izquierda el regimiento del infante Don Carlos, y en el centro se escalonaban los refuerzos venidos del Perú. Frente al regimiento de Burgos se alzó Las Heras; las tropas de Alvarado frente al de Don Carlos, y frente al centro real se puso el centro mandado por Balcarce. Las reservas estaban á las órdenes de San Martín. Los días 3 y 4 fueron de continuas escaramuzas. Los españoles, en un kilómetro y medio de extensión, contaban 3500 bayonetas; pero los patriotas les aventajaban en artillerías y nuestros jinetes no tenían rival en lo diestro de su bravura. El 5 de abril brillaba esplendoroso, en un cielo sin nubes, el sol de Maipú, como el 2 de Diciembre de 1805 brillaba hasta cegar, en un cielo muy puro, el sol de Austerlitz. Los independientes, con el arma al brazo, marcharon hacia las filas del enemigo, oponiéndoles los españoles una resistencia tan firme y tan viril que el ala izquierda de los patriotas retrocedió, quedando diezmadas, desde el principio de la batalla, todas las compañías del 8 de los Andes, del Libertos Cuyanos y del 2 de Chile. En cambio Las Heras y Zapiola habían aislado bizarramente el ala paralela del enemigo. Por un momento la victoria, asombrada de lo recio del choque, permanece indecisa; pero San Martín, observando el desmayo de una de sus alas, manda en su ayuda á los Lanceros de Chile y á los Cazadores montados de los Andes. La caballería realista les sale al encuentro; pero la desconciertan, la acuchillan, la hacen pedazos y la persiguen hasta arrojarla, en completo desbande, del campo de batalla. Todas las reservas entran en acción, la artillería chilena se inmortaliza con lo certero de sus disparos, y los clarines elevan sus salves al triunfo de las banderas libertadoras. Como á las cinco el ejército real titubea y cede. Burgos, que había ganado diez y ocho batallas, pierde la de Maipú. En aquel instante se oyen dianas y víctores por el camino de la capital. Es O'Higgins que llega, apesar de su herida de Cancha Rayada, á combatir de nuevo por el honor de Chile. Ordoñez, que es un tigre, con los restos de Don Carlos y de Burgos, se asila en el caserío del Espejo, convirtiendo sus tapias en trincheras y trocando en reducto el viñedo que las circunda. Por orden de Balcarce, el batallón de Cazadores de Coquimbo carga y vuelve en derrota, recibido á metralla y á filo de machete; pero la artillería de Blanco Encalada abre el camino para el asalto y allí va Las Heras con el número 11, mientras concluye la encarnizada brega, empleando el lazo y las bolçadoras, el regimiento de las milicias de Aconcagua. Osorio había huido á las tres de la tarde. Ordoñez se rinde y cae prisionero al anochecer, de-

jando en poder de los vencedores dos mil prisioneros, doce cañones, cuatro banderas, la caja militar y el parque de sus tropas.

Los resultados morales de la batalla fueron inmensamente beneficiosos para la causa de la emancipación, pues como dice el general Mitre, «Maipú quebró para siempre el nervio militar del ejército español en América y llevó el desánimo á todos los que sostenían la causa del rey desde México hasta el Perú.» Uriel Hancock, á su vez, dice sobre Maipú: «Fué una batalla brillante y decisiva, que fundó la independencia de Chile, allanando el camino para la independencia del Perú, porque quebrantó el poder que había logrado mantener tanto tiempo allí el virrey Abascal.» Coroleu confiesa que «la batalla de Maipú decidió definitivamente el triunfo de la causa revolucionaria y de la independencia del antiguo reino.» Mesa y Leompart reconocen también que la batalla fué decisiva, asegurando la suerte de Chile. Agregan que «en ella se peleó con tanta furia por ambas partes, que oficiales, que se habían batido en las guerras de Napoleón, aseguran no haber asistido jamás á un combate más sangriento.»

San Martín partió para Buenos Aires, siendo recibido bajo arcos de triunfo, cinco días después de aquella victoria, con el objeto de preparar la expedición que debía romper las cadenas del paradisiaco verjel de los Incas. Chile ya era patria de libres, quedando definitivamente afianzada su independencia el 22 de Enero de 1826, —después de algunos reñidos combates en el sur,—con la incorporación del archipiélago de Chiloé, en cuyas selvas había establecido su gruta de león el hispano denuedo de Antonio Quintanilla.

III.

¡Oh maravilloso poder de la libertad! Después de Maipú, los nacidos en Chile, los que habían luchado por la emancipación de la bandera del 4 de Julio, los que triunfaron en Chacabuco y en Gavilán, los heróicos dispersos de Cancha Rayada, encontraban más azúl el espacio, más verdes los senderos que ondulan en el laberinto interior de los bosques, más suaves las brisas de los amaneceres, más trincadores á los rebaños esparcidos por las dehesas, más airoso al guanaco de piés ligeros y boca salivante y ojos saltones y color leonino. Diríase que las dianas de Maipú vibraban todavía en los declives rápidos que ván desde las cumbres, cubiertás de nieve, hasta los pastizales de las angostas abras montañesas. Diríase que era graznar de triunfo el graznar de los cóndores, de los buitres andinos de color negruzco y de collar de plumas de albo matiz. Es que el alma de Lautaro, el héroe de las leyendas patagónicas, y el alma de Caupolicán, cantado en homéricas y sonoras octavas reales por Alonso de Ercilla, reposaban al fin, sabiendo libre del dominio español aquella tierra suya, en cuyos montes crece el patagila de madera blanca y de olorosas flores; aquella tierra suya, en cuyos arbolados se mece el lithi, que al contacto del agua toma la inflexible dureza del hierro; aquella tierra suya, que iluminan las

luces del volcán de Antuco; aquella tierra suya, que sombrea la mole gigantísima del Tupungato y que bañan las azules corrientes del Copiapó.

En vano O'Higgins, después de la victoria, soñará con monarquías de origen indio ó prosapia europea. Rechaza á las primeras el orgullo blanco y aleja á las segundas todo lo padecido durante el coloniaje. Si se quieren coronas, ¿qué corona mejor que la castellana? Fué la aspiración á la democracia lo que dió bríos á los cruzados. Era á la república á la que saludaba el coro de clarines de Cachabuco. El gobierno libre era el gobierno á que se dirigían, con su llamado fuerte, los sones de los parches de Maipú. Para diademas reales, ¿dónde encontrar diadema más gloriosa que la que se alejaba, para no volver, con Osorio y Ordoñez? Chile desterraba de sus dominios á la monarquía al repudiar á España, donde los euskaros habían cantado sus himnos de guerra con los brazos abiertos sobre la cruz romana; donde los Abderramanes situaron su poder, en el octavo siglo, extendiéndolo desde la Coruña, en cuyas armas luce la torre de Hércules, hasta la vieja Córdoba, con su león rampante en campo de plata; donde Ramiro de Aragón convierte en tributarios de su feudalidad á los reyes muslimes de Zaragoza y Huesca, en tanto que Ramiro el Leonés no les roba á Simancas y Alfonso el de Castilla no les roba á Toledo; donde Santillana con sus letrillas y Mena con sus coplas engendraron el tesoro poético que enriquecerán un fray Luis de León, con sus apasionamientos de la vida campestre, y un Quevedo y Villegas, matemático y astrónomo y humanista, juntando sus escritos de alta filosofía á sus muchos escritos de sátira mordaz; donde Pacheco funda la escuela sevillana, toda diafanidad y color y luz, para que Murillo la lleve á su apogeo antes de desplomarse desde el grosero andamio hecho para pintar los castos desposorios de una santa ilustre; donde Lope de Rueda con sus alegres églogas, en las que figuraban vizcainos y pastores, crea el teatro español, para que resplandezcan sobre sus tablas las comedias de costumbres de Agustín Moreto y los dramas caballerescos de Francisco de Rojas; donde Belona unió, con la áspera caricia de sus hercúleas manos, el laurel de la guerra en torno de las sienes del Gran Capitán, después de Cerifiola, y en torno de las sienes de Alvarez de Toledo, después de las campañas de Tunez y de Flandes.

Chile sabía,—sabía por instinto y sabía bien,—que el mundo americano estaba constituido para ser una constelación de repúblicas democráticas, que iban á centellear en el cielo de la historia, apesar de las angustiosas convulsiones de su vida interna, como brillan, en el cielo de la noche, las luces de los astros del Triángulo Austral. Convencida de lo inútil de los reyes y de las castas, amante de la libertad en el voto y en el pensamiento, apasionadísima de la igualdad civil, aquella tierra heróica salió república de los combates por la independencia, purificada por el fuego de las batallas, como sale el oro purificado por el crisol, que le abrillanta y aumenta su precio. ¡Salve cien veces á la lacónia cuna de Lautaro y á la invicta bandera del inmortal O'Higgins!



José Miguel Carrera

No es de extrañar, entonces, que los patriotas recibieran con ansportes inmoderados la noticia del triunfo de Maipú. «Muchos dividuos, dice Mesa y Leompart, se volvieron literalmente lo- s. » Uno, al saber la nueva, sucumbió de júbilo. Es que se presen- el fausto advenimiento de la república. Es que terminaba la isión del sable, del eterno aliado de los dictadores. Con la repú- ica llegaba la libertad, es decir, el origen de las virtudes clásicas la condición indispensable de la independencia definitiva. George ha dicho que «donde la libertad se levanta, crece la virtud, aumenta riqueza, se extiende el saber y la invención multiplica los pode- s del hombre.» Según el mismo George, la libertad ha engendrado dos los progresos, transformando al judío en profeta, al fenicio nauta, al griego en artista y al romano en portentoso legisla- . La historia de las antiguas repúblicas italianas prueba la ver- d de lo afirmado por el filósofo. Admiran sus ciudades sembradas de magníficas obras de defensa y ornato, con canales como el de ódena, con puentes inmensos como el de Pádua, con catedrales y onasterios como los de Brescia. Mientras Asti funda una colonia Alejandría y Florencia transforma en un almacén comercial Amberes y Genova lanza trescientas galeras sobre el Mediterra- , Venecia funda sus bancos de giro, Bolonia inventa los tornos hiladores de seda y Nápoles extiende el uso de la brújula. Los pensadores americanos conocían la invariable alianza del progreso on la libertad. Por eso corren hacia la república Colombia, Chile, Argentina y el Uruguay. Hasta los vientos que les llegan de la península son vientos democráticos. Leed á Toreno. Argüelles y Gallego defienden, en las cortes, la augusta libertad de la palabra escrita; el mismo Argüelles, invocando á Beccaría, pide y obtiene la abolición de todas las torturas; Antonio Lloret y García Herreros logran la supresión de los señoríos, el cese de todos los derechos jurisdiccionales; se desploma el edificio de la inquisición bajo los argumentos de los eclesiásticos Villanueva y Espiga. En 1820 la causa de la independencia está muy cerca de la victoria en todos los países del sur del continente. Maipú y Boyacá han afianzado el título de libertadores que la gratitud americana otorga á San Mar- ín y confiere á Bolívar. Hace diez años que se batalla; diez años que se sufre y se muere por un ideal; diez años que se sacrifican las ge- neraciones, nuevas ó con canas, en los altares de las doctrinas de Simón Rodríguez y Mariano Moreno. Los ensayos políticos de los cabildos y de las juntas, aun que angustiosos y perturbados, han he- cho que se adueñara de los espíritus la convicción de que la sobe- ranía popular es la única soberanía aceptable y lógica, porque per- mite que se regeneren las creencias de la sociedad por el libre exá- men y porque levanta el edificio gubernativo sobre la base del libre consentimiento público. Ante el mundo monárquico, ante el mundo europeo,—que mira receloso la lucha americana,—surge otro mun- do que se emancipa de su pasado, que rechaza todas las tradiciones del coloniaje, que cree en la democracia y en la república. Es indu- dable que la constitución chilena de 1818 y la venezolana de 1819 consagran un régimen militar enmascarado con formas representa-

tivas; pero no es menos cierto que Méjico, Colombia, Chile y lo pueblos del Plata soñaban ya con el régimen republicano y batallaban por ese régimen de igualdad luminosa. La revolución americana tenía á la república por obligada finalidad. Entre Hobbes, que radica la soberanía en el príncipe, y Spinoza, que partiendo del derecho natural, creo que las sociedades se fundan por la adición de todas las soberanías individuales y por la sumisión de esas soberanías á la voluntad del mayor número, la balanza tenía que inclinarse en pro de Spinoza. Estaban con éste el indio de Méjico, el llanero de Venezucia, el roto de Chile y el gaucho de las Pampas. Comprendiendo que era necesario oponer el más infranqueable de todos los diques á las futuras reivindicaciones del poder español, los publicistas y los tribunos del mundo nuevo pensaban lo mismo que las clases desheredadas y veían en la república los graníticos muros del dique infranqueable. A eso se dirigía, en sus terribles y demoledores estremecimientos, la propaganda de los Henriquez y los Monteagudo. No se equivocó, pues, Emilio Castelar cuando nos dijo, en su *Historia del movimiento republicano*: «El Nuevo Mundo ha venido á la vida para realizar en toda su pureza la democracia moderna.» En efecto, obligada por su divorcio con la monarquía, América tiene que unir la solidez gubernativa al progreso social, probando que la esclavitud no es una necesidad del orden y que la libertad no es sinónimo de licencia. «Es preciso cultivar nuestro jardín,» decía Voltaire. América debe cultivar la república, afirmándola con la realización de todos los ideales de la democracia. Esa es su gloria y ese es su destino.

IV.

Entre el desastre de Cancha Rayada y el triunfo de Maipú, hay un día de penosa preocupación en la historia de Chile: es el día en que un correo mendocino le anuncia el ajusticiamiento de dos de los Carrera. Estos, al fin, habían batallado por la libertad, habían combatido por la independencia. Su único yerro fué querer dirigir el movimiento emancipador, y aun ese yerro era relativo y casi comprensible, pues estaba fundado en su linaje, su audacia y su fortuna.

Se dirá, talvez, que poco importaban otras dos víctimas, desde que el carro de la revolución dejaba su camino sembrado de cadáveres. Hay diferencia entre la sangre que se derrama en beneficio de la libertad y la que se derrama por los enconos de bandería. La primera es fecundadora como la luz; la segunda es esterilizante como la sal. No ignoramos que la primera, la de las batallas, cubre de mágicos resplandores á la revolución, como hacen fosforescentes á las olas del mar los pequeños infusorios pelásgicos entrevistos por la ciencia de Quatrefages y Becquerel. Las simientes augustas tienen á la sangre por obligado riego. Cristo muere proclamando la igualdad de todos los hombres. Espártaco muere defendiendo la liberación de todos los esclavos. La libertad aparece, en las patrias

del mundo, armada y sangrienta como los paladines de los tiempos heróicos. En la América del Norte, es Washington cruzando el Delaware. En la América del Sur, es San Martín subiendo los gráníticos peldaños de los Andes.

De acuerdo, muy de acuerdo; pero cuando se fusila á Liniers ó á los Carreras se entristece á la libertad, cometiendo uno de esos estériles errores judiciales, de carácter político, condenados con sobrada razón y con lógica sabia por Domingo Giurati. Como este dice, «esos errores jamás se convierten en cosa juzgada para la conciencia popular.» Los defensores y los amigos de las víctimas son incansables en su protesta é incansables también en su afán de venganza, como lo comprueba la tempestad que José Miguel desencadenó, en las negruras del año 20, sobre Buenos Aires.

José Miguel Carrera, desairado por el gobierno argentino en 1815, se dirigió á la república norte—americana, regresando con tres navíos armados en guerra, para abrir una campaña en las costas de Chile. El gobierno de Buenos Aires le quitó los buques, refugiándose José Miguel en Montevideo. Sus hermanos Juan José y Luis quedaron en libertad, y poniéndose de acuerdo con sus parciales, emprendieron sigilosamente la marcha hacia Santiago. Fueron detenidos y encarcelados al atravesar la región de Cuyo. Cuando, después de Cancha Rayada, el apasionadísimo Monteagudo llegó á Mendoza, los Carrera intentaban sublevar á la guarnición de aquella ciudad, lo que dió márgen á que Monteagudo los fusilara, tras un proceso rápido, á principios de Abril de 1818. Uriel Hancock refiere que este cruel suplicio «produjo, durante cierto tiempo, una excitación considerable en Chile.»

El triunfo de Maipú desarrugó las frentes y serenó las almas. Cinco días después de la victoria, San Martín regresó á Buenos Aires, para exponer la urgente necesidad de invadir el Perú. Bolívar pensaba del mismo modo. Para eso era preciso adueñarse del mar. En Septiembre de 1818, Chile contaba con cinco buques, que, el 28 de Octubre del mismo año, se apoderaron, cerca de Talcahuano, de la fragata española «María Isabel,» apresando además un centenar de hombres y algunos transportes de escasa importancia. Aumentada la flota de los independientes con el «Araucano,» el «Galvarino,» el «Intrépido» y la «Independencia,» se designó para comandarla, en Noviembre de 1818, á Lord Tomás Cochrane. Era éste el más extraordinario de los aventureros. Gallardo, inteligente, audaz, impetuoso y amante del peligro, el mar le conocía por sus hazañas en la guerra de Francia con el Reino Unido. Parecía el favorito de Amfitris, la hija de Nereo y de Doris. El 15 de Enero de 1819, Cochrane dirigió sus bajeles hacia el Perú. Conquistó el Pacífico. Intentó por dos veces, sin conseguirlo, adueñarse del puerto del Callao; pero se apoderó de la plaza de Pisco y de la ciudad fortificada de Valdivia, batiendo y tomando las baterías que la guardaban, á principios de Febrero de 1820. Sus nueve fuertes, sus ciento diez y ocho cañones, sus mil soldados nada pudieron contra Cochrane. Entre tanto, concluían sus preparativos San Martín en Mendoza y O'Higgins en Chile. El primero fué designado para la

Francisco Pizarro,—nacido en Trujillo, fuera de matrimonio y hacia 1471,—era un aventurero sin ninguna instrucción. Lo mismo que Almagro, no sabía ni siquiera escribir su nombre. En la escritura pública, que hemos mencionado, firmaron por ellos Alvaro de Quilo y Juan de Panés, vecinos de Panamá. Se dice que Pizarro batalló rudamente en las guerras de Italia, y se sabe que pasó á Tierra Firme con Alonso de Ojeda en el año de 1510. Este era el hombre designado por el destino para conquistar las ciudades y los verjeles del fabuloso Tahuantinsuyu.

Según refiere Agustín de Zárate en su *Historia del descubrimiento y conquista de la provincia del Perú*,—rubricada en Amberes el 30 de Marzo de 1555,—Francisco Pizarro emprendió su viaje con un navío y ciento catorce hombres, echando el ancla á cincuenta leguas de Panamá. Pasando adelante, en virtud de las vírgenes selvas que amurallaban aquella orilla, llegó á otro punto que los españoles llamaron Puerto Quemado, «donde los indios le dan tan continua guerra y le mataron tanta gente,» que le fué forzoso retirarse á Chinchama. Diego de Almagro, con otro navío, salió en su busca hasta el río San Juan. Los indios trataron á Almagro peor aun que á su compañero, pues como Almagro también se detuviera en Puerto Quemado, los naturales «desbarataron á los españoles, quebrándole un ojo á su capitán.» Almagro, desfigurado y cariacontecido, se reunió con Pizarro en Chinchana y navegaron juntos la costa arriba, padeciendo hambre y perdiéndose en una orilla «anegada de esteros,» hasta que don Diego se volvió en busca de auxilios á Panamá y Pizarro llegó á la tierra de Catamez.

Pizarro, ya solo, supo que el nuevo gobernador de Panamá, don Pedro de los Ríos, le mandaba volver, desaprobando su expedición; pero se hizo fuerte y quedándose solo con doce hombres, se refugió con ellos en una isla desierta, donde pasó las mayores privaciones y angustias, hasta que un navío vino á auxiliarle con gente y víveres, lo que le dió aliento para llegar, guiado por el piloto Bartolomé Ruiz,—venciendo con peligro la fuerza de las corrientes,—á una provincia llamada Motupe, donde los españoles echaron los cimientos de Trujillo y de San Miguel. Ya de regreso, Pizarro hizo escala de desembarco en el puerto de Tumbez, donde le dieron nuevas del esplendor de la capital de Tahuantinsuyu. Las nuevas le resolvieron á dirigirse á España.

Todo esto acontecía en el año 1527.

A mediados de 1528 el audaz aventurero llegó á la península, entrevistándose en Toledo con Carlos V. Tantos montes y mares prometió; tanta ostentación hizo de los metales preciosos que juntó en su viaje por las costas índicas; tan maravilloso fué el relato de su descubrimiento, que le nombraron gobernador de lo que encontrase doscientas leguas al sur del río Santiago. Pizarro volvió á Panamá, aderezando las cosas necesarias para su segunda expedición. En Febrero de 1531 fondeó esta en la bahía de San Mateo. La formaban tres buques, con ciento veinte hombres y treinta y seis caballos. El verdadero reconocimiento del país no empezó hasta Mayo de 1532. La expedición, desde el principio, pasó grandes trabajos hasta

llegar al pueblo de Coaque, donde se reunieron algunas esmeraldas y treinta mil castellanos en oro. Pizarro metió aquellos caudales en dos navíos, mandándolos, para crédito de su empresa, á Nicaragua y Panamá, siguiendo adelante hasta la provincia de Puerto Viejo, donde se le juntaron, con algunos hombres y cabalgaduras, los capitanes Flores y Benalcazar. Se llegó luego á la isla de Puna, acuchillando á sus naturales y prendiendo al cacique principal. Reembarcóse enseguida para el cabo de Tumbez, batiéndose con los indígenas de la comarca y adquiriendo noticias que le demostraron lo grande de la riqueza de aquellos países. Hechas las paces con el más poderoso de los caudillos allí existentes, quien le obsequió con algunos objetos de oro y de plata, continuó en su empresa con mayores alientos, haciendo buscar y descubrir el muy seguro puerto de Paita.

El 24 de Septiembre del mismo año de 1532, Pizarro resolvió dirigirse á la capital del incásico imperio. En aquella marcha, según Agustín de Zárate, «pasó todo el ejército gran necesidad de sed en un despoblado de veinte leguas, en que no hay agua ni árboles, sino toda arena seca y muy calurosa.» Así llegó á la provincia de Motupe, «en la cual halló unos frescos valles y bien poblados.» Se internó en una sierra bastante escabrosa, topándose con un mensajero que le enviaba el incásico rey y que le traía, en prenda de amistad, unos zapatos pintados y unos puñetes de oro. Refiere Hernando Pizarro, en una carta escrita á los oidores de la audiencia de Santo Domingo, que aquel mensajero dijo al jefe español que «su señor había sabido de su venida, é holgaba mucho de ello, é tenía deseo de conocer á los cristianos.» El audaz aventurero apresuró su marcha, tranquilizado con aquellas seguridades. Fernando de Soto, con un corto destacamento, recibió el mandato de precederle á fin de noticiar al monarca indígena que los embajadores de un poderoso señor tenían el encargo de saludarle. A medida que se internaban los españoles, la suntuosidad del imperio les dejaba absortos, produciendo lo visto sobre su codicia el efecto que produce el petroleo sobre el incendio. De Cuzco les hablaron cosas sorprendentes. No era para menos. Dice Pedro de Cieza de León, en el capítulo noventa y tres de *La crónica del Perú*: «Como fuese esta ciudad la más importante y principal de este reino, en ciertos tiempos del año acudían los indios de las provincias, unos á hacer los edificios y otros á limpiar las calles y barrios. Y como estos incas fueran tan ricos y poderosos, algunos de estos edificios eran dorados y otros estaban adornados con planchas de oro.» Al hablar del templo de Cuzco, se exaltan y hacen lenguas todos los historiadores antiguos. Se veían sus paredes cubiertas de láminas de oro; sobre el altar mayor, era de oro también la cegadora efigie del astro del día; sobre tronos de oro, á lo largo del templo, estaban colocadas las momias de los incas; de oro eran las puertas del santuario, de oro la guirnalda, de un metro de anchura, que recorría la nave central.

Fernando de Soto cumplió cortesmente su cometido. Atahualpa, en respuesta, envió á los españoles algunos presentes y el permiso

de avanzar hasta Caxamalca, á donde arribaron los peninsulares en el atardecer del 15 de Noviembre. Atahualpa, el 19, salió á recibirlos con treinta mil soldados. Le precedían cuatro correos. Trescientos ojeadores limpiaban el camino. Le seguía un pintoresco y numeroso grupo de cantantes y bailarines. Su riquísimo trono estaba cubierto de plumas de papagayo. Prendían su vestido brochés de oro y de plata. El traje de los cortesanos no era menos suntuoso y espléndido que el traje del Inca. No bien hubo desembocado la comitiva regia en la plaza de Caxamalca, cuando el padre Valverde, fraile dominico, capellán de Pizarro y después obispo de Cuzco, salió de las filas peninsulares. Se acercó al Inca y le enseñó una biblia que llevaba en las manos. Le dijo que venían de lejanas comarcas para enseñarle la verdadera fé, explicándole el absurdo misterio de la Trinidad y el emocionante drama del Calvario. Concluyó afirmándole que debía abjurar de todos los errores del culto del sol, abrazando el catolicismo y reconociéndose tributario de la corona hispana, pues no había imperio tan poderoso como el imperio de Carlos V. Atahualpa hojeó la biblia y tirándola al suelo, exclamó con desdén: «Esto, á mi, no me dice nada.» En seguida se levantó indignado y ceñudo. Según dice Francisco de Jerez, en su *Verdadera relación de la conquista del Perú*, el monarca agregó con mucha soberbia:—«Bien sé lo que habéis hecho por ese camino y cómo habéis tratado á mis caciques. No pasará de aquí hasta que me traigáis todo lo quitado.»—Valverde, entonces, gritó con ira á los españoles: «¡ Haced, que yo os absuelvo !» Pizarro cerró con los pobres indios, que habían acudido al recibimiento como á una fiesta, y que, aturdidos por lo grande de la traición, por el recio estampido de los arcabuces y por la fiera embestida de los caballos, cayeron de rodillas, siendo lanceados en esta actitud. Como muchos no tenían más armas que sus brazos, no pudieron hacer resistencia ni tampoco pudieron huir, por ser altos los muros que cercaban la plaza. En la carta á los oidores, citada antes, dice Hernando Pizarro: « Los que traían las armas á los caciques que venían al rededor del inga, nunca lo desampararon hasta que todos murieron al rededor de él.» Atahualpa, atónito y confuso, miraba aquella cruel carnicería. Francisco Pizarro le tomó prisionero, asiendo con mano vigorosa del traje del rey y sacándole de su trono. El cautivo tenía treinta años. Era de ancha frente, de robusto cuerpo, fácil en el decir y sobrio en el ademán. Garcilaso lo pinta de gentil presencia, algo enjuto de rostro y de vivo mirar, asegurando que era cauteloso y cruel, astuto y valiente.

Los españoles trataron á su prisionero con benignidad; pero dejando ver lo grande de su codicia. Esto alentó al monarca. Llegó á ofrecerles que si le ponían el libertad, llenaría de oro, hasta donde alcanzase la altura de su brazo, el aposento que le servía de calabozo. Francisco Pizarro aceptó el convenio, marcándose de rojo la línea que el monarca trazó sobre el muro. Jerez dice en su relación que Atahualpa «despachó mensajeros á sus capitanes, que estaban en la ciudad del Cuzco, que le enviasen dos mil indios cargados de oro y muchos de plata.» Hernando Pizarro consigna en

carta que Atahualpa prometió que «cumpliría con el convenio dentro de dos meses.» Por su parte, Herrera asegura que Pizarro nunca pensó, apesar de lo contratado, devolver la libertad á su prisionero. El capitán español, según Herrera, empeñó su palabra «con el propósito de no cumplirla.» Los acontecimientos nos prueban la triste verdad de esta afirmación.

III.

Así estaban las cosas cuando Huascar, hermano de Atahualpa, reció á los españoles un rescate mayor, si le entregaban el cetro cásico. Antes de la llegada de Pizarro al Perú, Huascar había sido vencido y hecho prisionero por Atahualpa. El padre de ambos príncipes, Huayna Capac, había dividido su reino en dos, formando así las soberanías de Cuzco y de Quito. Huascar heredó la e Cuzco, y la de Quito correspondió á Atahualpa. Por cuestiones de jurisdicción, los hermanos se convirtieron muy pronto en enemigos. Atahualpa, obrando con rápida y viril energía, tomó algunos de los feudos de su rival y derrotó á sus tropas en el llano de Huamachucu. Propuso, entonces, deslindar definitivamente las fronteras de las soberanías de Quito y de Cuzco. Huascar le contestó con altivo desprecio y continuó la guerra, hasta que la victoria se decidió de nuevo por Atahualpa en el choque decisivo de Quipaipán. Huascar quedó prisionero y á merced de su hermano, dueñándose éste del reino de Cuzco en el año de 1532.

La prisión de Atahualpa hizo esperar á Huascar que los espaoles le venderían la corona y la libertad. Hizo grandes promesas: pero su hermano, que las conoció, dió orden de sepultarle en el profundo seno del río Andamarca. Los indios, entre tanto, iban reuniendo oro, muchísimo oro, para pagar el rescate de su soberano. Día á día llegaban al cuartel español, mensajeros con cántaros, ollas y tejuelos del precioso metal; pero cuando ya habían unido «más de seiscientos millones de maravedis,» según Zárate, ó más de «un millón trescientos veinte y seis mil pesos castellanos,» según Jerez, los españoles se arrojaron sobre aquella riqueza, repartiéndosela codiciosamente y sin respetar la palabra empeñada. Poco antes de este último suceso, el capitán Almagro llegó á Caxamalca, embrollándose pronto la situación por las rialidades que se suscitaron entre los dos caudillos. Al decir de viedo, Pizarro era de alta estatura y alguna corpulencia, de laos gruesos y de un orgullo que corría parejas con su ignorancia. lmagro era tuerto y feo de rostro, pobre de talla y de escaso saer, simple en sus palabras y ansioso de honores, de ánimo perplejo y sin las inmensas audacias de Pizarro. Luque, que los bendijo, después de una misa, en la iglesia de Panamá, adivinó que aquellos lobos estaban hechos para devorarse y que «se hurtarían el uno al otro la bendición, como Jacob á Esaú.» Durante estos andares, Hernando Pizarro había recorrido, sujetándolas sin faga, las poblaciones de Ichoca, Guancasanga, Tambo, Andamarca Corunga, siguiendo siempre la carretera que conduce á Cuzco.

En Pachicoto dejó la carretera y tomó el camino de los llanos, pasando por los pueblos de Parpunga, que se distinguía por una casa fuerte de cinco cercas; Guamamayo, digno de mención por sus arboledas y sus campos de labrerío; Pacalcami, notable por su templo, á donde los peruanos venían en peregrinación desde trescientas leguas de distancia, y Chincha, en cuyos desolados alrededores la nieve llegó hasta el estribo de los caballos. Pizarro no detuvo aquella exploración, hecha en busca de oro más que de dominio, hasta llegar al grande y hermoso, templado y fértil valle de Jauja.

Repartido el rescate el 17 de Junio de 1533, era lógico decidir de la suerte del Inca. Fundándose en el cumplimiento de lo pactado, Atahualpa esperaba la libertad. Tenía, sin embargo, sombríos presentimientos. Francisco de Jerez cuenta que, habiendo visto á deshora un cometa de fuego hacia el lado de Cuzco, dijo que aquella señal anunciaba la muerte de un gran señor. Narra Agustín de Zárate que, despidiéndose de Hernando de Pizarro, á quien quería bien y que iba á embarcarse para la península, exclamó con tristeza: «Váste, capitán y pésame de ello, porque en yéndote tú, sé que me han de matar este gordo y este tuerto.» En efecto, Pizarro había condenado á muerte á su prisionero, y buscaba un pretexto para faltar á su compromiso. El sacrificio de Huascar se lo proporcionó. Hizo correr la noticia de que los indios se preparaban á sublevarse, y acusó á su cautivo de promover aquellas inquietudes. El monarca se defendió, asegurando que á nadie pidió ayuda y que nadie se alzaría contra su voluntad.—«Si yo no quiero, ni las aves vuelan en mis dominios, ni las hojas de los árboles se mueven en ellos.» Según dicen las crónicas, Pizarro aborrecía mortalmente á Atahualpa. Este escribió en una de sus uñas el nombre de Dios, que la ignorancia de Pizarro no supo leer. Desde entonces, según Garcilaso, el Inca le trató con el mayor desprecio. Acusado de fratricida y de traidor á la alianza española, se condenó á Atahualpa á ser quemado vivo. Fray Vicente Valverde, un fanático obtuso y de malas entrañas, confirmó la sentencia. El Inca, lloroso, protestó de aquella perfidia; pero en seguida recobró la entereza. Sólo le apenó el género de muerte á que le condenaban, porque dada su fé en la resurrección de la carne, dióse á pensar que los disueltos átomos de su cuerpo no podrían volver á soldarse. El 29 de Agosto de 1533 Atahualpa, encadenado y á pié, fué conducido á la plaza de Caxamalca. Como á última hora consintiese en abjurar de su religión, recibiendo las aguas del bautismo, se le conmutó la pena de la hoguera, cuando ya estaba atado sobre los haces de la siniestra pira. Dice Jerez: «El gobernador mandó que no lo quemasen, sino que lo ahogasen atado á un palo en la plaza, y así fué hecho.» Con este acto se consumó la destrucción de la gran monarquía incásica. Poco tiempo después, la espada de Pizarro y la cruz de Valverde dominaban sin rivales en el Perú.

IV.

El virreinato del Perú estaba constituido, á raíz de la conquista, por todas las posesiones españolas de la América Meridional. Fué organizado en 1542, disminuyéndose su territorio difícil de regir por su mucha extensión, cuando se formaron el virreinato de Nueva Granada en 1717, y el de Buenos Aires en 1778. También se fraccionó, en 1773 y en 1778, para dar lugar á las capitanías generales de Venezuela y de Chile.

El clima del Perú es seco en las costas, cálido en los llanos y tibio en las montañas. Su flora tropical es espléndida, pues allí se cultivan el caucho, la vainilla, el cacao, el café, la vid, el olivo y la caña de azúcar, además de infinitas plantas medicinales. En su seno se crían abundantemente el oro y la plata, el petroleo y la sulfa, el cobre y el salitre. Pueblan sus bosques el tigre y el tapir, encontrándose, en sus regiones interandinas, grandes rebaños de alpacas y vicuñas, guanacos y llamas. Todos sus ríos son afluentes del inmenso Amazonas, y la mayor de sus eminencias es la que corona el volcán de Arequipa. En su región central tiene valles dilatados y feracísimos, como los muy famosos de Huanta.

El arzobispado de Lima data de 1545; su universidad fué creada en 1551, y en 1787 se constituyó la audiencia de Cuzco.

A medida que se agrandaba la sumisión, se extendían las fundaciones. Según dice Pedro de Cieza, en *La crónica del Perú*, las ciudades de Trujillo, Arequipa y los Reyes fueron pobladas por Francisco Pizarro en 1530; las de Cali y Santiago de Guayaquil, en 1537, por Miguel Muñoz y Francisco Orillana; Pasto y Guanuco por Lorenzo de Aldana y Gomez de Albarado en 1539; Cartago y Buenaventura, en 1540, por Jorge Robledo; Loja, en 1546, por Alonso de Mercadillo, y en 1546, La Paz por Alonso de Mendoza.

Lima ó los Reyes, fundación de Francisco Pizarro, está colocada en un valle fértil y delicioso, que rodean algunas colinas de poca vegetación y ascenso suave. Se halla sobre la orilla izquierda del Rimac, y fué la preferida de la península durante todo su dominio en América. Era la ciudad del juego y del lujo, la de los toros y los autos de fé, la de las rondallas y la de los mantos, con los que cubrían su irresistible hechizo y su sed de requiebros las mujeres de negrísimos ojos y pequeña estatura que idolatró Bolivar. Gracias al manto, el carnaval era eterno en la ciudad limeña. Gracias al manto, la intriga y el amor reinaban en la corte de los efímeros virreyes del Perú, como en la capital francesa de los tiempos de romance de Bussy d'Amboise.

LIBRO DÉCIMO

JUNÍN Y AYACUCHO.

I.

El virreinato del Perú fué la última de las colonias que se alzó en armas contra el gobierno de la península. El marqués de la Concordia, don José Fernando de Abascal, por la entereza de su carácter y por la suma de recursos de que disponía, pudo retardar los actos emancipadores, aunque no pudiese impedir que la idea revolucionaria se infiltrase y cristalizara en muchos espíritus.

Donde asomó la bandera de la libertad, Abascal envió auxilios y soldados para combatirla. Mandó á Goyeneche á sofocar la revuelta de Charcas. Mandó á Gainza y á Osorio á sofocar la revuelta de Chile. Mandó á Pezuela para que sofrenase á los indómitos guerrilleros de Salta.

Como tardara en proclamar la vigencia de la Constitución española del año 12, se produjeron algunos conatos de rebeldía en Cuzco. Abascal quiso dominarlos con mano fuerte y aprehendió á sus autores. El 2 de Agosto de 1814 una pueblada asaltó la cárcel y libertó á los presos. La insurrección, adueñada sin dificultades de la vieja ciudad incásica, detuvo á los miembros de la Real Audiencia, eligiendo un gobierno provisorio formado por don José Angulo, don Mateo Pumacahua, don Juan Tomás Moscos y don Luis Estete. Angulo era la cabeza organizadora del movimiento; Pumacahua fué su brazo vigoroso. Don Mateo Pumacahua, que había servido á la causa española combatiendo á los revolucionarios del Alto Perú, lucía los entorchados de brigadier del ejército peninsular. En 1814 sus ideas se transformaron, poniéndose á las órdenes de la bandera revolucionaria. Esta, al principio, ganó terreno, apoderándose de Puno, la Paz y Arequipa. El general Pezuela, en vista de la gravedad de los sucesos, puso una columna de mil doscientos hombres bajo el mando del mariscal de campo don Juan Ramirez, quien, el 2 de Noviembre de 1814, derrotó á los insurrectos en Chacaltaya y penetró victorioso en la

Paz, recobrando sin resistencia á Puno y Arequipa. El 11 de Marzo de 1815 la división mandada por Ramirez encontró á las fuerzas de Pumacahua en las orillas del río Llallí. Estas se componían de seiscientos fusileros, más de treinta cañones y unos veinte mil indios armados solamente á pica y á honda. Ramirez les derrotó después de un breve choque, porque los indios se desbandaron al principiar la brega, arrastrando en su huida á las tropas disciplinadas. Pumacahua y Angulo lograron escapar con dirección á Cuzco; pero fueron detenidos y ajusticiados por orden del virrey, enviándose á Lima, para que sirviese de ejemplo aleccionador, la cabeza de Pumacahua. El 14 de Octubre de 1815, Pezuela fué nombrado virrey del Perú, por renuncia de don José Fernando Abascal. Pezuela tomó posesión del virreinato el 7 de Julio de 1816. El Perú se mantuvo en completa calma durante algunos meses. Las victorias de San Martín en Chile y los avances de Bolívar sobre Morillo interrumpieron aquella aparente quietud, reanimando las esperanzas de los patriotas. En aquellos instantes Pezuela tenía á sus órdenes diez y seis mil soldados, distribuidos especialmente en Lima, Arequipa, Trujillo, Guayaquil y Puno. Como ya dijimos en uno de los capítulos que anteceden, Chile, después de Maipú, preparó una expedición libertadora de ocho buques de guerra, dieciseis transportes y cuatro mil soldados, poniendo al frente de las fuerzas expedicionarias á Cochrane y á San Martín. Como también dijimos en otro lugar, la expedición llegó al puerto de Paracas en la tarde del 7 de Setiembre de 1820, causando la nueva de su desembarco una profunda impresión en Lima. Pezuela, que acababa de promulgar y de reconocer la constitución iniciada en Cádiz, abrió negociaciones con San Martín. Nombró éste, como comisionado, á don Tomás Guido y á don Juan García del Río, designando el virrey, para representarle, al conde de Villar de Fuentes, á don Hipólito Unanue y al teniente de marina don Dionisio Capaz. Las conferencias se celebraron á dos leguas de la capital, en el pueblo de Miraflores. Se acordó, primero, el armisticio de una semana, durante la cual no podrían los ejércitos beligerantes cambiar de posición. Se propuso, luego, por parte del virrey, que Chile jurase la constitución, mandando los diputados que le correspondían á las cortes españolas. Rechazaron los nuestros esta propuesta, afirmando que no era posible convenio alguno sino sobre la base del reconocimiento de la independencia absoluta del Perú. Rotas las negociaciones, tres mil patriotas, á las órdenes de Arenales, se apoderaron de la población de Ica. Atravesando rapidamente la pampa de Guayari, Arenales sorprendió y venció en Nazca, al realista Rojas, mientras San Martín, que se había adueñado de Pisco, entraba en comunicaciones con los revolucionarios de Lima. El 9 de Octubre de 1820, Guayaquil se sublevó, organizando una junta de gobierno propio. El 29 de Octubre, San Martín dejó á Pisco, reembarcando sus tropas y encaminándose al puerto de Ancón, en tanto que Cochrane, con tres navíos, se apoderaba al abordaje, es decir, á garfio y á machete, de la «Esmeralda,» fragata española de cuarenta y ocho

cañones, bajo las mismas baterías del Callao. El 8 de Noviembre, San Martín, abandonando el puerto de Ancón, desembarcó en Huacho, como á unas veintiocho leguas al norte de Lima, donde se le unieron el 3 de Diciembre, desertando de la causa de la realeza, unos seiscientos hombres del batallón Numancia. El 24 de Diciembre Trujillo siguió el ejemplo de Guayaquil, quedando en poder de la revolución el norte del Perú. Entretanto Arenales, el 6 de Diciembre, batía y tomaba prisionero al brigadier realista O'Reilly, en la dura refriega del Cerro de Pasco, sublevando las poblaciones de Guamanga y Huanta. El 8 de Enero del 1821 Arenales se juntaba con San Martín en las orillas del río Guaura.

Pezuela, desorientado por aquellos tropiezos, no sabía qué hacerse. Había reunido unos ocho mil hombres en Asnapuquio; pero esos hombres se desmoralizaban en la inactividad. El comercio deseaba la paz, estimulando con sus representaciones la indecisa actitud del virrey, más ansioso de avenimientos que de combates.

La perplejidad de Pezuela llegó á lo indecible cuando La Serna, ascendido á teniente general y jefe del ejército de Asnapuquio, le hizo saber que ese ejército carecía de equipo y de instrucción. El cabildo de Lima, apoyándose en una solicitud de los hacendados y de los miembros más influyentes de la curia peruana, se dirigió á Pezuela, pidiéndole la reanudación de las conferencias de Miraflores. Pezuela archivó la solicitud, mientras San Martín, practicando un movimiento de avance, se establecía en Retes, colocando sus avanzadas á siete leguas de la capital. Pezuela dió á La Serna la orden de salirle al encuentro; pero San Martín, prevenido á tiempo, retrocedió habilmente, volviendo á ocupar sus líneas de Guaura. Pezuela, siempre indeciso y desorientado, mandó á La Serna que se reconcentrase de nuevo en Asnapuquio. Creció el descrédito del virrey con esta medida, y el 28 de Enero de 1821 los jefes realistas se amotinaron, exigiendo á Pezuela que entregase el gobierno civil y el mando del ejército al teniente general don José de La Serna. Pezuela reunió una junta de generales para someterles aquella intimación; pero la junta nada quiso hacer y Pezuela declinó su mandato el 29 de Enero de 1821. El nuevo virrey nombró general en jefe de las fuerzas realistas al brigadier José Canterac, dirigiendo una comunicación al gobierno de la península, el 7 de Marzo de 1821, dándole cuenta de los avances de la idea emancipadora en el ánimo público y de la falta de recursos bélicos en que se encontraba. Dispuso, igualmente, que el brigadier Ricafort y el general Valdes salieran á sofocar el levantamiento de los indios del valle de Jauja. Los indios fueron vencidos y destrozados en la región de Ataura; pero la columna expedicionaria tuvo que sostener combates diarios con las partidas libertadoras que dominaban todo el país y muy especialmente las inmediaciones de la capital, donde las dirigía y organizaba el valeroso guerrillero Isidoro Villar.

HÉROES DE LA INDEPENDENCIA DE AMERICA

REPÚBLICA ARGENTINA



José de San Martin

II.

ció de sus líneas del Guaura, el 13 de Marzo, órdenes del teniente coronel Miller, la que, em- navíos de Cochrane, ocupó los puertos de Pisco ue Arenales avanzaba resueltamente para do- es situadas al este de Lima. España, atemo- ras que recibía de sus virreyes, envió un co- ar á un acomodamiento con sus colonias. Ese apitán de fragata don Manuel Abreu. Llegado de Marzo de 1821, Abreu no perdió el tiempo o mes se entrevistó con los representantes de hacienda de Punchauca. Abreu propuso un seis meses, durante los cuales los comisiona- Perú enviasen á España podrían llegar á un n la metrópoli. Según el general Mitre, los re- Martín respondieron que «no se podía iniciar sino sobre la base de la independencia;» pero spensión de armas que se les ofrecía. Pidieron ntías del armisticio, la entrega de las fortifica- a Serna accedió á esa demanda, siempre que traer doce de las piezas de artillería de las ci- El 2 de Junio de 1821, San Martín y La Serna unchauca. Dice el general Mitre que San Mar- ombrase una regencia presidida por La Serna, príncipe de la familia real española para es- quía constitucional en el Perú. Esta proposi- Mitre trata en vano de disculpar, era un error un error, por que desacreditaba la campaña la con un tinte monárquico y desfibrando la ivos. Era un crimen, porque pudo retardar objetivo á que las colonias se encaminaban, democrática en su orígen y en sus propósitos, epública era el afianzamiento y la perpetuidad a. Dos días después La Serna respondió con extraña proposición de San Martín. El armis- sta el 30 de Junio. El 6 de Julio La Serna, al hombres, salió de Lima. San Martín no le e un incomprensible desaire á la fortuna que ha oportunidad para concluir con el ejército entereza y sin disciplina, estaba trabajado as deserciones. El crédito y la aureola de San zozobrar y á empalidecer. El 12 de Julio San y sin aparato, penetró en la sede de los vi- jubilosamente la multitud que llenaba las ugar un cabildo abierto, y el 28 San Martín tablado construido en la plaza Mayor, la in- ertad del pueblo de los Incas. El 3 de Agosto el an Martín jefe del nuevo estado, dándole el ti-

tulo de Protector del Perú. San Martín designó al D. Unanue para ejercer la cartera de hacienda, encomendando la de relaciones exteriores á don Juan García del Río, y la de guerra y marina al apasionadísimo Bernardo Monteagudo. Promulgóse una constitución provisional, creando un consejo consultivo de doce miembros. Por ese estatuto se suprimió la mita y se legalizó la libertad de vientres, aboliéndose el monopolio que arruinaba al comercio. La antigua capital de los Pizarros vió eclipsarse la estrella de San Martín. Acicateado por Monteagudo, el Protector dispuso que saliesen de la colonia los españoles que no jurasen la independencia, confiscándoles sus bienes inmuebles para atender á los gastos guerrerós. Dispuso también el reconocimiento y el libre uso de los títulos de Castilla que existían en el Perú. Creó una orden militar, con distintivos aristocráticos y aristocráticas preferencias, denominándola «orden del Sol.» Se reservó el derecho de nombrar á los miembros de la alta cámara de Justicia y envió una comisión á Londres en busca de algún príncipe británico que quisiera convertirse en rey del Perú. Dice el general Mitre: «San Martín, Protector del Perú, no se agranda y se muestra inferior á su misión.» En efecto, casi todos sus actos gubernamentales prueban que carecía de condiciones administrativas y de alientos políticos. Su misma voluntad se quiebra y paraliza. Ya no es el general de los grandes planes. Ya no liberta pueblos con dos batallas. Engañado por el fausto y la pompa de que se rodea, el pueblo cree que trata de hacerse emperador, y los jefes del ejército, en sus coloquios íntimos se ríen con malicia del «rey José.» Entre tanto Canterac, al frente de 3400 hombres, se disponía para socorrer á la plaza del Callao, que bloqueaban los buques de Cochrane y algunas fuerzas del ejército de San Martín. Canterac se propuso salvarla del tormento del hambre, poniéndola en condiciones de resistir por luenguísimo espacio. El 25 de Agosto de 1821, Canterac se dirigió á Lima desde el valle de Jauja, saliendo San Martín á recibirle con 5870 hombres. El día 9 se avistaron los dos ejércitos cerca de Lima; pero Canterac rehusó el combate, y burlando al jefe libertador con algunos hábiles movimientos, penetró con una parte de sus tropas en el Callao. En vano Las Heras y Cochrane rogaron á San Martín que atacase á Canterac. San Martín respondió con orgullo á todas las súplicas: «Yo soy el responsable de la suerte del Perú.» Cochrane se indignó, calificando de torpe cobardía á la inmovilidad del general patriota. El 16 de Septiembre, reconociendo la imposibilidad de salvar al Callao, Canterac salió de esa plaza, siendo perseguido, al día siguiente, por una división mandada por Las Heras. El general don José de la Mar, peruano de origen, se mantuvo en el Callao hasta el 21 de Septiembre, día en que, gracias á una justiciera capitulación, las tropas realistas evacuaron la plaza con todos los honores de la guerra, y la bandera de los patriotas se izó en lo alto de aquellos castillos inexpugnables. El exceso de prudencia de San Martín, que no comprometía ninguna batalla campal, permitió rehacerse á los peninsulares. A principios de 1822 La Serna había reunido más de nueve

mil hombres, en tanto que los independientes sufrían la pérdida de lord Cochrane, cuyos marinos estaban impagos y á quién mortificaba la altiva omnipotencia de San Martín. Cochrane acusaba al Protector de indolente y tímido, abandonando, el 6 de Octubre de 1821, las playas del Perú. El 7 de Marzo de 1822, Canterac, al frente de tres mil hombres, sorprendió en Ica á las fuerzas patriotas de Tristán, dispersándolas tras un corto combate. Canterac les quitó cuatro piezas de artillería y las caballadas, haciendo más de mil prisioneros. San Martín volvió los ojos hacia Bolívar, celebrando con éste, el 26 de Julio del mismo año, la famosa entrevista de Guayaquil. En verdad de verdades, se ignora lo que pasó en aquella entrevista. Lo cierto es que Bolívar, con plétora de nervios y de pasiones, con ojos como ascuas y con las piernas bailándole en las botas, no podía entenderse con San Martín, alto y robusto, poco dado á los devaneos de la imaginación y á las tribunicias efervescencias. Para Bolívar, San Martín no era más que un sableador que le quitaba una parte del cielo de la historia de América. Bolívar quería brillar, en ese cielo, con rayos de sol único, como único centro generador de luz. Aquellos dos enérgicos caracteres eran una antítesis formidable. Como dice Martín García Merou, en el tomo primero de su *Historia Argentina*, el vencedor de San Lorenzo y de Chacabuco estaba «destituido de las condiciones teatrales en que radica la popularidad de muchos caudillos adorados por la muchedumbre.—«Bolívar poseía esas condiciones, pues el vencedor de Carabobo y de Boyacá, cuando no parece el héroe de una tragedia griega, parece el protagonista de un ardoroso poema romántico. La entrevista de Guayaquil no tiene semejante en los anales de la humanidad. Como dice Vicuña: «Nunca el Eterno acercó con su mano inescrutable dos séres más extraordinarios, en hora más solemne y en sitio mejor elegido. Son dos hemisferios, dos zonas, dos mundos que se juntan.» La entrevista de Napoleón y Alejandro de Rusia, después de Tilsit, ¿qué significa para la historia? Es el abrazo de dos colosos que ván á remachar las cadenas de Europa. La entrevista de Guayaquil es también el abrazo de dos colosos; pero para romper los grilletes que impiden el progreso de un mundo. De dos colosos, sí, porque, como afirma el mismo historiador chileno, si la guerra de San Martín es una guerra de táctica sorprendente en todos sus detalles, «la guerra de Bolívar es una guerra de prodigios.»

III.

Bolívar, desde Calí, escribió á San Martín, en Enero de 1822, excitándole á un convenio que diera por resultado la unidad de la causa americana. El 13 de Junio San Martín le respondía manifestándole el deseo de conocerle y de visitarle. Bolívar quería que Guayaquil, ya independiente, pasase á formar parte de Colombia. San Martín quería que Guayaquil fuese del Perú. La anhe-

lada entrevista se verificó: la conjunción de astros tuvo lugar. No es difícil que en ella San Martín mantuviera sus principios monárquicos y que Bolívar defendiese con brío su fé republicana. Lo que es seguro es que Bolívar se apropió á Guayaquil. Lo que es indudable es que San Martín ofreció á Bolívar ponerse á sus órdenes, servirle de segundo, dejarle el primer puesto,—si el vencedor de Pichincha y Bomboná tomaba á su cargo concluir con los españoles en el Perú. Bolívar contestó que no podía encargarse de aquella empresa sin el consentimiento del congreso de Colombia. Las conferencias duraron tres días. Los titanes se separaron sin entenderse. San Martín se dió cuenta de que la contestación de Bolívar era un pretexto. La actitud del Libertador respondía á una causa personal y secreta. Bolívar no quería rivales en el mando ni émulos en la gloria. San Martín, desencantado, regresó á Lima, escribiendo desde esta ciudad, el 29 de Agosto, al Libertador: «Mi partido está irrevocablemente tomado: para el 20 del mes entrante he convocado al primer congreso del Perú, y al día siguiente de su instalación me embarcaré para Chile, convencido de que mi presencia es el sólo obstáculo que impida á Vd. venir al Perú, con el ejército de su mando. Para mí hubiera sido el colmo de la felicidad terminar la guerra de la independencia á las órdenes de un general á quien la América del Sud debe su libertad; el destino lo dispone de otro modo y es preciso conformarme.» Aquel soldado, tan inflexible en la obediencia del deber como en el mantenimiento de la disciplina; aquel fuerte, de una abnegación patriótica no superada y que tuvo en sus designios una fé indeclinable; aquel modesto, que se olvidaba que la América del Sud debía su libertad no sólo á Carabobo y á Boyacá sino también á Maipú y Chacabuco; aquel ilustre hombre de Plutarco nunca es más glorioso que el día en que escribe la carta que antecede. José Manuel Estrada, en uno de sus más brillantes *Discursos*, en el pronunciado el 24 de Mayo de 1879 en el Colegio Nacional de Buenos Aires, dice con serena justicia que si San Martín es grande por las concepciones de su genio militar, «es más grande cuando, en la víspera de la última lid, cede á Bolívar el último laurel.» San Martín como siempre, cumplió su palabra. El 21 de Diciembre se embarcó para Crile. Llegado á Buenos Aires el 4 de Diciembre de 1823, partió para Europa, domiciliándose en Francia y muriendo en la tarde del 17 de Agosto de 1850. El congreso peruano designó, para reemplazarle, á un triunvirato compuesto por el conde de Vista Florida, por La Mar y por Alvarado. Bolívar ofreció sus servicios al triunvirato, que los rechazó desacertadamente. El general Rudecindo Alvarado, al frente de tres mil hombres, se apoderó de Tacna y de Moquegua en Enero de 1823, Canterac, con dos mil quinientos infantes y nueve escuadrones de caballería, esperó á los patriotas en las alturas de Torata. El 20 de Enero vencido Alvarado, después de un combate de más de ocho horas, tuvo que retirarse sobre Moquegua. El 21 se trabó una nueva batalla, que fué una nueva y ruidosa victoria para la causa peninsular. El ejército de los libres quedó derrotado completamente. El 28 de Febrero de 1823, en virtud de la im-

presión producida por este desastre, el ejército pidió y obtuvo que el general don José de la Riva Agüero fuese proclamado presidente del Perú. El 2 de Junio Canterac avanzó sobre Lima, que los patriotas le abandonaron sin resistencia el día 18 del mismo mes. En marzo de aquel año Bolívar envió al Perú un ejército auxiliar de tres mil hombres, designando para comandarle á Antonio José Sucre, hijo de una de las más opulentas familias del comercio de Cumaná. Tenía treinta años, distinguiéndose por su gallardía y valor sereno. Era noble y afable, sagaz y probo. Bronceó su semblante el aire de los campos y depuró su espíritu la llama del amor á la independencia. El congreso del Perú, trasladado á Trujillo, le quitó á Riva Agüero el mando de las tropas independientes, confiándolas á la pericia del general Sucre. El 20 de Junio Agüero aprobó esa designación; pero como el congreso le destituyera tres días después, arrebatándole la autoridad presidencial, Agüero no quiso declinar su mandato y el 17 de Julio disolvió el cuerpo legislativo. Entre tanto Canterac, casi sitiado en Lima por las montoneras, que impedían la entrada de provisiones en la ciudad, el 15 de Julio tuvo que abandonarla, poniéndose en marcha hacia Huancavélica. Entonces Agüero trató de entenderse con los realistas, siempre sobre la base de la independencia del Perú. El Congreso, que había vuelto á sesionar en Lima, enjuició á Agüero, declarándole reo de alta traición y poniéndole fuera de la ley el 19 de Agosto de 1823. En este intérvalo, el general Santa Cruz, con cinco mil patriotas se apoderó de Tacna y Arica en el mes de Julio. Sucre, al finalizar Agosto, ocupó á Arequipa. Después de estos felices sucesos, volvieron los desastres. El coronel Valdés venció á Santa Cruz cerca de Zepita, disgregándose casi todo el ejército patriota en aquella fatal retirada. Bolívar, autorizado por el congreso de Colombia, llegó al Perú al comenzar el mes de Septiembre. La legislatura se apresuró á ofrecerle el poder supremo, «considerando que sólo la actividad y las facultades de un poder extraordinario» eran capaces de poner término á la anarquía y concluir con el yugo español. El congreso, presidido por don Julio Figuerola, y el ejército, comandado por el gran mariscal don José Bernardo Tagle, tenían una fé ilimitada en el Libertador. Este, al agradecer la latitud de autoridad con que le investían, dijo á los legisladores: «Los soldados libertadores que han venido desde el Plata, el Maule, el Magdalena y el Orinoco, no volverán á su patria sino cubiertos de laureles, pasando por arcos triunfales, llevando por trofeos los pendones de Castilla. Vencerán y dejarán libre el Perú, ó todos morirán. Yo lo prometo. Yo ofrezco la victoria confiado en el valor del ejército unido y en la buena fé del pueblo peruano.» Ansioso de robustecer la acción de los patriotas por la unidad, Bolívar trató de acabar con el mónstruo de la guerra civil, entrando en negociaciones con Riva Agüero. Este se mantuvo inflexible. Seguía negociando con La Serna el modo de convertir á un príncipe borbónico en rey constitucional del Perú. Bolívar, entonces, resolvió someter, por medio de las armas, aquella peligrosa rebeldía. No fué necesario reñir batallas.

Uno de los jefes que acompañaban á Riva Agüero, el coronel Antonio Gutierrez de la Fuente, se amotinó el 25 de Noviembre de 1823, y entrando con su regimiento en la ciudad de Trujillo, donde Agüero había establecido su sede presidencial, le redujo á prisión, poniéndose con sus tropas á las órdenes de Bolívar, Agüero, perdonado por el Libertador, se embarcó para España. Libre del fantasma de la guerra intestina, Bolívar se dedicó con asiduidad á organizar las fuerzas militares del Perú; pero le acechaban nuevos y terribles trastornos. La revolución pasó por un momento de crísis espantosa. El Libertador, ganoso de tiempo y escaso de fuerzas movilizadas, negoció inutilmente un armisticio con Canterac, que se aprestaba á abrir una seria campaña con doce mil soldados. No fué esto todo. El 5 de Febrero de 1824 una parte de la guarnición del Callao, capitaneada por el sargento Damaso Moyano, se insurreccionó demandando el atraso de las pagas que se le debían. Los insurrectos, enarbolando la bandera española, entregaron los fuertes, los depósitos y los buques anclados en aquel puerto, al virrey La Serna. A esta traición, se unieron las traiciones del general Portacarrero y de los comandantes Novajas y Ezeta, que pasaron al enemigo con los escuadrones que guarnecían el poblado de Supe y con un regimiento de los granaderos montados de Buenos Aires. El congreso, desorientado, se disolvió, después de ofrecer la dictadura al general Bolívar. Este, sacando ánimos de la misma grandeza del infortunio, publicó una proclama, en la decía: «¡Peruanos! en cinco meses hemos experimentado cinc traiciones y defecciones; pero os quedan, contra millón y medio enemigos, catorce millones de americanos que os cubrirán con el escudo de sus armas.» Y agregaba: «Yo hubiera preferido no haber visto jamás al Perú, y prefiriera también vuestra pérdida misma al espantoso título de Dictador. Pero Colombia está comprometida en vuestra suerte, y no me ha sido posible vacilar.» Concluia prometiendo que el campo de batalla, donde triunfasen las armas emancipadoras, «me verá arrojar lejos de mí la palma de la dictadura.»—Lo cierto es que, á fines de Febrero de 1824, el coronel Rodil, con tres mil realistas, ocupaba el Callao y que Lima caia nuevamente en poder de La Serna. Bolívar, ante tantas y tan pérfidas contrariedades, no sabía qué hacerse en su cuartel general de Trujillo. Revestido con la dictadura, impuso una contribución extraordinaria á los templos y á los habitantes de aquella provincia, logrando reunir la suma de cien mil pesos, con los que se proveyó de vestuarios y de monturas, haciendo además componer, en brevísimo plazo, todo su armamento. En aquella ocasión, como dice Larrazabal, «Bolívar estaba solo para crearlo todo, y todo lo creó admirablemente.» Fueron objeto de su más minuciosa inspección desde las lanzas hasta las herraduras. Su prodigioso instinto supo adivinar que la suerte cambiaba, acercándose el espléndido y último canto de su epopeya. A mediados de 1824 unos diez mil valientes seguían y vivaban á su bandera. Iban con él Necochea y Miller, Córdoba y Santa Cruz. El Libertador emprendió la marcha á principios de Julio. Pasó los Andes, sin que le detuvieran ni

asombraran lo impracticable y rudo de las sendas, las alturas que el pulmón no encuentra aire que respirar, y los abismos cuya boca parece la boca del infierno. El 2 de Agosto revistó á sus legiones en la llanura de Sacramento, entre Rancas y Pazco. Canterac, con siete mil infantes y dos mil jinetes, esperó á los patriotas en la pampa de Junin. El día 6, por orden de Bolívar, Necochea y Miller se adelantaron con la caballería. Eran nuevecientos aquellos invencibles. Canterac les opuso los mil trescientos sables de sus escuadrones. Chocaron las líneas con horrendo empuje. Por un instante, parecieron ceder los centauros de América; pero el enemigo no supo conservar su formación y los independientes, con la lanza en ristre y la espada en alto, obligaron á la victoria á premiar el heroismo del menor número. El enemigo se retiró desordenadamente, dejando en el campo unos trescientos cincuenta muertos. En Junín no se oyó ni siquiera un tiro. El sable y la lanza lo hicieron todo. Dice Baralt: «Grandes fueron las ventajas que en favor de la causa del Perú produjo este suceso, no siendo la menor entre ellas la desmoralización de la soberbia caballería de los realistas, que desacreditada y disminuida no pudo de allí en adelante prestar servicio alguno de consideración.» Torrente manifiesta que aquel combate fué el primer eslabón de una cadena de contrastes y reveses para los españoles. Rodil, que mandaba la guarnición de Lima, se encerró en el Callao. Canterac se dirigió al Cuzco, perdiendo dos mil hombres en la retirada. Bolívar, persiguiéndole, se apoderó de Jauja, Huancayo y Huamanga. Poco tiempo después, creyendo terminada la campaña por llegar la estación de las lluvias, Bolívar confió el mando del ejército á Sucre, por haberse excusado de tomarlo, apesar de ser más elevada su graduación, el general La Mar.

IV.

El virrey La Serna, cuando tuvo noticia de la derrota de Junín, abandonó el Cuzco, y uniéndose á las fuerzas del general Jerónimo Valdés, organizó un ejército de once mil hombres con veinticuatro piezas de artillería. La Serna y Valdés pronto se juntaron con Canterac, lo que aumentó hasta cerca de trece mil hombres el efectivo de las fuerzas de la corona. Sucre, á lo sumo, podía oponerles seis mil soldados. El 8 de Diciembre los dos ejércitos acamparon á media legua de distancia. El 9 de Diciembre de 1824, antes de mediodía empezó la batalla. Los realistas ocupaban unas alturas, en el límite oriental de la llanura de Ayacucho. Los patriotas extendieron sus líneas en el occidente de la llanura. Los peninsulares iniciaron el choque, con una división mandada por Valdés. Entonces Córdova recibió de Sucre la orden de avanzar. Córdova desenvainó la espada y mató su caballo, diciendo á los suyos: «¡Adelante, paso de vencedores!»—Y lo arrolló todo, desorganizando el centro real, donde en vano tratan de detenerle los batallones de Villalobos y de Monet. La caballería colombiana, mandada por

Silva, penetra por los claros que abre el valor de Córdova. El virrey, asombrado, avanza con las reservas dirigidas por Canterac. Las reservas patriotas avanzan también y á la una del día termina el combate. Córdova se apodera del virrey. Canterac y Valdés, Monet y Villalobos se rinden. Catorce jefes de alta graduación se entregan á Sucre. Este tiene tres mil prisioneros en su poder. Los españoles tienen más de dos mil bajas entre muertos y heridos. En la capitulación, firmada por Canterac, se establece que los vencidos, que quieran regresar á su patria, serán embarcados á costa del Perú, entregándose á los independientes todo el territorio dominado por los realistas hasta el Desaguadero. La independencia del Perú quedó consumada con aquella victoria. En Ayacucho los españoles tenían más de 9.300 soldados; fueron vencidos, en ochenta minutos, por 5.700 patriotas. Dice Mesa y Lecompart que la capitulación de Ayacucho tuvo para la América del Sur la misma importancia que la capitulación del general Cornwallis para la América del Norte. Bolívar, el 25 de Diciembre, honró á los vencedores con una proclama en la que decía: «¡Soldados! habéis dado la libertad á la América Meridional, y una cuarta parte del mundo es el monumento de vuestra gloria: ¿dónde no habéis vencido? La América del Sur está cubierta con los trofeos de vuestro valor; pero Ayacucho, semejante al Chimborazo, levanta su cabeza erguida sobre todo.» Olañeta, en el Alto Perú, y Rodil, en el Callao, desconocieron la capitulación. Perseguido por Sucre, Olañeta se retiró al pueblo de Tumusla, donde el 2 de Abril de 1825 se sublevaron los que le seguían, matándole de un balazo. Rodil hizo una resistencia heróica de trece meses; pero el hambre y el escorbuto le obligaron, el 22 de Enero de 1826, á entregar los inexpugnables fuertes del Callao. El Alto Perú, impulsado por el general don José María Lanza,—una vez que se libertó de los españoles,—quiso constituirse en república independiente. Bolívar y Sucre aprobaron el pensamiento, convocando una asamblea de diputados en Chuquisaca. Esta asamblea decretó, el 10 de Agosto de 1825, la existencia de una nueva nación titulada República de Bolívar. El encargado de presidirla fué el general Sucre. Bolívar vivió tres años en el Perú. El 4 de Septiembre de 1826, Bolívar se embarcó para Colombia. En esos tres años, Lima le saturó de voluptuosidades. La ciudad de los mantos devoró á aquel hombre que parecía hecho para morir, después de una hazaña maravillosa, sobre el desnudo y ardiente seno de una bacante. No murió coronado con las rosas bermejas de la orgía. Murió como un vencido, echando la palada de su perdón sobre las envidias que le empujaban hacia las noches sin luna del destierro. ¡Espantoso final el de aquellos gladiadores sublimes!—Sucre cae bajo el plomo de un asesino. Córdova es fusilado, sin formación de causa, después de un motín. Bolívar lanza el último suspiro en el abandono. ¡El santuario de la inmortalidad es un cementerio, cuyas luces despiden una luz dolorosa! ¡Se llega á la inmortalidad con los piés desnudos, por un camino cubierto de zarzales desgarradores y ensangrentados!

Es aleccionador el estudio del efecto que produjo, en las monarquías del continente viejo, la larga querella de la metrópoli con sus colonias. Los planes y conflictos á que dió lugar el pleito de la península con sus tuteladas se encuentran en el tomo primero de la importante obra de Debidour, *Histoire diplomatique de l'Europe.*

A mediados de 1817, Fernando VII reclamó el auxilio de la Santa Alianza, para que le ayudase en su terrible brega con los países americanos. Alejandro de Rusia se mostró favorable á esta solicitud, siempre que los españoles le abandonasen el puerto de Mahón. En cambio, el pedido de Fernando contrariaba á Inglaterra, que trabajaba, hacía más de un siglo, por arruinar la potencia colonial de la península descubierta por Tubal. Si Castlereagh estaba demasiado vinculado al principio de autoridad para aprobar abiertamente la insurrección de las colonias, era demasiado inglés para que el triunfo de los insurrectos le disgustase, desde que ese triunfo favorecía los intereses del comercio británico. Así cuando el Tzar, en Enero de 1818, se dirigió á las grandes cortes europeas pidiendo la adaptación de medidas colectivas para reprimir á las colonias sublevadas, el gabinete inglés se opuso á que el memorandum ruso fuese tomado en cuenta, ofreciendo solucionar el pleito americano, si la península dividía su imperio colonial en varios principados independientes, regidos por los miembros de la real familia borbónica. España rechazó con indignación esta insidiosa propuesta. Canning, en una nota dirigida el 31 de Marzo de 1823 á la Santa Alianza, levantó una de las puntas del velo de su política, llegando á declarar «que la independencia de las colonias era un hecho consumado; pero que su reconocimiento dependía de los sucesos exteriores y de los progresos internos de los nuevos estados para llegar á un gobierno regular.» Al hablar de los sucesos exteriores, Canning quería decir que Inglaterra trataría á las colonias como países independientes, si Luis XVIII, empeñado en sostener las tendencias absolutistas de Fernando VII, llegaba á intervenir en el conflicto colonial. Al hablar de progresos internos, Canning dejaba entrever que si los nuevos países adoptaban el régimen monárquico, Inglaterra reconocería su independencia. Hacia el mismo tiempo Chateaubriand, el autor de *Atala y los Mártires*, convertido en ministro de Luis XVIII, soñaba con proponer una transacción á la península y á sus colonias, transformando á estas en reinos autónomos; pero bajo la soberanía de los príncipes, franceses ó españoles, de la casa de Borbón. El gobierno de Jorge IV, en conocimiento de este utópico plan, se apresuró á entenderse con los Estados Unidos, cuyo presidente Monroe declaró en un mensaje, el 2 de Diciembre de 1823, que Europa debía considerar sagrados á los gobiernos independientes del Nuevo Mundo. Inglaterra, apoyando implícitamente esta declaración, hería de esterilidad la política aventurera y soñadora de Chateaubriand.

El 26 de Diciembre de 1823, Fernando VII propuso que las potencias, reuniéndose en París, solucionasen la cuestión hispano-americana. Canning, en una nota del 30 de Enero de 1824, respondió que la única solución del conflicto era aceptar los hechos consumados. En Julio del mismo año, Canning entró en negociaciones con el gobierno argentino, celebrando con éste un tratado de comercio. Un año después, el primero de Enero de 1825, el gabinete inglés declaró, á los ambajadores extranjeros residentes en Londres, que el Reino Unido reconocía, con toda solemnidad, á las colonias americanas como estados independientes y que iba á nombrar los cónsules que debían representarlo en esos países. De ese modo quedó resuelta la cuestión colonial. España misma se llamó á sosiego, comprendiendo que su causa estaba perdida ante las grandes cortes de Europa. Estas adoptaron un *modus vivendi*, que equivalía á reconocer la soberana personalidad de las balalladoras naciones de América.

LIBRO UNDÉCIMO

EL SOL DE MAYO.

I

Chuquisaca se sublevó, el 25 de Mayo de 1809, bajo el pretexto de oponerse á los ocultos planes de los que querían entregar aquella colonia á la casa de Braganza. El 16 de Julio, la Páz siguió el ejemplo de Chuquisaca, diciendo en un manifiesto digno de eterna recordación: «Ya es tiempo de levantar el estandarte de la libertad en estas desgraciadas colonias, adquiridas sin el menor título y conservadas con la mayor injusticia.»

En el espacio que separa estos dos sucesos, válvulas de escape del sentimiento emancipador, el virrey Liniers, injustamente sospechado de afrancesado, fué sustituido por el teniente general Hidalgo de Cisneros. El 30 de Junio de 1809, Don Baltasar Hidalgo de Cisneros entraba en Buenos Aires, recibiéndole los nativos con frialdad y los peninsulares con entusiasmo.

Mientras Cisneros mandaba mil hombres, á las órdenes del general Nieto, contra los rebeldes de Chuquisaca, el virrey del Perú mandó á cinco mil, bajo las órdenes de Goyeneche, para que castigasen á los soberbios rebeldes de la Paz. Goyeneche venció á los paceños, mostrándose cruel después de la victoria; el general Nieto sometió á los de Charcas mostrándose indulgente con los sometidos. Según afirma Mitre, en su popular *Historia de Belgrano*, la pena capital no alcanzó á ninguno de los autores del movimiento de Chuquisaca, en tanto que la infamia y la tortura fueron el premio de los pobres vencidos en Tupiza, pagando con la vida su atrevimiento el presidente de la junta revolucionaria, el noble y heróico Pedro Murillo.

Al llegar al virreinato de Buenos Aires, Cisneros se encontró con la hacienda agotada, á causa de los gastos á que dieron lugar las invasiones inglesas y á causa también de la pródiga administración de sus antecesores. Si el espíritu malevolente de los nativos hacía imposible le creación de nuevos impuestos, la guerra de la

península con el águila napoleónica había producido una espantosa crísis comercial. En vano Cisneros, tomando en cuenta una notable exposición escrita por Mariano Moreno, declaró abiertos los ríos de la colonia á los productos industriales de todas las naciones. El odio de los nativos no fué menos hondo ni menos visible. Estaban secas las raíces del árbol de la supremacía española. Ya la idea de la libertad nacía y se espaciaba en los corazones, como el trébol balsámico en las cuchillas cuando sueltan sus rizos los céfiros suaves de la primavera. El espíritu patricio se desarrollaba, mientras iba decreciendo el espíritu hispano. Moreno había predicado, en su exposición, el principio económico del comercio libre; Belgrano predicaba, con la pluma, la libertad de la prensa y la reforma de la enseñanza. Moreno quería romper el yugo colonial de los intereses de los nativos; Belgrano quería romper el yugo colonial de las inteligencias americanas. Los dos herían de muerte á la península en sus feudos del sur: Moreno ampliando ilimitadamente los horizontes del progreso económico, y Belgrano ampliando ilimitadamente los horizontes del progreso intelectual.

Cisneros, poco comunicativo, no sabía qué hacerse entre el tradicionalismo español, poco dado á reformas, y las novísimas aspiraciones de los criollos. Un golpe de espada decidió del destino, al saberse que el primero de 1810 los franceses habían ocupado á Sevilla. Fundóse además, por aquel entonces, una sociedad de carácter secreto, compesta por Belgrano, Vieytes, Castelli, Donao, Passo, Alberti, y Rodriguez Peña. Su fin no era otro que el de promover una revolución; pero no todos pensaban en emanciparse de la corona ibérica. Estos eran los menos. Castelli soñaba resueltamente con la emancipación completa y definitiva. Belgrano quería un coloniado autónomo, producto de una gran reforma social; pero sin dejar de formar, con la metrópoli, «una misma nación y una misma monarquía.» Esas son sus palabras. Moreno quería disolver, en los ácidos de la revuelta, las cadenas de la servidumbre. Belgrano, á lo sumo, creía posible una realeza americana de cuño indígena ó de oropeles ultramarinos; pero en el fondo, no era un demócrata como lo eran Castelli y Moreno.

El Ayuntamiento de Buenos Aires, impulsado por la sociedad secreta y al saber la caída de la ciudad sevillana, convino en correr la aventura de convocar un cabildo abierto, para que decidiera de le suerte del virreynato. El 22 de Mayo de 1810, á las nueve de la mañana, se reunió el cabildo, figurando en aquella magna asamblea los elementos más prestigiosos del vecindario. En vano el oidor Villota y el obispo Lué predicaron la ley antigua, el acatamiento á las autoridades emanadas de la realeza ó representativas de la metrópoli. Castelli y Passo, considerando que los nativos quedaban jurídicamente desvinculados del imperio español por el derrumbe de la dinastía borbónica, opinaban que debía destituirse al virrey y constituir una junta emanada del pueblo. Huidobro y Vieytes querían que el cabildo eligiese esa junta; pero, sometiéndola á la autoridad de las Cortes de España. Después de una vota-

[illegible] fatigosa y larga, triunfaron las opiniones de Huidobro, Vieytes, Viamont, Balcarce y Rodríguez Peña, acordándose que los cabildantes se reunirían, al día siguiente, para aprobar el acta, de lo resuelto y llevar á la práctica lo votado; pero el Ayuntamiento decidió, por la noche, suspender la asamblea y reforzar, con un cuerpo consejil de algunos vecinos, la paupérrima autori-

[illegible]

aspecto ceñudo de la multitud que llena las calles próximas á la casa capitular. Se mantenía aun el conciliábulo del Ayuntamiento, por las vacilaciones del virrey y las resistencias de los comandantes militares, cuando Belgrano y Saavedra, entrando en el recinto de los debates, exigieron que se cumpliera el mandato del cabildo del día anterior, haciéndose así, el día 24, con la designación de una junta formada por Cisneros, Castelli, Sola, Saavedra y Santos Inchaurregui. Los patriotas, desconcertados en sus esperanzas, recibieron con disgustos y con ira estos nombramientos, porque la designación del virrey burlaba y escarnecía, de un modo audaz, el propósito perseguido por los cabildantes. ¿A qué sostener una autoridad caduca, remachando las cadenas de la opresión?

Detengámonos un instante para insistir, poniéndolas de relieve, sobre las causas de los odios despertados por el virrey. Según Fidel López, Cisneros era un espíritu ecuánime y un hombre de bien; pero carecía de tacto político y no pudiendo penetrar en el fondo del espíritu patriótico, creía que la desunión entre los americanos y los españoles no era sino un incidente tan lamentable como pasajero. Imaginó, con su estrechez de miras, que la llaga podría cauterizarse con la templanza en las insinuaciones y la bondad en el trato con los nativos. Fué, casi siempre, conciliador y tímido; pero se enajenó todas las simpatías, desencadenando la tempestad, al ordenar, para reprimir á los insurgentes de Chuquisaca, que los patricios se alistasen en las filas del ejército del general Nieto. Arrancados de sus hogares, en defensa de una causa que muchos de ellos creían injusta, los patricios consideraron despótica aquella resolución, uniéndose á esto, la creación de la regencia gaditana, que fué antipática, hondamente antipática para los criollos, porque Cádiz representaba el monopolio económico peninsular, por haberse opuesto, en toda circunstancia y en todo tiempo, á las franquicias solicitadas frecuentemente por el comercio de Buenos Aires. Para los nativos, Cádiz hacía imposible todas sus esperanzas de expansión material, como Cisneros hacía imposibles todas sus esperanzas de expansión política.—Tirados los dados, no era lógico ni prudente retroceder. Moreno y Castelli pensaban así. Lo mismo pensaban, aun que con menos democráticos ideales, Vieytes y Belgrano. Lo mismo se pensaba también en las canchas de pelota y en los barrios extremos de la ciudad, turbados de continuo por las desinteligencias entre los americanos y los europeos, cuyo orgullo tradicional desafiaba imprudentemente á la soberbia bravura de los colonos, bien puesta á prueba, en 1806 y en 1807,

durante las invasiones británicas de Berresford y de Whitelocke. El amanecer del día 25, fué un amanecer otoñal, opaco y lluvioso, destemplado y ceñudo, como si los cielos reflejasen las cóleras de la tierra. Frente á la casa capitular se formaron grupos, que fueron creciendo y fueron condensándose, hasta convertirse en imponentísima manifestación. French quiso organizarla, mandando hacer precipitadamente un montón de escarapelas blancas y azules, recibidas y ostentadas con entusiasmo por la multitud. El primer sombrero en que lució el patriótico distintivo fué el sombrero del valiente y ardoroso Berutti. Al fin, French y Berutti invadieron la sala capitular, obteniendo, con el apoyo de la multitud y las tropas nativas, la designación de una nueva junta formada por Saavedra, Castelli, Belgrano, Azcuénaga, Matheu, Larrea, Alberti, Passo y Moreno. Esta junta no sólo debía mandar á las provincias una expedición armada, para favorecer los movimientos emancipadores, sino que debía también convocar un congreso encargado «de constituir ó establecer la forma de gobierno que se considerara más conveniente.» Los cabildantes salieron al balcón que daba á la plaza, leyendo, entre los aplausos y los vivas de la muchedumbre, estas resoluciones. En la plaza se lloró de alegría. Con el anuncio del congreso soberano y constituyente, quedaba roto el cordón umbilical de la metrópoli con el virreinato. La colonia había dejado de ser colonia, arrojándose, para siempre, en los robustos brazos de la libertad. Apesar de lo lluvioso y de lo destemplado de aquel día feliz, apenas se supo lo conseguido por las impaciencias del patriotismo, los cohetes cruzaron el aire húmedo, se adamascaron todos los balcones, las guitarras rompieron en jubilosas décimas, y cruzaron las calles, llenas de fogatas, la destreza y la gallardía de los jinetes criollos, luciendo en la parte delantera del poncho, sobre el corazón, ó en el costado izquierdo del sombrero gaucho, de alas flexibles y de buen llevar, el distintivo inventado por French.

Moreno sobresalía, por sus vistas políticas y por sus alientos de reformador, entre todos los hombres de la junta. Mitre afirma con razón sobrada, en su popular *Historia de Belgrano*, que Moreno subordinó la revolución á su genio, siendo el verdadero númen de aquel democrático movimiento. Vicente Fidel López en el tomo tercero de su *Historia de la República Argentina*, nos lo pinta nervioso, vehemente, activo, intachable como administrador, muy virtuoso en su vida doméstica, padeciendo de terribles insomnios que exaltaban su imaginación y amante con exceso del misticismo social del filósofo ginebrino. Mitre y López aciertan en el elogio. La revolución, ideológica y prácticamente, estaba encarnada en Moreno, de quién puede decirse que realizó el ideal de Goethe, formando su talento en el silencio de la vida privada y su carácter en el bullicio de la vida pública. Moreno adobó el cerebro de la revolución, al mismo tiempo que robustecía sus atléticos brazos, luchando por organizar un ejército fuerte, mientras creaba una biblioteca de índole popular, á fin de que los nativos pudiesen adiestrarse en los principios fundamentales del gobierno libre. Si

fracasaba la libertad, Moreno quería caer con ella y sucumbir ahogado por sus brazos augustos, en la postrer caricia de sus eucarípticos esponsales. Por eso, mientras otros contemporizaban con la realeza, Moreno les gritaba á los suyos, mostrándoles el edificio del régimen colonial, lo que Ulises les gritaba á los griegos en los muros troyanos del latino Séneca: *¡Funditus cuncta erue!*

II.

Sí. Era necesario demoler hasta los cimientos del viejo edificio. Era necesario que no quedase piedra sobre piedra en aquel fortín, donde se habían encastillado la superstición religiosa y el monopolio comercial y el monárquico fetichismo desde mediados del siglo XVI hasta los despuntares del siglo XIX.

El 15 de Junio era desconocida la junta de Buenos Aires por la asamblea popular que convocó el Cabildo de Montevideo, apesar del esfuerzo con que defendió los ideales emancipadores, ante aquella asamblea, el americanismo ardiente de Passo. El general Liniers, apoyado por las autoridades civiles y eclesiásticas de la ciudad de Córdoba, también desconoció á la junta de Buenos Aires, en vista de lo cual la junta resolvió que 1.300 hombres, mandados por Ocampo, marchasen sobre Córdoba y concluyesen con las resistencias que organizaba el hispánico celo de Liniers. Este quería reclutar un ejército reconquistador en el Alto Perú; pero no encontró apoyo en el espíritu de los cordobeses, ganados á la causa emancipadora por el deán Funes. El 31 de Julio, Liniers abandonó la ciudad cordobesa, dirigiéndose á Salta, siendo alcanzado, en la noche invernal del 6 de Agosto, por una partida de las fuerzas de Buenos Aires. Entregóse sin resistencia, gozoso de su sacrificio de realista caballeresco, que permite á los pósteros grabar sobre el retrato del héroe de las invasiones británicas esta triste leyenda: *¡Oh Libertas, cupit perire dijitis tuis!*

En efecto Liniers, Concha, Allende, Moreno y Rodríguez, jefes de aquel movimiento contra la junta, fueron barbaramente fusilados, el 26 de Agosto, en el sitio que se conoce con el nombre de Cabeza del Tigre. El Dr. Castelli, delegado por el gobierno de Buenos Aires, presidió aquella estéril ejecución. José Manuel Estrada, en el tomo segundo de su *Historia Argentina*, afirma que este hecho afeó la bandera revolucionaria, poniendo en sus listones cuágulos de sangre vertida con una crueldad inútil.

Tiene razón. La bandera de Mayo, para adelantar, no necesitaba semejantes ofrendas. San Luis, Mendoza, Tucumán y Santiago se pronunciaron con prontitud, acatando el dominio de la junta central y reconociendo lo patriótico de sus fines. Como el suplicio de Liniers disgustase á Ocampo, separóse á este del mando de las fuerzas reunidas en Córdoba, colocándolas bajo las órdenes del Balcarce, que debía distinguirse heróicamente en las cruzadas épicas de San Martín. Engrosando sus filas en Tucumán y Salta, Balcarce avanzó con intrepidez sobre el Alto Perú. Vencido en Cotagaita

por los generales Córdoba y Nieto, volvió á encontrarlos para obtener, el 7 de Noviembre, la espléndida victoria de Suipacha, siendo esta el primero de los cantos de la epopeya escrita, en el libro de las batallas, por las viriles legiones de Buenos Aires.

Tampoco el Paraguay había depuesto á sus autoridades de cuño español, mostrándose sordo á las insinuaciones y á los reclamos de la junta argentina. Según nos dicen Rengger y Longchamp en su *Ensayo Histórico*, el Paraguay era mitad indio y mitad jesuita, con hábitos monacales y hábitos de tribu. Vivía solo y apático en sus híspidas selvas, á cuyos troncos, de resinoso aroma, enlazan sus festones las orquídeas de extraña coloración. Vivía solo y apático en sus selvas vírgenes, mecidas por el constante hálito del estío y acariciadas, en las embriagueces de su florecer, por el perenne trueno de la catarata irisadísima del Guairá. El grito de los libres apenas llegaba á las quietudes de su aislamiento. La junta quiso fiar á las armas lo que debió fiar á la predicación. Belgrano, con mil hombres y con seis piezas de artillería, invadió el Paraguay. Gobernaba allí el coronel Bernardo de Velazco. Según refiere la delicada pluma de Cecilio Báez, en sus *Cuadros históricos y descriptivos*, el 24 de Julio de 1810, Velazco, de acuerdo con el Cabildo de la Asunción, convocó una asamblea de notables, dándoles cuenta de la circular de la junta bonaerense y de los trastornos de la península. Apesar de que el doctor José Gaspar de Francia, miembro de la asamblea, sostuvo la caducidad del poder español, los notables resolvieron por mayoría, el día 26, guardar fidelidad á la regencia hispaña y no reconocer la superioridad de la junta de Buenos Ayres. En Diciembre de 1810, después de haber organizado su ejército en la Bajada y de cruzar la provincia de Corrientes, Belgrano penetró en el Paraguay. Fué vencido, el 19 de Enero de 1811, en la batalla de Paraguarí. Retiróse precipitadamente, aunque sin tumulto ni desfallecimiento, hacia la márgen sur del Tacuarí. Sobre el único paso que tiene este río, de rápida corriente y montuosas barrancas, levantó sus trincheras y puso sus cañones, escribiendo á la junta, con su acostumbrada sinceridad, que el pueblo paraguayo le resistía enérgicamente. Las tropas de Cabañas atravesaron, el 9 de Marzo, los azules cristales del Tacuarí. Después de siete horas de encarnizada brega, Belgrano fué vencido por segunda vez. El 15 de Mayo de 1811, obtenida la cesación de las hostilidades, el ejército de Belgrano se retiraba del Paraguay. Nacido en Buenos Aires en 1770, estudiante de teología en el célebre colegio de San Carlos y bachiller en leyes de la histórica ciudad de Valladolid, Belgrano se distinguió desde las primeras horas revolucionarias, por su honradez y su liberalismo. Sirvió á la causa emancipadora con la espada y con la pluma, con el brazo y con el pensamiento, convirtiéndose de letrado en capitán y siendo uno de los más luminosos apóstoles de la demagogia doctrinaria de las ciudades del sur del [illegible] triu[illegible] lo[illegible]

HEROES DE LA INDEPENDENCIA DE AMERICA

REPÚBLICA ARGENTINA



Manuel Belgrano

fético instinto, que el régimen republicano, desposorio del orden con la libertad, era el único régimen viable en América. Paz, el artillero que resolvía por ecuaciones el problema de las batallas, se formó á su sombra acompañándolo en los comienzos de la lucha homérica, para aprender, mirando los líneas de su noble frente, á no ensoberbecerse después de una victoria como la de Salta, y á no palidecer después de una derrota como la de Ayohuma. Sarmiento dice que Belgrano era «un general sin las dotes del genio militar y un hombre de estado sin fisonomía acentuada.» Tenía, en cambio, el dón del sacrificio, la preciosa virtud de la sinceridad, una fé profunda en los milagros del alfabeto y una moral sin mancha. El fué el primero que enarboló, creándola para la gloria y el progreso y la justicia, la bandera celeste y blanca, en que hizo nido de libertades el sol de Mayo; aquella bicolor bandera gallarda, que saludan los audaces Guerrilleros de Güemes y custodian los veteranos tiradores de San Martín; aquella bandera, formada con las cintas de una banda real, para que la victoreen, hasta enronquecer, O'Higgins en Maipú y Sucre en Ayacucho!

III.

Entre tanto, y bajo las inspiraciones de Moreno, la junta llamaba á los nativos al ejército de la magistratura, levantándose suscriciones populares para sostener los gastos de la guerra emprendida en el Alto Perú y en el Paraguay. Moreno, el alma de la junta y el secretario laboriosísimo de la misma, marchaba escudado, según una hermosa frase de Milton, por el invencible campeón de su conciencia, uniendo á sus brillantes alas de escritor y tribuno, el minucioso saber de los pormenores, que es la primera de las habilidades administrativas. Pronto entraron en lucha los elementos adictos á Mariano Moreno, francamente demócratas, con los elementos adictos á Cornelio Saavedra, quienes tenían el predominio de las grandes masas, afanándose por conservar, en medio del trastorno, los añejos hábitos y las aristocráticas jerarquías coloniales. El grupo de Saavedra resolvió apartar de la escena al grupo democrático, aprovechando el descontento, creciente y hondo, que el centralismo de Moreno suscitaba entre los provincianos. Estos no comprendían que el centralismo de los demócratas era una necesidad de las circunstancias, porque no se concibe que, en momentos de borrasca suprema, el navío se entregue á la dirección de varios capitanes. Era, por otra parte, labor suicida poner el manejo de los negocios en manos poco aptas, siendo indiscutible que la capital, por razones de cultura didáctica y educación política, estaba encargada de salvar al navío revolucionario de los escollos que iba costeando á fuerza de virtud varonil. Sea como sea lo cierto es que los demócratas y los saavedristas se encontraban frente á frente á fines de 1810, reforzando á los últimos, de tendencias aristocráticas, los afectos á las teorías descentralizadoras, confuso instinto é ideal confuso de las inorgánicas masas provinciales. Saavedra, colocado á la cabeza del gobierno revolucionario

y sostenido por los cuerpos militares de la capital, logró que se incorporasen á la junta, como miembros de esta, nueve de los representantes nombrados por las provincias para constituir el congreso general que debía reunirse en Buenos Aires. Moreno, solo y triste, partió para morir en medio de las olas y lejos de la tierra de sus adoraciones. Empeñado en romper todas las vallas opuestas á la soberanía de la multitud, aquel orador y aquel periodista fué el verbo luminoso de la revolución, á la que quiso armar con las armas del músculo y del cerebro, para que filosofara como Rousseau y combatiera como Espártaco. Para Moreno, la libertad no se parecía á las doncellas de formas infantiles y ademanes tímidos, pintadas por Greuze: la libertad era como las diosas de actitud soberbia, como las Minervas de oro y de marfil que esculpieron los mágicos cinceles de Fidias!

Moreno falleció el 4 de Marzo de 1811. El 5 de Abril estalló un tumulto de origen saavedrista y de tendencias reaccionarias, siendo alejados de la junta gubernamental Peña, Vieytes, Azcuénaga y Larrea. Fueron sustituidos, en nombre de la tendencia moderada, por Chiclana, Alagon, Campana y Gutierrez. No nos extrañe. Como dice Thiers, «todas las grandes revoluciones se desarrollan por medio de sacudimientos sucesivos, y con intérvalos siempre más largos de lo que la impaciencia humana quisiera.» La junta, amiga de los boatos oficialescos y que se llamaba *conservadora de la soberanía de Fernando VII*, era la antítesis del espíritu democrático, que anhelaba que las reformas tuviesen por base, frontispicio y cúspide la soberanía de la multitud. No todos encontraron digna de encomio la audacia motinera del 5 de Abril. Para muchos, el fin de la junta revolucionaria no era el de conservar, sino el de demoler las leyes coloniales. Cuando el 20 de Junio de 1811, Balcarce fué vencido en los cerros de Guaqui por las tropas de Goyeneche, la capital se alzó contra la junta, acusándola de haber contribuido, con su debilidad, al desastre de las armas de la revolución. El golpe era tremendo; la derrota, completa. Balcarce, al llegar á Oruro, pudo decir como Bonaparte, antes de su segunda abdicación: «Ya no tengo ejército: ya no tengo más que pelotones de fugitivos.» La junta, cediendo á las imposiciones del sentimiento público, se despojó de sus facultades ejecutivas, delegándolas, el 23 de Setiembre, en un triunvirato constituido por Manuel de Sarratea, Feliciano Chiclana y Juan José Passo. Entre tanto, Bernardo Monteagudo llegaba á Buenos Aires. Nacido, fuera de matrimonio y hacia 1785, bajo el cielo esplendente de Tucumán; doctorado, en Setiembre de 1808, en la célebre universidad de Chuquisaca: revolucionario, durante el 1809, en Charcas y la Paz, en virtud de lo cual vivió bajo cerrojos hasta 1810; incorporado, apenas se vió libre, á las huestes patriotas del Alto Perú; vencedor en Suipacha y vencido en Guaqui; publicista y demócrata como Moreno, Bernardo Monteagudo tomó á su cargo, el 13 de Diciembre de 1811, la redacción de la *Gaceta de Buenos Aires*. Ejercieron también ese apostolado,—antes que Monteagudo,— Funes y Agrelo. Mariano Moreno la había fundado, á raíz de la formación de [redacted] primera

junta, para darle una cátedra y una tribuna al partido demócrata. Fregeiro, en un libro consagrado á la memoria de Monteagudo, nos dice que este pertenecía á la familia de los políticos trabajados por el orgullo y la fiebre de una actividad sin rival, agregando «que era un hombre lleno de vivacidad y de ingenio, escritor elocuente y patriota convencido; pero voluble y sin iniciativa propia, aunque de una energía terrible y á veces sombría.» Monteagudo devolvió al periódico revolucionario el nervio y el entusiasmo de sus primeras predicaciones. Dijo á los aristócratas: «Todos los hombres son iguales en presencia de la ley: el cetro y el arado, la púrpura y el humilde ropaje del mendigo no añaden ni quitan una línea á la tabla sagrada de los derechos del hombre.» Gritó á los tímidos: «Mientras cada soldado no sea un ciudadano y cada ciudadano no sea un soldado, nuestra independencia será un fantasma sin realidad. Todos deben conocer sus obligaciones para sostener sus derechos.» Exasperado ante la idea de la reacción, por lo desgraciado de los azares de las armas patriotas, escribió en la frente de los descreídos: «En vano los déspotas, en vano sus imbéciles aduladores, provocarán contra nosotros las furias del averno; su rabia y su desesperación será el forzoso homenaje que tributen á nuestra independencia.» ¡Viva la república y triunfe la patria!»

Así, uniendo la enseñanza á la imprecación, comenzaba el año de 1812.

IV.

Mientras esto decían el valor cívico y la espartana intrepidez y la nerviosa sensibilidad y el estilo brillante de Monteagudo, el triunvirato disolvía la junta, una escuadra española bloqueaba á Buenos Aires, el poder monárquico seguía encastillado en Montevideo y se constituía en gobierno libre la provincia indomable del Paraguay. A principios de Julio de 1812 se descubrió una conspiración realista, encabezada por don Martín de Alzaga, para apoderarse del gobierno y sorprender á las fuerzas de la guarnición. Se fusiló á treinta y ocho de los conjurados de más valimiento. Fué otra irreflexiva y estéril crueldad. Del ajusticiamiento de Liniers y del ajusticiamiento de Alzaga, que se habían batido contra la invasión inglesa en 1807, puede decirse lo que Chateaubriand decía del ajusticiamiento del duque de Enghien: «Es más que un crimen; es un error.» El realismo era una convicción y á las convicciones no se las persigue con el fuego y el hierro. Por otra parte, la revolución no era lógica castigando con la muerte á la rebeldía, porque, para el criterio histórico basado en el principio de autoridad, ella no era otra cosa que una gran rebelde. En las tierras del sur, ni siquiera podía reivindicar la propiedad del suelo. Los aborígenes apenas existían, barridos por los criollos y por los iberos. Los diezmaban la tísis y la cultura. Aquello era la raza combatiendo con la misma raza, el hijo quebrantando la tutela paterna, los partidarios del derecho racional

de los pueblos alzándose contra los partidarios del derecho div de los reyes. La prepotencia de elemento conservador iba á fi lizar. El triunvirato dió un estatuto, estableciendo la amovili periódica de los gobernantes y delegando la elección de los mis en una asamblea de corporaciones, donde primaban, por su mero aplastador, los elementos de Buenos Aires. De esta ma los triunviros se garantían el predominio de la capital y po gaban la convocatoria de la asamblea constituyente, poniend en pugna con los federalistas y con los demócratas. Entonces tró en juego la logia Lautaro, donde primaban los ideales de reno y de Monteagudo. Establecida en 1812, era la logia, por estatutos, una verdadera institución masónica, con categorías duales entre sus miembros. La logia, compuesta de americano cuyo fin era cooperar á la emancipación del continente, eje una influencia poderosísima sobre la opinión, entrando sus ra zones en el ejército y en todas las oficinas públicas. Sociedad teriosa, con una escala de teatrales iniciaciones y con una es chísima solidaridad entre sus miembros, cuya personalidad d parecía para perderse en las irresponsabilidades del nucleo so que castigaba las desobediencias y los perjurios, la logia era instrumento liberticida por lo grande de su poder y un instrumento de libertad por lo americano de su ferviente republicanismo. triunvirato, á quien la logia no pudo imponer su tutela, cometió dos errores inmensos. Al restablecer la supremacía metropolitana, irritó á las provincias, y al abrogarse la suma potencialidad ej cutiva, hizo de su estatuto un estatuto anti-popular y antidemocrático. San Martín, á quien disgustaban las inepcias militares del triunvirato, y Alvear, cuya ambición veía un obstáculo en los triunviratos, convirtieron en centro de resistencia á la logia lautarina, donde se congregaban las voluntades más firmes y los cerebros más robustos de aquellas horas. En la logia se incubó un nuevo movimiento, con hondas raíces en la opinión, que ilustraba y enardecía la prédica incesante de Monteagudo. Este movimiento que estalló el 8 de Octubre de 1812, eliminó á los triunviros de la escena pública, sustituyéndolos con el gobierno provisional de Passo, Alvarez Fonte y Rodriguez Peña, quienes acordaron y resol vieron, el 22 de Octubre, la convocatoria del Congreso General Constituyente. No deben extrañarnos estas repetidas y tumultuarias crísis internas. No hay parto sin dolor. La semilla sufre, en el laboratorio de la naturaleza, antes de transformarse en raíz, ante de retoñar, antes de ser arbusto, antes de echar flor, y antes d que las ramas cubiertas de flores se conviertan en ramas cubiertas de frutos. Dice Macauley: «Las revoluciones no son otra cosa sino la lógica consecuencia de los cambios morales que se verifican pau latinamente en el congregado social.» Si los cambios morales no son profundos, si las reformas no representan una vehemente aspiración pública, si el terreno no está preparado para la siembra de las verdades nuevas ó para la implantación de un régimen más progresista que el régimen que se trata de suprimir, los movimien tos revolucionarios se estacionan de pronto ó nacen [illegible]termos d

esterilidad. Es lógico y justo que el movimiento de Mayo titubeara y avanzase por series. ¡Las caravanas de las aves emigradoras, cuando alzan su vuelo de viajeras, permanecen inmóviles un instante en la inmensidad, hasta que abren las alas, como el buque que distiende sus para correr de los montes que iluminan el estío!

V.

Después de la triste jornada de Guaqui, los patriotas se habían reorganizado en tierras de Salta, poniéndose á las órdenes de Pueyrredón. Goyeneche, entre tanto, rendía en Sipesipe á los *revoltosos* de Cochabamba, para avanzar sobre Pueyrredón y vencer á uno de sus tenientes en la quebrada de Nazareno. Goyeneche invadió la provincia de Salta, mientras que Pueyrredón se replegaba sobre Tucumán, donde fué sustituido, en el comando del ejército libertador, por la incansable fé del general Belgrano. Cochabamba se rebeló otra vez y Goyeneche volvió sobre Cochabamba, dejando tres mil hombres de probado temple á las órdenes de Tristán. Belgrano reorganizó su ejército y avanzó hacia Jujuy; pero retrocedió, en mitad de la marcha, al saber una nueva victoria de Goyeneche. Cochabamba fué reducida y entregada al saqueo. El 24 de Setiembre de 1812 se arremetieron, á la vista de Tucumán, las tropas de Tristán y las de Belgrano. Reñido fué el encuentro y larga la brega; pero la fortuna estuvo con la revolución, siendo muchas las pérdidas de los españoles y grande el influjo de la victoria, causada por los errores del jefe peninsular más que por la pericia del jefe americano. En este combate hizo su aparición la caballería de los camperos, sin otras armas que el lazo en la diestra y el cuchillo en la punta de la tacuara. Esa caballería, granizada de rayos, poniendo en dispersión á la caballería real, entró como cuña por uno de los flancos del enemigo, introduciendo el desorden en las filas de éste. Dispersada á su vez, en aquella carga á modo de malón, se extendió por el campo, lanceando á los prófugos y saqueando el parque realista. Tristán tuvo 450 muertos y 626 prisioneros, dejando cuatrocientos fusiles y siete cañones en poder de las tropas de Belgrano. Poco tiempo después de la pelea, al terminar Octubre, Belgrano nombró generala de los patriotas á la Virgen de las Mercedes. Recuérdese el catolicismo de aquellos tiempos, y se verá si fué en extremo oportuno aquel generalato. En virtud del espíritu de la época, muy dado á fervores, ese acto de piedad tuvo todo el alcance de un acto político. El liberalismo de las ideas revolucionarias era, para muchos, un signo de impiedad y una patente de fracmasonería. Al luchar contra ellas, se luchaba en defensa del rey y de la religión. El fanatismo, que tronaba en el púlpito, tuvo que enmudecer ante el blanco ropaje y la corona cívica de la generala de los ejércitos libertadores.

El 31 de Enero de 1813 se realizó la magna apertura del primer congreso constitucional. ¡Tres años se había suspirado por aquella

asamblea! El 3 de Febrero, San Martín obtuvo una nueva victoria sobre los españoles. La ibérica escuadrilla, enseñoreada del Paraná, ponía en confusión, con sus desembarcos de filibustera, á los habitantes de aquellas comarcas. San Martín recibió la denuncia de un nuevo desembarco en las inmediaciones del convento de San Lorenzo. Con 120 hombres salió al encuentro de la expedición, formada por 250 infantes y por dos piezas de artillería. Dividiendo sus fuerzas en dos pelotones de 60 jinetes, cayó sobre los flancos del enemigo, obligándole á reembarcarse, después de haber perdido sus cañones y su bandera. Figuraba como segundo jefe del escuadrón organizado por San Martín, un oriental, un maragato, un hijo de las fértiles comarcas de San José. Llamábase este don Justo Guzmán Bermúdez, distinguiéndose por su intrépido y temerario arrojo durante todo el combate de San Lorenzo. Persiguió á los españoles, después del triunfo, hasta las barrancas del Paraná. Una bala de cañón le mató el caballo y le tronchó una pierna. Transportado al campamento de los patriotas, San Martín le felicitó por su denuedo; pero increpándole la imprudencia de que había hecho gala en la persecución. Bermúdez, disgustado por la injusticia de aquel reproche, se arrancó los vendajes, dejándose desangrar como un estóico de los que cita Tácito. San Martín dió órden de que el cuerpo de granaderos llevase luto por el espacio de un mes, en homenaje á la noble memoria de su heróico capitán. Este rasgo pinta la delicadeza de aquellos hombres y lo espartano de aquellos tiempos.

Al triunfo de San Lorenzo siguió el de Salta, donde se había atrincherado, á raíz de su derrota, el general Tristán. Allí fué á buscarle la bandera enarbolada en 1811. Cerca de 3500 hombres componían el ejército realista. Los patriotas apenas llegaban á 3000. El 20 de Febrero de 1813, al desgarrar la aurora los tules de una noche de lluvia torrencial, el ejército de Belgrano avanzó hacia el ejército de la realeza, extendido, en las inmediaciones de la ciudad, al pié del cerro de San Bernardo. El ataque, al principio, fué rechazado con energía y hasta con ventaja: pero una vigorosísima carga de Dorrego hizo ceder al ala izquierda del enemigo, la que se replegó desordenadamente sobre la ciudad. El centro se mantuvo firme por algún espacio, hasta que, puesto también en fuga por el centro argentino, arrastró á la reserva, renovándose la lucha durante tres horas, en las calles de Salta. Tristán capituló, obteniendo permiso para retirarse con rumbo al Perú, bajo juramento de no hacer armas contra las provincias unidas del Río de la Plata. Los patriotas de Buenos Aires censuraron la capitulación de Salta. El virrey del Perú la desaprobó. Los realistas perdieron, en el combate, 481 muertos, entregando, en virtud del capitular, 2188 fusiles y 10 piezas de artillería. Belgrano estableció hacia fines de Junio, su cuartel general en Potosí. Goyeneche, cansado de una lucha que nunca concluía, se retiró del mando del ejército de la corona, siendo sustituido por el brigadier Joaquín de la Pezuela.

Belgrano, sabiendo que sus enemigos carecían de medios de movilidad, destacó sobre ellos partidas volantes, bien dirigidas y comandadas valientemente por los guerrilleros La Madrid, Lanza y Cárdenas. Pezuela, mortificado por la tenacidad de estas gloriosas audaces montoneras, se impacientó y se dispuso á dar un golpe decisivo. El primero de Octubre de 1813, Belgrano fué vencido, tras una contienda desesperada, en la pampa de Vilcapugio. Los patriotas dejaron 300 cadáveres en el campo, perdiendo el parque y la artillería. El 14 de Noviembre, Pezuela atacó de nuevo á Belgrano. Este, después de haber reorganizado sus fuerzas con elementos de Cochabamba y Charcas, se situó en Ayohuma. Dominan esta pampa los altos de Taquiri, de los que descendió el ejército peninsular á las primeras luces del amanecer del día 14. La mayoría de los jefes de Belgrano consideraban imprudente el combate que iba á reñirse, creyendo oportuno el retiro de las tropas á Potosí. Belgrano no quiso jugar el todo por el todo, confiando en la superioridad de su caballería y en su conocimiento del campo de batalla. Fué vencido otra vez. El cañoneo de las 18 piezas del ejército de Pezuela barrió las filas del centro patriota, mientras se estrellaban, contra los cuadros del ala derecha peninsular, los heróicos lanceros de Zelaya.

No detuvieron á la derrota, que fué terrible, ni las cargas á la bayoneta de los infantes de la libertad, ni el empuje huracanado de los jinetes de la causa buena, ni el patriótico sacrificio de las vidas de Cano y Superi. El relato de la retirada parece un relato de Jenofonte. Se tocó á reunión á la vista del enemigo y á media legua del campo de batalla. El día 16 de Noviembre Belgrano penetró en Potosí, gracias á las proezas y á la lealtad de los dragones que componían su retaguardia, hostilizados incesantemente por el vencedor. El día 18 evacuó aquella plaza, donde al principio pensó fortificarse y que los realistas ocuparon á fines de Noviembre. Talvez se pensará que una reacción contra la independencia debía ser el fruto, natural y lógico, de los desastres de Ahohuma y de Vilcapugio. No sucedió así. Nadie desesperó en aquellas tristísimas horas. Dice Daniel Granada, en sus *Supersticiones del Río de la Plata*, que «el ombú se cría en toda clase de terrenos, húmedos y secos, y que una vez que arraiga, difícilmente deja de vivir, entero ó despedazado. Ni el hacha ni el pico son capaces de exterminarlo. Por más que lo desmenucen y que arranquen sus restos, siempre, por uno ó por otro lado, levanta cabeza.» Lo mismo pasó con la idea emancipadora. Arraigó en todas las capas sociales; fué plebeya y aristocrática, urbana y campesina. Donde fracasó, aun después de batida por muchas veces, volvió á florecer; donde las torturas y los contratiempos quisieron aniquilarla, muy pronto se rehizo y alzó cabeza como el árbol indígena. Fué Anteo en sus caídas, y Proteo, en las variedades de su gesto heróico. Era inevitable que encontrara tropiezos en su camino. El enorme tamaño de su grandeza explica sus vacilaciones y sus derrumbes. «El grano que se siembra, dice Liebnitz, necesita corromperse para germinar.»

VI.

Después del doloroso desastre de Ayohuma, los españoles entraron de nuevo en Jujuy y Salta, haciéndose cargo del ejército del norte, á principios de 1814, el general José de San Martín, quién se dedicó muy empeñosamente á robustecer la disciplina de las fuerzas patriotas, á quienes trabajaba y enflaquecía un contagioso espíritu de deserción. Convencido, pronto, de que para salvar la causa emancipadora, en las provincias del norte, bastaban las montoneras de Ignacio Warnes y Martín Güemes, San Martín abandonó el escenario de la lucha de guerrillas para madurar sus planes de campaña continental, preparando su famosa expedición á Chile.

En 1814 la revolución pasaba por una crísis extrema. Para concentrar su autoridad y fortalecer su acción gubernativa, la Asamblea Constituyente designó para « director supremo » á don José Antonio de Posadas. Este formó una escuadrilla compuesta de tres buques, con 400 tripulantes y 60 cañones. Los buques se llamaban el «Hércules.» el «Céfiro» y el «Nancy.» Los dirigía el comodoro Guillermo Brown, que se diría hecho para vivir entre los bramidos del vendabal, el canto de las olas y las horrísonas salvas del cañón. La tradición le pinta de mirar sereno, de lenguaje sencillo, de pecho generoso, de ánimo valiente y de audacia grande, junto á los mástiles donde flotaba la triunfadora enseña de su almirantazgo, persiguiendo á los buques españoles en las ondas del Plata y en los revueltos tumbos del Pacífico. Con aquellos tres buques, Brown flameó la bicolor bandera emancipadora sobre los mares americanos, paseándola desde Montevideo hasta Guayaquil y desde Buenos Aires hasta el Callao. Irlandés, hijo de labradores, habiendo hecho sus primeras armas en un buque de guerra norte americano, viene á participar de nuestros gozos y nuestras desventuras, dispersa una escuadrilla española junto á Martín García y encierra á los cruceros peninsulares en el puerto de Montevideo, último fortín donde se mece á los vientos continentales el pabellón morado de Castilla.

Entre tanto Posadas, de acuerdo con San Martín, que había sido nombrado gobernador de Cuyo, proyectaba la expedición de Chile; pero Posadas abandonó el poder, siendo sustituido, el 9 de Enero de 1815, por el general Alvear. El 14 de Abril de 1815, se amotinaron los cuerpos cívicos de la capital, que no compartían las ideas oligárquicas del jefe del gobierno, quien se vió obligado á refugiarse en un buque extranjero, cediendo la dirección de los negocios á don José Rondeau. Alvear carecía de prestigios en la opinión. Entre-Ríos y Corrientes le hostigaron y desconocieron. Cometió la torpeza de negociar, con lord Strangford, un protectorado inglés para las Provincias Unidas. Alvear arrastró en su derrumbe á la asamblea democrática del año 13. No comprendió el alcance republicano de la idea emancipadora, por la que se alzaron hasta la inmortalidad de los héroes Soler y Pacheco, caudillos de aquellos

escuadrones legendarios que emulan y superan el ardor salvaje de los jinetes númidas con que Aníbal deshizo á las huestes romanas en Trebia y Trasimeno. No comprendió el alcance de aquella idea, por la que conquistan un mundo á la libertad Dorrego y Lavalle, el soldado de Chacabuco y de Maipú, de Pichincha y Moquegua, á quien Bolívar comparaba con un león por las veinte cargas en que melló su sable durante los sangrientos choques de Toratá!

La idea emancipadora era signo de libertad y anuncio de igualdades. Por eso tuvo tantos adoradores. «Ni la estrella de la mañana ni la de la tarde, decía Aristóteles, son más hermosas que la justicia.» Ante el místico reflejo de aquella idea, oficiaron en las aras de la revolución, de hinojos y con las manos puestas en cruz, la elocuencia vibrante de Moreno, la firme voluntad de Monteagudo, la incorruptible honradez de Belgrano, el robusto pensar de Rivadavia, la indómita bizarría de Pringles y la montonera lanza de Güemes.

Güemes, en 1816 y en 1817, se opone casi solo á las irrupciones realistas en las fronteras del Perú, en las provincias de Salta y de Jujuy. El toma á su cargo la custodia de los muros del norte de las Provincias Unidas. Sus soldados están desnudos, hambrientos y sin paga; pero son incansables en la guerra de recursos, de sorpresas, de partidas errantes y siempre en movimiento. Güemes encarna el coraje campero. ¡Es el caudillo gaucho, con todos sus instintos y sus omnipotencias; el caudillo á quien rima sus monótonas décimas la popular guitarra, junto al ombú vestido de cárdenos granates por el crepúsculo; el caudillo á quién obedece la raza analfabeta de las campiñas, que no rasgó el arado y en que se escuchan los vigilantes gritos del tero; el caudillo de las muchedumbres de tez morena, que viven á caballo, á las que el poncho abriga y defiende el cuchillo de puño de asta! Rico, arrojado, dadivoso, fuerte y vaqueano expertísimo en su patria salteña, unas veces batiéndose en dispersión y otras veces reconcentrando sus rápidas guerrillas, Güemes convierte cada vado de río en trinchera insalvable y cada isla de monte en fatal emboscada, haciendo cómplices de su resistencia á la mujer y al niño, al yuyo de los campos y á las barrancas de color gris. Fatiga, hurla, marea y encanece á los españoles, robándoles el sueño y el forraje y el agua y la lumbre del fogón, sin que esto obste para lancearlos al menor descuido y para batirlos estratégicamente á la menor oportunidad, por mucho que se esfuercen y que vigilen Marquiegui y Olañeta ¡Y así, como Güemes representa la reconcentración de la idea emancipadora en el pago, en el hogar, en todas las sinuosidades del país sublevado, San Martín representa la expansión de la misma idea, que el aire perfume de las crines de su caballo siembra en los senos de la atmósfera de medio continente, apoyado por los Zapiolas, por los Las Heras, por todos los denuedos que luchan en las filas del Ejército de los Andes!

La revolución no tuvo Pisístratos ni Alcibiades. Ninguno de sus próceres imaginó, como Sarmiento dice, «que los hechos debían pagar el salario de las ideas.» Unos, como Soler, murieron olvidados. Otros de muerte trágica, como Dorrego. ¡Otros murieron en el

ostracismo, como Rodríguez Peña, que había visto nacer á la revolución, cuyos pañales se compraron con su fortuna en los patrióticos conciliábulos de su quinta de los Olivos!

VII.

Como ya hemos dicho, Alvear fué sustituido por don José Rondeau. Como este se encontraba al frente del ejército del Perú, fué reemplazado interinamente por el coronel don Ignacio Alvarez Thomas. Este representa en la historia argentina, á los gobiernos de carácter personal y que se apoyan en el militarismo. Era más centralista que sus antecesores. Los gobiernos que se apoyan en las bayonetas, los sirven de juguete. Un motín soldadesco arrojó del poder á Alvarez Thomas, reemplazándole el general don Antonio Gonzalez Balcarce. En este intérvalo Rondeau iniciaba la tercera campaña del Alto Perú. Los españoles, en Febrero de 1815, batieron á una de sus divisiones en Cotagaita. El 20 de Octubre del mismo año, Rondeau fué vencido otra vez al intentar sorprender á los realistas en Venta y Media. Para colmo de males se indispuso con Güemes, quien le obligó á firmar un convenio, que mermaba la autoridad de su generalato.

El 24 de Marzo de 1816 se reunió el Congreso de Tucumán. En el libro que sigue nos ocuparemos de aquella magna asamblea. Este congreso designó para el cargo de director supremo á don Juan Martín de Pueyrredón, quien, entrevistándose con San Martín en Córdoba, aprobó y aplaudió la cruzada de Chile. Esta se realizó en Enero de 1817, coronando á la idea emancipadora con los verdes laureles de Maipú. Mientras San Martín combate en el exterior, la capital choca con las provincias, iniciándose el lúgubre período que la historia designa con el nombre de la crísis del año 20.

Durante esa crísis, que conduce á la autonomía de las provincias, la antorcha revolucionaria parece naufragar en los abismos del tumulto anárquico.

No tembléis por ella.

Descartes y Newton, al afirmar la fluidez original del globo en que vivimos, afirman que ese globo es un sol apagado. ¿Qué importa si este mundo produce al arroyo que arpegia, á la flor que perfuma, á la nube tornasolada por el amanecer y al hombre que conquista el silencio de las soledades para los ruidos de colmena de la civilización? Hasta en sus eclipses, la idea revolucionaria engendró voluntades, caracteres, heroismos y abnegaciones. La hemos esbozado, á rasgos velazquinos, en sus hechos de armas. Esbocemosla, ahora, en las dudas de su pensamiento generador, encarnándola en uno de los más eximios representantes de aquella generación torturada, hasta la médula de sus huesos, por las sacudidas del alumbramiento de la Libertad.

LIBRO DUODÉCIMO

FRAY CAYETANO RODRÍGUEZ.

I.

Un joven franciscano, historiador discreto, cronista concienzudo, amante de los libros que huelen á humedad y están encuadernados en cuero cordobés; un joven franciscano, que busca cosas nuevas en los papeles viejos y en las rancías memorias de los archivos; un joven franciscano, diestro en hacer llorar á la muchedumbre desde lo alto de la tribuna que cubre con sus alas la paloma evangélica; un joven franciscano, poeta por instinto y filósofo por estudio, ha publicado en estos últimos tiempos un grueso tomo, reseñando la existencia y las obras del padre Rodríguez con el mismo talento y con la misma unción con que Rivadeneira nos habla de San Ignacio y Fray Gaspar Hernandez nos describe la vida de Francisco de Borja.

Empieza el P. Otero su interesante estudio narrándonos la infancia del elocuente prócer, que á los diez y seis años ingresaba en la orden cuyo tosco sayal le sirvió de mortaja y cuyo nombre ilustran sus virtudes patrióticas. ¿Qué causas le movieron á abandonar el mundo? ¿Porqué buscó la recojida y triste soledad de los claustros en la estación feliz de los primeros sueños, cuando la sangre hierve en las hinchadas venas, como hierve el perfume en las flores que dora la luz primaveral?

Hijo de un andaluz y de una argentina, Cayetano Rodríguez heredó del primero las sales del chiste y debió á la segunda su carácter de bronce, su fibra indomable y su amor al terruño. El influjo oratorio se advierte en su oratoria, rica en brillantes galas y en afluyente verba; pero su odio á las cosas del coloniaje y su regionalismo de raíces profundas, los encontró en el seno de la mujer crecida entre las toscas y los cardales de las planicies americanas.

¿Qué drama del hogar ó qué intensa amargura del corazón hicieron que aceptase el cerquillo y la cruz de la humildad seráfica cuando la vida tiene como nimbos de aurora y el sol de la esperanza azula los mirajes del porvenir? Juan María Gutierrez atribuye ese acto del elocuente prócer á la influencia ejercida en su sensible espíritu por los primeros maestros que tuvo. Todos estos maestros fueron franciscanos y franciscano resolvió ser el niño que el 12 de Enero de 1817 recibía el hábito de novicio en un convento de Buenos Aires. En aquella casa, sometido al estudio y á la caridad, pasó su noviciado; pero no bien se ordena de sacerdote, cuando ya le reclaman los claustros de Córdoba. En la ciudad doctoral y creyente explica teología, profundiza la historia, se adiestra con sermones para lides más rudas, hace versos de jácara y adivina que vienen horas de prueba. Enviado á Buenos Aires, es maestro de hermenéutica y maestro de física; ¡pero más que estas ciencias enseña á sus discípulos el amor á la libertad, franqueando la biblioteca de su convento y su celda de cenobita á Mariano Moreno, el inmortal apóstol de la inmortal revolución de Mayo!

Apartémonos un instante del apologista, para aclarar esta primera parte del panegírico. El ilustrado monje de San Francisco no estaba solo. Hubo muchos videntes como Rodríguez Peña, cuyo bufete fué el centro de las tramas revolucionarias y cuya fortuna se gastó preparando el tremendo estallido. Cuenta la tradición que fué junto al brocal de un pozo de la casa Rodríguez Peña, donde Castelli, Vieytes y Moreno celebraron su última conferencia el 25 de Mayo de 1810. Y se explica perfectamente que las clases educadas en el culto del libro entrevieran la hora de la emancipación. El cerebro es una tierra fecunda, y las aulas depositaban en el cerebro semillas de ideas. Fueron sus estudiantes y el foro de su audiencia los que dieron el primer grito de libertad en Charcas. En cambio, ¿quién vertió en los desiertos y esparció por los ranchos, que sombrean las ramas del ombú, el ardiente deseo de tronzar las férreas ligaduras del coloniaje? Los que visten sotana y llevan corona.

Personaje político y religioso, el cura era, en los pueblos españoles, una gran potestad. El escribe las cartas y lee las respuestas; él bendice la cuna, y bendice las bodas, y bendice el sepulcro: él es el consejero de las familias, cuyos secretos sabe por el confesionario y cuya prole educa en la diaria enseñanza del catecismo; él pesa en su balanza la verdad y el error, la virtud y los crímenes; él falla en los litigios y truena desde el púlpito contra las perversiones; él hace en las conciencias el sol y la lluvia; él es el lazarillo de la fé ciega, y él coloca en las frentes el óleo del perdón.

Muy grande fué su influjo en aquellos días de mortales zozobras y ardientes polémicas.

En su discurso de recepción en el Instituto Histórico de Francia, Sarmiento nos refiere que San Martín se detuvo muy cerca de la ciudad de Lima. Ignoraba el espíritu de los habitantes, y temió que chocasen sus granaderos con la hez del populacho de la vieja

pital del Perú. Dos frailes se acercaron á San Martín. Los dos ailes venían de la ciudad. El uno comparó á San Martín con úculo. El otro comparó á San Martín con César. Pronto llegó un rcero de aspecto adusto y de faz empalidecida por los insomnios. ste cruzó los brazos ante al general, y le miró con ojos escudri- adores. El resultado del exámen pareció complacerle, y alzó una sus manos para bendecir. San Martín resolvió penetrar en ima.

¡Era mucho el poderío de las cogullas y de los sayales!

Dice el marqués de Rojas, en su erudito estudio sobre Miranda, e una de las razones de sus fracasos fué el ultrarealismo del sacerdocio de Venezuela. Es que ese sacerdocio dirigía las masas. Es que ese sacerdocio era el gran consejero de las multitudes. Y o debe extrañarnos que adivinara el próximo estallido, porque ese sacerdocio juntaba la experiencia á la ilustración. Con sus ombres se llenan los centros de enseñanza de Córdoba y de Cuyo. a ciudad de Mendoza recuerda todavín el noble patriotismo de Fray Benito Lamas, un oriental que unía á una oratoria de altísimo vuelo y párrafos de oro, las más puras virtudes y la más evangélica de las caridades.

No son, pues, sus visiones proféticas lo que hay que agradecerle. Lo que hay que agradecerle es su apoyo á la causa de los americanos, los votos que formula al pié de las banderas emancipadoras y las misas rezadas por el descanso eterno de los heróicos mártires de aquella gran empresa. Lo que hay que agradecerle es que olvide los vínculos que ligan al altar con el trono; es que haga suyo el credo de los oprimidos y de los rebelados; es que matee junto al fogón humeante del vivac patriota, y que empuñe el grosero fusil de chispa en sus manos habituadas al roce del cáliz. ¡Lo que hay que agradecerle es que supo morir como el cura Morelos; razonar en la prensa como Camilo Henríquez; trepar por los peñascos, tras la insignia del sol, como el padre Bauzá; llenar con buenas tropas los claros de la hueste de los libertadores, como Mariano Arce; y manejar un sable en horas de conflicto, como Valentín Gomez en el glorioso día del triunfo de Las Piedras!

Como dice muy bien Fray Pacífico Otero, la fé y el patriotismo pueden pasar sus noches bajo la misma tienda.

II.

Puso el P. Rodríguez, desde el primer instante, las flores de su lira en el altar de hierro de la revolución. Mientras duró la lucha, el franciscano ilustre enalteció los triunfos y lloró las derrotas de los americanos.

Su musa, que era clásica, tuvo pesado el vuelo. Hay, en sus poesías, sones desapacibles y muy pocas figuras centelleantes.

El númen es mediocre, apesar del espíritu excelso que le anima; pero si remontamos el caudal del tiempo, si hacemos resurgir las horas que pasaron, si colocamos aquellas dianas en el ambiente

de la época en que fueron escritas, no nos será difícil la explicación de la influencia que han ejercido y del mucho renombre que han alcanzado.

La marcial epopeya de tan rudos días aun no tiene el cantor que reclama su aturdidora sublimidad.

San Martín, que es lo táctico, asciende por el Sur. Con la cureña de sus cañones hace chispear el áspero granito de las cumbres andinas. Aun guardan los peñascos de la montaña las huellas que imprimieron, en la roca maciza, los cascos de los potros de sus granaderos. Aun recuerdan los cóndores que, en un día de fuego y cerca de una sima cuyos bordes estaban cortados á cuchillo, vieron flotar un lienzo blanco y azul. En el centro del lienzo brillaba un sol de oro. Los cóndores, cegados por aquel brillo, miraron hacia abajo. A los piés de las cumbres, los vientos agitaban un verde laurel. La más calva y más fuerte de las aves enormes les dijo á las otras: «¡Es San Lorenzo!» Las rémiges parduzcas hieron muy arriba. Los ojos sin pestañas escudriñaron bien tierras de Chile. Los cóndores lanzaron un graznido ronco, y el aire de sus alas estremeció á la hermosa bandera del sol. ¡Es que los cóndores habían visto los campos de batalla de Maipú y Chacabuco!

Bolívar, que es el genio, viene del norte. Los Andes granadinos quedaron atrás. También pisó la frente de los ventisqueros y se miró en el iris de las cascadas. En un tronco de árbol cruzó los abismos y ha apagado su sed desgarrando unas nubes á golpes de sable. En las carnes desnudas de sus veteranos, el proyectil ha escrito, con caracteres rojos, los nombres de cien lances de los más reñidos. Leed la letanía de sangre y de gloria de aquellos valientes. Mirad las cicatrices que dicen Niquitas, los Horcones, Bárdula, las Trincheras, Araure, Vigirima, la Puerta, San Mateo, Maturín, los Clarines, Carabobo, Gámeza y Boyacá. Pedid más si queréis, porque hay más todavía. ¡Aun quedan Bomboná y Junín y Ayacucho!

Bolívar es el rayo. Su caballo galopa noches enteras. Siempre tiene la lanza puesta junto al riñón de sus enemigos. San Martín es el plan, la estrategia, la reflexión, lo frío del exámen, lo seguro del cálculo. Bolívar es el vuelo, el salto, la garra, lo ardoroso del númen, la visión sibilina. El que viene del sur y el que viene del norte hablan unos instantes en Guayaquil. ¿Qué resuelven los grandes capitanes de América? San Martín es el héroe de elevada estatura, lleno de majestad y parco en sus decires, que conoce ciencia de los combates y llega en dos batallas á los muros de Lima. Bolívar, cuyos ojos relampaguean siempre, parece un haz de nervios sacudido de pronto; es trigueño y delgado; sus proclamas son himnos y hay algo de milagro en todas sus victorias; le cae rotan y vuelve, llevando todavía el polvo del desastre en las sangrientas crines de su corcel de guerra; riñe catorce lances en menos de diez años; sestea en las orillas del Amazonas y bebe en las corrientes del Orinoco.

Después de Guayaquil, el que viene del sur se dirige al destierro

y el del norte prosigue su carrera de gloria. Más tarde los hará iguales el dolor, que todo lo depura y todo lo consagra. El uno morirá lejos de su país, junto á un jardín que tiene calles de rosas, y clavando sus ojos en el viejo estandarte de Francisco Pizarro. El otro morirá desesperado y triste, diciendo en el delirio de su última hora: «¡Vayámonos cuanto antes, que de aquí nos echan!» La gratitud les estorba á los pueblos lo mismo que á los hombres. ¡Pesa demasiado!

III.

No era el padre Rodríguez el cantor requerido para aquella epopeya tan grande como el mundo en que se desarrolla. El poeta valía menos que el orador de firmes convicciones y que el propagandista de relevantes luces. No tenía Cayetano Rodríguez el poético númen de que hablan las leyendas, por mucho que se afane en probar lo contrario su erúdito biógrafo y su elocuente panegirista. Fray Pacífico Otero, que sabe muchas cosas, no ha examinado con frialdad la obra de los cantores de la revolución. Ni el doctor López, ni Lafinur, ni Rojas, poseyeron la lira que reclamaba el númen venerando de aquellos días. Se opusieron á ello, como decía el doctor Merou al empezar su *Ensayo sobre Echevarría*, no sólo lo agitado del mar de la época revolucionaria, sino también lo ruin ó lo gongórico de todos los modelos del siglo XVIII.

Los poetas de la revolución fueron imitadores de los poetas peninsulares, afrancesados unos, melosísimos otros, seniles siempre. Poco podían aprender de lirismo los poetas nuestros en Arjona y Arriaza, en Melendez y Moratín. Tan cierto es esto que cuando avarden ó cuando Estéban Luca tienen alguna nota de alta inspiración, esa nota es producto de las campiñas americanas, de las campiñas en que vuela el chajá y en que arraiga el ombú. Tan lo en esos casos la musa nos presenta unas veces la agilidad graciosa del tití diminuto de penachos negros. Nuestros poetas, ando quieren subir, tienen que ser el retrato de nuestros ríos, piando en sus estrofas, como aquellos en el espejo azul de sus uas, la enredadera indígena y el sauzal desmayado.

Así lo ha reconocido también Juan María Gutierrez, que considera los aciertos de aquellos adalides de la beldad «como flores ladas al influjo del sol de los incas.» Los pálidos matices de sas flores ya no nos deslumbran. Sus débiles perfumes ya no nos hagan. Ya van los colibríes y las abejas de nuestro gusto á ndar otros cálices y otros incensarios. La literatura renueva sus modas, como los muebles y los vestidos renuevan las suyas. Dentro de algunos años, ¿qué restará de las más aplaudidas estrofas del presente? ¡Una reminiscencia indefinible y vaga! ¡La claridad borrosa de una luz vacilante! ¡El reflejo de una noche de luna sobre el mar agitado!

En su libro anecdótico sobre la isla de Elba cuenta Pons de L'Herault que el vencedor de Austerlitz y Wagram contemplaba una

tarde las vetustas ruinas de la torre de Júpiter. La noche iba borrando las islas del Tirreno, las cuentas esparcidas del collar de Anfitrite. El que puso las púrpuras de los tronos de Europa en su carro triunfal para distribuirlas entre sus generales, se conmovió en presencia de los viejos escombros. Pons agrega que dijo: «¡Hasta los mismos monumentos perecen!» Las torres y las rimas, el pedrusco y el ala tienen un fin idéntico. ¡Nuestra ambición de gloria y de inmortalidad nos hace comprender el suplicio de Tántalo!

Los cantores de la época revolucionaria encuentran el son preciso y la palabra justa cuando nos pintan las melancólicas grandiosidades del crepúsculo pampeano, ó el ramillete de flores azules que cruza los ríos como una barquichuela en que un gnomo vá á ocultar un rubí bajo un guayabo en flor, que crece en las marañas inescrutables de la isla virgen; pero no aciertan ni con el verbo ni con el ritmo cuando trazan la silueta gigante de aquella sociedad sacudida por el terremoto de las ideas y por el estruendo de las batallas. El grito de los combatientes y las pisadas de los caballos, el debate ardientísimo entre los que proclamaban la eternidad de la realeza y los que predecían el advenimiento de la democracia, aturden á la musa, que no supo reflejar fielmente lo que había de estable y duradero en el fondo de aquel amanecer. No lo extrañemos. El alma nacional no existía aun. «El tiempo,—dice Alberdi,—colaborador inevitable para la formación del álamo, del buey, del hombre y de todas sus obras, lo es igualmente y con doble razón para formar ese sér colectivo, de vida perdurable en la tierra, que se llama la nación.» La poesía patriótica, en sus más altas manifestaciones de esencia y de forma, no precede á la patria; es un engendro de ésta, como el himno y como el escudo. En cambio, la naturaleza de la región existe antes de que la patria exista, y por eso la poesía revolucionaria, cuando se resuelve á describir lo propio, describe bien la barranca que alfombran los saúcos cimbradores, la cuchilla en que inciensa el trébol de tres hojas, el monte en que se enroscan las gusaneras y en que silban sus nupcias los cardenales rojos.

IV.

Concedo más espacio Fray Pacífico Otero á los versos del P. Cayetano Rodríguez que á la actuación de éste en la asamblea del año 13 y en el congreso de Tucumán. Nosotros, que pensamos de un modo distinto, vamos á dedicar unas breves palabras á la Asamblea aquella y al Congreso aquel. ¡En la Constituyente y en Tucumán se agranda la estatura del P. Rodríguez!

Se sentaron en el cónclave del año 13 Monteagudo y Agrelo, Larrea y Vieytes, Peña y el doctor Lopez. La democracia hizo nido en el seno de la ley escrita. El derecho positivo y el natural celebraron sus bodas en los magnos acuerdos de aquel cónclave insigne. El 2 de Febrero decretó la Asamblea la libertad de vientres. Las madres respiraron, cayendo arrodilladas ante el porvenir. El

Primera Junta de Gobierno popular, llamada el día 25 Mayo de 1810, en la ciudad de Buenos Aires.



Cornelio Saavedra
Presidente



Manuel Belgrano
vocal



Mariano Moreno
Secretario



Miguel Azcuénaga
vocal



Manuel Alberti
vocal



Domingo Matheu
vocal



Juan José Castelli
vocal



Juan José Passo
Secretario



Juan Larrea
vocal

civil. El centralismo de Buenos Aires ha despertado al monstruo. ¿Buscáis una prueba? El P. Rodriguez va á proporcionárosla. Respondiendo en Setiembre de 1815 al doctor Molina, que se queja de que el congreso se reuna en Tucumán, Rodríguez escribe: «¿Dónde quieres que sea? ¿Acaso en Buenos Aires? ¿No sabes que todos se excusan de venir á un pueblo á quien miran como opresor? ¿No sabes que aquí las bayonetas imponen la ley? ¿No sabes que el nombre porteño está odiado en las provincias Unidas ó desunidas del Río de la Plata?» ¡Ah! ¡los pueblos de América tuvieron que pasar por los infernales círculos dantescos antes de aproximarse al fondo del embudo donde estaba esperándolos, coronada de estrellas y vestida de auroras, la Beatriz de la libertad! Y, sin embargo, ya el ambiente era otro, ya el sol de las ideas esparcía sus luces por todas partes. En la época del congreso de Tucumán, según afirma Mitre en su erudita y amplia *Historia de Belgrano*, Buenos Aires contaba con cinco imprentas y siete periódicos. Agrelo dirigía «El Independiente»; Muñoz, «El Desengaño»; Castro, «El Observador», y Kandi, «La Crónica.» El pensamiento sentía agigantarse la tempestad, y buscaba un remedio para curar la úlcera abierta en las entrañas del país desquiciado. Buenos Aires y las provincias, el cerebro y los ganglios, fijaron sus miradas en el congreso del año 16, en el congreso reunido en la ciudad de las grandes magnolias. Tomó el P. Rodríguez á cargo suyo redactar el periódico de la asamblea. Según aquel periódico todos los congresales querían la paz, la concordia, la unión. En su acta memorable del 9 de Julio quebrantaron los vínculos que unían las colonias á la metrópoli; pero impotentes para medirse con la anarquía y sintiendo en su seno veleidades monárquicas, no hicieron obra buena ni labor de futuro. Retrocedieron amedrentados ante la magna empresa de la organización final del país. Mientras el Dr. Anchorena defiende la forma republicana y el presbítero Oro exije el previo dictámen de las provincias, el Dr. Acevedo proclama la necesidad de una dinastía constitucional, apoyado por Saenz, por Soria, por Castro Barros, por los representantes del Perú. El mismo Fray Rodríguez no sabe adonde vá. Oid lo que escribía mucho antes del Congreso, el 26 de Julio del año 15: «Además de que el gobierno federativo es débil por su constitución, lo es más con nosotros por nuestras ningunas virtudes. Constituyamos primero y después pensaremos qué forma de gobierno es adaptada á nuestra situación local. Como Barnheim suprimía por sugestión los dolores de las úlceras mas enconosas, ¡aquellos hombres querían suprimir las tempestades cívicas sugestionándolas con los ecos del acta de la declaración de la independencia! Durante las sesiones de Tucumán, tán preñadas de dudas y de tanteos, ¡todos ellos llevaban en los ojos la infinita tristeza de su fracaso! La tradición refiere que Fray Rodríguez salía cada tarde de la ciudad, deteniéndose bajo un tarco cubierto de flores moradas. Entre aquellas cortinas, hechas con capullos y enlazadas al tronco por lazos verdes, Fray Rodríguez veía apagarse las últimas claridades del sol y nacer la ronda de las estrellas pálidas. ¿De qué hablaban los grises celajes del cre-

púsculo al hombre silencioso? Le hablaban de sus sueños, cadáveres dejados en mitad del camino. Le hablaban de sus dudas y de la noche próxima. ¡La noche! ¡El año 20!

La noche, sí; pero hay en esa noche muchos ruidos confusos é indescriptibles. Es que en el seno de aquella noche lúgubre, las hordas montoneras están fraguando el sol de un nuevo día, con el chispeante brillo del hierro de sus lanzas devastadoras. Es que aquella irrupción brutal de los desiertos sobre la ciudad santa, es la irrupción de las ondas del Nilo en los valles de Khemi. En el fango que deja al retirarse el agua, se agitan á millares los gérmenes pletóricos, los activos obreros de la maravillosa vegetación futura. De aquella sacudida trágica y horrible surgirá prepotente la nacionalidad, la confederación, el país, el estado. ¡El terremoto engendra y el viento pampeano salubrifica! En la página 21 de su libro *La política liberal bajo la tiranía de Rosas*, Estrada llama «bárbara y fecunda» á la revolución de 1820; bárbara por el nucleo social que la consumó, y fecunda porque gracias á ella la democracia fué la única fórmula de gobierno posible. Del fondo de aquel cáos brotó la luz. La montonera impuso la ley, haciendo que triunfasen las instrucciones que Artigas, obediente al consejo de Monterroso, les dió á sus delegados en la asamblea del año 13.

Esta es la verdad. De aquella nebulosa, informe y desgreñada, nació el astro encendido. Su explosión fué salvaje. No lo niego y lo sé, como lo saben todos los que conocen *El ostracismo de los Carrera* contado por Vicuña. Atraviesan el fondo de aquel libro terrible, las bandas campesinas con su poncho de harapos y su mandil de cuero; con sus jergas extrañas y su tufo de instintos; con sus rostros de ángulos y sus vinchas que oprimen las greñas cerdosas. Aquellas muchedumbres huelen á sudor y á sangre y á lujuria y á bestialidad. Delante de los guías de la primera horda, va un cóndor agitando sus alas enormes. ¡Le echaron de los Andes, y apacienta su pico en el cuello del toro de las llanadas! Delante de los guías de la primera horda va un húsar de la muerte, pálido como el ángel de las venganzas y las devastaciones. ¡José Miguel Carrera se llama aquel jinete, que empuja á la barbarie de los desiertos para ahogar en sus ondas embravecidas los orgullos despóticos de la ciudad! ¡Él es el consejero de Ramírez y López! ¡El es el aliado de los toldos errantes de la Pampa! El es como el resumen de todas las tinieblas del año 20! El P. Rodríguez no vió que esas tinieblas llevaban en su seno cataratas de luz. Le decía á Molina, á principios de Abril de aquel año fatal: «Está mi alma más negra que un carbón, y maldigo, como Job, el momento que salí al mundo para ver nuestra ignominia.» Al P. Rodríguez le pasaba lo que de ciertos profetas dice Nietzche. Después de haber pasado toda su vida convenciendo á los otros de la hermosura de la libertad, cuando los otros comenzaban á enamorarse de esa hermosura, él comenzaba á no estar convencido de lo verdadero de su doctrina. La organización definitiva de la nacionalidad, laboriosa y atormentada, sembró las mismas dudas en el seno de los profetas de 1810, de 1813, de 1815, de 1822 y de 1826.

Desde entonces el P. Rodríguez se aleja de la lucha de los partidos y se consagra á la vida del clastro. Si aparece de nuevo su nombre en la prensa es para combatir la reforma eclesiástica del año 22. Fray Pacífico Otero consagra muchas páginas al estudio de aquella polémica ardiente. Esas páginas carecen de interés. ¡Siempre el P. Rodríguez será, para la historia, el hombre pensativo que interroga al crepúsculo bajo el tarco cubierto de flores moradas! ¡Siempre el P. Rodríguez será el legislador de la asamblea del año 13 y del congreso de Tucumán! ¡Siempre el P. Rodríguez será uno de los pocos varones escojidos que declararon libre, desde el Plata al Neuquén, todo ese territorio de los ríos grandes y las lagunas hondas, cuyos tules violáceos de pecho de torcaz, atraviesa el flamenco y remueven las garzas nacidas en América!

VI.

El Congreso de Tucumán, como representante y personero de las Provincias Unidas, declaró solemnemente á la faz de la tierra, el 9 de Julio de 1817, «que rompía los violentos vínculos que las ligaban á los reyes de España, invistiéndolas del alto carácter de nación libre é independiente de Fernando VII». Ya habían fracasado las tentativas que, en Mayo de 1815, Rivadavia realizó para adornar las sienes de don Francisco de Paula con la corona del Río de la Plata, y las realizadas por el general Belgrano, casi á principios de 1816, para colocar esa misma corona en la cabeza de un miembro de la familia de los Incas.—Rivadavia y Belgrano se imaginaban que la monarquía podía evitar los movimientos anárquicos que torturaban y empequeñecían á la revolución, cuyos gobiernos carecieron siempre de fortaleza y de estabilidad. A la junta gubernativa de 1810, con Saavedra y Moreno, sucedió la junta de 1811, con Vieytes y Larrea. A la junta de 1811 siguió el triunvirato de Chiclana, Sarratea y Paso.—Vino, después de este, el gobierno provisorio de 1812, con Paso, Jonte y Rodríguez Peña. El gobierno provisional cedió su puesto, el 13 de Enero de 1814, al director supremo don Gervasio Antonio de Posadas. Después de este, viene Alvear, en Enero de 1815. A mediados de 1815, el general don José Rondeau recibió el poder ejecutivo, gracias á una revolución encabezada por don Ignacio Alvarez Thomas, y otra revolución, encabezada por don Eustaquio Díaz Velez, depuso á Rondeau en la persona de Alvarez Thomas, que por ausencia de Rondeau ejercía el poder, sustituyéndolo con don Antonio Gonzalez Balcarce. El 3 de Mayo de 1816 don Juan Martín de Pueyrredón heredó el mandato de Balcarce, hasta que cansado de bregar contra la anarquía, renunció la dirección de los negocios públicos, encargándose de ella, provisoriamente y por segunda vez, el general Rondeau.—¡Nueve mandatarios distintos, nueve distintas formas de dirección, en menos de seis años!—Como dice el señor Agustín Alvarez, en su interesante estudio *La transformación de las razas en América*, las colonias, hastiadas de ser protegidas tiránicamente por el trono y

el clero, no bien se emanciparon, «cayeron en el extremo opuesto,» encontrando deficientes é inaceptables todas las direcciones, sin darse cuenta de que se convertian en escala y juguete de los humorientos de predominio personal. Demócratas por instinto, no tenían la práctica de la democracia, difícil de adquirir. Los nucleos de opinión, dictatoriales ó representativos, unitarios ó federalistas ignoraban aún que los partidos perpetuamente organizados para la revuelta se desangran y mueren en la esterilidad y en la incultura. La revolución no puede ser el dogma de ningún partido. Si la conciencia ciudadana tiene derechos eternos á la libertad y á la vida, la nación también tiene eternos derechos á la vida y á la libertad, que ponen en peligro, cuando se suceden, sin grandes intervalos de calma, los movimientos revolucionarios. En los comienzos de la independencia de las Provincias Unidas, las aspiraciones personales y los antagonismos de región,—prolongando la serie de los tumultos anarquizadores y corrosivos,—impidieron que aquellos se transformasen en un anfictionado tan luminoso como el anfictionado de la antigua Grecia.

Se salvó, sin embargo, la perla encontrada en las grises honduras de aquel mar revuelto: la independencia de las colonias. El triunfo de Maipú y la declaratoria del congreso de Tucumán dieron personería á la revolución. Como dice don Martín García Merou, en el tomo primero de su *Historia de la diplomacia americana*, hasta 1816 la cuestión de la libertad de las colonias meridionales del continente no había preocupado á los Estados Unidos.—Se consideraban prematuras todas las declaraciones á este respecto.—En Enero de 1817, iniciaron la discusión de este grave asunto, en la Cámara de Representantes, los diputados Clay y Root, mostrándose el primero partidario decidido de la independencia de las colonias, cuyos males y cuya ignorancia se curarían, en su sentir, no bien respirasen el aire oxigenado del gobierno libre. El congreso, apesar de la elocuencia de Root y de Clay, votó por el mantenimiento de la más absoluta neutralidad. Poco después el anuncio de las victorias de San Martín en Chile y la noticia de lo resuelto por la asamblea de Tucumán, inflamaron los ánimos, resolviendo Monroe enviar una amistosa delegación al Río de la Plata. Esa delegación, compuesta de los señores Rodney y Graham, emprendió su viaje á principios de Diciembre de 1817. Al empezar el año de 1818 la cuestión de la independencia de las colonias se hizo familiar en la prensa y en las discusiones del cuerpo legislativo. Clay insistió sobre la necesidad de reconocer á los gobiernos establecidos en la América del Sur: La cámara votó de nuevo á favor de la prescindencia; pero el espíritu público hizo suyas las generosas palabras de Clay. Según afirma Leucis Pattee, en su historia de la *Literatura de los Estados Unidos*, Enrique Clay, llamado «el orador de la simpatía,» debió su maravilloso prestigio oratorio á lo comunicativo de sus magnéticos entusiasmos y á lo grande de su conocimiento de la naturaleza humana. La prédica de Clay, reforzada por el espléndido triunfo de Carabobo, hizo que Monroe, en su mensaje presidencial del 8 de Marzo de 1822, aconsejase al con-

greso el reconocimiento de la independencia de las provincias sud-americanas. A fines de Marzo de 1822, los Estados Unidos consideraban como naciones independientes á Méjico, el Perú, Venezuela, Nueva Granada, Chile y Buenos Ayres.

Las Provincias Unidas, apesar de este carácter de estado autónomo, tardaron mucho tiempo en constituirse. La autocracia absorbente de la capital, fruto de los gobiernos realistas y directoriales á lo Sarratea, vivió lustros enteros en abierta pugna con el espíritu autónomo y democrático de las campiñas, donde imperaban los caudillos á lo Güemes y á lo Ramírez. Las campiñas, el casi despoblado pampa y gaucho, entrevieron, desde las albas de la revolución, con su ingénito buen sentido, que la república federal y representativa era el fin obligado de aquella nacionalidad en pañales. Por una adivinación suprema y fecunda, las agrestes legiones, mientras defendían á lomo de caballo el nativo territorio contra el extranjero, defendían los derechos de la región contra el tiránico centralismo que predicaba la capital. Triunfó su causa, porque era lógica y progresista, por que era más libertadora que la que abrazaron los doctos, porque era más humana que la causa de los que no creían en las virtudes de la igualdad. El centenario que se preparan á festejar las naciones del Plata no es sólo el centenario de la independencia. Es, también, el centenario del triunfo de las muchedumbres, el centenario del triunfo de la república, el centenario del triunfo de la democracia!

LIBRO DÉCIMOTERCIO

ÁRTIGAS.

I.

Muy lejos estamos de aquellas épocas en que Herodoto daba á la historia un cariz poético, recogiendo y ordenando los acontecidos, que conservaba y embellecía la tradición oral. Con Maquiavelo la historia desciende hasta lo íntimo de los hechos, para deducir, en recogida meditación, alguna teoría filosófica, que les sirva de pauta á las sociedades. Basedow y Salzmann no querían enseñar á los niños ninguna religión revelada, para impedir que las supersticiones se apoderasen de su entendimiento. La historia tal como la concibieron Vico y Niebhur, sólo acepta lo que afirma la tradición con juicio de inventario, para impedir que el espíritu de partido ó la secta calumnie lo pasado, alterando la enseñadora filosofía que se desprende de lo que fué. En estos modestísimos y someros apuntes, nosotros hemos tratado y trataremos siempre de no dejar la senda que limpió de fantasmas la histórica honradez de Vico y de Niebhur.

Los eruditos no tienen porque disecar este libro. El bisturí se mellaría en su sencillez. No es en obras tan elementales como la nuestra, donde los doctos encontrarán ideas nuevas y datos nuevos. Estas páginas se dirigen á la juventud, que no ha crecido al materno calor de las clases universitarias; pero que, movida por un laudable deseo de saber, trata de adquirir algunas nociones sobre el origen y el desarrollo del movimiento revolucionario, á que deben su independencia las colonias americanas de estirpe latina. Si más se pretendiese de la humilde labor de nuestra pluma, se desconocerían injustamente el plan á que hemos obedecido y el propósito á que tienden nuestros desvelos.

Al llegar á esta parte del trabajo emprendido con alegría, nuestro corazón tiembla, como el nido en la rama que mueve el dulce soplo del amanecer. Es natural que sintamos alguna inquietud al

abrir, con mano respetuosa, los épicos anales de nuestra propia nacionalidad. Esta fué siempre, para nosotros, la musa inspiradora del canto y la oración. La pálida camelia de nuestro ideal, durante todas las horas de una vida agitada, ha ido á posar su color y su esencia en los negros cabellos de la patria bendita. ¡Oh la gran madre! ¡la madre cuyo cielo nos vió nacer, y en cuya tierra húmeda dormiremos el sueño sin alborada! ¡la madre á quien saludan las liras de cien palmares! ¡la generosa madre de todos los nacidos aquí, gotas del mismo arroyo bajadas de la cumbre de la misma montaña! La Banda Oriental es un cesto de flores, encerrado en un rítmico festón de espumas blancas. Sus hijos la llaman con justicia y ternura, la huerta del cielo. Las nubes de sus albas tienen el tinte delicadísimo que colora las plumas del flamenco rosado. En los tules de sus crepúsculos vespertinos brillan todas las fulgentes policromías que destella el ópalo. En las tardes de sol, las amarillas guirnaldas de sus espinillos se llenan por entero de cantos de calandria. En las noches de luna, la queja melancólica de sus chingolos turba el lúbrico sueño de las palmas reales. Aquí las palomas del monte se arrullan en el tronco de hierro del ñandubay. Aquí el azul ramillete del camalote navega por la ondulante sábana de los ríos hondos. Aquí las cuchillas, de suave declive y de poca altura, están siempre cubiertas de trébol verde y margaritas rojas. Aquí el trigal produce con prodigalidad sus suculentos granos, cerca de los maizales que ríen con la rubia gracia de su matiz. Aquí hay grandes llanuras, donde el vacuno hermosea sus formas y triplica su peso en una invernada. Aquí los saladeros, tendidos á lo largo del Uruguay, llaman al porvenir con el ruido de sus máquinas civilizadoras, para que el futuro haga prosperar, con feérica rapidez, á Fraybentos, Paysandú, Mercedes y el Salto.

El patrio jardín es de origen charrua. Porque lleva en sus venas sangre aborigen y sangre española, la personificación ideal de la patria tiene la tez muy pálida y los ojos pardos, como la amante compañera de mi edad viril. Cuando las carabelas llegaron á este suelo de prodigiosa fertilidad, las tribus más indómitas del sud del continente, las tribus vencedoras del yaro y del bohán, elevaban sus toldos en los médanos de las agrestes riberas del Plata. En la sangre vertida por aquellas tribus,—que alcanzaban al ciervo en la carrera y que tejeron su corona salvaje con plumas de ñandú,—se tiñó el pecho de nuestros churrinches y se empapó la túnica floreal de nuestras ceibas. A manos de las tribus, dueñas del pátrio suelo, perdió la vida, en 1515, Juan Díaz de Solís. El terruño, abonado con la sal de los huesos de las tribus autónomas, aumentó en bravuras con lo militar de la civilización que le impusieron sus gobernadores. Montevideo se convirtió muy pronto en una plaza fuerte, sobre cuyo recinto amurallado, y en cuyos baluartes de granítica solidez, brillaba el hierro de los obuses con un fulgor sombrío. Al amparo de aquellos muros,—donde se hacinaban los proyectiles y al pié de los cuales las fragatas mecían, al viento del estuario, su gallardete bélico,—se elaboró una raza soldadesca, nómade y pastoril.

Amorosa de todo lo que sabe á peligro, fanatizada por el relumbre del valor personal, teniendo que batirse sin tregua alguna contra el malón del indio y las invasoras tropelías del pórtugo, la raza fué creciendo sin otros goces que los goces de la doma y del pastoreo. Casi desde los comienzos del coloniado, nuestras costas y nuestras praderas fueron el palenque en que cruzaron el acero de sus espadas los reyes españoles y lusitanos. Nuestros gobernadores, soldados de profesión, representaban sólo la fidelidad á la causa de la península. Así vivieron en contínua brega con el cabildo montevideano, que en muchas ocasiones tuvo que defender los intereses de los nativos contra la inmoralidad administrativa de La Rosa y el orgullo desatentado de Olaguer Feliú.

II.

El movimiento emancipador tuvo las mismas causas en todas las colonias latinas del continente nuevo, aunque en cada región se presentase bajo distinta forma el estallido heróico,—del mismo modo que la materia,—según Lavoisier, puede ser modificada en su forma, pero jamás alterada en su peso. Las mónadas se reproducen por segmentación, como las hojas se segmentan en el capullo. Las nacionalidades humanas, que tienen la misma lengua y revisten idéntico sello fisionómico, son fragmentos de una misma nebulosa, segmentaciones de una misma mónada inicial. Al separarse, al desprenderse del árbol genealógico, podrá haber variedad en sus maneras de ejecutarlo; pero nunca en las leyes que ordenan y que explican sus segmentaciones. Lo despótico de la autoridad, que monopolizaba los cargos públicos, desempeñados exclusivamente por españoles: que oprimía al comercio con trabas injustas y ruinosas; que desdeñando al indígena y al criollo, les obligaba á unirse para defenderse, bastaría para justificar lo irresistible del movimiento segregatista. El rey estaba muy lejos de las colonias y era mucha la pobreza de la metrópoli: lo primero explica la lentitud en la sustanciación de los negocios americanos, y lo segundo explica la crueldad de los reglamentos que impedían el tráfico mercantil.

Por otra parte, apesar de la ignorancia en que se las tenía, las colonias se fueron adiestrando en la ciencia de los negocios públicos, hasta comprender que cada una de ellas se bastaba á sí misma. Las ciudades aspiraron á la independencia, seguras de vivir holgadamente con sus rentas propias, siempre que estuviesen en condiciones de derogar las tarifas que estrangulaban á su comer-

El hombre de los campos, el gaucho melancólico y reñidor, aspiraba á la independencia, porque la eterna visión del mismo horizonte y la misma llanura, el eterno coloquio sobre las mismas cosas en la rústica cocina de la estancia natal, fortalecían y exaltaban su localismo. Unase á esto el ejemplo que nos dió Buenos Aires, de cuyos virreyes dependían nuestros gobernadores, y lo inhábil de la política peninsular, que legitimó la causa separatista al reconocer la independencia de los Estados Unidos.

Como se desprende de lo narrado, la nacionalidad
quellos tiempos de gestación, era una nacionalidad embrionaria en a
sin congruencia. El espíritu de localismo era el único lazo vin-
lador entre los elementos que la componían. Aquella sociedad
fantil era el producto de la mezcla de la raza
con la ra-
za española en su menor parte, y en su mayor parte, era el acen-
tuado tipo de la raza caucásica, como desciendiente, sin híbridas
mixturas, de los primeros pobladores del patrio edén.

Producido el movimiento bonaerense de 1810, la junta gubernati-
va de las provincias del Río de la Plata,—en cuyas deliberacion
comenzó la rivalidad de Saavedra y Moreno,—
cabild
montevideano para pedirle que uniese sus
los esfue-
zos de aquella capital, á fin de defender los intereses
de Fer-
nando VII, que amenazaba la espada victoriosa de Napoleón. Y
el cabildo de Montevideo se había preocupado de los sucesos d
Buenos Aires. El día 24, temeroso de que aquellos sucesos pertur-
baran el orden del suelo nativo, el cabildo resolvió cerrar nues
puerto, dando orden el día 26, por las mismas causales, para
saliese de la ciudad reconquistadora el señor Juan Vargas,
misionado especial del virrey Cisneros, á quien acababan de dep
ner los insurrectos de Buenos Aires. El mismo cabildo montevi-
deano acordó, el 31 de Mayo, convocar al pueblo, para que este re-
solviese lo que juzgase más oportuno sobre los sucesos acaecido
en la capital porteña. El 2 de Junio, el cabildo decidió reconocer l
suprema autoridad del consejo de la regencia; pero movido por u
nuevo y apremiante oficio de la junta de Buenos Aires, convoc
nuevamente al pueblo para que este oyese á don Juan José Passo,
vocal y agente del gobierno argentino ante el ayuntamiento d
Montevideo. El 15 de Julio se celebró la asamblea popular anuncia-
da, exponiendo en ella el comisionado bonaerense las razones que
justificaban el nombramiento de la junta gubernativa, y aunque el
doctor Passo defendió su causa con elocuencia, la asamblea, for-
mada en su mayor parte de jefes militares y
rancios, no
admitió el carácter legal de la junta gubernativa de las Provincia
Unidas del Río de la Plata.

La autoridad de esa junta fué, sin embargo, reconocida por los
cabildos de la Colonia, Maldonado y Soriano, lo que dió lugar, e
10 de Agosto de 1810, á que don Joaquín de Soria y Santa Cruz,
comandante militar de Montevideo, redujese á prisión á varios ciu-
dadanos que fraternizaban con los patriotas de Buenos Aires. N
contento con esto, Soria se apoderó de la Colonia de Maldonado,
ordenando á la escuadrilla peninsular que bloquease el puerto de
Buenos Aires.

Poco después, el cabildo montevideano tuvo una nueva oportuni-
dad para manifestarse hondamente
de
la dinastía, rechazando las pretensiones de la princesa Carlota de
Portugal. Esta hizo al cabildo la oblación de sus joyas particulares
para el sostenimiento de la guerra contra la junta de Buenos Aires,
ofreciendo trasladarse á Montevideo, para sostener á los defen-
sores de la integridad del dominio de la corona de España. El ca-

bildo, en sus acuerdos del 13 de Agosto y el 14 de Setiembre, resolvió que se contestase á la princesa que consideraba su venida poco oportuna, no admitiendo las joyas con que obsequió á los monárquicos su interesada liberalidad. Presidir la regencia fué siempre la ambición de la infanta doña María Carlota. Según Toreno, resistía esas pretensiones el agente británico sir Henry Wellesley, y las apoyaba el marqués de Palmela, ministro de la corte del Brasil en Cádiz. Esta conjura, á la que se afiliaron los ansiosos de incorporar el reino de Portugal á España, creció con rapidez, introduciéndose en el seno de las mismas cortes. En los debates del 8 y del 29 de Diciembre de 1811, los diputados Laguna y Vera presentaron dos proyectos de resolución, que tendían á colocar á la ambiciosa infanta al frente de la regencia. Combatidas por la ciceroniana elocuencia de Agustín Argüelles, en quien se reunían el arte de la persuasión y el clasicismo de la oratoria, ambas proposiciones fueron rechazadas el primero de Enero de 1812.

III.

En los primeros días de Octubre de 1810, se recibió de la gobernación de Montevideo don Gaspar de Vigodet. Era Vigodet un hombre de carácter firme y de rápida acción. Dándose cuenta de la importancia de dominar los ríos, para prevenir los movimientos internos y evitar las invasiones bonaerenses, dispuso que don Juan Angel Michelena, con una parte de la flotilla peninsular, se estacionase en el puerto de Paysandú. Poco tiempo después, el 12 de Enero de 1811, llegó á Montevideo don Javier de Elío, nombrado por el consejo de la regencia para ejercer la alta investidura del virreynato platense. Elío solicitó de la junta gubernativa, de la audiencia y del cabildo de la capital argentina, el reconocimiento de su autoridad. En vista de la negativa de aquellas corporaciones, el nuevo virrey cerró el puerto montevideano á los buques bonaerenses, reforzó el bloqueo de la ciudad revolucionaria y nombró comandante de la colonia á Gaspar de Vigodet. Inutilmente pretendía Elío, cuyo tesón denuncia su carácter navarro, ahogar en sus gérmenes á la idea segregatista. Esta, como un río que sale de madre, se iba esparciendo por todo el país. El realismo de Montevideo era una excepción, un sentimiento que las poblaciones rurales no compartían. Ya en el año de 1808, hablaban,—en la estancia de don Manuel Perez, bajo los sauces del arroyo de las Piedras,—de la independencia de las colonias el presbítero Larrañaga, el padre Monterroso, don Fernando Torgues y don Miguel Barreiro. El pueblo campesino, zahereño y montaraz, sólo veía desdeñosos tiranos en los peninsulares. Montevideo, con su fortaleza, con sus murallas, con sus bocas de fuego, con su apostadero naval y con su guarnición de uniformes vistosos, era entusiastamente realista y española. La campaña, desierta, sin caminos, con sus vírgenes montes de talas y guayabos, recorrida por el puma y por el jaguar, entregada al caballo salvaje y á la res bravía, sufrió mucho tiempo

el despótico yugo de los delegados militares de la península, para sentirse vinculada por el amor al cetro borbónico y á la causa ibérica. Es lógico, entonces, que su movimiento insurreccional fuese tan ardoroso como espontáneo. En las márgenes del arroyo de Asencio, el 18 de Febrero de 1811, don Venancio Benavides y don Pedro Viera lanzaron el primer grito de rebeldía. Puestos de acuerdo con el comandante don Ramón Fernandez, jefe de una pequeña fuerza española, se apòderaron de la villa de Mercedes y del pueblo de Soriano. El feliz éxito de este pronunciamiento alentó á todos los patriotas de la campaña.

En la Colonia, don Mariano Chaves, don Francisco de Haedo, los hermanos Gadea respondieron al grito de Mercedes. Paysandú se preparó también para unirse á las legiones libertadoras, siguiendo el impulso que la imprimían el padre Martinez y Jorge Pacheco. Entonces aparece don José Gervasio Artigas. Principia la epopeya. Durante once años de sangrientos combates, el paso del caballo criollo del blandengue fiero va delineando la curva de los límites patrios sobre el mapa continental. Durante once años de diánas de clarín y salves de tambor, aquel jinete de figura marcial y de ojos agrandados por la visión de lo porvenir , es el dueño absoluto y el esclavo sumiso de nuestra disputada soberanía, haciendo que comulguen sobre el mantel del altar autonómico sus leales montoneros, los gauchos escuadrones de sus trágicas correrías. Durante once años, cuyas noches alumbra la claridad siniestra d los morteros, aquel solitario y aquel meditativo, que nos enseñó el culto de la democracia, lucha en los declives de las serranías, que embalsaman los óleos del clavel del aire, con los españoles, con los porteños, con los lusitanos, con todos los que quieren agrandar sus dominios con el terruño en que cruje la tricolor, ¡la bandera que grita con lujuriosa voluptuosidad, como un águila en nupcias y un león en bodas, cuando la retuercen y la sacuden las ráfagas salvajes del pampero!

Hijo de una muy vieja familia colonial, Artigas nace en Montevideo el 19 de Junio de 1764. Se educa en el convento de San Francisco. Pasa su adolescencia acarreando ganados y acopiando cueros, en las rudas y vigorizantes labores camperas, que endulzan sus labios con las mieles del hurucuyá y que adoban su espíritu con el ejemplo de las soberbias del viraró. En las campiñas, que alegra el grito de los horneros madrugadores y donde el viravira elabora los haces de su hilos textiles; en las campiñas por donde vagan el tero y el chajá ; en las campiñas, cuyas noches alumbran los fosfóricos ojos del ñacurutú, y en cuyas soledades aullan vagabundea el indio charrúa ; en las campiñas, que ensangrienta la daga del fronterizo y en que no se conoce la vigilancia de la autoridad, aprende el padre de nuestros héroes las mágicas virtudes del esfuerzo propio, la inenarrable dicha de sentirse libre, el dignificador evangelio de la independencia. Durante esa época, Artigas se bate con los contrabandistas que infectan el país, yéndolos á buscar en sus grutas monteses y popularizándose por lo bizarro de sus hazañas. En 1797, bajo el gobierno de Olaguer y Fe-

Así, Artigas abandona la vida selvática y principia su luminosa carrera pública, ingresando en el cuerpo de blandengues, cuya misión era perseguir á los cuatreros y á los indios salvajes. En 1810, Artigas era el capitán de una de las compañías del cuerpo veterano. Cuando vibró en los aires el grito de Asencio, Ramón Fernandez, jefe de las fuerzas revolucionarias, ofició á José Artigas, que se hallaba entonces en Nogoyá,—en la provincia de Santa Fé,—encareciéndole la conveniencia de que prestase la ayuda de su prestigio á los heróicos paisanos de la cruzada. No se basaba tan sólo la nombradía del caudillo inmortal en lo resuelto de su coraje. Se basaba también en lo sóbrio de sus costumbres, en la severa sencillez de sus hábitos. Al empezar la cruzada emancipadora, estaba ya muy cerca de los cincuenta años. Su frente era ancha, sus ojos azules, su nariz aguileña, sus labios finos, robusto su pecho y alta su estatura. Tenía bilioso el temperamento, el ademán muy dominador, parco al hablar, sereno el raciocinio, tesonero el carácter y pródigo en bravuras el corazón. Encalvecido en temprana edad, como si calcinase su cránco fuerte la volcánica llama de su pensamiento, aquel meditabundo de soñadores ojos azules iba á fanatizar á las muchedumbres, á hacer de su bandera el sudario bendito de dos generaciones y á convertir en muros de una patria joven, valiente, idealista y próspera, las barrancas orientales del Uruguay.

Cuando Artigas, el 9 de Abril de 1811, respondiendo al llamado de don Ramón Fernandez, desembarcó cerca de la Calera de las Huérfanas, llevando por escolta 150 hombres del famoso regimiento de Patricios, el movimiento revolucionario se había extendido por todo el país. Don Fernando Torgués sublevó á los vecinos de las inmediaciones de Montevideo, en tanto que don Pedro Bauza y don Tomás García de Zúñiga congregaban á las milicias de Canelones y la Florida. Casi al mismo tiempo levantaron el estandarte de la rebelión don Juan Francisco Vazquez en San José, don Juan Antonio Lavalleja en Minas, don Baltasar Ojeda en Tacuarembó y don Feliz Rivera en las jurisdicciones rurales del Durazno.

IV.

En vista de la espontaneidad y de la rapidez del movimiento de la Banda Oriental, la junta gubernativa de Buenos Aires, formando un nuevo ejército con los restos de las tropas de Belgrano, que regresaba vencido del Paraguay,—resolvió invadir nuestro territorio, encargando de proteger esta operación á una escuadrilla de tres pequeños buques, puestos bajo las órdenes de don Juan Bautista Azopardo. Manuel Belgano fué designado por la junta bonaerense para comandar á las fuerzas expedicionarias y dirigir la rebeldía de los orientales. A mediados de Abril de 1811, Belgrano estableció su cuartel general en Mercedes, disponiendo que los patriotas se apoderasen de Minas, Maldonado y Canelones, para estrechar en un círculo de hierro á Montevideo. El 21 de Abril, don

Venancio Benavídez comunicaba al general Belgrano que, á las cinco de la tarde del día anterior, se había presentado frente al pueblo del Coya, intimando la rendición del mismo á su comandante militar don Pablo Martínez. Este, convencido de lo estéril de todo conato de resistencia, se entregó á discreción con los 130 hombres que comandaba. El mismo 21 de Abril de 1811, Manuel Artigas y Balta Vargas se encontraron con una fuerza realista tendida en batalla, junto al paso del Rey del río San José. El fuego de guerrillas duró hasta el atardecer, en que una carga de nuestros lanceros hizo que los peninsulares empezasen á replegarse sobre la población. A merced de la noche, los realistas, acantonándose en la plaza y en las azoteas de la histórica villa, se prepararon para resistir el ataque de los patriotas. Estos, divididos en dos columnas, renuevan el combate con las primeras luces del alba del día 22. La artillería española, compuesta de dos cañones, abre algunos claros en nuestras filas, cayendo herido de un casco de metralla, para no levantarse, el bizarro oficial don Manuel Artigas. Cuando el empuje de nuestras lanzas iba á arrollarlo todo, los españoles reciben un refuerzo que Elío les envía desde Montevideo. Los patriotas, faltos de municiones, suspenden el combate; pero, acampando en los alrededores de la gloriosa villa, la encierran en el círculo brillador de sus agudas lanzas de tijeras.

El 24 de Abril, cuando el sol se ocultaba detrás de las cumbres de nuestras cuchillas, Venancio Benavides llegó en auxilio de los jinetes patrios, que volvieron al asalto con encarnizamiento á las ocho de la mañana del 25. El combate duró cuatro horas. El heroismo de los criollos se apoderó primero de las azoteas y después de las piezas de artillería, atravesando las bocacalles atrincheradas y despreciando los fuegos incesantes del enemigo.

Poco después, el general Rondeau reemplazaba á Belgrano en el mando del ejército de operaciones de la Banda Oriental. El 5 de Mayo, Rondeau escribía á la junta gubernativa bonaerense que, una vez organizadas las fuerzas patriotas, se esforzaría en recoger las ventajas incalculables ofrecidas á la causa de la libertad por los felices sucesos del Coya y San José. Ya se hallaban en poder de los orientales la villa de San Carlos y la ciudad de Maldonado. El 20 de Mayo Venancio Benavides oficiaba á Rondeau su victoriosa entrada en la Colonia del Sacramento. El sitio de la Colonia había empezado el 18 del mismo mes, rindiéndose la plaza, á pesar de lo estratégico de sus baterías, después de una semana de asedio formal. Vigodet, temiendo las consecuencias de un asalto, la abandonó, embarcándose con la guarnición y los europeos residentes en ella, el 26 de Mayo.

El 18 de Mayo de 1811. Artigas triunfaba de los españoles en el campo inmortal de las Piedras. El día 17, encontrándose los patriotas en las puntas del Canelón Chico, amaneció lloviendo copiosamente. El frío era intenso; mucha la desnudez de nuestros soldados; imprescindible la necesidad de conservar sus armas en perfecto uso. La noche fué de insomnio y de recelo, por encontrarse el enemigo á muy poca distancia. El 18 se levantó la aurora radian-

y serena, barriendo con los tintes róseos de sus rayos las últimas
bes del horizonte. Artigas despachó algunas patrullas de reco-
cimiento sobre el campo peninsular .Este, que se hallaba á me-
de dos leguas de los patriotas, comenzó á moverse á las nueve
la mañana. Artigas, entonces, exhortó á sus soldados, que viva-
alegres, recordándoles los triunfos obtenidos. Los peninsula-
se habían situado sobre una eminencia, colocando dos obuses
el centro de su línea, y un cañón en cada uno de sus extremos.
ventajoso de sus posiciones y la superioridad de su infantería
hacían muy difícil nuestra victoria. El ejército realista, mandado
por el capitán de fragata don José Posadas, se componía de 64 ar-
tilleros, 600 jinetes y 850 caballos. Nuestras fuerzas, con sus dos
pequeñas bocas de fuego y sus mil hombres mal disciplinados, de-
mostraron, en aquella batalla, lo prodigioso de la virtud del patrio-
tismo. En las Piedras, como quería el blandengue inmortal, « los
puñales de los paisanos pasaron por encima de las bayonetas ve-
teranas. »

Las Piedras, que debe su nombre á uno de los arroyos nacidos en
cuchilla Grande, es uno de los pueblos más importantes del de-
partamento de Canelones. En sus carcanías se libró la batalla del
8 de Mayo. Artigas, que comandaba personalmente la derecha de
línea patriota, confió la izquierda al heroismo de Eusebio Val-
denegro, dejando como cuerpo de reserva á la compañía de 54 pla-
zas, de don Tomás García de Zúñiga. Después de algunos tiroteos
en el enemigo, cuya atención distraían los briosos centauros de
ntonio Perez, Artigas cargó con porfiado empuje á las once y me-
ria de la mañana. Mucho costó arrojar á los peninsulares de la
inencia en que se habían encastillado ; pero el vigor laconio de
nuestros era irresistible y el enemigo, después de perder uno de
s cañones, empezó á retirarse hacia las Piedras. Se replegaba en
orden y sin cesar sus fuegos, cuando el blandengue, violentando
sometiendo á la victoria, lanzó sobre él las columnas de su caba-
cría. Una parte de esta, colocándose á la retaguardia del enemi-
o, imposibilitó su movimiento de retroceso. Cercado por todas
partes y después de una resistencia desesperada, el jefe español
levantó bandera de parlamento, entregándose discrecionalmente con
oficiales y 342 individuos de tropa. Dejaron los españoles sobre
el sitio de la brega más de sesenta heridos y de noventa muertos.
abiendo Artigas que en las Piedras quedaba una guardia con un
cañón, encargó á Valdenegro de domeñarla. Valdenegro colocó dos
netes de pólvora bajo el pórtico de la iglesia, donde el rondín
eninsular estaba acantonado, y amenazó con prenderles fuego al
enor asomo de resistencia. La guardia se rindió. Atardecía. Las
nieblas de los crepúsculos otoñales ya salían del fondo de las lla-
nadas, para cubrir con sus tules, de contornos fantásticos, los pi-
cos de las sierras. Como dice Francisco Bauzá, en la página 161
del tomo tercero de su *Historia de la Dominación Española*, con
aquella derrota Elío perdió la única división movilizada de que
disponía, volviéndose muy difícil su situación.

El primero de Julio, el general Rondeau, incorporándose á las

victoriosas huestes de Artigas, empezó el sitio de Montevideo. Ese sitio reviste una importancia suma en los anales de la independencia sud-americana. Montevideo era uno de los más fortines del poder colonial. Su situación, sus elementos militares, la facilidad de sus comunicaciones con la monarquía brasileña, le convertían en un serio peligro para los ensueños republicanos del continente. Como dice el señor Justo Maeso, en su interesantísimo estudio acerca de *Los primeros patriotas orientales*, imposible que una reacción monárquica fructificase en el Buenos Aires, donde el elemento criollo comprimía y aplastaba, por su número y su influencia, al elemento peninsular. El peligro real y práctico de una reacción, que remachara los grillos coloniales, existía sólo en Montevideo, que, con su vecindario afecto á la metrópoli, con sus bélicos arsenales y con su formidable apostadero, podía fácilmente dominar los ríos, esterilizando los esfuerzos de las banderas libertadoras. El asedio, por desgracia, se arrastró perezosamente. Los sitiados carecían de artillería de sitio, siendo mucha su escasez de pólvora y de municiones. Rondeau dispuso que le mandasen dos grandes cañones desde la fortaleza de Santa Teresa, que se hallaba situada á unas setenta leguas de Montevideo. Construyó con ellas una batería, que pronto fué desmontada por el enemigo. El sitio se redujo, desde entonces, á una no interrumpida serie de guerrillas entre los patriotas y los peninsulares. Elío se resolvió á tomar la ofensiva. El 15 de Junio de 1811, Juan Angel Michelena, al frente de cinco barquichuelos bombardeó el Puerto de Buenos Aires, intimando á la junta gubernativa que levantase el asedio de Montevideo. respondió artillando la ribera del puerto, y obligando á retirarse á la escuadrilla de Michelena. Un mes más tarde, Rondeau se propuso asaltar la isla de Libertad, que se hallaba situada bajo los fuegos de la fortaleza del Cerro y en que Elío tenía su almacén de municiones. Diez cañones defendían la isla, cuya guarnición comandada por el capitán don Francisco Ruiz. En la noche del 15 de Julio, don Pablo Zufrategui y don Juan José Quesada, con tres embarcaciones que tripulaban ochenta hombres de brega llegaron al desembarcadero de la isla. Sentidos por don Francisco Ruiz, éste salió á su encuentro con una mecha encendida, dirigiéndose á los cañones enfilados sobre la entrada del desembarcadero. Los patriotas le mataron á puñaladas, aprisionando sin resistencia á la guarnición, clavando la artillería y llevándose veinte quintales de pólvora.

Elío, incapaz de reposo, trataba de aliados á la causa peninsular desde principios de 1811. Con ese objeto, llamó á las puertas de la corte del Brasil, tomando como intermediaria á la princesa doña María Carlota de Portugal. Esta, cuya ambición tan desordenada como su conducta, obtuvo que el Brasil se comprometiera á socorrer á los gobernadores de Montevideo y del Paraguay, siempre que estos se lo solicitasen. Elío escribió, el primero de Mayo, á la infanta Carlota, pidiéndole con urgencia la ayuda del contingente ofrecido, en vista del estado lamentable - - aña o-

HÉROES DE LA INDEPENDENCIA DE AMÉRICA

REPÚBLICA ARGENTINA



Guillermo Brown



Carlos María de Alvear



Juan Gregorio De las Heras



Cayetano Rodríguez



Bernardino Rivadavia



Nicolás Rodríguez Peña



Miguel Estanislao Soler



Juan Lavalle



José María Paz

iental. El resultado de la batalla de las Piedras y el asedio de Montevideo activaron aquella diplomática negociación. El general don Diego de Souza, al frente de un ejército de tropas regulares, invadió nuestro suelo con el pretexto de auxiliar á los españoles. Este pretexto era una máscara, con que encubría, en aquella ocasión, su política conquistadora, jamás cansada, la corte del Brasil. Esta abrigaba la ambición secular de apoderarse del suelo nativo, ambición que no había cesado desde 1680 y á la que debía el dominio de las Misiones del Uruguay. El 17 de Julio, Souza, que era un monárquico empedernido, inició su marcha hacia el Jaguarón, con un ejército de cinco mil soldados y con dos baterías de artillería montada. Elio, entre tanto, perfeccionaba sus fortificaciones, alentando á sus tropas con la seguridad de que pronto serían auxiliadas. También Rondeau quiso reanimar la fé de los suyos, multiplicando las escaramuzas que diariamente turbaban la diafanidad de la atmósfera con el humo de los fusiles. En esta situación llegaron á Buenos Aires las nuevas de la triste derrota de Huaqui. La junta gubernativa, sin bríos ni horizontes, se vió obligada á ceder su puesto, el día 23 de Setiembre, á un triunvirato constituido por Feliciano Chiclana, Manuel Sarratea y Juan José Passo. Este triunvirato, en vista de la gravedad de las circunstancias originadas por los luctuosos acontecimientos del Alto Perú, se apresuró á negociar un armisticio con los españoles. Intervinieron en aquella negociación don José Julián Perez, como representante del triunvirato, y los señores José Acevedo y Antonio Garfias, en representación del virrey Elío. Por el artículo primero de aquel pacto cobarde, la junta bonaerense se comprometía á no reconocer jamás otra soberanía que la soberanía de Fernando VII. Por el artículo segundo, el triunvirato reconocía igualmente la unidad indivisible de la nación española, considerando como parte de esa unidad á las provincias del río de la Plata. Por el artículo sexto del armisticio, las tropas de Buenos Aires quedaban obligadas á desocupar enteramente la Banda Oriental quedando esta bajo el absoluto dominio del virrey Elío, quien á su vez se ofrecía, por el artículo once, á conseguir que las tropas portuguesas se retirasen á sus fronteras, dejando nuestro territorio sujeto otra vez á la corona de España. Este armisticio, firmado el 21 de Octubre en Montevideo, fué ratificado el 24 del mismo mes por el gobierno de Buenos Aires.

Artigas rechazó el convenio; pero, engañado por las promesas de don Juan Julián Perez,—que le aseguró con solemnidad que el armisticio no se ajustaría y que el gobierno bonaerense iba á proporcionar toda clase de recursos á los patriotas,—el jefe de los orientales se retiró del sitio, encaminándose á San José. Poco tardó en conocer que habían jugado con su confianza. El armisticio, que según el agente del triunvirato no tenía más propósito que el de ganar tiempo, empezó á cumplirse, embarcándose Rondeau, en el puerto de Colonia, á fines de Octubre de 1811. Artigas quedaba abandonado á su propia suerte. ¿Cómo resistir al virrey Elío y al invasor Souza? Dice el señor Francisco Bauzá, en la página 211 del tomo tercero de la obra ya citada: «Cuando las perspectivas

del futuro eran más negras, partió de la multitud congregada en San José, esta palabra heróica: ¡Emigremos! Quién fuese el primero en pronunciarla, hasta ahora no se ha sabido, pero ella debía estar en el corazón de la mayoría, por la repercusión instantánea que alcanzó. Repitiéronla con igual acento de firmeza, el oficial y el soldado, la mujer y el anciano, dándole de ese modo la uniformidad de una consigna. »

Dice muy bien Francisco Bauzá. Fué espontáneo, francamente espontáneo, aquel movimiento emigratorio que se llama, en las páginas de nuestra historia, el éxodo del pueblo oriental. En aquella retirada sublime Artigas se llevaba consigo, indómita y feroz, el alma de la tierra charrua. El blandengue emprendió con lentitud su marcha hacia el Salto. Comenzaba la emigración en plena primavera. Verdeaban ya los llanos y las lomas. Las cruceras, en celo, movían sus anillos en las barrancas cubiertas por los ramos del sauco y la cicuta. Los tordos negros saludaban con sus repiques al calor naciente, poblando de aletcos los montes de algarrobos. Las palmípedas llenaban de rumores los pajonales. Seguía al caudillo una columna inmensa, formada por un largo convoy de pesadas carretas y bordeada por ganados de todas clases. Se marchaba sin orden ni concierto, dejando en pos de sí los ranchos consumidos por el incendio, mientras, en las últimas filas de la carabana, el cuerpo de blandengues apuraba á los rezagados y recogía á los desfallecidos. Los ancianos daban ejemplo de fortaleza. El parloteo de los niños sonaba alegremente desde el amanecer hasta el morir del sol. El aire balanceaba los ponchos pajizos. Se oía, sobre el chirrido de las carretas, la dulce salmodia de las guitarras de origen andaluz, de las sexticordes liras nacionales, que con las roncas notas de sus bordones lloraban la tristeza de dejar el pago, y que con las ayudas notas de sus primas cantaban la esperanza de volverlo á ver. En vano se ha dicho que el blandengue arrastró por la violencia á los que le siguieron hasta la emigración. Voluntario, tan voluntario como digno de loa, fué el exilio de la muchedumbre que, el 7 de Diciembre de 1811, se detenía en las márgenes del Daymán, después de dos meses de fatigosa marcha, en que atravesó ríos de cauce hondo, aquella carabana de memoria inmortal. Cuenta Amadeo Thierry, en su *Historia de Atila*, que éste, durante el sitio de Aquilea, tomó la resolución de construir una fortaleza en las cercanías de la plaza asediada. Eligió para ello el lugar en que actualmente se levanta Udine. Aquel sitio, por desgracia, era una llanura. ¿Qué hacer? El rey quería una montaña. Entonces cada soldado, sirviéndose de su casco y de su escudo, fué trayendo piedra y tierra al lugar que el caudillo les designó. En tres días, como por arte de encantamiento, el ejército edificó la ciudad de Udine. La fidelidad, inmortalizada por esta leyenda del siglo XIII, no era más grande ni era más firme que la que inspiraba á nuestros criollos el general Artigas.

En los primeros días de Enero de 1812, el blandengue estableció su campamento en el Ayuí, en la fértil y hospitalaria provincia de Entre Ríos. Poco tiempo antes, el 18 de Noviembre, Elío se embar-

caba para España, llamado por el consejo de la Regencia, que designó á don Gaspar de Vigodet para sustituirle en la capitanía general del río de la Plata.—El armisticio, de que hemos dado cuenta, no interesaba á nadie y nadie lo cumplía. El invasor Souza lo violaba, y el gobierno de Buenos Aires estaba arrepentido de haberlo firmado. Vigodet, fiado en el apoyo de los portugueses, quería romperlo. La princesa Carlota lo desautorizó, disponiendo que Souza permaneciese en el Uruguay. Este no necesitaba que lo animasen. Era muy monárquico y muy brasileño para retroceder. Sabía que, permaneciendo, perjudicaba los propósitos republicanos de algunos patriotas y favorecía las ambiciones conquistadoras de su país. Por su parte, el gobierno de Buenos Aires comprendía bien la amenaza que significaba Montevideo, abandonada á los españoles y defendida por una poderosa guarnición. Era de premiosa necesidad someter aquel baluarte reaccionario, contra el que se estrellaban las nobles rebeldías de la Banda Oriental. Esta, desalojada por las fuerzas patriotas, era víctima del bandolerismo de los invasores y de la sed de pillaje de los matreros. En sus campiñas, donde reinaba la soledad, los ranchos incendiados y las haciendas dispersas ofrecían un espectáculo de desolación imposible de describir. Entre tanto, Artigas, en su campamento del Ayuí,—donde llegaron á reunirse más de diez y seis mil personas,—adiestraba sus gauchos para la emancipación del suelo natal. Allí, junto á las carpas y bajo los árboles de su campamento, adobó el espíritu de los soldados de las cruzadas próximas, inspirándoles el sentimiento de la disciplina y aumentando el ardor de su localismo. El gobierno de Buenos Aires, deseoso de utilizar su mucha influencia, le proveyó de armas y de dinero, á fin de ponerle en condiciones para iniciar una nueva campaña. Los portugueses, apesar de lo resuelto en el armisticio, permanecieron en la Banda Oriental hasta Agosto de 1812. No pensaban en abandonarla. El general Souza, después de dominar la jurisdicción fronteriza de Cerro Largo, se apoderó de las fortalezas de San Miguel y de Santa Teresa. Ocupó, enseguida, las poblaciones de Maldonado y de Paysandú, donde setenta orientales, mandados por el heróico Francisco Bicudo, le resistieron durante largas horas. Cuando los portugueses entraron en Paysandú, vieron con mucho asombro sesenta y tres cadáveres tendidos á lo largo de las trincheras. ¡Sólo siete hombres, y los siete heridos, quedaban de aquel inolvidable escuadrón laconio! Otra fuerte división portuguesa, dirigida por el brigadier Chagas, invadió, á principios de 1812, las Misiones Orientales. Chagas las saqueó, asesinando sin compasión mujeres y niños. Por donde quiera que pasó aquel vándalo, dejó talados los campos y destilando sangre los corazones. Los portugueses sólo renunciaron á sus planes de conquista en virtud del pacto celebrado, el 26 de Mayo de 1812, entre la corte del Brasil y las Provincias del río de la Plata. Por intermedio de Strangford, ministro británico en Río Janeiro, se acordó un armisticio entre el gobierno de Buenos Aires y el príncipe regente de Portugal. En el artículo primero de ese armisticio se convenía el cese inmediato de las hostilidades, pac-

tándose en el artículo tercero el retiro de las tropas argentinas y portuguesas, á fin de que los españoles y los patriotas dirimiesen su gravísimo pleito sin ninguna ingerencia de parte del Brasil. Souza empezó á retirarse á fines de Setiembre, con mucha lentitud. Hízolo mohino y ceñudo, defraudadas sus esperanzas conquistadoras de monarquista y de lusitano. Con esta retirada quedaron para siempre heridas de muerte las ambiciones de la infanta María Carlota.

V.

En Junio de 1812, el gobierno de Buenos Aires,—ya decidido á reanudar la guerra con los hispanos,—empezó á reunir un numeroso ejército en las riberas occidentales del Paraná. Algo le costó decidirse, por los cuidados que demandaban los acontecimientos del Alto Perú; pero, con la evacuación de los portugueses, creyó que un triunfo, tan fácil como rápido, coronaría la nueva campaña de las armas criollas en la Banda Oriental. El primer triunvirato; el triunvirato que rigió los destinos de las provincias desde el 23 de Setiembre de 1811 hasta el 8 de Octubre de 1812; el triunvirato de Chiclana, Sarratea y Passo, representaba la tendencia del centralismo gubernamental. Era la absorción de los poderes ejecutivo y deliberante en un solo cuerpo de tres cabezas. La influencia de Artigas, influencia regional y que favorecía á los amantes del régimen federativo, no podía ser grata al primer triunvirato de 1812. Este necesitaba anular aquel influjo poderosísimo, por su origen plebiscitario y por su democrática orientación.

Antes del alejamiento de las tropas portuguesas, el gobierno de Buenos Aires había encomendado la comandancia en jefe del ejército de operaciones en nuestro suelo al general Artigas. Una vez conseguida la retirada de las fuerzas portuguesas y rotas las relaciones con los peninsulares, el gobierno bonaerense, desentendiéndose del título otorgado al blandengue, nombró, para desempeñar aquella comandancia y disminuir el poderío del caudillo oriental, á Manuel Sarratea. Artigas reconoció al nuevo jefe, devorando el desaire de que era objeto; pero sin pedir á sus subalternos que imitasen la conducta de obediencia que él se imponía. Sarratea, uno de los negociadores del armisticio del 26 de Mayo; Sarratea, de quien afirma José Manuel Estrada, que era «más astuto que culto, orgánicamente travieso y diplomático por vocación»; Sarratea, comerciante convertido de pronto en militar de alta gerarquía, había levantado sus tiendas de campaña en las inmediaciones del Ayuí. Desde el primer instante se esforzó en disgregar las fuerzas orientales, aumentando con el contingente de sus desertores los cuerpos argentinos que comandaba. A fuerza de intrigas y de promesas, logró que se incorporasen al ejército auxiliar el regimiento de blandengues de don Ventura Vázquez, los guerrilleros de don Baltasar Vargas y la división de don Pedro Viera. Estas ingratitudes fueron muy dolorosas para el más grande de los caudillos

trios. La orden de Sarratea, incorporando á sus porteños endomingados las tropas orientales mejor organizadas, le puso en inquietud y lastimó su orgullo. Aquella medida, contraria á la solidaridad que el glorioso caudillo predicaba á los suyos, disminuía el campo de su influencia y debilitaba el culto del regionalismo en el ardiente corazón de sus soldados. Las intrigas de Sarratea redujeron el ejército oriental á menos de mil hombres. Entonces, ¿de nada habían servido el triunfo de las Piedras y los meses pasados bajo los árboles del Ayuí? ¿Es que Buenos Aires, una vez desterrada la bandera colonial, pretendería imponernos su yugo? ¿Es que el ejército auxiliar, vencidos los hispanos, pensaba convertirse en ejército de conquista y de explotación? Ardiendo en recelos, Artigas consultaba el porvenir, como Edipo consultó, con sudores de angustia, á la esfinge de Tebas.

El futuro le dijo que no eran infundadas sus inquietudes. Sarratea obedecía á un plan discutido y resuelto por el triunvirato. Aunque convencido de que era muy difícil voltear aquel andamiaje, Artigas afeó sus procederes al jefe argentino, dirigiéndose, en demanda de apoyo y de justicia, á sus amigos de la capital porteña. Sarratea, bajo sus apariencias de cultura y de zalamería, ocultaba una vulgaridad feroz. Era una mano de contornos bajamente plebeyos; pero vestida con un estrecho guante de cabritilla blanca. Sarratea se rió de las sentimentales quejas del blandengue, continuando en su empeño de disolver las fuerzas militares de la Banda Oriental.

Artigas, desde entonces, se abstuvo de concurrir á la nueva campaña.

El 8 de Octubre de 1812, las fuerzas militares bonaerenses,—descontentas del extremo centralismo del primer triunvirato,—se alzaron en armas contra el gobierno, constituyendo un segundo triunvirato con los señores Juan José Passo, Nicolás Rodríguez Peña y Antonio Alvarez Fonte.

El primero de Octubre del mismo año comenzó el sitio de Montevideo. Inició el asedio José Eugenio Culta, de origen indígena y de antecedentes poco honorables. Era un desertor de las milicias de Artigas, un escapado del campamento del Ayuí. Salió de este, harto de ayunos y sacrificios, para ejercer sus artes de gaucho malevo. Don Tomás García de Zúñiga lo regeneró, impulsándole á emplear su bizarría en bien de la patria. El primero de Octubre de 1812, José Eugenio Culta, con una partida de trescientos paisanos, enarboló una bandera blanca y celeste,—profético símbolo de la nación futura,—frente á Montevideo. Vigodet creyó que era, aquella partida, una avanzada del ejército rioplatense. El 20 de Octubre el coronel José Rondeau, destacado por Sarratea, establecía sus cuarteles en el Cerrito. Vigodet, que era un guerrero valiente y un soldado de honor, estaba dispuesto á resistir hasta el último trance. Sabía que la ciudad montevideana era uno de los baluartes más necesarios á la dominación española. Cuando Culta inició el asedio, Vigodet impuso, para atender á las necesidades de la plaza, una contribución á los propietarios y comerciantes de la misma.

Enseguida, para templar el ánimo de sus tropas, hizo que estas jurasen solemnemente el estatuto promulgado por las cortes de Cádiz. El día 31 de Diciembre, los patriotas obtuvieron un espléndido triunfo. Rondeau, con 2000 hombres, venció á Vigodet, que, con ocho piezas de artillería y con 1800 soldados, salió sigilosamente de las murallas de la ciudad, para sorprendernos y derrotarnos en el Cerrito. Amanecía. Vigodet, cuyo segundo jefe era el brigadier don Vicente Muesas, dividió sus fuerzas en tres divisiones. La primera estaba á cargo de don Pedro Lacuesta. Mandaba la segunda don Domingo Estanislao Loaces. La tercera división era comandada por don Jerónimo Gallano. La vanguardia, formada por el cuerpo de caballería de don Benito Chain, marchaba en silencio á las pálidas luces del amanecer. En las Tres Cruces, en el saladero de Silva, se toparon los españoles con las primeras guerrillas patriotas, que dirigía el brío de Baltavargas. Después de un fuego largo y nutrido, Baltavargas se rinde bajo los sables de los gallardos jinetes de Chain. Casi al mismo tiempo, en las inmediaciones de la Figurita, las dos primeras divisiones españolas chocan reciamente con el capitán don Antonio Videla. Ochenta hombres componen aquella avanzada. Cuarenta caen para no levantarse, y sobre los cadáveres de los suyos Videla cae también, despertando á la gloria con su grito de: «¡Viva la patria!»

Rondeau, apesar de la confusión que los dispersos de las avanzadas introducían en el campamento de los patriotas, comenzó á preparar su línea de batalla. Para oponerse á la tercera división realista, á la división mandada por Gallano, reforzó con dos piezas de artillería el batallón de infantes formado sobre la base del antiguo cuerpo de blandengues. Mandaba á ese cuerpo don Ventura Vazquez, uno de los compañeros de Artigas en la inmortal jornada de las Piedras. Para cerrar el camino á la primera y segunda de las divisiones peninsulares á las divisiones de Lacuesta y Loaces, colocó en una de las faldas de la eminencia al teniente coronel Miguel E. Soler con un cañón, un cuerpo de infantería y una parte del regimiento de dragones. Pronto el combate se hizo general. Al principio la suerte nos fué contraria. Lacuesta y Loaces arrollan á los infantes de Soler, y la bandera real tremola alegre en lo alto del Cerrito; pero los dragones embisten al vencedor, lo acuchillan y lo desbandan. El brigadier Muesas, cae muerto de un sablazo. Vigodet y Loaces, cuya segunda división ha sufrido poco, se lanzan impetuosamente á la bayoneta para vengar á la columna de don Pedro Lacuesta. Toman la cumbre y se sostienen en ella un cuarto de hora; pero cercados y amenazados en todas direcciones por los guerrilleros de Soler, empiezan un movimiento retrógrado hacia la ciudad. Los sostiene en su retirada la tercera división peninsular, la división del coronel Jerónimo Gallano. Eran las once de la mañana, cuando Vigodet entraba en Montevideo, dejando sobre el campo de batalla 146 heridos y 100 cadáveres. Aquella noche el campamento de los patriotas se llenó de víctores y de fogatas, celebrando la victoria obtenida. Como dice el general Mitre, el triunfo del Cerrito permitió que se estableciera sólidamente el sitio de Montevideo.

Sarratea, que venía á incorporarse con los patriotas, trató de ganar la voluntad de Artigas, ofreciendo renunciar á su generalato; pero Artigas, convencido de que esta promesa no era leal, no quiso entrar en negociaciones con el habilidoso diplomático. Acampado en el Paso de la Arena, junto al Santa Lucía, Artigas veía á cada instante aumentar sus fuerzas, que ya llegaban á más de 3700 hombres armados. Ansioso de apresurar la renuncia de Sarratea, hizo que el comandante Fructuoso Rivera, con un golpe de mano, se apoderase de las caballadas del ejército auxiliar. Sarratea, que se había incorporado á Rondeau el 16 de Enero de 1813, fué depuesto de su generalato por un motín que, el 21 de Febrero del mismo año, encabezaron y dirigieron los principales jefes de las fuerzas sitiadoras. Artigas, entonces, se unió á Rondeau, Montevideo quedó encerrada en un círculo de 4600 hombres de pelea. El hambre, con todas sus angustias, cayó sobre la plaza, cuya situación se hizo insostenible. El dominio español iba á derrumbarse; bastaba un pequeño soplo de viento para que la fruta, por demás sazonada, cayese del árbol.

VI.

A raíz del movimiento de Mayo de 1810, la primera junta gubernativa, la junta presidida por Cornelio Saavedra, reconoció el derecho de las provincias para intervenir, amplia y resueltamente, en la formación de la autoridad central del Río de la Plata. En 1812, el triunvirato ofició á las provincias, invitándolas á elegir los diputados que debían representarlas en la próxima asamblea constituyente. Sólo el pueblo oriental no recibió la nota de invitación. En la noche del 30 de Enero de 1813 tuvo lugar la primera sesión preparatoria de aquel senado insigne. Figuraban en él Bernardo Monteagudo, con sus elocuencias apasionadas; Cayetano Rodríguez, con su evangélica mansedumbre y su fervor patriótico; Carlos María Alvear, con sus talentos de soldado de escuela y con todas las ambiciones de la edad juvenil; Vicente Lopez, el autor de las estrofas marciales del himno argentino, y Manuel Sarratea, que cegado por sus odios á la causa artiguista, era una mancha negra en aquel cuadro de brilladora luz. Fué el congreso de 1813 la genuina representación del partido demócrata en su cariz más puro. Sus tendencias eran tan avanzadas como respetables los abanderados de los núcleos políticos que lo componían. Empezó sus debates rindiendo un homenaje á Mariano Moreno, el prócer que sembró, con su pluma y con su palabra, los gérmenes de la democracia en el seno de la revolución de Mayo.

Artigas, poco después de incorporarse al ejército sitiador, recibió una nota de José Rondeau, ordenándole el reconocimiento de la asamblea constituyente de Buenos Aires. La Banda Oriental, que no tenía representación en aquella asamblea, tenía en cambio el deber de jurarle obediencia y fidelidad. Artigas no quiso resolver por sí solo asunto tan grave. Por su mandato, los cabildos de

todos nuestros pueblos, en unión del vecindario de los mismos, procedieron á designar á las personas que debían constituir un congreso provincial, cuyas sesiones se celebrarían en el distrito del Peñarol, en la casa solariega de los Artigas. En esta casa, de techo de teja y paredes de mal revocado ladrillo, se reunieron, entre otros, don Joaquín Suarez, Miguel Barreiro, Damaso Larrañaga y el padre Monterroso. Corría el mes de Abril, con su temperatura uniforme y templada. Nuestros otoños son primaveras. El día 4 celebró el congreso su primera sesión. Artigas abrió el acto. El día cinco, el congreso eligió los seis diputados que debían representar á nuestro pueblo en la mayor asamblea bonaerense. El día 20, el congreso nombró una junta de gobierno para la provincia uruguaya, calcando su organización en la de los antiguos cabildos coloniales. Este gobierno, de carácter meramente municipal, se instaló en Canelones. Veamos, ahora,—para darnos cuenta del valor cívico é intelectual de sus componentes,—quienes eran los que se sentaron en el congreso del Peñarol. Don Joaquín Suarez fué un hombre bueno, un patriota que sacrificó su tiempo y su fortuna en el augusto altar de sus ideas. Estaba destinado á figurar como primera parte, por sus antecedentes y sus merecimientos, en los sucedidos posteriores á 1830. Larrañaga, nacido el 1771, era rico en talentos y en virtudes. Se ordenó de sacerdote en Río Janeiro, después de haber cursado con brillantez el derecho canónigo en Córdoba y en Buenos Aires. Poseía amplios conocimientos sobre algunos dialectos americanos, como el tupí y el quichua. Se había consagrado con predilección, desde su juventud, al estudio de la botánica, siendo el primero que escribió sobre nuestra flora. Supo hermanar la ciencia con la fé y el patriotismo con la cordura. Las largas horas que pasó á la luz de la lámpara, clasificando plantas y estudiando el arte de gobernar á las multitudes, cegaron sus ojos, envolviendo en las sombras de una noche eterna sus últimos días. Miguel Barreiro fué uno de los secretarios del general Artigas y uno de los que le siguieron al Ayuí. Era un docto y un convencido. Creía en la eficacia de la república y en el instinto elector de las masas. Figuró en todas las campañas contra los españoles, siendo uno de los que propiciaron y decidieron la celebración de la asamblea del año 13. Fray Gervasio Monterroso, amigo de la infancia del general Artigas, pertenecía á la orden de San Francisco. Nació en 1778. Sabía mucho y pensaba más. Lo democrático de sus ideas explica su prestigio. Era un hombre apasionadísimo, de resuelto carácter y de firmes propósitos. Había adiestrado su vehemente oratoria en la cátedra sagrada. Compartió con Larrañaga, desde el principio de la lucha emancipadora, la secretaría particular del blandengue ilustre.

El 13 de Abril de 1813, Artigas pasó un pliego de instrucciones á los diputados que iban á representar á la provincia oriental en la asamblea constituyente de Buenos Aires. El exámen de aquel documento, cuya importancia histórica es indiscutible, pone de manifiesto la elevación de las ideas y lo avanzado de los propósitos del insigne caudillo. Lo que no supo hacer la asamblea constituyente

argentina, lo que apenas se atrevió á hacer el congreso tucumano de 1816, Artigas lo hizo, tres años antes, junto al arroyo del Peñarol, en la cuchilla del Miguelete. Por la primera de aquellas instrucciones, nuestros diputados debían pedir la declaración de la independencia absoluta de las colonias americanas, absolviéndolas de todo compromiso de fidelidad á la corona de Castilla. Adelantándose á su tiempo, penetrando de un salto en las entrañas de lo porvenir, rompiendo las cadenas seculares que impedían moverse á la conciencia humana y legitimaban la explotación de los humildes por los poderosos, Artigas encargaba á nuestros delegados, en el artículo tercero de aquellas célebres cláusulas, la tarea de trabajar por la conquista de la libertad civil y religiosa en toda su extensión. En los artículos segundo y quinto de aquellas instrucciones, se proclamaba la conveniencia del régimen confederativo, dividiéndose los poderes públicos en legislativo, ejecutivo y judicial. ¿Qué más hubieran hecho Jefferson y Franklin, los verdaderos y grandes amigos de la república? ¿Qué más hubiera hecho la hermosa y dulce personalidad de Hamilton?

Artigas, después de haberse preocupado de la nación, se preocupaba celosamente del suelo natal. Por el artículo 8 de las instrucciones, el territorio de la provincia debía comprender todos los pueblos situados desde la costa oriental del Uruguay hasta la fortaleza de Santa Teresa. Por el artículo 9 debían reclamarse á los portugueses, para incorporarlos á esta misma provincia los pueblos de Misiones, Batoví, Santa Tecla, San Rafael y Tacuarembó. Al pié de esta demarcación de límites, en los artículos 10 y 11, Artigas consignaba que el pacto confederativo era una firme liga de amistad, sin otro fin que el de asegurar á las provincias sus libertades, poniéndolas á cubierto de toda violencia y facilitando su defensa común. Cada provincia, maguer el pacto confederativo, era dueña de su soberanía, de su independencia y de todos aquellos derechos que no se delegasen expresamente en el congreso general del Río de la Plata. Atendiendo luego á nuestro desarrollo mercantil, Artigas pidió á nuestros delegados, en los artículos 12 y 13 de sus instrucciones, que luchasen por obtener que fuesen declarados libres, para los buques de todas las banderas, el puerto de Maldonado y el de la Colonia. Incansable en la defensa del principio autonómico, el caudillo demandaba, en la cláusula 16, que se reconociese á las provincias la facultad de discutir y sancionar su constitución territorial. En fin, el preclaro blandengue, á quien la calumnia se complace en pintar bárbaro y despótico; el jefe de las montoneras nacionales, que debía su influjo á las hazañas de su juventud y al filo de su sable emancipador, trató; con maravilloso y profético instinto, de salvar á las provincias de los golpes de estado del cesarismo. Quiso que el futuro no estuviera á merced de la soldadesca desenfrenada, vacunándonos contra el cáncer que devoró á la Roma de la antigüedad y á la Italia del medio Evo. Con ese objeto, decía en el artículo 18 de sus instrucciones: «El despotismo militar será precisamente aniquilado con trabas constitucionales, que aseguren inviolables la soberanía de los pueblos.» ¡Cua-

renta años tardó la República Argentina en llevar á la práctica esos luminosos principios! ¡Cuarenta años, durante los cuales la recorrieron y ensangrentaron todos los mónstruos de la guerra civil! ¿Quién redactó aquellas memorables cláusulas? Unos dicen que fué Monterroso; don Francisco Bauzá sostiene que Larrañaga; don Isidoro de María afirma que don Miguel Barreiro. En verdad de verdades, ninguno lo sabe; pero lo que sí sabemos todos y nadie ignora es que el congreso bonaerense rechazó á nuestros representantes. La asamblea consideró insuficientes los poderes de estos, convencida por el debate que promovieron Valentín Gómez y Bernardo Monteagudo. ¿Qué se quería, dado lo caótico de la época y la situación armada de nuestro país? Lo que se quería era sofocar nuestro instinto autonómico. Rechazada nuestra representación, el gobierno argentino acordó que desapareciese el gobierno municipal creado por Artigas. Rondeau recibió la orden de convocar á los cabildos y á los vecindarios para la formación de un nuevo congreso provincial. Este se instaló en la capilla de Maciel. Artigas sintió el desaire, distanciándose de Rondeau. La divergencia se hizo más honda cuando la asamblea de Maciel, después de nombrar sus diputados á la constituyente, no les impuso el cumplimiento de las instrucciones antes analizadas. Otra resolución del congreso de Maciel exasperó á Artigas. Obediente á las insinuaciones de Rondeau, la asamblea disolvió el gobierno municipal creado en Abril, encargando de los negocios de la provincia á una junta compuesta por don Francisco Remigio Castellanos, don Juan José Durán y don Tomás García de Zúñiga. El 20 de Enero de 1814, Artigas se alejaba del sitio de Montevideo, donde Vigodet se defendía heróicamente.

A principios del año, 1814, la revolución argentina pasaba por una violenta crísis. Los buques españoles, moviéndose desde el apostadero montevideano, dominaban los ríos. En el norte de las provincias, el estandarte emancipador estaba sostenido por las muchedumbres indisciplinadas, por los audaces guerrilleros criollos, por Ignacio Warnes y Martín Güemes. En vista de aquellos peligros, de la carencia de un ejército regular y de una escuadra que protegiese el dominio fluvial de la revolución, la logia de Lautaro, que era aun muy poderosa, trabajó los espíritus de los constituyentes hasta convencerlos de que se necesitaba reconcentrar en una sola mano los poderes públicos. En la sesión del 22 de Enero, Monteagudo sostuvo esta tésis con energía y con elocuencia. La asamblea constituyente, tras un largo debate, reformó la constitución del poder ejecutivo, designando para director supremo al ciudadano don Gervasio de Posadas. El 11 de Febrero: Posadas publicó un decreto privando de sus empleos y poniendo fuera de la ley al general Artigas. En ese mismo decreto se ordenaba á los comandantes militares que persiguieran al jefe oriental como reo de un crimen de alta traición, autorizándolos para darle muerte en el caso de que se resistiera. El gobierno bonaerense ofrecía una recompensa de seis mil pesos, al que le entregase, viva ó muerta, la persona de Artigas. Este había encendido, con el fuego de sus

enconos, la hoguera autonomista en el litoral. Ya aparecía, en el horizonte, el ceñudo semblante de Ramírez. No era el mejor modo de apagar el incendio la creación de una dictadura. Posadas, ante tantos y tan graves obstáculos, trató de entrar en negociaciones con Vigodet. Estas no dieron ningún resultado. Entonces se pensó en crear una escuadra, utilizando los servicios que ofrecía al gobierno bonaerense un marino irlandés, el heróico Guillermo Brown. Este con tres naves, que tenían 60 cañones y 400 hombres de tripulación, empezó á pasear la bandera revolucionaria por las aguas de nuestros ríos. El 8 de Mayo, Carlos María de Alvear reemplazaba á Rondeau en el mando del ejército que sitiaba á Montevideo. Pocos días antes, el 16 de Marzo, las naves de Brown vencían á las naves españolas junto á Martín García. Los marinos criollos tomaban, al abordaje, la isla que defiende la entrada de los ríos Paraná y Uruguay. Deshecha aquella escuadra peninsular de catorce unidades, Brown se resuelve á bloquear el puerto de Montevideo. El 20 de Junio, Vigodet, contrariando la voluntad del elemento español y de las tropas que le obedecían, negoció la capitulación de la plaza. La pérdida de su escuadra había sido un golpe mortal para los defensores de Montevideo. La resistencia de la ciudad no podía prolongarse por más tiempo. Al combate naval del 17 de Marzo habían seguido, con igual suerte, los encuentros del 14 y del 17 de Mayo. En el primero, la escuadra realista fué deshecha junto al Buceo. En el segundo, el heróico marino irlandés obtuvo otra victoria frente á Montevideo, tomando al enemigo quinientos prisioneros, sus tres mejores buques, setenta cañones y dos mil fusiles. Perdida la dominación de los ríos, Montevideo estaba perdida. Gaspar de Vigodet lo comprendió así, inclinándose ante el fallo de la fatalidad. La plaza, cuya población diezmaban la escasez y las enfermedades, harto conseguía si conseguía una negociación que enalteciese y reconociera su virilidad. Vigodet convino con Alvear que la guarnición saldría de sus murallas con todos los honores de la guerra; pero Alvear, faltando á lo pactado, hizo que su ejército avanzara tres días después y sin aviso previo, entrando por sorpresa en la ciudad y tomando prisioneros á sus defensores. Más tarde, Vigodet hizo una exposición, poniendo de relieve lo poco noble de la conducta del general Alvear.

A pesar de que los vencedores encontraron en Montevideo una enorme cantidad de bélicos pertrechos, la importancia moral de la caída de aquel baluarte poderosísimo fué muy superior á su importancia material. Al recibir la noticia de la ocupación de Montevideo por las fuerzas revolucionarias, el general Pezuela desalojó á Salta, retrocediendo precipitadamente hasta el Alto Perú. Así el absolutismo de la monarquía española, su falta de condiciones para colonizar, perdieron los espléndidos verjeles de América. Así el absolutismo de la monarquía española,—que había ajusticiado en Lanuza á las libertades de Aragón, degollado en Padilla á los sueños comunales de Castilla y martirizado en Juan Lorenzo á las germanías de Valencia,—separó, por un abismo infranqueable, los intereses de las colonias de los de la antigua y encantadora Hes-

peria. Así el absolutismo de la monarquía,—que, apenas libre del yugo napoleónico, persiguió á Mina y al Empecinado, cuyos clarines tañían el mismo himno que se oyó en Roncesvalles,—perdía, en 1814, el más escarpado y el más inexpugnable de sus fortines continentales con la capitulación de la plaza de Montevideo.

Con Vigodet se iba para siempre, de nuestras playas, el dominio peninsular. Cuando volviese á ellas, ondulando sobre la popa de los buques hispanos, la denodada bandera de oro y de sangre, ya no volvería como señora que dicta leyes é impone usos, sino como mensajero de los mercados en que se apiñan los morenos racimos de la vid catalana y la miel de los frutos del naranjo andaluz.

LIBRO DECIMOCUARTO

LA INVASIÓN PORTUGUESA

I

Ya lo hemos dicho. El blandengue fanatizaba á sus montoneros. Estos seguían con ciega adhesión á aquel jinete poco locuaz, de blanco cutis y ojos pensativos, en cuyo azul cristal brillaba de continuo una pequeña y tembladora luz. Las muchedumbres veían la personificación de la patria en aquella figura marcial, vestida casi siempre con el chambergo de largas alas, la chaquetilla militar amoldada al talle y el pantalón sujeto por las botas con espolín, pues nunca le pluguieron las nazarenas rechinadoras. El montón anónimo se apeñuscaba en pos de su caballo,—cuya abrojosa clin mecía el soplo del pampero natal,—muriendo y vivando con las pupilas puestas en su poncho, cuyos colores reflejaban lo blanco de la espuma de nuestros ríos y el matiz del plumaje de nuestros horneros. Las montoneras hipnotizadas tenían en su caudillo una fé inquebrantable. Hacían bien, porque, como dice don Antonio N. Pereira en sus *Cosas de antaño* «nada le arredraba y ningún obstáculo era superior á su voluntad.»

En Enero de 1814, cuando Artigas abandonó el sitio de Montevideo, el gobierno de Buenos Aires dispuso que la Banda Oriental se incorporase á las provincias de la Unión Argentina. Olvidando que se trataba de un estado autónomo y cuya voluntad aun no se había manifestado, aquel mismo gobierno, centralista y unitario, nombró para regirnos á un intendente. Ese nombramiento recayó en la persona de don Juan José Durán.

Al decreto en que se le colocaba fuera de la ley, Artigas respondió declarando la guerra al director don Gervasio Antonio Posadas. Alvear tomó á su cargo responder á aquel imprudente reto. El 24 de Junio, al día siguiente de haber entrado en nuestra capital, el jefe argentino sorprendió y batió á los 1300 hombres que man-

daba Torqués. Este se había acercado á las Piedras, para gestionar la entrega de Montevideo. Alvear entretuvo á sus comisionados, los señores Revuelta y Saenz, y á las ocho de la noche cayó sobre las avanzadas de Torqués, persiguiéndolo con ahinco hasta el Santa Lucía. Torqués perdió dos banderas y doscientos hombres en aquella persecución. En ella hubiera perecido todo el ejército de Torqués, si el general Rivera, que se hallaba próximo, no se hubiese interpuesto rápidamente entre los perseguidos y las tropas de Alvear.

Este joven y ardoroso militar de escuela, cuya fé púnica es imperdonable, hizo correr la voz de que quería entrar en un amistoso avenimiento con el rebelde Artigas, quien, adormecido por esta esperanza, nombró para que negociasen la reconciliación á los señores Barreiro, Calleros y García Zúñiga. En estos andares, el débil Durán había sido sustituido por Rodríguez Peña. Alvear, continuando perezosamente el debate de las bases de arreglo y haciendo creer que era cosa resuelta su regreso á Buenos Aires, logró que las divisiones artiguistas debilitaran su vigilancia. El director Posadas, cómplice en el plan cartaginés de su subordinado, revocó el decreto que colocaba á Artigas fuera de la ley, declarándole buen servidor de la patria y devolviéndole su grado militar el 17 de Agosto de 1814. Artigas se ablandó, sin advertir todo lo que entrañaba el nombramiento del coronel Soler para gobernador de Montevideo y el desembarco de nuevas fuerzas por el puerto de la Colonia. Alvear, ya fuerte, hizo que Valdenegro atacara al artiguista Basualdo en Entre Ríos, mientras Soler y Dorrego trataban de sorprender á las patrias divisiones de Torqués y Rivera. En la noche del 4 de Octubre, las avanzadas de Dorrego, acuchillaron á las avanzadas de Torqués. El día 5, al despuntar la aurora, Dorrego avanzó al campamento de Marmaroya. Torqués fué vencido y puesto en dispersión, perdiendo sus bagajes y toda su artillería. Lo rudo de la persecución, le obligó á refugiarse en el Brasil. Inicióse, entonces, una campaña implacable contra los tenientes de Artigas. Este, que había levantado sus errabundas carpas en el departamento del Salto, dispuso que Rivera se lo incorporase con rapidez. Entre tanto, Alvear había abandonado la dirección de la guerra, quedando al frente de esta don Miguel Estanislao Soler. El paso de Alvear, por nuestro país, dejó tristes recuerdos. A pretexto de que eran nulos los títulos de los bienes de los españoles y de los orientales artiguistas, hizo vender esos bienes en pública subasta. Fundándose en que no era legítimo el origen de la autoridad de los cabildantes montevideanos, los desalojó y los sustituyó por otros de su hechura y que en nada le resistían. Retirado Alvear, y tras algunos encuentros sin importancia, tuvo lugar un choque decisivo para el triunfo de las ideas autonomistas. El 10 de Enero de 1815, Rivera y Dorrego lucharon cerca del arroyo de Guayabos. Después de más de cuatro horas de encarnizada brega, el campo quedó por los orientales. Al saberse en Buenos Aires el resultado de la batalla, el gobierno argentino se apresuró á entrar en negociaciones con el blandengue, evacuando la plaza de Montevideo y

reconociendo como provincia autónoma á la Banda Oriental. La evacuación se verificó el 25 de Febrero de 1815, y el día 26 don Fernando Torqués clavaba en las murallas de la capital la tricolor bandera de Artigas. La rebeldía de este no era sino un síntoma de la descomposición que se iba produciendo y agigantando en el seno de las provincias unidas. Alvear, el 9 de Enero de 1815, sustituyó en la dirección de los negocios públicos á don Gervasio Antonio Posadas. Alvear subía al mando supremo sin prestigios en la opinión. Dice el general Mitre, en la página 232 del tomo segundo de su *Historia de Belgrano*, que Alvear llegó al gobierno, «sin plan, sin ideas, sin fé en la revolución, sin objeto hacia el cual dirigir sus esfuerzos, poniendo el poder al servicio de su ambicioso personal, y gastó todo su tiempo y toda su energía en cimentar su precaria autoridad, en luchar con la opinión, contra las provincias, y contra la mayor parte de la fuerza armada, que le negó abiertamente la obediencia.» Por su parte José Manuel Estrada, en la página 95 del tomo segundo de sus lecciones sobre la *Historia de la República Argentina*, agrega que Alvear, «impotente para conjurar los riesgos de su gobierno, no tuvo la sensata generosidad de Posadas, que abandonó el timón cuando vió que su mano era flaca para regirlo. El director envió un diputado al Brasil para negociar, con lord Strangford, la entrega de la naciente república á un protectorado inglés.» Muy pronto Alvear se encontró solo y desorientado. El ejército del Perú desconoció sus órdenes, San Martín, gobernador de Cuyo, le trató con hostilidad. Los caudillos federales y los cabildos de las provincias no tardaron en resistirle, colocándose bajo la sombra del pendón de Artigas. Este, en quien se encarnaba la idea federativa, había consolidado su dominio, no sólo en Entre Ríos y Corrientes, sino también en Cordoba y Santa Fé. El caudillo oriental, después de haber formado un poderoso ejército, cruzó el Uruguay en Marzo de 1815. Artigas se presentó triunfalmente en Santa Fé, encabezando las resistencias contra Alvear. El director trató de cerrarle el paso, organizando un ejército para combatirle. Ese ejército comandado por don Ignacio Alvárez Thomas, se sublevó en Fontezuelas el 13 de Abril. Artigas, que había atravesado el Paraná y que se encaminaba hacia Buenos Aires, apoyó la sublevación. El 15 de Abril la capital imitó al ejército. Los cabildantes, poniéndose al frente de los cuerpos cívicos, destituyeron al director. Alvear, desterrado por el ayuntamiento, tuvo que refugiarse á bordo de un buque extranjero. El general Mitre, ocupándose de este memorable suceso en la obra ya citada, dice que los cabildantes entregaron al caudillo uruguayo, para que dispusiese de ellos á su antojo, aquellos de sus enemigos que habían demostrado mayor adhesión al gobierno de Alvear. Y agrega Mitre: «Artigas tuvo la nobleza de rechazar el horrible presente de carne humana que se le brindaba, diciendo que no era el verdugo de Buenos Aires.»

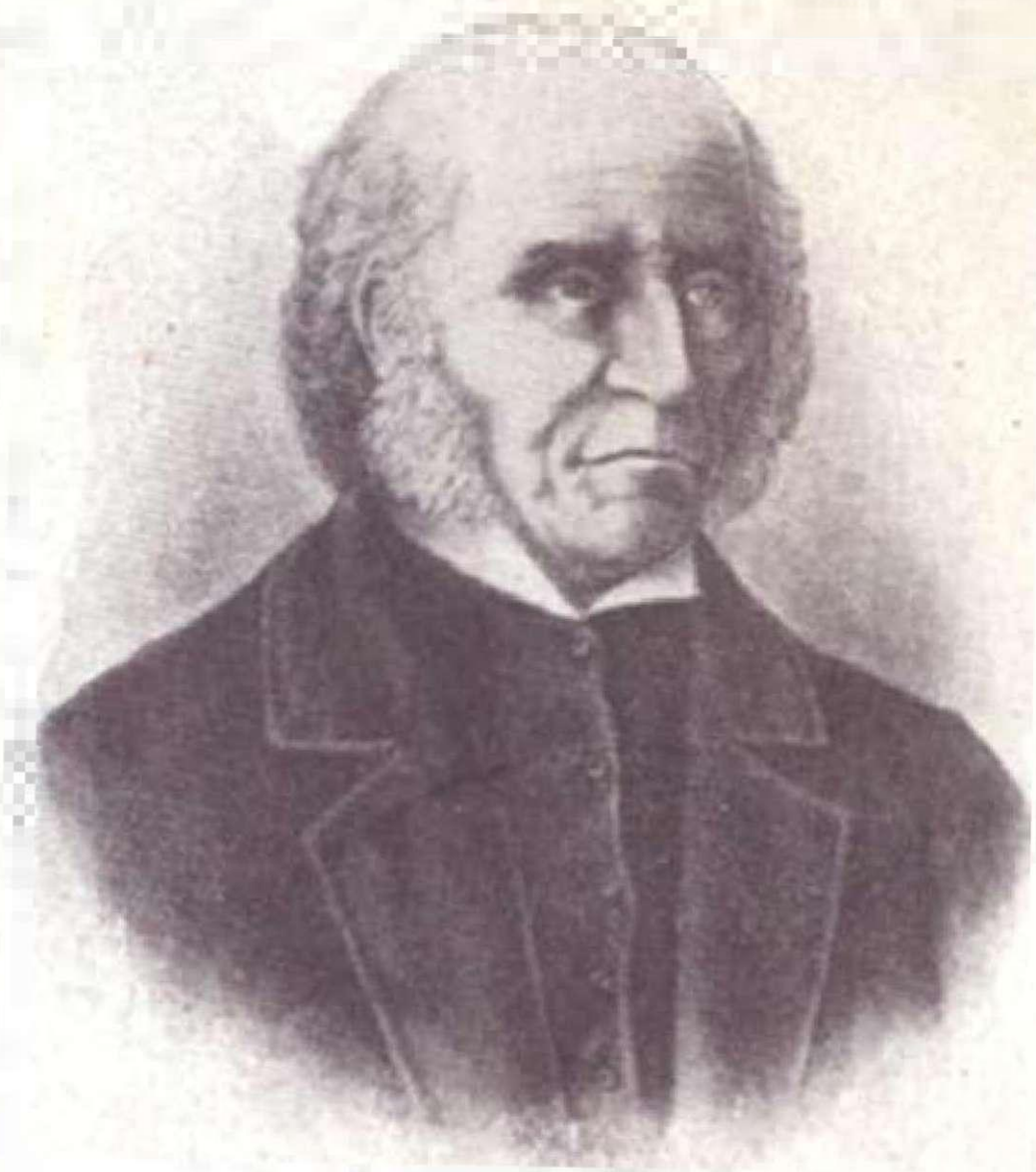
El 6 de Mayo de 1815 el coronel don Ignacio Alvarez Thomas tomaba la dirección suprema de los negocios públicos, sustituyendo interinamente á don José Rondeau, general en jefe del ejército del

Perú. El nuevo gobernante carecía de bríos y autoridad moral. No supo ni encauzar ni dirigir el instinto localista. En Junio de 1815 intentó celebrar un pacto de concordia con el caudillo nuestro, nombrando como intermediarios á don Blas José Pico y á don Francisco Bruno de Rivarola. Las negociaciones se iniciaron muy cordialmente y parecían destinadas á buen resultado. Pronto se vió que la divergencia de opiniones era trascendental entre Artigas y el gobierno de Buenos Aires. Mientras el primero quería que nuestro territorio se incorporase al estado argentino, con arreglo á las instrucciones del año 13, el gobierno argentino renunciaba á todos los derechos que le pertenecían por el antiguo régimen, reconociendo la independencia de la Banda Oriental. Mientras Artigas pedía que le fuesen entregados tres mil fusiles y doscientos mil pesos, amén de un buen número de cañones y obuses, los delegados del gobierno argentino pedían que les fuesen devueltos los buques apresados por nuestros corsarios y que se demoliesen las murallas de Montevideo. Mientras Artigas deseaba mantener su protectorado sobre las márgenes del Paraná, los delegados de Buenos Aires trataban de ganar para su gobierno á las provincias de Corrientes y Entre Ríos. Estas diferencias no pudieron salvarse, y así lo comunicaron los señores Pico y Rivarola, el día 29 de Junio, al gobierno de Buenos Aires.

II.

El 28 de Febrero de 1815, Fernando Torqués, de acuerdo con el cabildo, tomaba el mando de la plaza de Montevideo. Hubo, en señal de regocijo, fuegos artificiales y baile en la sala capitular. Pronto la pesadumbre reemplazó á la alegría. Aquel gaucho, tan inculto como arbitrario, vivió en continua desavenencia con los cabildantes y con los miembros más distinguidos de la población. La soldadesca imponía la ley, entregándose al pillaje y á la licencia. Perseguía, con crueldad y sin preocuparse de las edades, á los godos y á los aporteñados. Al llegar la noche, las calles de la capital quedaban desiertas, se cerraban las casas con triple cerrojo y se dormía con el sueño turbado por la inquietud. Cuando Artigas tuvo convencimiento de lo que pasaba, destituyó á Torqués, nombrando para que le sucediese á don Miguel Barreiro. Era Barreiro joven, desinteresado, de ánimo generoso y de alguna instrucción. En aquel puesto de responsabilidades, procedió con rectitud y honorabilidad. Organizó, en armonía con el ayuntamiento, los servicios aduaneros y policiales, ganándose tantas alabanzas como reproches se había ganado el rústico Torqués. En aquel año de 1815, Artigas implantó algunas reformas, de carácter político y administrativo, que siempre le honrarán. Es digno de loa el reglamento, dictado el 29 de Abril, ordenando la forma en que debían verificarse los nombramientos de electores de diputados en la ciudad de Montevideo. No es menos digno de atención y de aplauso el reglamento, dictado el 30 de Setiembre, para el fomento de la

URUGUAY



José Gervasio Artigas



Juan Antonio Lavalleja



Fructuoso Rivera

campaña y para la seguridad de los hacendados de la Banda Oriental. También el blandengue se preocupó de la instrucción pública, abriendo, bajo la dirección de Fray Benito Lamas, una escuela municipal en Diciembre de 1815. Así, desde su cuartel general del Hervidero, en las inmediaciones del pueblo de la Purificación, el blandengue extendía su mirada de águila sobre todo el país. En la meseta que lleva su nombre; en la meseta que tiene cuarenta y cinco metros de altura; en la meseta que le servía de atalaya para vigilar la costa entrerriana y la costa nativa, le sorprendió muchas veces la estrella de la tarde. El pueblo de la Purificación, fundado en Mayo de 1815, tenía su oratorio, su biblioteca, su taller de armas y municiones. Las tierras de aquella floreciente colonia estaban entregadas á la labor agrícola, y de allí partían los cargamentos de crín y de corambre, de cebo y de maderas, con cuya venta el caudillo aumentaba sus bélicos pertrechos. Las miradas de los colonos abarcaban un horizonte pintoresco y amplísimo: por un lado, las solitarias barrancas nativas, cubiertas de verdura y de flores silvestres; por otro lado, las entrerrianas costas, con grupos de palmeras, en que hacen nido las cantadoras aves del litoral. Cerca del pueblo, el campamento se extendía cuadrangular, al pié de una altura pequeña, en que se había colocado el polvorín. El Hervidero tenía bajo su dominio todo el espacio comprendido desde el Cuareim al Plata. Desde allí podían observarse, con facilidad, todos los movimientos amenazadores de Buenos Aires y del Brasil. Allí el blandengue, símbolo de nuestra autonomía nunca violada sin pronto desquite, durmió sus sueños de grandeza y de gloria, arrullado por el crujir de las banderolas de los indómitos lanceros de Latorre. Allí supo Artigas que el gobierno argentino, sintiéndose impotente para doblegarle, trataba de halagar las ambiciones de los portugueses, iniciando una larga negociación con la corte de Río Janeiro. Allí supo que don Manuel García y el doctor Tagle, delegados del directorio bonaerense,—á pretexto de concluir con los instintos anárquicos de nuestra raza,—buscaban el mejor modo de que los lusitanos nos invadieran y nos domeñasen. Desde allí, el 12 de Enero de 1816, Artigas expidió un decreto, cerrando nuestros tráficos mercantiles con Portugal. Desde allí, el 18 de Enero del mismo año, Artigas comunicaba á Rivera que la invasión debía verificarse en Abril ó Mayo. Desde allí, el 29 de Junio, le decía al cabildo de Montevideo que, si sus temores se convertían en realidades, el único propósito de los orientales debía ser « morir con gloria ó acabar con los tiranos. » Desde allí, en fin, Artigas notificaba al mismo cabildo, el 19 de Julio, que ya se habían movido, hacia nuestras fronteras, las fuerzas lusitanas de Puerto Alegre, agregándole que nuestras tropas iban al encuentro del invasor y que él saldría en breve para dirigir las operaciones.

Fuerza es decirlo, por muy inverosímil que parezca. Ni el gobierno de Alvarez, ni el de Balcarce, ni el de Pueyrredón, hicieron cosa alguna para sofrenar aquel movimiento, que iba á permitir á los lusitanos adueñarse del Plata y del Uruguay. Por el contrario, el ministro Tagle, desde Buenos Aires, y el agnete García, des-

de Río Janeiro, impulsaron y favorecieron á los invasores. ¿Por qué? Dice don Justo Maeso, en la página 421 del tomo primero de *Artigas y su época*: «Así como las armas artiguistas avanzaban victoriosas, las ideas igualitarias y federatistas, que simbolizaba su bandera, preponderaban cada día más en el ánimo de los pueblos del interior argentino, como el dogma de una causa común, y aseguraban rapidamente su definitivo triunfo.» Esta razón, expuesta por Maeso, explica la atonía de los gobiernos bonaerenses. Aun perjudicando á la idea de la república, en beneficio de la idea monárquica, se quiso impedir el triunfo del blandengue. Afirma Carlos María Ramírez, en la página 58 de su *Juicio Crítico* del bosquejo histórico del doctor Berra, que «fué siempre una creencia popular en todo el Río de la Plata, que la oligarquía porteña era cómplice y auxiliar de la invasión portuguesa de 1816. Lo creyeron así Artigas, López, Ramírez, Dorrego, Moreno, todos los federales de aquel tiempo. Lo creyeron también aquellos veteranos que se apartaron de la guerra civil por la famosa sublevación de Arequito; y la acusación se repitió durante medio siglo en las luchas apasionadas de los partidos políticos.» También está en lo cierto nuestro inolvidable Carlos María. Los directores, que van desde el 16 de Abril de 1815 hasta el 9 de Junio de 1819, prefirieron traicionar la causa americana á entrar en pactos con el federalismo de Artigas. El general Mitre y el doctor Lopez reconocen que, en aquella emergencia, los gobiernos bonaerenses simpatizaban con la invasión. Empezó, entonces, una lucha rabiosa, tenaz, indescriptible. Fué aquella una batalla que duró cuatro años. Los arroyos se tiñeron de sangre. Los caranchos se hartaron de carne humana. Los perros cimarrones, aullando á la muerte, vagaban por los campos, cuya gramilla devoró el incendio. Todo quedó en ruinas. Después de aquella tragedia esquiliana, los sobrevivientes pudieron imaginar que había pasado por nuestras llanuras el potro de Gensélico, el corcel del Apocalipsis.

Se acercaba la primavera. Ya aparecían, en las ramas de los árboles, los botones que anuncian la llegada regocijante de una floración nueva. Picoteando los frutos almibarados y apenas nacientes de las tunas y los ubajaes, el gargantillo lanzaba su suave y tristísima endecha, su canto melancólico de breves notas. La vanguardia del general Lecor, saliendo del territorio de Río Grande, entraba en el nuestro á mediados de Agosto de 1816. Mientras Lecor hacía suyo el fuerte de Santa Teresa, el general Silveira, con dos mil hombres, invadió á Cerro Largo. Al mismo tiempo el general Curado, al frente de las fuerzas de San Pablo y San Pedro del Sud, destacaba partidas de observación sobre los límites del territorio de las Misiones. Este ejército, de diez mil hombres, era formidable. El príncipe don Juan, regente de Portugal, había hecho venir cinco mil veteranos peninsulares. Estas tropas, que á las órdenes del duque de Wellingtón se habían batido contra Napoleón, fueron enviadas desde Río Janeiro, en Mayo de 1816, á la provincia de Santa Catalina. Artigas, ante tanto peligro, tuvo una idea genial: quiso oponer á la invasión una contra-invasión, talando el

territorio del enemigo. Con mil de los suyos se aproximó á la costa del Cuareím, mientras Verdum, colocándose á 18 leguas de distancia, vigilaba á Entre Ríos. El célebre Andresito, el amorenado Andrés Guacurari, recibió la orden de entrar en las Misiones y de sitiar el pueblo de San Borja. De este modo, reuniendo en un momento dado todas sus fuerzas, el blandengue se defendía de la invasión, invadiendo á su vez. Dice el general Mitre, en la página 208 del tomo tercero de la *Historia de Belgrano*: «El plan de Artigas, teoricamente considerado, haría honor á cualquier general. Era, no sólo atrevido en el sentido de la ofensiva, sino también prudente en el sentido de la defensiva.» Artigas, reforzando sus combinaciones, dispuso que Torqués, con una columna de 800 hombres, se dirigiese al encuentro de Silveira, y que Rivera, con una división de 1400, obstacularizase la marcha de Lecor. La suerte, desde los primeros instantes, se nos manifestó contraria y ceñuda. El 16 de Setiembre, Andresito batió á una fuerza de 300 soldados, que pretendía detenerlo en su avance sobre San Borja; pero, el 22 del mismo mes eramos vencidos, en las proximidades de Santa Ana, por la división del capitán Luis de Queiros. El día 28, Andresito puso en fuga á la caballería portuguesa, obligándola á encerrarse en San Borja. El 3 de Octubre, el mismo Andresito, reforzado por Sotelo, atacó á la plaza, viéndose obligado á retroceder casi en dispersión. No bien llegaron al general Curado las nuevas de la derrota del jefe oriental, cuando destacó al brigadier Menna Barreto con dos cañones y 500 hombres, contra Verdúm, que se hallaba en la margen del Ibiracoy. Al rayar el alba del 19 de Octubre, Barreto avanzó sobre el campo patriota; pero, en vista de la excelente posición de éste, simuló que se retiraba. La estratagema engañó á Verdúm, quien, olvidando las ventajas que el terreno le ofrecía, se lanzó en persecución del enemigo. Este, protegido por sus cañones, repelió el ataque, obligando á Verdúm á abandonar el campo de batalla, dejando sobre él 238 cadaveres. El 27 Octubre, el brigadier Oliveira Alvares, con 800 hombres, se dirigió al encuentro de Artigas, que había establecido su cuartel general en los cerros de Carumbé. El blandengue extendió su línea en orden abierto, haciendo que cubriesen sus flancos los ágiles y briosos jinetes gauchos. A la una de la tarde empezó la brega; pero Oliveira, aprovechándose de lo extenso de la línea artiguista, la rompió en pedazos y la batió en detalle. Artigas, muy mermado su ejército por aquel infortunio, repasó el Cuareím. Siguió á estos desastres, el no menos sensible de India Muerta. Rivera, que con un cañón y 1500 hombres defendía la frontera del este, vió sorprendidas sus avanzadas, en Chafalote y á últimos de Octubre, por Manuel de Sousa. Sousa se incorporó, sin pérdida de tiempo, al mariscal Pinto, cuya división de 900 hombres acababa de entrar en el país.

19 de Noviembre, Pinto y Sousa se reconcentraron sobre una de las márgenes de India Muerta. A las once y media de la mañana empezaron á verse los dos ejércitos. El realista retrocedió, colocando un pantano entre él y el enemigo. Rivera pretendió cercar á los pórtugos por el flanco derecho, acuchillando á un escuadrón

de caballería lusitana, que intentó cerrarle el camino. Entonces Pinto hizo que avanzase la infantería. La oriental, lo mismo que en Carumbé, estaba dispuesta en orden abierto. Los jinetes gauchos formaban las alas de la línea. Pinto consiguió que estos jinetes se desbandasen. Entonces operó en fuego de pelotones sobre el centro oriental, que no pudo resistir y emprendió la fuga. Rivera fué arrastrado por los suyos. Doscientos cincuenta cadáveres probaban el ardimiento con que lucharon nuestros criollos, contra los 1400 veteranos y las cuatro piezas de cañón que comandaba el mariscal Pinto. A principios de 1817 y apesar de las derrotas sufridas en el año anterior, Artigas, abandonando la ofensiva, se preparaba resueltamente á la defensa del territorio. No tenía más que cinco mil hombres. Dispuso que Latorre, con tres mil quinientos, acampara junto al arroyo del Catalán, y que Andresito, con seiscientos, se situase sobre Ibicuy, mientras él, con los nuevecientos que le quedaban, establecía sus cuarteles en el Arapey. A las siete de la mañana del 3 de Enero, José de Abreu, con dos piezas de artillería y 600 hombres, llegó al campo de Artigas, situado sobre unos cerros casi inexpugnables. Dividiendo en dos partes iguales su infantería y protegiendo á cada una de ellas con un escuadrón de dragones, Abreu les ordenó que asaltasen el campo patriota. Artigas, al frente de 100 blandengues y 200 correntinos, les salió al encuentro; pero los dos cañones de Abreu, que se habían quedado á retaguardia, rompieron de pronto en un fuego nutrido, que atemorizó y dispersó á los nuestros. A la triste sorpresa del Arapey sucedió la sangrienta batalla del Catalán. En la mañana del 4 de Enero, Latorre, que el día antes había vadeado el Cuareim, trató de acercarse sin ser sentido al ejército portugués, que ocupaba la márgen derecha del Catalán. Serían las tres y media de la mañana. El cielo era purísimo. Empezaban los astros á palidecer. Por entre las ramas de los árboles pasaba un soplo de frescura y perfume. Caía, sobre todas las cosas, una profunda paz. Latorre fué sentido. El ala izquierda del ejército portugués, confiada á Menna Barreto, se formó fácilmente sobre una de las riberas del arroyo. La protegían una batería de tres piezas, otra de dos y otra de cuatro obuses. Nuestros lanceros trataron de apoderarse de la caballada del enemigo; pero Menna Barreto la defendió; rechazando con destreza el ataque. Nuestros lanceros se volvieron, entonces, contra el ala derecha portuguesa, mandada por Curado. La victoria no sabía por quien decidirse. Hubo un instante en que las tropas de Menna Barreto comenzaron á retroceder; pero Curado derrotó á nuestra caballería, cargando, mientras esta se dispersaba, todo el ejército portugués al centro oriental. Tras una dura brega, este se rompió, dándose á la fuga en todas direcciones; pero una parte de los dispersos logró rehacerse y volvió á resistir vigorosamente, desde uno de los bosques de la márgen izquierda del arroyo. Entre aquellos troncos y bajo aquellas ramas, se inició otro combate sangriento y bravío. Al fin los portugueses quedaron dueños del campo, perdiendo nosotros, en aquella formidable acción, dos cañones, una bandera, nuevecientos muertos y seis mil caballos. Lecor, después

de permanecer algún tiempo en Maldonado se dirigió á marchas forzadas á Montevideo. El 18 de Enero de 1817 acampó á dos leguas de la ciudad, no sin que hubiesen hostilizado con bizarría á su retaguardia, durante todo lo largo del camino, los volantes montoneros de Lavalleja y de Rivera. En una de aquellas guerrillas, en el Pintado Viejo, aquellos dos valientes castigaron de tal modo á la infantería veterana de Lecor que esta perdió, entre muertos y desertores, 400 soldados de gloriosa historia. El cabildo montevideano no intentó resistir. Sólo don Joaquín Suarez y don Miguel Barreiro, consiguiendo evadirse á merced de la noche, esquivaron el yugo del vencedor, retirándose á Canelones. El 19 de Enero los cabildantes entregaron á los portugueses las llaves de la capital. El día 20, Lecor, bajo palio, entró en Montevideo. El cabildo, cobarde y apóstata, recibió con muestras de regocijo á aquel emisario de una monarquía, que hablaba un idioma distinto del lenguaje con que se lloraba y se bendecía á los muertos en el cuartel de Artigas. En aquel entonces, mientras el blandengue formaba un tercer ejército en las regiones nórticas del país; en aquel entonces, el 11 de Enero de 1817, el brigadier Chagas volvía á derrotar á Andresito en el Aguapey, cerca de la antigua reducción de San Carlos. El 20, Chagas incendiaba el pueblo de la Cruz, para continuar su tarea de destrucción saqueando á Yapeyú, los Mártires, Santo Tomé, Concepción y San Pablo. En el mes de Abril de 1817, Lecor, falto de víveres, salió de la capital en busca de ellos, chocando en la Capilla de Santa Ana con los guerrilleros de Lavalleja. Lecor, después de perder un carro de municiones, entró de nuevo en Montevideo. Pasado algún tiempo y siempre movido por la escasez de víveres, Lecor intentó una nueva salida, logrando forzar el paso de Coelho. El choque fué reñido. Cien muertos patriotas y cincuenta cadáveres portugueses demostraron lo ardoroso de aquella brega, que duró dos horas. Con esta acción se cierra la historia militar del año 17. Empieza el 18 con la sorpresa y el combate de Guabiyú. En la primera de estas refriegas, Curado derrota, en Febrero de 1818, á la columna comandada por Pedro Castro. En la segunda de esas refriegas, Rivera vence, el 21 de Mayo, al general Curado, haciéndole numerosos prisioneros y arrebatándole 3000 caballos. Los encuentros se sucedían sin interrupción. El 14 de Julio, Rivera sorprendió de nuevo en Chapicuy al general Curado, obligándole á replegarse con rumbo al Salto. A estas ventajas, los lusitanos podían oponer la obtenida en el arroyo de la China por Bento Manuel, y la alcanzada en las puntas de Valentín, donde se apoderaron, en una escaramuza insignificante, de don Juan Antonio Lavalleja. El 4 de Julio, al iniciar su marcha sobre el Hervidero, Bento Manuel, con 500 hombres, penetró á las cuatro de la mañana, en el campamento que Artigas y Latorre habían establecido en la márgen izquierda del Queguay Chico. Fué esta sorpresa de tanta importancia que los 800 infantes artiguistas, reunidos allí, huyeron espantados á los primeros tiros, dejando en poder de los portugueses sus equipajes, sus municiones y dos piezas de artillería. El 3 de Octubre, Rivera, al frente de 600 hombres, se dirigía al encuen-

tro de Curado, cuyo cuartel se hallaba establecido en la Barra del Rabón. Descubierta esta maniobra por las guardias del enemigo, Rivera inició un movimiento retrógrado, contramarchando más de doce leguas, perseguido por 2000 jinetes riograndenses .Esta retirada, en que los criollos sólo perdieron dos oficiales y doce soldados, empezó á la salida del sol y terminó á las cuatro de la tarde. Casi al mismo tiempo, en el este del país y en algunos ligeros choques de guerrillas,—que se formaban y se deshacían como los montículos de los médanos al soplo de las brisas oceánicas,—caían prisioneros de los portugueses Bernabé Rivera y Manuel Artigas. La sangre iba subiendo, subiendo siempre, subiendo de tal modo que amenazaba ahogar á los invasores y á los invadidos. Se vivía en tan continuo trato con la muerte, que ya no amedrentaba la espantosa visión de su rostro esquelético, con las cuencas vacías y la boca sin labios. En aquel dantesco campo de batalla de doscientas leguas, que va desde Chuy hasta las Misiones del Alto Uruguay, el paisanaje se gozaba en el entrevero, en los choques cuerpo á cuerpo y brazo á brazo, vivando delirante cuando su lanza se enrojecía ó su puñal rasgaba algún corazón. Cegadas por el culto del pago y el deseo de la victoria, las montoneras no recordaban ya que Andresito había sido derrotado en San Borja, Rivera en India Muerta, Artigas en el Arapey y Latorre en el Catalán, donde celebraron el derrumbe de nuestra esperanza los gozosos clarines del marqués de Alegrete.

III.

Entre 1817 y 1818 Lecor, que era tan diplomático [illegible] militar, ofreció al caudillo uruguayo las presillas y el sueldo de coronel, si abandonaba su temeraria y audaz resistencia. Artigas, en 1815, respondió á Pezuela, que quería ganarlo para la causa peninsular: ¡Yo no soy vendible!» Lógico era, pues, que en 1818 le dijese á Lecor: «¡Cuando me falten hombres para combatir, pelearé con perros cimarrones!» Artigas no sabía capitular. [illegible] de los sangrientos desastres sufridos, el inmortal blandengue, en el último tercio del año 19, acarició de nuevo su plan de repeler á los invasores con una inesperada contra invasión. No alcanzaban á 3000 sus hombres de pelea. Su armamento era escaso. Se obstinó en su proyecto, pensando que favorecía su plan la incomprensible inercia de Lecor y de Curado. El primero no abandonaba los muros de Montevideo y el segundo permanecía inmóvil en el Rincón de Haedo, donde se atrincheró entre fosos y baterías. Ántes de emprender la difícil campaña de la contra invasión, el caudillo ofició, el 17 de Noviembre, al cabildo de Canelones, diciéndole que era necesario llevar el mal de la guerra al territorio portugués. Explicaban en estos términos las causales de su resolución: «Es indudable que los portugueses nos hacen la guerra con ventajas. Como la han apartado de su territorio, introduciéndola en el nuestro, sentimos los fatales resultados. Ellos y nosotros consumimos. Los des-

trozos son consiguientes, porque ellos y nosotros procuramos privarnos de recursos. »

Artigas atravesó la frontera de Santa Ana, para sorprender y derrotar á su gobernador, el brigadier Abreu. Buscaba el desquite del desastre sufrido en el potrero del Arapey. Lo obtuvo completo. Abreu, que era tan rápido como hábil en sus movimientos, trató de esquivarle, mientras convocaba las milicias y retiraba sus caballadas al interior; pero Artigas le alcanzó y acuchilló sin piedad alguna, el 14 de Diciembre de 1819, en el paso del Rosario. Esta batalla, llamada también de Santa María y de Cuirapuitán, es una de las más brillantes proezas de Artigas. El blandengue creyó que volvía á lucir su encapotada estrella. ¡Brillazón fugitiva! ¡Engañoso espejismo de una noche lunar! Artigas, entonces, abandonó las riendas del ejército victorioso, que quedó bajo la comandancia del varonil Latorre.

Latorre, después de sufrir un pequeño contraste en la quebrada de Belarmino, acampó en la orilla del Tacuarembó. Fueron tales su imprudencia y su confianza que dividió sus tropas, esparciéndolas por las dos márgenes del río. Este, crecido por un copioso aguacero, impedía la rápida concentración de las fuerzas criollas. A las ocho de la mañana del 22 de Enero de 1820, un ejército de 3000 hombres, mandado por Figueira, sorprendió á Latorre. Cuando sonó el cañonazo de alarma, el escuadrón de servicio, con los frenos en la mano, se preparaba á montar. En vano Sotelo arengó á los gauchos y á los misioneros, que se arrojaban al agua despavoridos, tirando las armas. Fusilados los patriotas en una de las márgenes del río fatal, los de la otra orilla se desbandaron sin pelear, dejando sobre el campo de la sorpresa cuatro cañones y ochocientos cadáveres. Artigas, que se hallaba con algunos leales en Mataojo, sintió que de nuevo volvía la noche. Aun hizo un esfuerzo para resistir á la fatalidad ordenando á Rivera que se le incorporase con prontitud. Era Rivera tan valiente como sagaz, y tan buen vaqueano como conocedor del espíritu del paisanaje. Comprendiendo que las resistencias ya eran estériles, había aceptado un armisticio propuesto por Lecor. La orden del blandengue fué desobedecida; pero Lecor se rió del armisticio, sorprendiendo á Rivera, el 2 de Marzo de 1820, en su campamento de Tres Arboles. Rivera, licenciando la mayor parte de sus fuerzas, se sometió al yugo del vencedor, que le colmó de halagos y de mercedes.

¿Qué pasaba, entre tanto, en la Argentina? La lucha entre el caudillaje de las provincias y la oligarquía de la capital había llegado á los últimos límites de la tirantez. Santa Fé, Corrientes y Entre Ríos,—que obedecían á las inspiraciones del artiguismo,—se preparaban á reñir la última batalla con los unitarios de Buenos Aires. Había desaparecido toda forma de autoridad legal. Rondeau, que estaba al frente del directorio desde el 10 de Junio de 1819, se aprestó á la defensa. Ramirez y Lopez, con un ejército de 1600 hombres, estaban acampados en el Arroyo del medio. Rondeau, con 2000 combatientes, fué á situarse en la cañada de Cepeda. En la noche del 31 de Enero de 1820, los federales arrebata-

ron casi toda su caballada á los bonaerenses. El primero Febrero, á las ocho y media de la mañana empezó el combate. López, con el sable en la mano y á carrera tendida, chocó con caballería directorial, que se dispersó sin combatir, apesar del apoyo que le prestaron, con sus fuegos diagonales, los infantes porteños. Rondeau, envuelto en la fuga de sus jinetes, fué perseguido por más de cinco leguas. Desde ese momento, Ramirez y Lopez, formados en la escuela de Artigas, impusieron la ley al gobierno de Buenos Aires. Sarratea sucedió á Rondeau, celebrando con los caudillos federalistas, el 23 de Febrero de 1820, el pacto del Pilar. En aquel convenio se reconocía que el voto de la nación se había manifestado favorable al régimen federativo y que « todos los artículos del tratado estaban conformes con los sentimientos de don José Artigas. » Así el blandengue de la leyenda heróica, al caer vencido sobre el patrio suelo, triunfaba de los directorios que le habían abandonado, imponiéndoles las ideas encarnadas en las famosas instrucciones del año 13.

Artigas desaprobó el pacto del Pilar, comprendiendo que con él desaparecía su dominio sobre las provincias del litoral. Arrojado del suelo del país por la derrota de Tacuarembó, ¿de dónde sacaría recursos para reanudar la formidable lucha si le traicionaban sus aliados de Corrientes y Entre Ríos? Resuelto á castigar la ingrata defección de Ramírez, Artigas, con las primeras luces de Junio de 1820 atravesó el Uruguay. Artigas, ya en tierra entrerriana, levantó su campamento en Abalos, donde recibió una nota de Ramirez exigiéndole que abandonase la provincia. El blandengue no quiso obedecer. El primer encuentro entre los dos caudillos se verificó en las Gauchas, á las cuatro de la tarde del 13 de Junio. Dudoso fué el resultado de la batalla á la que siguió el combate de la Bajada del Paraná. El 24 de Junio chocaron allí el ejército de Ramirez con el de Artigas. Este se componía de 1300 hombres. Ramirez contaba con 200 infantes, 4 cañones y 800 jinetes. Al principio se desordenó el ala derecha de los entrerrianos; pero su izquierda rechazó al enemigo, y con una intrépida carga decidió la victoria, siendo los artiguistas perseguidos con ruda tenacidad. Ramírez, después de haber organizado sus elementos en Paraná, se puso nuevamente en campaña, venciendo otra vez, el 17 Julio, á las fuerzas de Artigas en el Sauce de Luna. Siguió este encuentro una nueva refriega entre Ramirez y don Pablo Aramembí, comandante de la villa Mandosiví. A las cuatro y media de la tarde del 23 de Julio empezó el tiroteo, que duró largo rato, hasta que la caballería entrerriana, despreciando los fuegos del único cañón que tenía Aramembí, cargó sable en mano, obligando retroceder á los Artiguistas, que dejaron sobre el campo de la acción 20 muertos y casi toda la correspondencia del general Artigas. Empezaba el eclipse de la influencia militar y política del caudillo uruguayo. Los últimos golpes de Ramirez fueron certeros. El resultado del combate anterior conocido en la historia entrerriana con el nombre de combate de Mocoretá, Artigas tuvo que [illegible] campamento de Abalos. Allí fué á buscarle Francisco Ramirez.

Mientras los parciales de los dos caudillos se lancean con un coaje igual, sus jefes se buscan en el entrevero, llamándose á voes; pero la dispersión de una parte de las fuerzas artiguistas po- fin á la brega. El blandengue retrocede otra vez perdiendo las retas en que estaban almacenadas sus municiones. Sití, un jefe dio, que había hecho causa común con el jefe oriental, deccionó, impulsado por lo incansable del infortunio que perguía á la tricolor. Como Artigas le persiguiese, se atrincheró Cambay, una pequeña población de Corrientes. En aquel reduc, artillado con cuatro piezas, el indio se defendió con mucha brayura. Artigas, atacado de pronto por una división de Ramirez, su:tó la última de sus derrotas, remontando en fuga la corriente el Miriñay y siendo acorralado por sus enemigos en la Candelaia. Desde allí el blandengue solicitó del dictador Francia el permiso necesario para penetrar en el Paraguay. Le acompañaban 200 soldados y su asistente Ansina. Artigas fué el primero en cruar el Paraná. Al llegar á la Asunción lo alojaron en el convento e la Merced. Tenía entonces 56 años. Francia, que había disemi- o por el país á los compañeros del héroe oriental, no le dejó ucho tiempo en su celda de cenobita. Le confinó entre los bos- es vírgenes de Curuguayty, situados á ochenta y cinco leguas de Asunción. Allí, entregado al cultivo de tierra extranjera, entre lujuriosos perfumes y cánticos de aves de brilladoras plumas, Artigas reposó en la tranquilidad de la naturaleza, calmándose todos os afanes y todos los rencores de su agitado espíritu. Nunca quiso olver á la patria. En 1845 fué trasladado á una chacra de las cercanías de la Asunción. Vivió en la obscuridad, sin otra compañía que la de su asistente. En aquel humilde rancho de paja y barro, en aquella rústica y solitaria choza de Ibiray le sorprendió la muere cuando ya tenía 86 años. Su agonía fué corta. Unas dos ó tres horas de asfixiante fatiga. El vencedor de las Piedras cerró los jos, en cuyo triste azul parecían reflejarse las nostalgias de sus eis largos lustros de exilio, el 23 de Setiembre de 1850.

Era la pascua triunfal de la primavera. Los ceibos se vestían de púrpura, y los espinillos se cubrían de oro; las golondrinas retornaban al nido, que dejaron con las primeras brumas del otoño anterior, y alegraban, con las curvas de sus revuelos ,los llanos que embalsaman los trebolares. En aquel 23 de Setiembre no fueron dianas, sino redobles fúnebres, los armónicos silbos de los cardenales, cuyo copete rojo flamea en las espesuras del Uruguay.

LIBRO DÉCIMOQUINTO

LOS TREINTA Y TRES.

I.

En Marzo de 1820 terminaron las últimas resistencias de los orientales, flameando irascibles las banderas pórtugas en todo el territorio de la patria vencida. Lecor reconoció los grados militares alcanzados por los nativos en las bregas pasadas, enrolándose, en las filas de los invasores, los tenientes bravíos del precursor heróico, los guerrilleros Lavalleja y Oribe, Rivera y Laguna. El mismo Lecor, que gobernaba lo conquistado sin otra limitación que la de su capricho, obtuvo de su rey el que los súbditos uruguayos pudiesen elegir un congreso propio, sin otras facultades que las de resolver las cuestiones internas de la provincia. Conociendo las aspiraciones separatistas de la campaña, Lecor ordenó que los diputados fuesen elegidos exclusivamente por los cabildos y alcaldes territoriales, consiguiendo así formar una asamblea de diez y seis miembros sumisos á los mandatos de su voluntad. Aquel tímido cónclave, que se denominó Congreso Cisplatino, celebró sus sesiones en Montevideo, proclamando en Julio de 1821, la incorporación de la Banda Oriental á las posesiones americanas de don Juan VI.

Entre 1821 y 1823 se produjo un acontecimiento de inmensa importancia.

El 24 de Agosto de 1820 Oporto y Lisboa se sublevaron y restablecieron una junta popular de gobierno, encargándola de la convocación de unas cortes constituyentes. Don Juan VI se encontraba en el Brasil, pues,—como ya dijimos anteriormente,—los miembros de la casa de Braganza,—al iniciarse la invasión napoleónica,—se asilaron en sus espléndidos dominios de América. Las provincias de Pará y de Bahía se adhirieron á los propósitos de los liberales de Oporto y Lisboa, obligando al monarca, con el apoyo de la guarnición de Río Janeiro, á jurar que la constitución dictada por las cortes de Portugal sería también la constitución del

Brasil. Las cortes de Lisboa, mal avenidas con un rey ausente, decretaron que el rey debia residir en la capital de la monarquía, pero los brasileños pensaban de otro modo, y resolvieron impedir la salida de la escuadra en que iba á embarcarse su soberano. La agitación popular fué tanta y tantas las protestas contra el viaje, que el monarca aparentó renunciar á su intento, prometiendo que adoptaria los principios democráticos de la constitución de Cádiz; pero uno de sus hijos, el príncipe don Pedro, se rebeló á su vez el 22 de Abril de 1821, disipándose, por su influencia, la esperanza de aquella constitución, y precipitando, con aquella militar asonada, el viaje del rey. Entonces don Juan VI se hizo á la vela, quedando á cargo de la regencia de la colonia el príncipe don Pedro. Las cortes de Portugal, dándose cuenta del espíritu levantisco de sus súbditos de ultramar, resolvieron que estos, en lo militar y lo administrativo, dependiesen directamente de la metrópoli. No contentas con esta colosal imprudencia, ordenaron también que el príncipe regente se trasladase á Europa. Don Pedro tenía veintitrés años y amaba al Brasil. Cuando Río Janeiro, San Pablo y Minas le suplicaron que se quedase, el príncipe se manifestó de acuerdo con sus votos. Los nativos se impusieron al ejército y á la escuadra, convocaron un consejo de representantes de las provincias y dieron al príncipe, el 13 de Mayo de 1822, el título de Defensor perpétuo del Brasil. El congreso portugués, no bien tuvo noticias de lo acaecido, anuló todos los actos del regente. Este, que se encontraba en el pequeño pueblo de Ipiranga, consideró aquella anulación como un desafío y un grosero ultraje, declarando, el 7 de Setiembre de 1822, que el Brasil quedaba juridicamente desvinculado de Portugal. El 22 de Octubre del mismo año el Brasil, convertido en imperio constitucional, ponia los diamantes de su corona, independizada de todo yugo, sobre la frente de don Pedro Primero.

Cuando la nueva de esta proclamación llegó á Montevideo, los invasores se dividieron. El brigadier Alvaro da Costa, que mandaba un cuerpo expedicionario, se mantuvo fiel al viejo monarca de Portugal, en tanto que Lecor reconocía al joven soberano del Brasil. Alvaro da Costa, que era el más fuerte, se adueñó de la ciudad montevideana; pero Lecor, refugiado en los campos, se organizó con facilidad, sitió á la capital y penetró victorioso en ella, imponiéndola el yugo de la constitución del Brasil en Mayo de 1824.

II.

Enardecido por la forzada capitulación de da Costa, Lecor se mostró más soberbio que nunca, tratando con desdén á todos los nativos y aplaudiendo los desmanes de su soldadesca, que no respetaba ni á los ancianos ni á las mujeres, considerando lo nuestro como cosa suya y castigando con la última pena las menores rebeldías de los naturales. Lecor no ignoraba que la anexión del año 1821 era aborrecida por el país entero, como él mismo lo había co-

municado, en uno de sus oficios, á la corte de San Cristóbal. Fuera de un pequeño número de hombres, al frente de los cuales se encontraba el cabildo de Montevideo, todas las manifestaciones del espíritu público demostraban que este jamás se aportuguesaría. Así Lecor, ansioso de domarlo, amenazó á las familias, que no aceptaban servilmente el yugo, con trasladarlas á bordo de su escuadra. Lo unánime de la nacional protesta agrandó la iracundia de los invasores, que sabiendo que sólo les pertenecía el suelo que pisaban y viendo un enemigo en cada uruguayo, convirtieron á nuestros ganados en botín de guerra y en pasto de las llamas á nuestras propiedades. Aumentaron el trastorno, como siempre acontece, las partidas de matreros y de indios alzados que, so pretexto de resistir á los portugueses y brasileños, se entregaban al pillaje y á la matanza. Como Lecor, con lo despótico de sus medidas, ahondase el abismo que le separaba de los orientales, el elemento nacional empezó á agitarse y á conspirar, siendo el centro de aquellas resistencias una sociedad secreta, que contaba con el auxilio de los gobernadores de Entre Ríos y Santa Fé; pero el gobierno de Buenos Aires, conocedor de lo que se tramaba, no prestó su auxilio á los que resistían, contentándose con enviar al doctor Valentín Gómez á Río Janeiro, con el encargo de exigir la pronta evacuación de la turbulenta Provincia Cisplatina. La sociedad de Caballeros Orientales, que apoyó á da Costa contra Lecor, pensando que era más fácil emanciparse de un yugo lejano que de un tutor próximo.—fué burlada en sus fines por el convenio que Lecor y da Costa celebraron el 18 de Noviembre de 1823, en virtud de cuyo convenio el Brasil quedó solo en la Banda Oriental. Los jefes y los númenes de aquella sociedad secreta, temerosos de las venganzas de Lecor, emigraron á Buenos Aires. No fueron estériles los esfuerzos de la nobilísima asociación. Ellos demostraron que el espíritu separatista existía aun. Por ellos sabe la posteridad que nuestros padres preferían la patria charrúa, pequeña y libre, á la patria imperial, grande y con cadenas. Ellos contaminaron con su ardentía al medroso cabildo de Montevideo. Ellos hicieron ver á los cabildantes,—cuando se produjo la separación de los brasileños y los lusitanos,—que la independencia del suelo nativo era sólo un asunto de oportunidad. Cuando el 16 de Marzo de 1823 chocaron Rivera y Oribe en el Paso de Casavalle, ellos aplaudieron la victoria del último, que servía á da Costa.—la tutela lejana y fácil de romper,—festejando la derrota de su rival, que servía la causa del tirano próximo y ensoberbecido, la brasileña causa de Lecor. Ellos, cuando Lavalleja empezó á reunir á los paisanos separatistas en el Rincón de Clara,—bajo el pretexto de auxiliar á da Costa.—impulsaron y sostuvieron á Lavalleja. Ellos lamentaron el fracaso del pronunciamiento tacuaremboense, regocijándose al saber que Lavalleja se había salvado, dirigiéndose á Entre Ríos y Santa Fé. Ellos, en fin, lloraron sobre el cadáver de Pedro Amigó, compañero de Lavalleja en el Rincón de Clara, donde los imperiales le sorprendieron, castigando con el cadalso las heróicas esperanzas de su patriotismo. Digámoslo en honor de nuestros pa-

dres. Por razones de raza y de creencias políticas, nunca se sometieron al grillete imperial. Amaban á su idioma, al idioma de cristal y de hierro, de lira y de campana, buriladísimo y multisonoro, en el que hicieron nido el genio de Cervantes y el saber de Vives. Eran republicanos por el instinto y los antecedentes de diez años de lucha, pues casi todos ellos habían compartido los ideales y las privaciones del viejo Artigas, á quien Juan Carlos Gomez llamaba bárbaro de gran talla y á quien el mismo Juan Carlos Gomez consideró como el salvador de la democracia rioplatense en sus contiendas con Buenos Aires. Habituados á la vida igualitaria de los campamentos, á la comunidad socialista del mate amargo y el asado sin sal, nuestros padres no sabían de más ejecutorias que las que nacen del valor y de la virtud. El Brasil, con lo grande de su poder y la magnificencia de su flora tropical, con sus ríos majestuosos y su clima ardiente, no los atraía ni los hechizaba. El pago, cuyos límites llegan los ojos, tenía, con su hispano lenguaje y sus rudas leyendas de libertad, más encanto que el tabacal mecido por la brisa y que las marañas impenetrables que perfuman la cuenca del Amazonas.

III

El Estado Cisplatino,—forzada hechura de la declaración del 31 de Julio de 1821,—no podía subsistir y no subsistió. La batalla de Ayacucho había concluido con la dominación española en la América del Sur. Los lances de Artigas y el triunfo de Sucre robaban el sueño á los emigrados orientales de la Argentina. De ellos se hablaba incesantemente en las reuniones que tenían lugar en el saladero de don Pascual Costa y en la casa de comercio de don Luis Ceferino de la Torre.

Juan Antonio y Manuel Lavalleja, Manuel Oribe, Simón del Pino, Pablo Zufriategui y Manuel Meléndez querían arrancar del yugo brasileño á la Banda Oriental. Decididos á todo, la Torre trató de conseguir la ayuda del gobierno argentino, en tanto que Manuel Lavalleja en compañía de Atanasio Sierra y de Manuel Freire, se trasladaba al suelo de la patria, poniéndose en relaciones con don José María Platero, que les proporcionó doscientas terceolas, y con don Tomás Gomez, que se comprometió á proveer de caballos á la expedición. El primer lanchón, conduciendo nueve expedicionarios, salió de San Isidro el primero de Abril de 1825, desembarcando en la isla de Brazo Largo. Quince días tardaron en reunírseles sus compañeros. Una pamperada terrible los tuvo esos quince días sobre las aguas á merced de las olas que encrespaba la furia del viento silbador. El 18 de Abril los heróicos cruzados dejaban la isla. Los imperiales hacían que sus lanchas de guerra vigilasen el río, recorriéndolo incesantemente en todas direcciones.

La noche era obscurísima. Muy grande el temor de ser sorprendidos. Lento y difícil el resbalar de las chalanas sobre el oleaje. El viento venía del lado de la costa. De pronto una fogata se dejó

ver en la embocadura del arroyo de Gutierrez, Parecía una estrella.—« ¡ Hacia esa claridad ! »—dijo una voz de mando. Serían las once de la noche cuando los expedicionarios, guiados por aquel fulgor fugitivo,—unas veces flotante sobre las olas y otras veces oculto por su vaivén,—penetraron en el arroyo. Se sentía el ritmo del latir de los corazones. Los primeros albores de la mañana del 19, teñidos de rosa como las plumas de nuestros flamencos, iluminaron la costa de la Agraciada. ¡ Con qué placer clavaron sus pisadas en el arenal ! La emoción fué intensa. Algunos se arrojaron al suelo, besando la tierra de la patria como Bruto el Romano. ¡ Rodel llegaba, con nostalgias de amor, á los dominios de Melissinda ! Una inquietud les sobrecogió. Nadie les esperaba. Carecían de medios de movilidad. El tiempo corría. Lavalleja, entonces, ordenó á las chalanas que volviesen á Buenos Aires y desplegando la inmortal bandera roja, blanca y celeste, dijo á sus compañeros: « ¡ Dios nos ayudará, y si hemos de morir, moriremos luchando en nuestra tierra ! » Ante la bandera libertadora, algunos de los héroes cayeron de rodillas, mientras otros, extendiendo las manos, juraban vencer ó morir con gloria. Dios, alzando la hostia del sol en el horizonte, recibió el juramento. Tras otra larga espera, los expedicionarios decidieron internarse en el monte, donde encontraron, á poco andar, á los hermanos Ruiz. ¿ Qué había sucedido ? Convenido el desembarco con don Tomás Gomez para la noche del 12 de Abril, Gomez, esa noche, se acercó á la playa ; pero tuvo que retirarse con los caballos al despuntar el día. Dos veces repitió aquella tentativa de auxilio ; pero el temporal retrasó á la expedición y Gomez, descubierto por la policía brasileña, emigró á Entre Ríos. Los señores Manuel y Laureano Ruiz, dueños de una propiedad lindante con la suya, informados de la mala ventura de Gomez, reunieron unos cincuenta caballos, escondiéndolos en unas breñas cercanas al sitio del desembarque. Aclaradas las cosas, hechos los cargueros y puesto el recado á las cabalgaduras, la expedición se internó en el bosque, dirigiéndose hacia la barra de San Salvador. Aumentado su número, durante el trayecto, con la incorporación de cuarenta valientes más, los Treinta y Tres atacaron y vencieron una partida que comandaba don Julián Laguna, consiguiendo que éste, uruguayo al fin, se juntase al grupo de Lavalleja.

No era Lavalleja,—el centauro de corazón de niño y cuello de toro,—un prócer de sobresaliente intelectualidad. Era un soldado rudo, lleno de hidalguías y de bravuras, con una probidad incorruptible y un patriotismo que igualaba á su probidad. Era un sableador incansable y terco, habituado á la vida de los combates y á las sorpresas de los campos de batalla, celoso en el cumplimiento de su deber y sin otra ambición que una generosísima ambición de gloria. Era un capitán hábil, una rectitud en las acciones y en los pensamientos, una voluntad firme y un estoicismo ejemplarizador. Nacido en Minas, en la ciudad de las sierras que perfuman los claveles del aire; en la ciudad que custodian el cerro del Verdún y el cono de la Guardia, nacido en el hermoso jardín minuano y en

1786, Lavalleja pasó sus años juveniles en la estancia paterna, robusteciendo la voluntad y el músculo en las rudas fatigas del trabajo campero. Cuando se produjeron los acontecimientos de 1811; cuando Artigas desplegó á los soplos del pago la tricolor bendita, Lavalleja se incorporó en las huestes patriotas, fortalecido el cuerpo por el aire montés y reforzado el brío por las austeridades de la vida libre, distinguiéndose pronto por lo grande de sus audacias y haciéndose notar en la célebre batalla de las Piedras. Siempre bajo las órdenes del precursor homérico, aquel centauro, sóbrio y ceñudo, acuchilló á los pórtugos hasta 1818, cayendo prisionero, por una temeraria imprudencia, en las puntas de Valentín y en el mes de Febrero de aquel año triste. Encarcelado en el peñón das Cobras,—como Gadea y como Otorgués, como Duarte y como Andresito,—lloró las desventuras de la bandera del blandengue inmortal, recogiendo en el fondo de su alma, como en un relicario, los libertadores ideales de Artigas. Ya libre é incorporado al ejército invasor, aquel tenaz intrigó y conspiró hasta verse obligado á huir á Entre Ríos, después de los sucesos del Rincón de Clara. Ese era el hombre que, acaudillando á los Treinta y Tres, desembarcaba en las costas del pago el 19 de Abril de 1825.

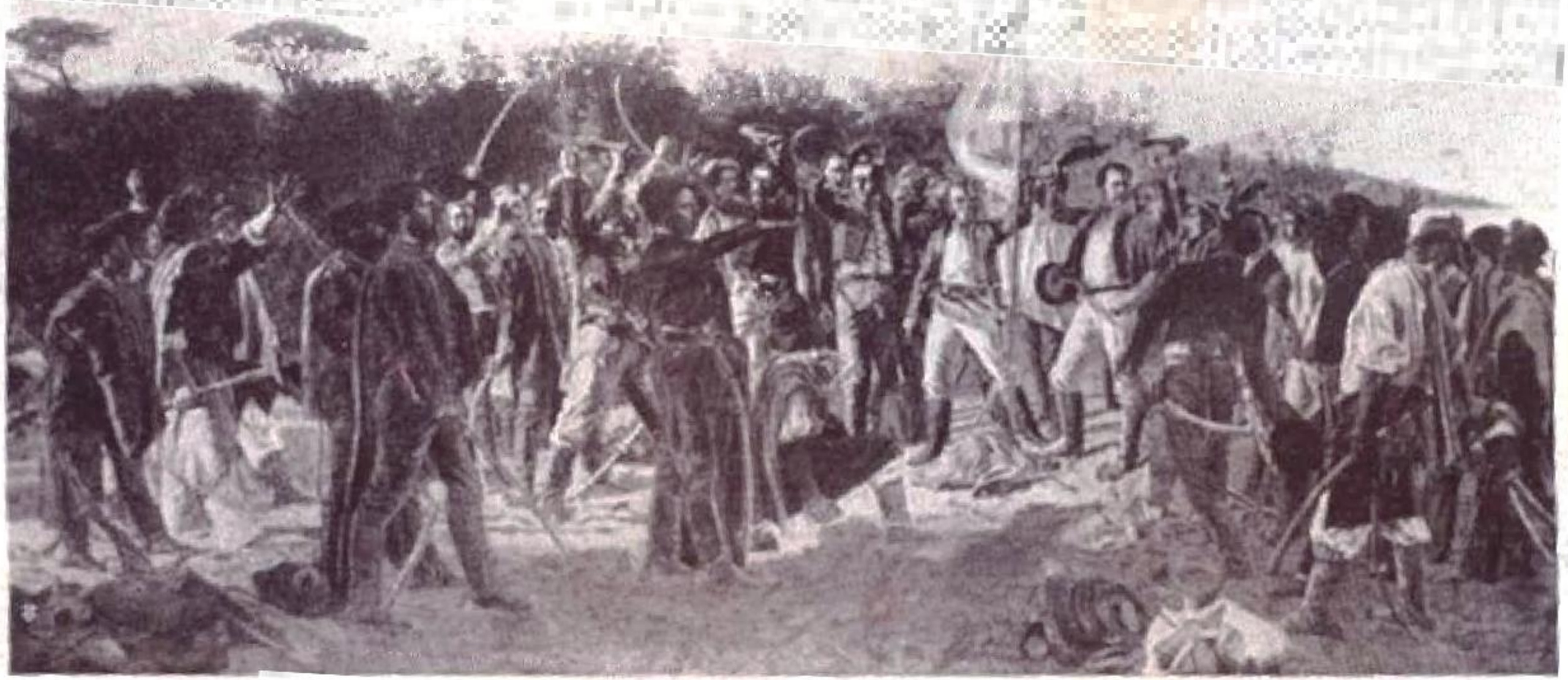
Le seguía en influjo, aunque no en graduación, don Manuel Oribe.

Oriundo de una nobiliaria familia española, Oribe era el más intelectual de aquellos valientes. De gallarda presencia y hecho para mandar, su mirada de halcón dominaba los hombres y los sucesos, alzándose sobre las pequeñas pasiones de los primeros y sobre las imprevistas veleidades de los segundos. Tenía las soberbias del viraró, y su voluntad era dura como el quebracho. Cortés y frío por lo común, mostraba, en los combates, la indómita fiereza del jaguar indígena, electrizando á todos con lo extremado de su ardentía. Al iniciarse la ruptura con la península, Oribe apareció en el campamento del Cerrito con un espadín, anudado á la cintura por un pañuelo, y un libro bajo el brazo. Desde entonces luchó por la causa emancipadora con tanto brío como los paladines de Torcuato Tasso por la conquista de Jerusalén.

Venían en el grupo de los cruzados de la Agraciada, Pablo Zufategui, Simón del Pino, Manuel Lavalleja, Jacinto Trápani, Manuel Freire, Gregorio Sanabria, Atanasio Sierra, Manuel Melendez y Santiago Gadea, todos mayores, tenientes ó capitanes del viejo Artigas. La segunda bandera tricolor, la bandera de Abril, iba á tener un cerco inexpugnable en aquellos corazones pundonorosos y decididos. Había un alférez, Pantaleón Artigas; Andrés y Juan Spikerman oficiaban de cadete y sargento; el cabo se llamaba Celedonio Rojas, y Andrés Cheveste les servía de baqueano. Esos grandes muertos, que tienen en la memoria de mi país un monumento más perdurable que el bronce y el mármol, traían una escolta de diez y siete soldados, constituida por Juan y Ramón Ortiz, Avelino Miranda, Carmelo Colmán, Santiago Nievas, Tiburcio Gomez, Juan Rosas, Miguel Martínez, Ignacio Nuñez, José Leguizamón, Juan Acosta, Francisco Romero, Luciano Romero, Norber-

Llegada de los Treinta y Tres en la costa de la Agraciada

(CUADRO DE BLANES)



to Ortiz, Juan Arteaga, Dionisio Oribe y Joaquín Artigas. En aquella generosa falange, Zufriategui era la caballerosidad, del Pino la honradez, Melendez la bravura y Tiburcio Gomez el sacrificio sin recompensa. Algunos murieron gloriosamente, como Leguizamón y como Arteaga en la batalla de Itozaingó. Uno de ellos, Freire, pereció en el patíbulo, víctima de las insanas efervescencias de la guerra civil. Otros se perdieron en el olvido como Cheveste. ¡Benditos sean los ilustres y los obscuros! Benditos sean y que el recuerdo de su cruzada flote sobre el país, velando en los marcos de nuestras fronteras y defendiendo, hasta el último día de las naciones, la patria integridad! ¡Benditos sean y que sus sombras ronden, por siglos de siglos, las playas en que se mecen los sarandíes; las llanuras en que el maizal se broncea á los ardientes rayos del sol; las colinas que esparcen olor á trebol, y los montes tupidos en donde vibra la amorosa canción del cardenal!

IV.

Después de la incorporación de don Julian Laguna, los Treinta y Tres siguieron hasta Soriano, penetrando en ella el día 24 de Abril. Desde allí publicó Lavalleja su primera proclama á los orientales, haciéndoles saber que el objeto de la cruzada era adquirirles la libertad, constituyendo la provincia bajo el sistema representativo republicano, de acuerdo con el régimen establecido en las demás provincias argentinas.

Entre tanto, el gobernador de la Colonia, avisado por el cónsul del Brasil en Buenos Aires del desembarco de Lavalleja, ordenó al brigadier Fructuoso Rivera que persiguiese y desbandase á los Treinta y Tres. Rivera, al frente de 70 hombres, así lo hizo, encaminándose hacia el arroyo Grande y dirigiendo, al llegar á Monzon, un chasque al mayor Isas, ordenándole que se le incorporara sin pérdida de tiempo.

Lavalleja, que había salido de Soriano con rumbo á San José, sorprendió el chasque y le catequizó, ganándole para la causa de la libertad. El mensajero, bien aleccionado, retrocedió en busca de Rivera, haciéndole creer que sus órdenes estaban cumplidas. Engañado por este hábil ardid, Rivera avanzó solo hacia los Treinta y Tres, creyendo que estos eran las fuerzas comandadas por el mayor Isas. Así el más prestigioso de los jefes imperiales de campaña fué sorprendido y aprisionado por los libertadores el 29 de Abril de 1825. Según refiere el doctor F. A. Berra, en su *Bosquejo Histórico de la República Oriental del Uruguay*. Rivera temió que los cruzados le quitasen la vida, dando cuenta de sus recelos á don Jacinto Trápani. Tranquilizado por éste, pidió conferenciar con Lavalleja. Aquella memorable entrevista duró dos horas, pactándose en ella que Rivera se plegaria al movimiento libertador con todo su influjo y todos sus parciales. Después de esto, los patriotas se pusieron en marcha hacia San José, que guarnecía el coronel Borda con un regimiento de tropas imperiales. Rivera ordenó á Borda que se le incorporara y le sorprendió, haciéndole doscientos

prisioneros, penetrando victoriosamente en San José y encaminándose enseguida hacia Canelones. Pocos días después, el 7 de Mayo, la bandera de los Treinta y Tres flotaba sobre el Cerrito de la Victoria y los patriotas establecían el sitio de Montevideo, comenzando las hostilidades sobre la plaza con un pequeño grupo de fusileros que dirigía la serena bravura de don Manuel Oribe.

Analicemos lo que antecede.

Grecia, con su infatigable poder inventivo, creó las artes y creó la república. Este sorprendente hallazgo del ingenio griego reviste dos formas. La falsa república, la lacedemónica, era monótona y comunista. En ella el ciudadano absorbía al hombre: el laconio nacía para obedecer y no para razonar. La verdadera república, la ateniense, moviéndose en el éter cristalinó de un cielo azul, era varia y activa como la naturaleza. Atenas, organismo viviente, se había constituido por la asociación de las tribus de Acaya y las razas de Jonia. Su libre energía supo reunir los trabajos de Hércules y las rebeliones de Prometeo. Pueblo de artistas, de filósofos, de oradores y de héroes, era alegre como las ninfas y visionario como las musas. En Atenas el alma se agigantaba con las actividades civiles de la vida del Agora.

Las intenciones de los Treinta y Tres eran tan puras como el agua nacida en manantial de roca. Según se deduce de la primera proclama de Lavalleja, aspiraban á la verdadera república, á la república que tiene por cimiento el sistema representativo. ¿Qué podía ofrecerles el Brasil? Una servidumbre dorada. ¿Qué podíamos esperar de la Argentina? Las benéficas agitaciones del anfictionado. Los Treinta y Tres no debían dudar y no dudaron. En el caso de que la independencia no fuera factible, su patriotismo simpatizaba más con la confederación que con la monarquía. Una liga de provincias era, en cierto momento, la libertad. Indudablemente el imperio era grande: la jaula hubiera sido una jaula de oro. Los Treinta y Tres prefirieron la autonomía, con sus turbulencias, á la suntuosidad monárquica, con sus quietudes. Ulises había preferido, á la inmortalidad conque le brindaba el amor de Circe, la virtud de Penélope bajo las austeras noches de Itaca. Bajo este concepto, los Treinta y Tres fueron superiores á Rivera. Soldado de Artigas, era Rivera un diestrísimo guerrillero, un gran fascinador de voluntades, un caudillo de soberano influjo sobre las masas. Chancero y dadivoso, se adaptaba á los instintos y á los decires del paisanaje, gozándose en el alegre bullicio de los humildes como el hombre de las multitudes de Edgardo Poe. Su adhesión equivalía á cinco victorias, pues con su prestigio conmovió y puso en armas á todos los departamentos del norte. Lavalleja hizo otro tanto con los del sur. Así la causa emancipadora creció y se impuso en alas del patriótico desinterés de Lavalleja, de la incontrastable popularidad de Rivera y de la inflexible cultura de Oribe. ¡Así la confederación ó la independencia iban á realizar el ensueño autonómico, que aun torturaba á Artigas en las soledades del Paraguay y por el que se había enrojecido muchísimas veces, desde el hierro hasta el regatón, la relampagueadora lanza de Latorre!

LIBRO DÉCIMOSEXTO

LA ASAMBLEA DE LA FLORIDA.

I

Lavalleja, después de sus primeros triunfos y al iniciarse el sitio de la ciudad montevideana,—la del cielo purísimo y la de los contornos sembrados de rosales,—facultó á los cabildos para elegir las personas que compondrían el gobierno provisional. El 14 de Junio de 1825, Lavalleja depuso las insignias del mando ante aquel gobierno, que sentó sus reales en la Florida y que estaba formado por las probas virtudes de Juan José Vazquez, Manuel Callejos, Loreto Gomensoro, Manuel Durán, Francisco Joaquín Muñoz y Gabriel A. Pereyra.

El gobierno, después de nombrar jefe del ejército oriental á don Juan Antonio Lavalleja, convocó al pueblo á elecciones de diputados, reuniéndose, poco después, la primera legislatura patria en la villa de la Florida, que entonces pertenecía al departamento de San José.

En un pobre rancho de palo á pique, bajo un techo de paja y sobre un suelo de tierra húmeda, junto á una antigua iglesia de origen español, el congreso inmortal, que presidía don Juan Francisco de la Robla, suscribió dos actas de trascendencia el 25 de Agosto de aquel año feliz. En la primera de ellas, el congreso declaraba «irritos, nulos, disueltos y de ningún valor», todos los actos de incorporación de la Provincia Oriental al Imperio del Brasil. Por la segunda de aquellas actas transcendentales, el congreso declaraba á «la Provincia Oriental del Río de la Plata unida á las demás de este nombre en el territorio de Sud-América.»

El segundo de los documentos á que nos referimos, fué un acto

de habilísima diplomacia. El Brasil era fuerte. Artigas había sucumbido en su sangrienta lucha con aquel coloso. Acariciando las ambiciones de Buenos Aires, el congreso de la Florida le proporcionaba un aliado temible á Lavalleja. El Uruguay, sin ese aliado, ¡cuántos dolores no hubiera sufrido antes de escuchar las dianas victoriosas de Ituzaingó!

La Asamblea leyó aquellas memorabilísimas declaraciones al pueblo congregado junto á la Piedra Alta, peñón de unos ocho metros de anchura, cóncavo y sin verdores; pero convertido en patriótico altar bajo la luz de invierno de un día de Agosto. La Piedra Alta se eleva en una apacible y agreste llanura dominando un paisaje que parece un ensueño del pincel de Corot.

El 7 de Setiembre del mismo año, la Asamblea de la Florida declaraba abolida la esclavitud.

Detengámonos un momento. Talvez alguno de los firmantes de la segunda de las actas de 1825, creyó en que sería una realidad la anexión que en ella se proclamaba. La mayoría de los firmantes no pensaban así. Para ellos, la declaratoria farsaica de la anexión era una necesidad de las circunstancias. No podíamos vencer al imperio sin el apoyo de la Argentina. Al ofrecerle agrandar su territorio, la armábamos y nos armábamos contra el Brasil. Empeñada la lucha entre los titanes, estos preferirían que fuésemos libres á que fuésemos argentinos ó brasileños. Nuestra independencia era una prenda de paz, que concluía con sus ambiciones conquistadoras. Nuestra independencia, si el imperialismo porteño nos apoyaba, era cosa resuelta por el destino. Don Andrés Lamas lo dice así. Así, también, lo dijeron los hechos del 27 de Agosto de 1828.

II.

La idea anexionista podrá ser considerada, en las circunstancias actuales, un verdadero crimen patriótico. Eso es indiscutible; pero en la época de Artigas y en el año de 1825, lo que hoy parece un crimen, bien pudo parecer una necesidad. Entre el Brasil y la Confederación, la duda no era posible. ¿Por qué? Por muchas razones.

Habíamos formado parte del virreinato de Buenos Aires. Mientras aquel virreinato duró, entre la corte de España y la de Portugal, se discutió muchas veces el problema de nuestros límites.

Aquellas discusiones llegaron á ser tan agrias que, en más de una ocasión, españoles y lusitanos anduvieron, en nuestras costas y en nuestras llanuras, á tiros de fusil. Bajo el gobierno de Zabala, bajo el gobierno de Viana, bajo el gobierno de del Pino, es decir, desde el año de 1730 hasta el año de 1804, Portugal no había dejado ni un instante de invadir nuestro suelo. Así perdió Castilla todo el territorio de Cananea. Así llegaron los portugueses á derribar el marco que levantó, en el término de sus dominios, el celoso Alvar Nuñez Cabeza de Vaca. Así los lusitanos, aprovechándose de la debilidad de los reyes iberos, se apoderaron de Santa Catalina y de Río Grande.

Ese pleito de límites debía, como es natural, apasionar á los nacidos en este país, y debía apasionarlos á favor de España, por razones de raza y por razones de fidelidad á su monarquía, dado nuestro idioma y dadas las ideas predominantes en aquella época. Más tarde, en nuestra lucha con la metrópoli, según dice el señor Bauzá en el tomo tercero de su *Historia de la dominación española en el Uruguay*, « los sufrimientos comunes en defensa de la más honrada de las causas, establecieron una solidaridad compacta entre el pueblo argentino y el pueblo nuestro, apoyando más de una vez aquellas provincias los esfuerzos de Artigas y sus lugartenientes. » Artigas mismo soñó con la idea de una confederación, de una gran confederación, según lo testifican las instrucciones que dió á sus delegados en el año de 1813, instrucciones que bastarían para honrarle, sino le honraran ya su manera de entender el régimen comunal y sus constantes esfuerzos por la hegemonía de nuestro pago. Todos estos hechos, todos estos antecedentes, demuestran hasta la evidencia que, aún estando en error, eran más lógicos los que tendían á nuestra incorporación á la República Argentina, que los que pugnaban porque nos sometiéramos al Imperio del Brasil.—Justificaban la primera de estas tendencias nuestra historia, la lengua que hablamos y nuestro espíritu democrático, nuestras aspiraciones á la república. Nos divorciaban del Brasil, los sucesos á que he hecho referencia, nuestro idioma y más que nada, el ser el Brasil una monarquía. Desprenderse de España, para someterse al Brasil, no era otra cosa que cambiar de dueño, sin ninguna ventaja para nosotros. Incorporarse á la República Argentina, tal como se dice que lo pretendieron Artigas y los Treinta y Tres, tal como se desprende de las instrucciones del año 13 y del tratado del año 15, era conservar la mejor porción de nuestra autonomía, era confederarnos y no someternos. El porvenir se encargaría de colocarnos á la cabeza de todas las provincias, si sabíamos influir de un modo eficiente en los destinos de la nueva confederación. Una vez realizada ésta, teníamos un punto de apoyo contra la tendencia absorbente de Buenos Aires, punto de apoyo de que Artigas se había servido con éxito en varias ocasiones.

Ese punto de apoyo era el espíritu de rebelión, el espíritu federativo que, contra aquella tendencia, bullía potente en Santa Fé, en Córdoba, en Tucumán, en Corrientes y en Entre Ríos.

III.

Insistamos sobre lo que decimos. No se trataba de una anexión servil. Los Treinta y Tres, educados en la escuela de Artigas, no la hubieran concebido, ni la hubieran aceptado. Aún en los momentos de mayor conflicto, cuando Lecor avanzaba contra Montevideo al frente de un ejército de seis mil veteranos; cuando Pueyrredón declaraba que, si Montevideo se incorporaba oficialmente á las Provincias Unidas, recibiría en premio importantes auxilios de pertrechos de guerra; cuando el Cabildo de Montevideo se comprometía en esta negociación, Artigas protestaba de un modo enér-

gico contra aquellas transacciones, que podían conducirnos á la pérdida de nuestra autonomía. Tanto en el tratado del año 15, como en aquellas famosas instrucciones del año 13, ya citadas por mí, se ve bien claro como entendía el jefe de los orientales la idea anexionista. Según esas instrucciones, las del año 13, nuestros delegados iban á la asamblea constituyente, fijada en la ciudad de Buenos Aires, con el encargo de defender el sistema confederativo. En las instrucciones se decía claro que cada provincia formaría su gobierno sobre bases propias, reteniendo todo poder y todo derecho que no se delegasen, expresamente, por la confederación en las Provincias Unidas. Hablando de las instrucciones del año 13, dice el señor Mariano A. Pelliza en la página 273 del tomo segundo de su *Historia Argentina*: «El mérito de las instrucciones, cualquiera que fuese el móvil de ellas, es indiscutible, y en la historia constitucional argentina deben considerarse, prescindiendo de algunos artículos de mero egoísmo personal, como el génesis de la constitución federativa argentina.»

Más tarde, en el año de 1815, Artigas quiso entrar en negociaciones con el Director Alvarez Thomas, proponiéndole un tratado de concordia, en el que se establecía que el pacto de la Banda Oriental con las Provincias Unidas era un pacto de alianza ofensiva y defensiva, siendo todas las provincias iguales en dignidad é iguales en derechos.

Dado el ambiente en que habían nutrido todas las potencias de su alma, esta era también la única anexión que los tenientes de Artigas podían aceptar en el año de 1825. Entre estas ideas, autonómicas en extremo, y el sometimiento sin restricciones al dominio imperial, á las leyes monárquicas, á la supresión de toda vida propia, medía un abismo que redunda en alabanza de nuestros Treinta y Tres. La bandera enarbolada por los héroes en el Arenal Grande, al flamear frente á los lábaros verdes y amarillos del imperio, encarnaba no sólo las tradiciones del idioma y la estirpe, sino que también simbolizaba el pago, el terruño, el sentimiento de nuestra autonomía, la conciencia de nuestra vida propia. El mismo espíritu que había guiado á los tres colores que brillaban junto á las lanzas de Artigas en los campos del Catalán, guiaba también á los tres colores que brillaban en las cintas de los chambergos de los sableadores de Sarandí.

Si Lavalleja, que se había enrolado en las filas de la revolución en los primeros meses del año 11; si Lavalleja, que se halló en las Piedras y que estuvo en el primer sitio de Montevideo; si Lavalleja, que fué con los patriotas hasta el Ayuí y que, fiel á la bandera de Artigas, combatió más tarde contra Alvear, Soler y Dorrego: si Lavalleja que, desde 1816 hasta 1818, sigue como una sombra á los ejércitos de Lecor y de Silveira, acuchillándolos con denuedo y disputándoles palmo á palmo el suelo del terruño; si Lavalleja aparece como sospechoso de argentinista, esta sospecha es muy explicable por lo rudo y desesperador de las circunstancias. La bandera emancipadora necesitaba la ayuda de un aliado fuerte, desde que era muy fuerte el enemigo con que combatía. La Banda O-

riental, cubriéndose con la careta de la anexión, obligó á la Argentina á declarar la guerra al Brasil, del que nunca los uruguayos aceptaron el yugo. El lábaro imperial siempre fué resistido por los habitantes del territorio, en cuyos montes se escucha el silbo afinado de la crucera y el cavernoso rugir del concolor.

El árbol extranjero no lograba arraigar en la tierra en que crecen el ombú centenario y el carumán de espina. Tanto es así que, en 1821, cuando las últimas resistencias artiguistas habían concluido y cuando el congreso remitió á los cabildos copias del acta de nuestra incorporación á Portugal, pidiéndoles su parecer sobre ella, los cabildos y alcaldes territoriales,—según dice el señor Francisco Bauzá en la página 735 del tomo tercero de su *Historia de la Dominación Española*,—« no solamente repudiaron cualquier avenimiento sobre la forma en que debían someterse al dominio extranjero, sino que protestaron del modo más solemne contra la incorporación decretada por el congreso. »

Un diplomático brasileño, el doctor Fernando Luis Osorio, sostiene que aquella incorporación de ningún modo podía ser duradera, agregando en la página 140 del tomo primero de su *Historia del general Osorio*: « En el interior de las familias, apesar de las seducciones empleadas por Lecor, nunca se dejó de hablar en contra de la dominación portuguesa. En estas condiciones, era de esperarse que el dominio del imperio del Brasil debía terminar como terminó, por ser contrario á la naturaleza, al genio, á las costumbres y á los intereses de los orientales, poseedores hasta de un idioma distinto. »

El acto de la incorporación,—calificado de « inútil y funesto » por otro diplomático brasileño, el señor F. S. Constancio, en el tomo segundo de su *Historia do Brasil*,—no podía agradar al indómito jefe de los Treinta y Tres. Lavalleja había permanecido tres años preso en el Brasil. Sólo en el año 21, después del acta que nos incorporaba al reino de Portugal, regresó á nuestro suelo, entrando á actuar como teniente coronel en el regimiento de dragones de la Unión. Un año más tarde, el 17 de Abril de 1822, los dragones se adhorían al movimiento originario del imperio del Brasil, reconociendo la autoridad de don Pedro de Alcántara. Lavalleja suscribió, con los demás oficiales del cuerpo á que pertenecía, el acta de reconocimiento del emperador: pero no debió hacerlo de muy buena fé, cuando poco tiempo después,—aprovechando las disidencias surgidas entre portugueses y brasileños,—intentó, en unión con algunos patriotas montevideanos, sustraerse al domínio extranjero, celebrándose con este objeto varias reuniones en su propiedad del Rincón de Clara. Habiendo el general Lecor descubierto sus planes, mandó un escuadrón para sorprenderlo y capturarlo allí: pero Lavalleja huyó, llegó á las costas del Uruguay y se embarcó para Buenos Aires. Dice èl señor Isidoro De-María, en el libro segundo de sus *Hombres notables*: « Los bienes de Lavalleja fueron confiscados y la expatriación fué el crisol de su amor á la libertad del suelo nativo. »

También, entonces, dijeron de Lavalleja los panegiristas del im-

perio, lo que hoy dicen de Lavalleja los historiadores de la Argentina. También dijeron que su conducta era traidora y que su adhesión á las causas anexionistas estaba muy lejos de ser leal. Estas acusaciones le honran. Plácenos verle cubierto por la sombra de dos banderas animadas por secretos propósitos emancipadores. Plácenos ver crujir en sus viriles manos la bandera de Artigas, la que flameó vencedora sobre el campo inmortal de las Piedras y gimió desgarrada en los lances amarguísimos del Catalán. Nos place también mirar crujir en sus heróicas manos á la bandera de Arenal Grande, á la de las cargas irresistibles de Sarandí y á la del triunfo definitivo de Ituzaingó.

Lo que hay en el fondo de todas las críticas, lo que se deduce de los hechos brutales, es que Lavalleja estaba tan lejos del Brasil como de la Argentina.

IV.

Afirma el refrán que el que oye una campana, escucha sólo un són. Nosotros escucharemos lo que dicen las torres de los dos países antagonistas. Si los historiadores imperiales no tratan de ocultar que resistimos al yugo monárquico, los historiadores argentinos reconocen también lo firme y lo resuelto de nuestro separatismo. Sarmiento, en las últimas páginas del primer tomo de sus *Conflictos y armonías de las razas en América*, nos pinta como refractarios á toda fusión, á todo enlace y á toda alianza, tratando de explicar lo indómito de nuestro espíritu por razones atávicas, por motivos de herencia. Según Sarmiento, los soldados de la causa emancipadora, lo mismo contra los españoles que contra los portugueses, fueron el charrúa, el guaraní, el minuano, el mestizo, el matrero, « todos los apenas iniciados por el caballo en la vida pública. » Sarmiento vé en Artigas y en sus tenientes á los porta-estandartes de la causa segregatista, agregando que aquellos indígenas y aquellos precursores actuaban movidos por un odio de raza hacia los españoles, hacia los portugueses y hacia los argentinos aporteñados.

No bastaría para explicar nuestro localismo, la razón atávica á que acude Sarmiento. No es sólo en los elementos indígenas, sino también en su mezcla con los elementos peninsulares, donde se encuentra el origen de nuestro carácter libre y montaraz, poco dado á mixturas y tutelajes. La tendencia al aislamiento y á la autonomía de los celtas y de los iberos, persevera y se acentúa por el federalismo de las colonias fenicias, el demos de las colonias griegas, el desmenuzamiento en que fracciona el territorio español la conquista mora, las libertades del reino aragonés, las hermandades castellanas, las germanías de los valencianos, los fueros catalanes y los fueros vascuenses. Esos caracteres típicos se agrandan aun más en la fusión de los peninsulares con los indígenas. Artigas es su síntesis. Lavalleja y sus compañeros, que tomaron parte principalísima en las luchas á que se refiere el libro de Sarmiento, ¿nada heredaron del espíritu segregatista del caudillo indómito? Sí, dicen los historiadores de Buenos Aires.

Afirma el señor Saldías, en el tomo primero de su *Historia de la Confederación Argentina*, que «Artigas como Lavalleja, como don Nicolás Herrera, como don Lucas García, Durán, Juanicó, Illa, Magariños, Rivera, todos los que, en la Banda Oriental, desempeñaron papeles importantes en los sucesos de la Cisplatina, todos de acuerdo violentar una ley de la naturaleza y de separando á su provincia argentina.»

Para el señor Saldías, la idea de la independencia nuestro suelo es la que guiaba los pasos de Lavalleja, el movimiento del año 25. En beneficio de misma lleja la disfrazó, cabecilla Narciso López disfrazaba, lustros después, en pró de la independencia de Cuba, cubriéndolos con el manto de la anexión á los Estados Unidos.

Apoyando lo expuesto por Saldías, refiere el doctor página 264 del tomo noveno de su *Historia Argentina*, que el ministro García, durante la administración del general Las Heras, era contrario á que los argentinos hicieran causa común con los orientales en la lucha de estos con el Brasil. Creía el ministro de Heras que aquella fusión sólo conduciría á reconquistar, para los orientales, la independencia que estos habían perdido. Agrega el doctor Lopez: «opinión de García todo cuanto había tenido lugar en la Banda Oriental, desde 1811, probaba quisiera tomarse el trabajo de verlo, que ese territorio no jamás parte integrante ó provincia de la República

Según los señores Lopez y Saldías, la segunda de las Florida sólo sirvió para que la confederación hiciera suya nuestra causa guerrera, en exclusivo provecho de nuestras ambiciones segregatistas. ¿Por qué? Porque la República Argentina no se consideraba segura sin el dominio de las dos orillas del Brasil creía amenazada su seguridad si las dos pertenecían á la República Argentina. Dos siglos habían estado en lucha estas convicciones, que eran inflexibles y sin miento. Nuestra emancipación cortaba aquel nudo gordiano. Impulsar con astucia á los argentinos en contra de los ejércitos imperiales, fué uno de los méritos y uno de los triunfos de y Tres. El fin de la lucha, habilmente preparada por los patriotas, tenía que ser nuestra independencia. Era aquello la aplicación de una fábula de Lafontaine. Lo podíamos conseguir solos, iba á proporcionárnoslo el auxilio

Si se analizan sus antecedentes, sus vínculos con las montoneras artiguistas y los propósitos que le atribuyen los historiadores extraños, es fácil deducir que muchos de los próceres de la vención floridense tenían á la independencia por ideal Así como sin el estudio de los cuadros holandeses, que retratan la vida interior de la época, no puede profundizarse el estudio de la chas religiosas de los Países Bajos, sin el estudio de des prácticas y de las íntimas ambiciones de la generación de los no puede profundizarse el estudio de la Treinta y Tres.

LIBRO DÉCIMOSÉPTIMO

LA INDEPENDENCIA.

I.

Las operaciones de guerra adquisieron una nueva y mayor energía con la instalación del gobierno provisorio. Lecor, alarmado con los avances de la revolución, pidió refuerzos á Río Janeiro. Abreu, Bentos Manuel y Barreto invadieron, con un ejército de 2000 hombres, las fronteras del norte á principios de Junio. Una parte de estos refuerzos, al mando del general Abreu, vadeó el Rio Negro y se posesionó del pueblo de Mercedes. Servando Gomez y Felipe Caballero, con un grupo de patriotas, atacaron rudamente á los imperiales, volviendo á recuperar aquella importante villa el 22 de Agosto de 1825. El día anterior, el 21 de Agosto, don Julián Laguna entró en Paysandú, sorprendiendo y desbandando á las fuerzas brasileñas acampadas en las cercanias de aquel pueblo viril. A estos lances felices siguió una derrota de pequeña importancia. El 4 de Setiembre del mismo año, don Fructuoso Rivera, con 400 hombres, se vió obligado á retroceder, en el departamento de Soriano y en los campos que riega el arroyo del Aguila, ante la división de 1500 plazas con que había invadido nuestro país el jefe imperialista Bentos Manuel. Poco después Rivera se tomó la revancha con un movimiento rápido y atrevido, que acrecentó su influencia y su nombradía.

El Rincón de Haedo es un vasto potrero, separado por una estrecha lengua de tierra del departamento de Paysandú. Los imperiales habían depositado allí la flor de sus caballadas. Rivera, con sólo 250 hombres, pasó el Río Negro, penetró en el Rincón y sorprendió á las guardias del enemigo, con el objeto de dejar á pié y sin elementos de movilidad á las tropas de Abreu, Sorprendidas las guardias, Rivera se apoderó de ocho mil caballos, disponiéndose á retroceder, cuando fué detenido por la noticia de que avanzaba hacia la lengüeta una columna de 700 hombres bajo el comando

del coronel don Jerónimo Gomez Jardín. Rivera no podía retirarse sino por el istmo. Rápido como el rayo, dividió en tres partes su pequeño ejército, encomendando el centro á don Julián Laguna. Servando Gomez y Miguel Saenz mandaban respectivamente la derecha y la izquierda de las tropas republicanas. Dice Rivera en el parte detallado de aquel combate: «En esta disposición llegamos sobre los enemigos, en tiempo que no habían podido disponerse para la batalla. Sufrimos una descarga general, pero al cabo se hallaron los enemigos con los sables de nuestros bravos sobre sus cuellos.» En esta carga audaz Rivera acuchilló y puso en confusión á los imperiales. Jardín escapó con 20 soldados, dejando sobre el campo de batalla más de 100 muertos, 300 prisioneros, 8000 caballos y 1500 armas. Lo demás de su ejército se perdió en la fuga, alcanzando á tres leguas la persecución. El combate del Rincón de las Gallinas tuvo lugar el día 24 de Setiembre.

A este feliz suceso siguió la inolvidable batalla de Sarandí, gracias á la cual el congreso de Buenos Aires aceptó la incorporación del territorio uruguayo á las Provincias Unidas del Río de la Plata. Después de Sarandí, la prensa argentina se manifestó unanimemente á favor de la incorporación, celebrándose entusiastas manifestaciones públicas, en las que se vivaban á los vencedores. Estos se merecían aquellos víctores.

A principios de Octubre, los hermanos Oribe comunicaron á Lavalleja que Bentos Manuel y Manuel Riveiro trataban de reunir sus divisiones para copar al ejército libertador.

La división de Manuel Riveiro se componía de 600 hombres, constando de 1400 plazas la de Bentos Manuel.

Lavalleja dispuso que Manuel Oribe se le incorporase con los dragones que comandaba, y ordenó que Rivera fuese á esperarle en la horqueta del arroyo del Sarandí.

El arroyo del Sarandí está situado en el departamento de la Florida: tiene 32 kilómetros de curso y desagua directamente en el río Yí.

El 10 de Octubre se reunieron las dos divisiones imperiales, y en la madrugada del día doce se verificó la condensación de las fuerzas republicanas. Poco antes de las cinco de la mañana del mismo día, las partidas de descubierta libertadoras anunciaron que el enemigo se hallaba á media legua de nuestro ejército. Este, que se encontraba mudando caballos, acabó esta operación con la mayor presteza, disponiéndose para la batalla en la cuchilla que forma una de las vertientes del Sarandí. Rivera ocupó la izquierda de la línea. Zufriategui la derecha y Oribe el centro. Quesada quedó al cargo de la reserva y la artillería de los patriotas, consistente en una sola pieza de á 4 que estaba mandada por el subteniente José Joaquín Olivera.

Los imperiales, después de mudar de caballos, se aproximaron á nuestro ejército y se ordenaron para la acción, no sin despuntar antes el gajo del arroyo del Sarandí. No querían combatir teniendo á retaguardia tan peligroso obstáculo. Pronto la cuchilla del Sarandí, situada entre el arroyo de este nombre y el arroyo de Cas-

tro, presenció un espectáculo sangriento y sublime. Los rayos del ol barrían el último cortinaje de nieblas cuando los dos ejércitos e ballaron frente á frente. Los imperiales iniciaron la lucha, saludando con una descarga cerrada á los libertadores. Estos permanecieron firmes en sus puestos, con los sables desnudos y la impaciencia pintada en los rostros. El jefe brasileño disponía de 2200 soldados. Nosotros éramos 2400 jinetes. De pronto los clarines imperiales tocaron á degüello. Lavalleja respondió al toque de muerte con el heróico grito de « ¡ Carabina á la espalda y sable en mano ! »

El choque fué terrible ; el combate, cuerpo á cuerpo, encarnizadísimo. El campo de batalla, en una extensión que excedía de dos leguas, quedó cubierto de cadáveres, de caballos que relinchaban de dolor, de armas rotas y abandonadas. En breve tiempo fué deshecha la línea imperial, envueltos sus jinetes, arrollados sus tiradores, puestas en fugas sus compañías. Manuel Riveiro y Bentos Manuel debieron su salvación á la ligereza de sus caballos, dejando en poder de los vencedores cerca de 700 prisioneros, como unas 1300 tercerolas, y más de 8000 sables. Sus muertos alcanzaron á 562, mientras nuestras pérdidas apenas ascendían á 30 muertos y 83 heridos. En aquella acción el ejército de la patria se cubrió de gloria, siendo importantísimas sus consecuencias para la causa de la libertad. Gracias á Sarandí, el congreso constituyente argentino pudo el día 25 de Octubre, á nombre de los pueblos que representaba, reconocer á la Provincia Oriental como incorporada de hecho á la república de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Gracias á Sarandí, el ministro García, obedeciendo á los entusiasmos que aquella victoria despertó en la opinión, notificó el 4 de Noviembre á la corte de Río Janeiro que,—considerando nulos los actos con que se pretendía agregar el territorio uruguayo al imperio del Brasil,—el gobierno general argentino estaba comprometido á proveer, por todos los medios, á la defensa y seguridad de la Provincia Oriental. En virtud de estas declaraciones, el emperador decretó la guerra el 10 de Diciembre, ordenando que se hostilizase, por mar y por tierra, al gobierno de las Provincias Unidas. Ya el 21 de Noviembre el vice almirante Lobo había comenzado el bloqueo del puerto de Buenos Aires. El 1º de Enero de 1826, el congreso argentino votó por unanimidad la resistencia á la guerra decretada por el Brasil.

El 7 de Febrero don Bernardino Rivadavia era nombrado presidente de las Provincias Unidas del Río de la Plata. El 24 del mismo mes el almirante Brown hizo una salida contra nueve buques de la escuadra brasileña, persiguiéndolos hasta obligarles á entrar en el puerto de Montevideo. El 25, Brown batió las trincheras de la plaza de la Colonia, destruyendo el fuerte de Santa Rita, y el 2 de Marzo intentó un ataque nocturno contra los buques imperiales que defendían aquel puerto, logrando apoderarse de los víveres que los sitiados tenían en la isla de San Gabriel. El 13 de Marzo, al saber que el vice almirante Lobo se dirigía á su encuentro, Brown levó las anclas de sus naves, dirigiéndose al puerto de Buenos Aires. En las primeras horas del 26 de Marzo los buques

argentinos volvieron á salir de su fondeadero, y á las once de la noche del 27 trataron de sorprender á la escuadra imperial, que se hallaba fondeada en el puerto de Montevideo. Apesar de la obscuridad y de lo avanzado de la hora, las naves brasileñas se apercibieron de la presencia del enemigo. Se siguió un combate de escasa importancia, pero el gobierno imperial, descontento de la impericia del vice almirante Rodrigo Lobo, le destituyó del mando de la escuadra, en el que fué sustituido por James Norton. El nuevo almirante entabló algunos cañoneos sin consecuencias el 23 de Mayo, el 11 de Junio y el 29 de Julio. El 30 de Julio tuvo lugar un combate más rudo y sangriento que los anteriores, quedando completamente destrozada en aquella acción, que duró siete horas, la nave argentina « 25 de Mayo ».

II.

En este intervalo, las operaciones terrestres parecían haberse interrumpido. En Julio de 1826, el general Rodriguez, jefe del ejército auxiliar argentino, estableció el cuartel de sus tropas en el Durazno. La organización de estas, se hacía difícil, por las rivalidades que de continuo se suscitaban entre los jefes porteños y los orientales. El 14 de Agosto de 1826, don Carlos María de Alvear, ministro de la guerra del gobierno de Rivadavia, fué nombrado general del ejército de operaciones contra el Brasil. A principios de Setiembre del mismo año, Alvear se recibió del mando de las tropas republicanas. Mientras las fuerzas aliadas no alcanzaban á 6000 hombres, el imperio tenía á sus órdenes más de 10000 soldados. Alvear se dedicó, sin pérdida de tiempo, á organizar los elementos de que disponía. Creó un nuevo regimiento de artillería, seis cuerpos de jinetes de línea y cinco batallones de cazadores, consiguiendo poner en pié de guerra hasta 9000 hombres debidamente equipados y armados. El Brasil, por su parte, redobló sus esfuerzos, poniendo cerca de 20000 combatientes sobre las armas. Alvear, temeroso de que el enemigo reconcentrase sus fuerzas, resolvió invadir la provincia de Río Grande, apesar de lo poco propicio de la estación, pues ya caían sobre las campiñas los rayos sofocantes del sol del verano. El ejército expedicionario se dividió en tres cuerpos. Lavalleja se puso al frente de la vanguardia, Alvear se reservó el comando del centro y la tercera división fué confiada al general Soler. En los últimos días de Diciembre de 1826, en traje de parada, animado por el redoble de sus tambores y enardecido por las sonoras dianas de sus clarines, el ejército aliado se puso en marcha, con la intención de apoderarse del pueblo de Bagé. El enemigo había hecho de aquella población el centro de sus recursos y el depósito de su material de guerra. La marcha fué difícil. Los brefiales estériles y los ríos caudalosos impedían la rapidez del movimiento republicano. Los campos, incendiados por el sol y por el enemigo, aumentaban los obstáculos de la invasión. Alvear, que como dice el general Mitre, era tan inteligente como arrojado, sub-

yugó al destino con las audacias de la ofensiva. El 14 de Enero de 1827, el ejército aliado llegó á las fronteras de Río Grande. El emperador don Pedro I, que se había acantonado en Santa Ana do Livramento,—con el objeto de dirigir personalmente las operaciones de la guerra,—acababa de regresar á Río Janeiro á causa del fallecimiento de la Emperatriz, dejando al frente del ejército imperial al marqués de Barbacena. Muy grande fué el asombro del jefe brasileño cuando tuvo noticias de la invasión. Comprendiendo que el objetivo de los aliados era la toma del pueblo de Bagé, se propuso salvar á todo trance los almacenes de armas y de víveres allí establecidos. Alvear, con una actividad prodigiosa, se anticipó al movimiento del adversario, aunque no pudo impedir que se incorporaran á éste 2000 de los soldados alemanes que, á las órdenes de Willhams G. Braun, el emperador de Austria había enviado en auxilio de su yerno el emperador del Brasil. Triunfó la causa de la libertad. El 23 de Enero, las avanzadas patriotas llegaron á las inmediaciones de Bagé. El dia 26, la vanguardia, mandada por Lavalleja, y el centro, á las órdenes de Alvear, cayeron sobre el pueblo que había sido abandonado por sus habitantes. Bagé fué entregado al saqueo, no respetándose ni los almacenes de víveres ni las casas de los particulares. El botín de guerra fué tan rico como abundante, pues ascendían á más de trescientos mil pesos los artículos de comercio que cayeron en poder de los invasores. Sin embargo, como ya hemos dicho, Alvear no consiguió del todo su intento. El marqués de Barbacena, á quien trataba de aislar el jefe argentino, logró reunirse á las divisiones mandadas por el austriaco Braun, parapetándose en las ásperas sierras de Camacuá. Alvear trató entonces de apoderarse de las caballadas del enemigo, reunidas en los potreros cercanos á San Gabriel. El 8 de Febrero de 1827, Zufriateguy se apoderó de esta villa, adueñándose de varias carretas con armas y uniformes. Al día siguiente, las tropas aliadas tomaron 6000 caballos, realizando así el principal de los objetos de su expedición. El 13 de Febrero, Lavalle, á la cabeza del 4° regimiento de coraceros, derrotó completamente, en las márgenes del Bacacahy, á una columna de 1200 hombres, mandada por el célebre Bentos Manuel. Tres días después, el 16 de Febrero, el coronel Mansilla dispersaba en el Ombú á una fuerte división de caballería, la mejor del imperio, con la que en vano trató de resistirle el jefe imperialista Manuel Riveiro.

Entre tanto, las naves de Brown habían obtenido un nuevo laurel. En los días 8 y 9 de Febrero de 1827, Brown cañoneó y rindió en el Juncal, muy cerca de Martín García, á la división de 16 embarcaciones que comandaba Jacinto Roque de Sena Pereyra. Este cayó prisionero, cinco de sus naves fueron quemadas y otras muchas quedaron en poder de los argentinos. Alvear, entretanto, procuraba que el marqués de Barbacena abandonase sus inexpugnables posiciones de Camacuá. Para conseguirlo, hízole creer que huía precipitadamente, engañándole con tanta destreza que el jefe brasileño se lanzó en su persecución. El marqués de Barbacena avanzó sobre Caciquí, después de haber proclamado entusiastamen-

te á sus soldados en el pueblo de San Gabriel, que a-
bandonar la vanguardia de Lavalleja. De este modo el ejército re-
publicano y el brasileño se encontraron á tres leguas de distancia.
Sólo entonces el marqués de Barbacena comprendió que había co-
metido un error. La batalla buscada por Alvear, era ya inevitable.
Aún así y todo, el jefe brasileño trató de colocar entre él y su ad-
versario la ondulosa corriente del Santa María.

Alvear, con algunos hábiles movimientos y haciendo creer siem-
pre que marchaba en fuga, llegó el 20 de Febrero de 1827 al paso
del Rosario, entablándose allí la memorable batalla de Ituzaingó.
Siete mil hombres aproximadamente componían el ejército aliado;
el brasileño no bajaba de nueve mil. La infantería imperial era
muy superior á la republicana ; los jinetes criollos valían más, por
su número y su destreza, que los jinetes del enemigo. Según el par-
te de batalla del general vencido, aquel terrible encuentro duró on-
ce horas. La división de Lavalleja fué la primera que entró en
combate, chocando con la caballería del general Abreu. En vano los
centauros de Oribe y de Laguna hicieron prodigios, viéndose obli-
gados á remolinear, después de varias cargas, bajo los fuegos de
Braun, apoyados por los cañones del ejército brasileño, que hacían
grandes claros en nuestras filas. Los jinetes imperiales cedieron
al choque; pero sus infantes, formados en cuadro, resistían estói-
camente á nuestra intrepidez. Refiere la leyenda que don Manuel
Oribe, viendo retroceder al regimiento que comandaba, se arrancó
las charreteras que cubrían sus hombros, logrando con este acto
de heroicidad que sus soldados se arrojaran de nuevo sobre el e-
nemigo. Rechazadas las divisiones orientales, el regimiento núme-
ro 1, mandado por Brandzen, recibió la orden de romper los cua-
dros de la infantería austriaca. Brandzen, que era un militar tan
intrépido como pundonoroso, cumplió con ardentía aquella orden
de muerte, cayendo acribillado á balazos junto á las filas del ene-
migo. Entonces Lavalle y Olavarría, secundados denodadamente
por Lavalleja, entran en acción y arrollan á los jinetes imperia-
listas. Los cuadros de Braun reciben á quema ropa los fuegos de
la infantería de Soler, y el coronel Paz deshace á la bayoneta á los
infantes del general Callado. La victoria se inclina á favor las
fuerzas libertadoras. Mientras los jinetes imperiales son
dos á sable y á lanza por nuestros jinetes ; mientras los cañones
patriotas, que dirigen Chilavert y Arengrcen, llaman al triunfo
con la diana salvaje de sus estampidos, los cuadros de Braun van
perdiendo terreno y se ponen en retirada, perseguidos por los dis-
paros de los fusileros del general Soler. La república se corona con
un nuevo laurel. El ejército imperialista deja 1200 cadáveres
el campo, abandonando á los vencedores su parque, su
to, dos banderas, su imprenta de campaña y diez piezas de artis
llería. La batalla del Rosario ó de Ituzaingó puso de manifiesto
los méritos militares de Alvear. Aquella batalla, de resultados
cisivos para la causa de la república, fué la consecuencia
de un plan seriamente concebido y ejecutado con maestría. El ge-
neral argentino, al impedir que el ejército imperial

con la reunión de todas sus divisiones; al batirlas en detalle, obteniendo sobre ellas los triunfos de Ombú y de Bacacahy; al engañar al marqués de Barbacena, fingiendo que se retiraba precipitadamente y en malas condiciones, para arrancarle de las abruptas serranías de Camacuá; al contramarchar sobre el río de Santa María, para sorprender en su marcha á los imperiales con las primeras luces del 20 de Febrero de 1827, obligó al enemigo á aceptar una batalla, que no era de su agrado, derrotándolo con fuerzas inferiores, y decidiendo, con un solo combate, la suerte de la guerra. Es cierto que le ayudó no poco la pericia de algunos de los jefes de división del ejército aliado, que, en los momentos supremos de la lucha, obedecieron á su iniciativa particular más que á las órdenes recibidas y confiadas á su denuedo. Es cierto también que la sorpresa de que fué víctima el ejército imperial, atacado en su marcha por el enemigo, desconcertó á los jefes brasileños, que no habían tomado las precauciones debidas para evitar ó resistir un ataque brioso, según declaraba el mismo marqués de Barbacena en la corte de San Cristóbal. Es cierto, en fin, que la destreza y el coraje de nuestros jinetes, sobreponiéndose á las dificultades del terreno y á la fría impasibilidad de los cuadros alemanes,—que apoyados en un barranco los fusilaban sin compasión,—explican el feliz éxito de una batalla, resuelta por el mañoso valor de una caballería, cuyas cargas hacen pensar en las cargas de los cosacos de las estepas rusas. Después de Ituzaingó, Alvear quiso apoderarse definitivamente de la provincia de Río Grande. Con ese objeto hizo saber al gobierno de Rivadavia que le eran indispensables quinientos hombres de infantería. Pidió también á las autoridades orientales que le abasteciesen con premura de caballadas, por encontrarse las de su ejército en muy mal estado. No recibió ninguno de los elementos que solicitaba. El gobierno argentino, cuyo unitarismo era rechazado por todas las provincias, se tambaleaba otra vez al empuje de una espantosa crísis interna. Alvear no se desanimó. El 10 de Abril emprendió la marcha, apoderándose nuevamente del pueblo de Bagé. Alvear sabía que la única fuerza capaz de resistirle era la división de Bentos Manuel. Este, que después de la derrota sufrida en el Ombú, había repasado el Ibicuy, ostilizaba á las fuerzas republicanas, con ayuda de las partidas del guerrillero Lucas Teodoro. Su división, compuesta de 1600 hombres de caballería, se encontraba á diez leguas de Bagé, en una de las orillas del Camacuá. Este río, vaso en que se reunen las aguas que bajan de la sierra del Yerbal, iba á presenciar una nueva victoria republicana. Alvear destacó á Lavalleja, apoyado por las divisiones de Lavalle y Pacheco, para batir á Bentos Manuel. El 23 de Abril los republicanos, que no pasaban de trescientos hombres, atacaron á la fuerte división brasileña, acuchillándola, dispersándola y persiguiéndola en un trayecto de más de siete leguas. El combate fué recio y mucha la habilidad de los republicanos, dado el conocimiento del terreno y el número de jinetes que poseía Bentos Manuel. Como se acercara la estación de los fríos, los imperiales establecieron sus cuarteles de invierno en

las inmediaciones de Rio Pardo, y Alvear, falto en absoluto de medios de movilidad retrocedió para acampar con sus fuerzas en Cerro Largo. Entre tanto Brown no permanecía inactivo. El 7 de Marzo de 1827, una parte de su escuadrilla se había apoderado de tres buques enemigos y de 650 prisioneros, que pretendían adueñarse de Bahía Blanca, en la costa de la Patagonia. El 6 de Abril Brown, al frente de cuatro buques, sufría un contraste en la Punta de Santiago. Habiendo varado dos de sus bergantines, veinte y dos naves imperiales los rodearon, haciéndoles un fuego terrible. El día 8, continuó el cañoneo desde las siete de la mañana hasta ya cerrada la noche. El día 9, perdidas dos de sus valientes naves, Brown rompía la línea del enemigo retirándose á Buenos Aires. El 15 de Junio, Brown se apoderó de una goleta imperial después de un sangriento combate sostenido en las aguas de la Colonia.

¿Qué importaban, sin embargo, los triunfos de Alvear y de Brown? La guerra, que apenas tenía dos años de duración, había esquilmado al Brasil y á la Argentina. El comercio, la fuente principal de los recursos de ambos países, estaba en ruinas. Ni Buenos Aires ni Río Janeiro podían disponer de un ejército suficiente para el triunfo de sus hegemónicas ambiciones. Por otra parte, las provincias resistían á Rivadavia. La constitución unitaria, sancionada por las dos terceras partes del Congreso el 24 de Diciembre de 1826, no obtuvo la aquiescencia ni de Quiroga, que mandaba en Cuyo, ni del general Bustos, que gobernaba en Córdoba. Lamadrid se revolucionó, apoyándose en los federales de Tucumán. Corrientes y Entre Ríos rechazaron también las pretensiones unitarias de Rivadavia. En esta situación, Rivadavia nombró á don Manuel José García para iniciar un tratado de paz con el Brasil. A principios de Mayo llegaba García á Río Janeiro. El 24 del mismo mes, separándose de las instrucciones que había recibido, García firmaba una convención preliminar, renunciando, en nombre de la Argentina, á todos los derechos que ésta pretendía tener sobre la Banda Oriental. Convino, además, en que el gobierno argentino retiraría las baterías y pertrechos que fortificaban á Martín García, pagando el valor de las presas hechas por los buques armados en corso contra el Brasil. Esta convención, que nos entregaba nuevamente al imperio, indignó al gobierno y al pueblo de Buenos Aires, haciendo que el primero manifestara, con decreto público, que su enviado había contravenido la letra y el espíritu de la misión que se le confió.

Durante todo el resto del año 27, la guerra continuó arrastrándose con languidez, no pudiendo los ejércitos beligerantes, por la carencia de sus recursos, empeñar ninguna acción decisiva. El marqués de Barbacena fué sustituido por el vizconde de la Laguna, reemplazando á Alvear, en el mando de las fuerzas aliadas, el general Lavalleja.

HÉROES DE LA INDEPENDENCIA DE AMÉRICA

I

CUBA



Antonio Maceo

Según dice el doctor Adolfo Saldías, en el tomo primero de su *Historia de la Confederación Argentina*, era sumamente impolítico el nombramiento de Lavalleja. Afirma Saldías que el jefe uruguayo trabajaba por la segregación de la Provincia Oriental. Lavalleja, lo mismo que Trápani, no quería la paz sino sobre la base de nuestra más ámplia y más concluyente emancipación. Repudiado por los caudillos de todas las provincias, cuyo influjo debilitaba el régimen unitario, Rivadavia renunció á la presidencia en Julio de 1827. Para sustituirlo, nombróse presidente provisorio á don Vicente Lopez y gobernador definitivo, el 13 de Agosto, al coronel don Manuel Dorrego. Uno de los primeros actos de Dorrego fué encargar al general Lopez de la formación de un ejército destinado á apoderarse de las Misiones. Lavalleja, firme en su propósito independizador, se opuso á esa medida con terquedad. Apesar de las órdenes de Dorrego, hacía que el ejército republicano permaneciese inactivo, no queriendo colocar á los imperiales en condiciones de desventaja extrema. Según Saldías, Lavalleja pensaba que la segregación del territorio oriental se operaría por medio de una paz, que dejase á los beligerantes imposibilitados de disponer de la cosa disputada. Tendrían que renunciar á ella, una vez se convenciesen de que ninguno de los dos se adueñaría del territorio en pleito. Persiguiendo este plan, Trápani, en Diciembre de 1827, tronaba contra Dorrego, escribiéndole á Lavalleja que Dorrego se había manifestado completamente opuesto á una paz basada sobre la independencia absoluta de la provincia oriental. Persiguiendo este plan, el mismo Trápani, agente de Lavalleja, ante el gobierno de Buenos Aires, se acercó á lord Pomsomby, en Febrero de 1828, para inclinarle á favor de la paz basada en nuestra segregación, cosa que desagradó á Dorrego, quien así se lo hizo saber por carta á Lavalleja. Persiguiendo este plan, Trápani le decía á Lavalleja, hablando de sus relaciones con Pomsomby, que ya tenía el lord muy orientalizado, siendo mucho el interés que nuestros asuntos le merecían al diplomático de la Gran Bretaña. Dorrego se cansó de estos manejos separatistas y Trápani tuvo que fugar de Buenos Aires.

Se deduce de todo lo que antecede que si, al principio de su cruzada, los Treinta y Tres preferían, en el peor de etodos los casos, la República Argentina al imperio braganzino, pronto concluyeron por convencerse de que podían prescindir de la confederación y de la monarquía. Los proyectos anexionistas, con que algunos de ellos iniciaron su empresa, eran tan lógicos como disculpables. Sin el auxilio de Buenos Aires, jamás hubiésemos logrado una victoria definitiva sobre el Brasil. E nel caso, muy hacedero, de que tuviésemos que obtar entre la corona monárquica y el gorro frigio, nos inclinaban en favor de este último nuestras tradiciones y nuestros intereses. Como dice el doctor Carlos María Ramírez, en su *Juicio Crítico* de la obra histórica de Berra, los argentinos y los orien-

tales éramos á modo de hermanos siameses que nacen, crecen y viven sin poderse separar. Sus destinos habían sido solidarios, no sólo en el descubrimiento y en la colonia, sino también en las luchas internas y externas de la emancipación. Sus destinos recordaban á esas palmas rochenses, cuyos abanicos se diría que forman un solo abanico y cuyos troncos están tan cercanos que apenas puede pasar, por el espacio que los separa, un hilo apurpurado de sol charrúa. El cordón umbilical que unía á los orientales con los argentinos sólo se rompió definitivamente en 1851.

Apesar de las resistencias de Lavalleja, Dorrego continuó sus preparativos para apoderarse de las Misiones. El general Rivera se hallaba alejado del teatro de la guerra desde Mayo de 1826. Cuando, á principios de 1826, Martín Rodríguez fué nombrado comandante en jefe del ejército republicano por el gobierno de Buenos Aires, una de sus primeras disposiciones fué fraccionar las fuerzas orientales para diseminarlas entre los cuerpos confederativos. El general Rivera resistió á esa medida, por creerla contraria al sentimiento autonómico de los orientales. Esta resistencia, que fué considerada como una rebeldía por los primados del ejército libertador, obligó á Rivera á separarse de las filas de ese ejército á mediados de 1826. No influyeron poco en esa resolución sus rivalidades de prestigio y de mando con Lavalleja. Pasó á Buenos Aires, donde no encontraron favorable acogida sus ambiciones, lo que le obligó, después de algún tiempo, á refugiarse en la provincia de Santa Fé. Rivera se apropió del plan concebido por Dorrego y Lopez, gobernador de aquella provincia, penetrando á fines de Abril de 1828 en el territorio de las Misiones. Este no es otra cosa que una fracción del dominio que ocupaban, durante los primeros tiempos del coloniaje, las misiones jesuíticas españolas. El dominio, situado al norte de la provincia de Corrientes, ofrecía grandes dificultades para su invasión. Lo encierran y limitan ríos tan caudalosos como el Uruguay y como el Iguazú. Al iniciar su empresa, Rivera trató, sin poder conseguirlo, de ganar el apoyo de Lavalleja. La emulación separó perpétuamente á los dos caudillos lo mismo en las luchas emancipadoras que después de esas luchas. Rivera llegó al Ibicuy el 21 de abril de 1828. En la márgen opuesta se encontraba una guardia imperial de setenta hombres, mandados por el comandante Pintos. Rivera ordenó á Felipe Caballero que vadease á nado el Ibicuy. Caballero, con ochenta valientes que llevaban el sable en la cintura y las pistolas atadas en la cabeza, ejecutó denodadamente la orden temeraria. Cruzando á nado el río, llegó á la orilla y puso en fuga á los imperiales haciéndoles 23 prisioneros. Después de esta hazaña, Rivera, en 20 días se adueñó del territorio de las Misiones. Con un ejército de mil hombres, fraccionado en tres divisiones ligeras, tomó á San Francisco y penetró en San Boria, derrotando al gobernador Alencastro en el mes de Mayo de 1828. El gobierno de Buenos Aires festejó la conquista, que Dorrego consideró como una gloria nacional; pero Lavalleja, que había visto con desconfianza la vuelta de su émulo á nuestro territorio, dispuso que Oribe saliera en su persecución. Se-

gún el doctor Berra, Oribe se entendió con Bernabé Rivera, celebrando una especie de tratado de amistad con el conquistador de las Misiones. Según el mismo Berra, no plugo á aquel lo hecho por su hermano y desautorizó el convenio, dedicándose á administrar, según su poco saber y entender, las rentas del antiguo feudo jesuítico. El drama llegaba á su desenlace. Nos acercábamos á la independencia, que para muchos pensadores de aquellas horas no era otra cosa que una esfinge egipcia, en cuyos ojos trataban inútilmente adivinar los secretos del porvenir. Dado el giro que habían tomado las cosas, ni á los argentinos ni á los brasileños podía ocultárseles que la paz era una solución obligada. Dorrego tenía necesidad de ella para vencer las resistencias de los unitarios, respondiendo al voto de las autonomías locales. El Brasil, que sólo poseía en el territorio oriental las ciudades de Montevideo y de la Colonia, también la deseaba, apesar de su orgullo y de su poderío. Irlanda le proporcionó un refuerzo de voluntarios; pero estos, movidos por los agentes de la confederación, se sublevaron al llegar á Río Janeiro. Lo cierto es que aceptando la mediación de lord Pomsomby, enviado británico ante los dos gobiernos beligerantes, la corte de San Cristóbal se avino á recibir á los comisionados argentinos don Tomás Guido y don Juan Ramón Balcarce. La mediación de lord Pomsomby estaba motivada, más que por razones de humanidad, por los perjuicios que la prolongación de la contienda causaba al comercio de la Gran Bretaña. El 27 de Agosto de 1828 se firmaban los preliminares de la paz en Río Janeiro. La Convención Nacional, reunida en la capital santafecina y á la que asistieron los diputados orientales, aprobó el tratado preliminar el día 26 de Setiembre. El día 29 del mismo mes era ratificada esa aprobación por el gobierno de Buenos Aires. En el tratado se estipulaba que el territorio oriental quedaría libre é independiente de todo poder extraño, pudiendo sus habitantes adoptar la forma de gobierno que creyesen mejor. Se estipulaba también que los gobiernos beligerantes, argentino y brasileño, evacuarían nuestro país, de un modo definitivo, en el término de cuatro meses, quedando obligados á defender nuestra independencia y nuestra integridad. Se concedía, en fin, para resolver toda controversia sobre lo pactado entre los países contratantes, un carácter arbitral y resolutivo al gobierno de Inglaterra. La fuerza de los hechos, más que la voluntad de nuestros vecinos, nos conquistó el bien de la independencia. El ensueño autonómico, que torturaba á Artigas en sus soledades del Paraguay, se había realizado con amplitud. Eran nuestros, nuestros tan sólo y nuestros para siempre, los montes en que el chingolo baña sus cantos en la nieve lunar; las cuchillas, que sombrea el ombú y que perfuma el trébol; los grandes ríos que cruza el camalote y que rozan las alas del flamenco rosado. La victoria había bendecido el lema impreso en la bandera de los Treinta y Tres. Ya podían dormir tranquilos su sueño sin mañana los mártires de Catalán y de India Muerta. La epopeya comenzada en 1811 concluía con un himno de salutación á la libertad en 1828. El 24 de Noviembre de aquel año feliz se instalaba la

primera de nuestras asambleas constituyentes, presidida por don Silvestre Blanco, en el pueblo de San José, en la villa fundada por orden del virrey Vertiz y Salcedo. En San José, cuya leal bravura y cuya infatigable laboriosidad están explicadas por el origen asturiano de sus primeros habitadores, la provincia se convirtió en nación, el pago en patria, constituyéndose allí nuestro primer gobierno independiente en un glorioso día de primavera, en uno de esos días en que las flores del guayacán embalsaman como incensarios, y en que el canto de boda de las calandrias resuena dulcemente entre las guirnaldas amarillas del espinillo. Con la independencia, nos esperaban los lúgubres días de la lucha civil. Bajo la independencia, tuvimos sueños tan angustiadores como los que ocasiona el zumo del algarrobo. ¿Qué importa? Sobre las ruinas, ocasionadas por el trabajo del alumbramiento de nuestra organización final, han crecido las flores maravillosas de la libertad política y la igualdad civil. El porvenir bendijo el esfuerzo prometeano de nuestros padres, la hérculea labor de nuestros antecesores. Al mismo tiempo que conquistábamos la vida republicana en toda su amplitud, se enriquecía nuestra vida económica y se refinaba nostra vida social. Hoy somos un pueblo joven, libre, progresista y acaudalado. Es poca la extensión de nuestro territorio; pero es muy grande su fertilidad. Es corto el número de sus habitantes; pero es mucho el ingenio, el brío y las ansias de luz de los pobladores de estas campiñas esmeraldadas con todos los verdes del bosque y del prado. Por nuestro cielo, cuyos crepúsculos vespertinos no tienen rival, se diría que cruzan las diosas del poema homérico, y en nuestros sauzales, inclinados con languidez sobre los arroyos de un azul muy limpio, se diría que se balancean, envolviéndose en la túnica flotadora de la luz estelar, las esbeltas willíes de los fantásticos cuentos germánicos. Ansiosos de pensamiento y de prosperidad, de cultura y de bienes, le hemos arrojado un guante al porvenir. Estamos seguros de vencer al mañana, como vencimos los obstáculos que se oponían á nuestra independencia. Somos una nación hospitalaria, alegre y viril. Nos parecemos á los griegos en el amor del arte. Por lo industrioso de nuestro espíritu, recordamos á las repúblicas italianas del medio evo. El español nos legó su hidalguía, y el charrúa lo indómito de sus imposibles heroicidades. El ganado que crece en nuestras praderas, riquísimas en jugo, tiene los ojos mansos y opulentas las carnes. Nuestras maderas de construcción, que no se distinguen por su variedad, son duras como el hierro y viven más que el mármol. El comercio, una de las bases de nuestra riqueza, es franco y sin gulas. Nuestras ciudades no tienen puertas. En nuestro vaso pueden beber todos los que sufren sed de justicia y sed de labor. ¡Oh patria, oh madre, que el porvenir transforme la flor de tu ideal en exquisito fruto de opulencia y civilización!

¡Bendita seas, madre!

LIBRO DÉCIMOCTAVO

CONCLUSIÓN.

I.

La carabela se acerca al fin de su viaje. Washington Irving, refiere que Colón, después de un trayecto de sesenta días y viendo la porfiada soledad de las olas sin límites, resolvió seguir el vuelo de unas aves que se dirigían hacia el sud-este; aquellos pájaros, de alas ligeras y diestro instinto, le condujeron á los verjeles americanos.

Nosotros hemos rectificado siempre la dirección de estas modestas páginas siguiendo las curvas que trazan, en los horizontes ■ tóricos del continente nuevo, las alas majestuosas del cóndor de as democráticas libertades.

España, la noble y caballeresca España, no supo impedir que ■ colonias rompiesen el vínculo secular que á ella las enlazaba :n las fuertes ligaduras de la creencia, el lenguaje y los hábitos. ■n sus córtes de 1789, los americanos no tuvieron representantes. ■n sus córtes de 1810 tomaron asiento, hasta el número de sesenta y dos, los diputados de Méjico, Guatemala, el Perú, Chile, Buenos Aires y las Antillas. El porta voz de los colonos americanos, en aquella memorable asamblea, fué Muñoz Torrero, quien, el 29 de Octubre de 1810, pronunció un elocuente discurso defendiendo la libertad religiosa y la libertad de la palabra escrita. Cuando las córtes fueron disueltas por el absolutismo de Fernando VII, en Mayo de 1814, estuvieron á punto de ser encarcelados, por lo liberal de sus aspiraciones, algunos de los delegados de las colonias, como Larrazábal, Ostolaza y Gutierrez de Terán.

Los tardíos esfuerzos de la península, para satisfacer á los súbditos trasatlánticos, no apaciguaron la rebeldía de las colonias, que ya habían abierto su corazón á la esperanza de la independencia. Las soluciones propuestas por las córtes de Cádiz, para

impedir la separación de América, no fueron dadas en tiempo oportuno ni se realizaron con la rapidez que exigía lo extremo de la circunstancia.

El 5 de Noviembre de 1811, la revolución de Méjico se extendió á Centro América. Don José Bustamante, capitán general de Guatemala, pudo sofocar la conspiración dirigida por el cura salvadoreño don José Matías Delgado; pero el 22 de Diciembre del mismo año, la ciudad de Granada se insurreccionó, venciendo á los españoles enviados contra ella por Bustamante. Sin embargo, aún las autoridades españolas lograron imponerse. Sólo en 1818 se hicieron muy densas las nubes que gravitaban sobre el horizonte de Centro América. A Bustamante había sustituido don Carlos de Urrutia, que pronto cedió su puesto al brigadier Gabino Gainza. Los triunfos obtenidos por la revolución de Méjico excitaban poderosamente á los naturales de Guatemala. La efervescencia de los espíritus hizo comprender á Gainza que era infantil querer oponerse al avance contínuo de las corrientes separatistas. En vista de esto y abandonado á sus propios recursos por el gobierno peninsular, Gainza reunió, el 14 de Setiembre de 1821, á todas las autoridades del país en un cabildo abierto, donde se proclamó, de un modo solemne y definitivo, la independencia de Guatemala. En vano Itúrbide, en 1822, consiguió que la junta consultiva del nuevo estado aceptase y favoreciese la anexión de Centro América á la ya libre Méjico. En Marzo de 1823, una asamblea general,—constituída por los representantes del Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua y Costa Rica,—desconocía el acto de anexión y decretaba que los países representados en la asamblea formarían en lo porvenir, las provincias unidas de Centro América.

II.

Guatemala, cuyas serranías de eterno verdor están iluminadas por las luces purpúreas del volcán de Solola, fué la penúltima de las colonias de origen hispano que se independizó de la madre común. La última fué Cuba, descubierta por Colón el 27 de Octubre de 1492 y acabada de conquistar por Diego Velazquez en 1811. Desde el siglo XVI hasta el XVIII, los franceses y los británicos, que codiciaban aquella perla de inextimable precio, siete veces intentaron arrebatársela á la enflaquecida nación española. Inglaterra la hizo suya en 1762; pero la devolvió á su primitivo dueño, á cambio del territorio de Florida, á raíz del tratado de Versalles. Con su forma irregular, que atraviesa en toda su longitud una cordillera de picos elevados, es la isla, con sus minas de oro y sus verdes praderas, la más rica de las posesiones que la corona ibérica tuvo en el nuevo mundo. Dice Colón, al hablar del descubrimiento de aquel verjel en sus *Relaciones y Cartas*, «que nunca tan hermosa cosa vido, lleno de árboles, fermosos y verdes, diversos de los nuestros, con flores y con su fruto, cada uno de su manera.»

Apesar de la lección, tan grave como trágica, que dieron á la

península los acontecimientos de 1810, España siguió ejerciendo en la isla de Cuba el régimen que la había enemistado con sus colonias del resto de América. La situación de Cuba, en el siglo décimo nono, no era ya una falta que excusase la índole de los tiempos. La situación de Cuba era un crimen de España. Los pensadores de la península lo sabían bien. Siempre que se producía un acontecimiento de trascendencia en la política de la metrópoli; cada vez que los conservadores derrotaban á los liberales ó que los liberales eran llamados á formar gabinete, se proyectaban y prometían reformas de importancia para las distantes provincias de ultramar. Esos proyectos no se convirtieron en ley ni á raíz de la crísis de 1837, ni á raíz de la crisis de 1840, ni á raiz de la crísis de 1854, ni á raíz de la enorme crisis de 1868.

Cuba, donde cada matorral es un ramillete de flores fragancio-sas; Cuba, donde cada cocotero es una pajarera de sinsontes rítmicos; Cuba suspiraba por las garantías individuales; pero los derechos individuales son incompatibles con la esclavitud. Con Montesquieu nacen las sociedades civilizadas al sentimiento de la libertad política. Con Rousseau se abren las naciones del mundo europeo á la idea de la igualdad civil. ¿Qué les importaban á los mercaderes de carne humana los principios proclamados por Rousseau y Montesquieu? No podía hablarse de libertad donde cuatrocientos mil hombres, por lo menos, gemían en la ergástula, mordidos en el rostro y las espaldas por el látigo de los capataces de los ingenios. Era sacrílego invocar al númen de la igualdad civil, donde las madres miraban con angustia al niño que bebía los jugos de su seno, pensando con desesperación que podían separarla del fruto de sus amores, vendiendo á la madre y al hijo en diferente lote y en pública subasta. El tráfico era sombrío y espantoso. En el 1866. un negrero cubano, perseguido por un buque de guerra, se desembarazó de su cargamento en un islote inhospitalario. Los ciento ochenta negros que componían su siniestra carga, murieron devorados por el hambre y el sol tropical. Cuba, que no conoce más estación que la primavera, y que adorna su frente con los pálidos flecos de la caña de azúcar; Cuba, cuyo cielo destila torrentes de luz, y á la que dá el banano la muelle sombra de su abanico; Cuba llevaba en su corazón el cáncer de la trata. Cuba era aun más bella que Blanca de Castello; pero, como la amorosa de Raymundo Lulio, no podía desprenderse de sus vestiduras, sin enseñar lo hediondo de su llaga mortal. La esclavitud existía aún á mediados de 1870. Pensóse, entonces, en abolirla; pero en abolirla paulatinamente, como se apaga la sed de los atacados de apendicitis con muy pequeños sorbos de agua. Era preciso no descontentar á los propietarios de carne negra, á los verdugos de las infelices mujeres de color. España creía, lo mismo que Roma, que el esclavo era una propiedad inviolable, como si las almas pudiesen comprarse y venderse en remate público. Aun en 1868, apesar del advenimiento de la democracia, no mejoró la situación de Cuba. El gobierno, liberal en la península, siguió siendo reaccionario en las colonias. Allí, como en el resto del continente, las medidas

apaciguadoras llegaron tarde y fueron implantadas sin franco vigor. Humillada en su orgullo y deseando acabar su divorcio con la esperanza, Cuba se levantó en 1850 y en 1851; conspiró con empeño y con alegria en 1855; volvió á sublevarse con heroicidad en 1868 y en 1879; apeló á las armas, apesar de la serie de sus fracasos en 1885, y levantó de nuevo el estandarte de la estrella sola en 1896. Doscientos mil hombres, y más de doscientos millones de pesos, costaron á España el levantamiento de Agüero, las partidas invasoras de Lopez, las nostálgicas estrofas de Heredia y el sublime apostolado de José Martí. Narciso López, general español que se había batido con los carlistas, preparó una expedición en los Estados Unidos en 1850. Invadió la isla y proclamó la independencia de Cuba, pero fué vencido el 17 de Mayo de aquel año triste, y ahorcado en la Habana el primero de Setiembre de 1851. Carlos Manuel Céspedes, nacido en Bayamo, volvió á levantar el estandarte separatista en 1868. Reunió en torno de su caballo á una muchedumbre llena de entusiasmos y de denuedos; pero la fortuna le traicionó, como había traicionado á Narciso López, en 1874. Acorralado, en aquella angustiosa cruzada de más de un lustro, por una fuerte columna española, Céspedes, casi ciego y en los pórticos de la vejez, se destrozó el corazón con su propia mano, abriéndose, con aquel acto de heróica desesperación, el cielo de la inmortalidad. Así, desde 1826,—en que se descubrió la primera conjura y en que se fundó la sociedad secreta de la Estrella Solitaria,—fué abriéndose un abismo entre la Metrópoli y sus posesiones ultramarinas. Así, desde 1837,—en que un real decreto suprimió la representación que los cubanes tenían en las córtes, y concentró todos los poderes en las manos del gobernador de la isla,—el abismo se hizo profundo é insalvable. Por este último acto, como decía en uno de sus folletos Enrique José Varona, «España se declaraba contra un pueblo pacífico, iniciando una éra de conjuras y de sublevaciones.» Agüero y López, al invadir la isla en 1850, no hicieron otra cosa que reflejar la desesperanza de todos los espíritus. Después del nuevo fracaso que sufrieron los independientes en 1851, Buchanan, presidente de los Estados Unidos, ofreció una cuantiosa suma á los españoles, siempre que estos cediesen la isla al gobierno federativo de Norte América. El orgullo castellano se sintió ofendido, rechazó la oferta y se mostró más cruel que antes con los que sostenian el principio autonómico. El 10 de Octubre de 1868, volvió á flotar la bandera emancipadora en el distrito oriental de Yara. Los esclavos y los nativos de color blanco se acercaron de nuevo, con el cortante machete desnudo, á los altares de la libertad. Aquel ejército de rebeldes alcanzaba á veinte mil hombres. La lucha principió con encarnizamiento y con varia fortuna. En la noche del 22 de Enero del 69, las damas más distinguidas de la capital cubana se presentaron en el teatro luciendo el azul, el rojo y el blanco de la bandera emancipadora. El público les hizo una ovación entusiasta; pero un grupo de soldados españoles invadió el teatro, sableando ciegamente á los que aplaudían aquella muestra de patriotismo. Dos días antes se había

reunido en Camagüey una asamblea revolucionaria, proclamando, en nombre de la eterna justicia, la abolicion de la esclavitud. España dominaba por entero las costas; pero la revolución se habia propagado por las regiones centrales de la isla. El 10 de Abril de 1869, se constituyó el gobierno republicano, bajo la presidencia de Carlos Manuel de Céspedes, en la villa de Guaimaro. Desde aquel instante, la vida de Céspedes se confunde con la vida de Cuba, á la que trasmite su audacia y su fé, desafiando todas las privaciones, todos los sufrimientos y todos los peligros que agobian al ejército de la manigua. Sorprendido en las montañas de San Lorenzo, el jefe republicano se defiende con su revolver, mientras sus guerrilleros mueren con bizarría al pié de la bandera de la redención. Céspedes cae allí para no levantarse en Octubre de 1874, con tanto valor y con tanta gloria como su compañero Ignacio Agramonte, que le habia precedido en la inmortalidad, luchando también hasta morir, el 11 de Mayo de 1873, en las cercanías de Puerto Príncipe.

La guerra de Cuba fué una guerra cruel. Los hombres de color, exasperados por cuatro siglos de servidumbre dolorosísima, no respetaban ni la vida ni la propiedad de sus enemigos tradicionales. Los españoles respondían á la quema de los ingenios con actos de bárbara represalia. El 27 de Noviembre de 1871, ocho estudiantes de medicina de la universidad de la Habana, fueron fusilados por el extraño crimen de haberse permitido arrancar algunas flores nacidas sobre el sepulcro del periodista peninsular don Gonzalo Castañón. Como los estudiantes, en el ardimiento de su juventud, no ocultaban su amor á la causa separatista, aquellas pálidas flores de sepultura les fueron enrostradas como un ultraje á la soberanía de la metrópoli. El mayor de aquellos mártires tenía veinte años; el más joven no contaba diez y seis primaveras. Aquel hecho inaudito indignó á la Europa. Diez años duró el movimiento iniciado en Yara. Para sofocarle, España necesitó emplear 145 mil soldados aguerridos. Cien mil de ellos quedaron sin vida en los campos de batalla. Cuba, extenuada por dos lustros de lucha desigual, tuvo al fin que ceder. Según dice Varona, hubo en la isla regiones enteras que quedaron privadas de su población masculina, desapareciendo lo mejor de la riqueza pública. Los negros, que habían tomado parte en la guerra, se despertaron libres por el tratado de Zanjón, que el 10 de Febrero de 1878 firmaba, en nombre de la península, el capitán general Martínez Campos.

III.

Todas las revoluciones americanas, desde la de Buenos Aires hasta la de Cuba, son progresistas evoluciones. En el ciclo de las evoluciones caben bien estos medios dolorosos, para expulsar de su seno los elementos nocivos á la cultura de la raza, á la labor colectiva y á la expansión de la libertad. En este caso, como dice Juan Bovio, las evoluciones son Prometeos, que dejan esparcidos, en su trayecto de redención, los pesados anillos de su cadena.

La revolución cubana, democráticamnete igualitaria por ley de necesidad y por ley de progreso, acogia benigna á los hombres de todas las clases sociales, inspirando al esclavo el sentimiento de dignidad é inspirando á los libres el amor de la idea republicana. La vegetación isleña, que es la más soberbia del mundo, ofrecía asilo de sus vírgenes lianas espinosas á todos los sedientos de justicia. La esclavitud era la serpiente de aquellos jardines paradisiacos. Según Humboldt, desde 1520 hasta 1821, más de 413 mil negros africanos fueron importados á la isla de Cuba. El esclavo era un paria, que veia en la muerte una dulce y apetecida consoladora. El deseo de ese paria fué siempre morir pronto. Para ese paria, la muerte era la virgen de los últimos amores. Una onza de oro pedía el negrero por cada res africana, por cada conciencia robada al sol y á las chozas de su país. Se empleaba al esclavo, principalmente, en la explotación de los cultivos más importantes que eran la caña, el café y el tabaco. Bajo el látigo de los capataces, trabajaba el esclavo desde el alba á la noche, sin que su útil labor alcanzase otra recompensa que la de ser vendido á otro amo más cruel, cuando la ancianidad le robaba el vigor de los mús-

Después del tratado de Zanjón, el régimen colonial cambió de nombre; pero sigujó siendo el mismo régimen reaccionario de antes de 1878. El monopolio se llamó cabotaje. A la suspensión de garantías individuales, sucedieron las mal llamadas leyes de orden público. Como antes del convenio, toda la burocracia militar y civil de la isla fué peninsular, desempeñándola únicamente los españoles de raza pura. Esta falta de cumplimiento de las obligaciones que imponía el pacto de Zanjón, hizo que la lucha se nudase en 1883. Ramón Bonachea volvió á levantar el pabellón cubano en la costa de Manzanillo. Vencido en pocos días, fué fusilado sin misericordia. En 1885, Simbano Sanchez pasco la tea revolucionaria por las inmediaciones de Santiago. Murió combatiendo, siendo sus cómplices condenados á cadena perpétua. muy largo el martirologio del incansable patriotismo de Cuba!

En noviembre de 1885, Cánovas abandonó el poder, sustituyéndole en la dirección de los negocios públicos don Mateo Práxedes Sagasta. Creyóse que el partido liberal haría por las colonias lo que no había hecho el partido conservador. Ni Cánovas ni Sagasta supieron adivinar que, para impedir que la isla se separase de la metrópoli, era necesario satisfacer sus legítimos afanes de amplia autonomía. Un proyecto insustancial, la sombra de un proyecto, fué todo lo que obtuvo la ansiedad cubana; pero la revolución había detenido, confiada en las ideas liberales del gabinete.

Cánovas volvió al poder el 23 de Marzo de 1895. El 24 de Febrero del mismo año lucía ya, seguido por una multitud valiente y resuelta, el estandarte de la estrella solitaria en el fértil distrito de Bayre Arriba. La capitanía de la isla fué confiada de nuevo al general Arsenio Martínez Campos. Se esperaba que quien la había pacificado una vez, volvería fácilmente á pacificarla; pero los insurrectos ya eran veteranos, gracias á la escuela de la metralla y

del aire libre de las guerras anteriores. Iniciaron una lucha de recursos, una lucha de sorpresas y de guerrillas, tan fatigadora como mortífera para el enemigo. Las amarillas flores del tabacal adornaron la blusa de campaña de muchos Viriatos y muchos Sertorios. Los jefes principales de la manigua, como Gomez y como Maceo, conocían palmo á palmo el terreno, sabiendo batirse, uno contra diez, sin más escudo ni más muralla que una trinchera natural de palmas reales. Martinez Campos desembarcó, el 16 de Abril de 1895, en la playa de Guantánamo, cubriendo con una larga ronda de fortines el espacio que separa á Santiago de Camagüey. Cinco días antes de su llegada, José Martí había desembarcado también en aquella tierra de inagotable fertilidad, cuyas últimas rebeliones preparó con el hechizo potente de su palabra y con el irresistible ejemplo de su fé patriótica. Un mes más tarde, el 19 de Mayo, cuando se disponía á regresar á los Estados Unidos,—después de haberse puesto de acuerdo con Máximo Gomez,—Martí se encontró de súbito frente á frente de un destacamento español. El ruido de los disparos espantó á su caballo, que corrió hacia la línea del enemigo. Aquel valeroso, aquel apóstol de la augusta religión de la libertad, aquel atleta de la palabra cayó para siempre, herido de un balazo, sobre la tierra santa de Dos Ríos. Martí era un preclaro talento y un nobilísimo corazón. Su pluma pintaba como un pincel. Su fraseología tenía sonidos de lira y de campana. Su optimismo era tan verdadero, que le inspiró una frase hermosísima y conmovedora: « El mundo no es malo; por cada gusano nacen dos rosas. » Vargas Vila, hablando de Martí, dice que aquel glorioso soñador fué el verbo de la luchadora Cuba. Vila compara á Martí con Vergniaud. Vila agrega que el orador francés y el orador cubano se asemejan mucho por su erudición clásica, por la castidad de su frase y por la pureza de su amor por la muchedumbre. Enrique Piñeyro, en uno de sus más interesantes estudios históricos y biográficos, nos asegura que José Martí estaba destinado á ser, por su intelectualidad y por sus servicios, el primer presidente de la joven república cubana, de la república de 1902. Piñeyro nos habla de la dulzura de aquel carácter, que sabía convencer y sufrir con los ojos levantados hacia el futuro, con las pupilas llenas de fulgente y amorosa esperanza. Martí era más de lo que dicen Piñeyro y Vargas Vila. Martí, muerto á los cuarenta y dos años, fué para Cuba lo que O'Connell fué para Irlanda. Martí era el símbolo del terruño, la personificación de la patria batalladora con sus minas de cristal de diamantes y con los óleos de las flores de su perenne estío. La palabra y la pluma de Martí evocaban la melancólica y hechicera visión de los campos productores de yuca y de gengibre; la visión hermosísima de aquellas selvas en que se balancean, sobre el banano perfumador, los tenores con alas, los melódicos pájaros de la rebelde Cuba!

IV.

En 1895, España tenía más de trece mil hombres en la perla antillana, cuyas costas recorrían cinco cruceros, de los cuales eran los más importantes el «Infanta Isabel» y el «Cristóbal Colón». Martínez Campos, en la segunda época de su breve gobierno colonial, recibió refuerzos que hicieron ascender el ejército de que disponía á más de ciento veinte mil soldados. La escuadra costeadora llegó á componerse, en aquella época, de cuatro acorazados, siete cruceros y veinticinco lanchas cañoneras. Martínez Campos, del mismo modo que había separado por una larga ronda de fortines á Santiago de Camagüey, fortificó con una larga línea de torreones la distancia que va de Júcaro á Morón. Gomez y Maceo, mientras el general español operaba en el centro de la isla, rompieron esa línea de torreones, llegando hasta muy cerca de la Habana. Volvió Martínez Campos á la capital de su capitanía, casi bloqueada por los ágiles y valientes jinetes de Gomez, en tanto que Maceo, dueño de todo el occidente de la colonia, plantaba la bandera, en que relumbra el astro de los amaneceres, sobre los riscos del cabo de San Antonio.

Martínez Campos escribió á Cánovas, ofreciéndole su dimisión y confesándole que sólo los españoles, que habitaban la isla, eran partidarios de la causa peninsular. Todos los nativos, doctos ó incultos, odiaban á la metrópoli, fanatizados por la visión de la independencia. Cánovas aceptó la dimisión que se le ofrecía, encargando de pacificar la isla al teniente general don Valeriano Weyler. Apenas el nuevo gobernador hubo llegado á Cuba, ya puso de manifiesto su crueldad con dos decretos de muy triste renombre. Por el primero condenaba á la pena de muerte, en juicio sumario, á los que hiciesen circular noticias y á los que publicasen escritos favorables á la revolución. Por el segundo obligaba á los campesinos á que se reconcentraran en las poblaciones, dejando en abandono las florecidas huertas y los plantíos á medio sazonar. Con estas dos medidas logró que el miedo entrase en los hogares, haciendo más odiosa la causa ibérica, y aumentó la innumerable caravana de los pordioseros que vivían muriendo en torno de la línea de fortines y de torreones.

Ante tanta y tan honda desolación, los Estados Unidos empezaron á hostilizar á España. Esta hostilidad, muy prudente al principio, no inquietó á la península, que sólo se preocupaba de resistir y de someter á las partidas libertadoras de Gomez y Maceo. Este murió, en una escaramuza insignificante, á fines del año de 1896. Era Maceo de muy humilde origen. Como por las venas de Plácido, corría por las venas de Maceo un residuo quemador de sangre africana. Fué guardián de bueyes y de caballos en su niñez. En 1865, cuando tenía apenas 17 años, fué á buscar un puesto en las filas de la revolución de Yara. Tomó parte en la guerra de los diez años, en la guerra empezada en 1868, y fué uno de los pocos que no quisieron aceptar el pacto de Zanjón. Después de aquel

tratado, se refugió en Jamaica, haciendo desde allí excursiones de propaganda separatista por Costa Rica y los Estados Unidos. El 31 de Marzo de 1895, con un pequeño séquito de 50 hombres, desembarcó en Cuba. Se batió con los españoles, venciéndolos muchas veces en Peralejo, Ramonyaguas, Cacarajícara y Monte Rubí. Fué herido en tres encuentros, sin que jamás se atemorizara y se ablandase su médula de león. En Diciembre de 1896 cayó en una sorpresa, sin que el oficial español, que le derrotó y le quitó la vida, imaginase que el cadáver, tendido á los piés de sus fusileros, era el de uno de los más valientes y de los más prestigiosos caudillos de Cuba. En la historia de la emancipación americana, hay pocas figuras que igualen, en heroismo y en hidalguía, á la figura gloriosa é inolvidable de Antonio Maceo. Apesar de que sólo le acompañaban cuarenta hombres, en el día de la sorpresa mortal, fueron necesarios quinientos españoles para vencerle y veintiseis heridas para derribarle. Casi al mismo tiempo en que ocurría este suceso doloroso y trágico en la parte oriental de la isla, Calisto García Iñiguez, jefe del estado mayor de Máximo Gomez, derrotaba á los peninsulares cerca de Guáimaro poniendo en libertad y sin condiciones á más de doscientos prisioneros. Calisto Iñiguez era un anciano con la frente cruzada por una cicatriz. Era mucha su nombradía. En 1872, durante la guerra de los diez años, había rendido y aprisionado, no lejos de Bayamo, á las columnas que obedecían al comandante ibérico Aguilar. En Santa María, durante el año de 1873, también rindió é hizo prisionera, con fuerzas menores y menos disciplinadas, á una columna de 700 hombres que dirigía el apuesto coronel Dieguer. En 1896 logró penetrar, después de once días de combate, dentro de las fortificaciones de Guaimaro. De ese temple eran los auxiliares de Máximo Gomez, elevado por su edad y por sus servicios á la categoría de general supremo del ejército cubano.

V.

Mientras así se desenvolvía la acción militar; mientras los únicos favores, que la corona otorgó á sus colonos, se redujeron á la facultad de permitirles elegir sus municipios y sus diputados, por medio de una ley que se prestaba maravillosamente á todos los fraudes; mientras Iñiguez triunfaba y Maceo moría, Miguel Angiolillo, anarquista italiano y obrero tipógrafo, se hospedaba, con nombre supuesto, en el balneario de las aguas sulfurosas de Santa Agueda. Se encuentra este en el distrito español de Vergara, á unos cincuenta kilómetros de San Sebastián. En el mismo balneario vascuense se hospedaba Cánovas del Castillo. Este tenía ya 69 años. El 8 de Agosto de 1897, Cánovas, de regreso de la misa de las diez, se encontraba, leyendo un periódico, en una galería interior del hotel. Angiolillo tranquilamente se acercó á Cánovas, disparándole á quemarropa tres tiros de revolver. Los tres eran mortales. Cánovas expiró al poco rato, y Angiolillo fué fusilado,

sin haberse arrepentido de su cobarde crimen, dentro de los muros del castillo de Vergara.

La muerte de Cánovas coincidió con el ennegrecimiento de la tormenta que se iba formando al otro lado del Atlántico. El descontento y la hostilidad de los Estados Unidos ya no se reprimían ni se ocultaban. El general Azcárraga, sucesor de Cánovas, y don Mateo Práxedes Sagasta, sucesor de Azcárraga, pudieron darse cuenta de lo agresivo de la actitud yanque, por el tono de las notas que les pasaba el ministro americano de Madrid. Sagasta relevó á Weyler de la capitanía de Cuba, sustituyéndolo por el general Blanco.

Cánovas del Castillo murió sin presentir las graves complicaciones que iba á crear á su sucesor el imperialismo de Mac-Kinley. Tampoco el anciano prócer confesó nunca, talvez porque nunca lo comprendió, que los insurrectos de 1895 ya no eran los de 1868. Jamás, en 1868, un cuerpo regular español huyó á la desbandada, dejando sus estandartes al enemigo. En cambio, el 6 de Julio de 1895 un regimiento de caballería de línea, el regimiento número 28, fué puesto en fuga, perdiendo su bandera real, por las partidas de Máximo Gomez. La república de 1869, proclamada en Camagüey y presidida por Carlos Manuel de Céspedes, nunca tuvo el influjo que logró alcanzar la república de 1895, proclamada en Jimaguaiú y presidida por Salvador Cisneros Betancourt, uno de los soldados más valerosos de la guerra de los diez años y uno de los que desconocieron el pacto de Zanjón. En 1895 hasta las mujeres batallaban y morían en los campos de batalla,—como Adela Azcuy y Matilde Agramonte,—entonando con heroísmo el canto patriótico de Figueredo, las notas varoniles y populares del himno de Bayamo.

Sagasta, inquieto por el tono de las comunicaciones de la diplomacia yanque, quiso parar el golpe que le amenazaba, otorgando á las colonias el suspirado y no consentido régimen autonómico. Inútil empeño. En 1812 y en 1837, la índole de los tiempos y lo calamitoso de las circunstancias disculpaban el desagrado con que la metrópoli veía llegar la hora de las libertades coloniales. En el último tercio del siglo XIX no se explicaban la malquerencia ni la lentitud. El odio de la isla era tan antiguo, como profundo, y justificado. Cuba creía que el lábaro peninsular emponzoñaba el aire, del mismo modo que envenena el ambiente la sombra del manzanillo de los trópicos. Es que Cuba no podía olvidar los ayes de dolor de sus esclavos, y los grilletes que su comercio arrastró por tres siglos; grilletes que la atrasaron y empobrecieron, mientras sus vecinos, los archipiélagos ingleses de las Bahamas y las Bermudas, se desenvolvían y perfeccionaban sin trabas fiscales ni monopolios esquilmadores. Por otra parte, casi á raíz de la reforma realizada por el ministerio liberal, la situación se complicó de un modo terrible, gracias al trágico episodio del «Maine».

Cuba, en sus cruzadas de rebeldía, tuvo siempre un agente confidencial junto al gobierno de la poderosa Unión. Durante la guerra de los diez años, ese agente se llamaba José Morales Lemus. Desde 1878 hasta 1895, ese agente se llamó José Martí. Lemus na-

da pudo obtener del presidente Jhonson ni del gobierno del general Grant. Martí, sino consiguió ningún favor oficial, obtuvo que la prensa de más circulación, y que algunos legisladores de valer positivo simpatizasen con la causa de la rebelde Cuba. El incidente del « Maine » remachó la cadena que habían creado el tesonero patriotismo de Morales Lemus y la propaganda fascinadora de José Martí.

El « Maine », crucero americano de segunda clase, estaba anclado en el puerto de la Habana. En la noche del 15 de Febrero de 1898, una explosión repentina hizo volar la proa del buque férreo, hundiéndolo en las olas y arrancando la vida á doscientos sesenta individuos de su tripulación. Inmediatamente se nombraron dos comisiones para estudiar las causas del desastre. La comisión naval española sostuvo que el siniestro se debía á un incidente interior, á la voladura de una de las calderas del buque americano. El tribunal yanque afirmó que el siniestro fué ocasionado por la explosión de un torpedo eléctrico, dirigido con habilidad por criminales manos. El 11 de Abril de 1898, no bien los Estados Unidos conocieron el informe de su peritaje naval, resolvieron exigir al gobierno español el reconocimiento de la independencia de los cubanos. La península no podía aceptar aquel ofensivo ultimatum. El 21 de Abril se abrieron las hostilidades. El pueblo de la metrópoli confiaba en el resurrexit de los tiempos heróicos de Lepanto y Trafalgar. La guerra empezó con el bombardeo de Matanzas, realizado, el 27 de Abril, por el almirante Sampson. El primero de Mayo, el comodoro Dewey, jefe de la escuadra americana del Pacífico, incendió y apresó á los buques de guerra peninsulares que, á las órdenes de Montojo, se habían estacionado en el puerto de Manila, junto al arsenal militar de Cavite. El primero de Julio, el general Lawtón, después de un día entero de combate, se apoderaba del pueblo de Caney, cuyas casas y cuya iglesia fueron defendidas por los españoles con un denuedo que recordaba á la Zaragoza de Palafox. En ese mismo primero de Julio, cayó en poder de los americanos, después de una enérgica resistencia, que mantuvo indeciso el éxito del combate por algunas horas,—la meseta de San Juan, dejando á los yanques dueños de unas alturas que les permitían bombardear á la ciudad de Santiago. El 3 de Julio, la escuadra del contra-almirante Cervera salía del puerto de Santiago de Cuba. Eran las nueve de la mañana. Cervera, á quien los fanáticos de la soberanía española en ultramar acusaban de inepto y pusilánime, era un hombre valiente de corazón y de cultivadísima inteligencia, sabiendo bien que iba en busca de un sacrificio estéril y sin gloria por la inferioridad de sus naves. Desde el 28 de Mayo, los buques de Schley bloqueaban á Santiago. La escuadra de Sampsón se unió á Schley el primero de Julio. A las diez y media de la mañana el combate había concluido: Cinco de los seis buques españoles dormían en el fondo del mar ó eran devorados por el incendio sobre los arrecifes de la costa. El 17 de Julio se rindió Santiago, izándose la bandera americana en el castillo del Morro. El 28 del mismo mes, el general Miles se adueñaba de

Ponce, la segunda de las ciudades de Puerto Rico. El dominio español había terminado. El primero de Enero de 1899, la isla de Cuba era entregada á los Estados Unidos, en virtud del tratado de París, por el que España renunció á todos sus derechos sobre las Antillas.

Así los mismos vientos alisios que, en los últimos días del siglo XV, empujaron á los bajeles peninsulares hacia el suelo de América, apartaron para siempre de nuestras costas á la bandera de la castellana dominación, en los últimos días del siglo XIX. América, que fecunda el más caudaloso de los ríos del mundo, y que encierra en su seno las llanuras más dilatadas del universo; América, que produce con maravillosa generosidad, plantas medicinales y frutas exquisitas en sus vírgenes bosques, cuya quietud nocturna interrumpen el ruido del diente del castor y el salvaje rujir del leopardo cruel; América, que teje la corona que ostenta en su frente cobriza con las brillantes plumas del papagayo y del colibrí; América, que tiene para expresar sus amores y sus ensueños, sus esperanzas y sus melancolías, más de dos mil dialectos diferentes; América, que es el baluarte de granito de la república y el santuario de oro de la democracia; América le pide al porvenir, en gratitud de la libertad que hace dulces sus horas del presente, que la convierta en el asilo inviolable de todas las razas desheredadas y en el santo refugio de todos los ideales civilizadores!

¡On high! ¡Arriba!—es el eterno grito del pioneer, que arranca al desierto de su barbarie y á la soledad de su infecundo sueño. ¡On high! ¡Arriba!—debe ser, por toda la eternidad de los tiempos, el grito de América.

Montevideo, Diciembre de 1909.

FIN DE LA OBRA.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.

El Descubrimiento. . . . . Pág. 7

LIBRO PRIMERO.

El Imperio Azteca. . . . . » 25

LIBRO SEGUNDO.

El Grito de Dolores . . . . . » 40

LIBRO TERCERO.

La revancha de Moctezuma . . . . . » 59

LIBRO CUARTO.

El General Miranda . . . . . » 74

LIBRO QUINTO.

La Odisea del Libertador . . . . . » 100

LIBRO SEXTO.

El Alma de Lautaro . . . . . » 118

LIBRO SÉPTIMO.

El Paso de los Andes . . . . . » 129

LIBRO OCTAVO.

Maipú . . . . . » 140

LIBRO NOVENO.

El Reino de los Incas . . . . . » 149

LIBRO DÉCIMO.

Junín y Ayacucho . . . . . » 158

LIBRO UNDÉCIMO.

El Sol de Mayo 171

LIBRO DUODÉCIMO.

Fray Cayetano Rodríguez 187

LIBRO DÉCIMOTERCIO.

Artigas 197

LIBRO DÉCIMOCUARTO.

La invasion Portuguesa . . . . . » 221

LIBRO DÉCIMOQUINTO.

Los Treinta y Tres 234

LIBRO DÉCIMOSEXTO.

La Asamblea de la Florida . . . . . » 242

LIBRO DÉCIMOSÉPTIMO.

La Indépendencia 249

LIBRO DÉCIMOCTAVO.

Conclusión 261

BIBLIOTECA
DE LA
DIRECCIÓN GRAL. DE I. PRIMARIA
MONTEVIDEO

dicción. El país estaba dividido en regiones, y en cada región había un virrey. Las regiones estaban divididas en provincias, y en cada provincia había un gobernador. De vez en cuando, el Inca visitaba su imperio. Por donde pasaba la litera real, el camino se cubría de flores y el ambiente se poblaba de víctores. La nobleza muelle é inactiva, sin empleos públicos ni cargos en la corte, recibía al monarca ó llegaba hasta él con los ojos bajos y los piés desnudos. El mando del ejército y el ejercicio de la autoridad estaban reservados para los miembros de la familia incásica. Una ley municipal determinaba los bienes y los provechos de cada localidad. Otra, municipal también, el modo de repartir las tierras entre los vecinos. Otra reglamentaba el uso de las joyas. Otra, enfin, mandaba que los depósitos públicos alimentasen á todos los inútiles para el trabajo. Las leyes penales, más numerosas, castigaban con la muerte al ladrón, al adúltero y al homicida. Los vicios más comunes, acaso los únicos, eran la embriaguez y el libertinaje. Los hombres se casaban á los veinticuatro años; las mujeres á los diez y ocho. Sólo el Inca podía casarse con sus hermanas, y sólo el Inca podía casarse con más de una mujer. El servicio militar era obligatorio, debiendo los solteros, cada quince días, asistir á los ejercicios militares. El peruano cultivaba, además de su campo, el campo del huérfano, el de la viuda, el del monarca y el destinado á los gastos del culto. Ni los nobles ni los plebeyos se pintaban ni labraban el cuerpo. Magnificaban á sus cadáveres, después de haberles extraído las entrañas, desecándolos á los frígidos soplos de los cerros ó sirviéndose de la calcinada arena de los llanos. Sus momias estaban acurrucadas y envueltas en una tosca estera de junco, con la barba en las rodillas y con las manos unidas sobre el pecho. Los amojonados cadáveres de los nobles de sangre real se metían en urnas de oro y de plata. A los pobres se les sepultaban en las hendiduras de las rocas ó en hoyos cercados de piedra. En sus templos reinaba la magnificencia. Un sol de oro puro, con rayos de turquesas y de esmeraldas, brillaba en el testero de los santuarios, en cuyos jardines artificiales daban frescura y rumor al ambiente las aguas cristalinas de muchos surtidores. Las vestales, junto al fuego del ara, soñaban tristemente con el amor, que no les era lícito sentir ni premiar. El culto admitió los sacrificios humanos: pero en corto número y sólo en ciertas festividades. El pueblo era supersticioso, muy dado á hechizos; creía en la resurrección de la carne y en la inmortalidad del alma, á la que estaban reservados, según sus acciones, un infierno y tres paraisos. Estaban muy adelantados en la alfarería, y tejían diestramente la lana, tiñiéndola de brillantes colores. Se distinguieron en la poesía, cultivando especialmente la poesía erótica. Conocieron el teatro, representándose comedias y tragedias, de corta extensión y en verso octosílabo, en las fiestas públicas que celebraban después de concluida la siembra de los campos del Inca. Tenían un instrumento de cuerda, á modo de guitarra, y como unas seis variedades de flauta, muy superiores á la fístula romana y á la sirigs griega. Sus cantos eran dulces y melancólicos. Como desconocieron la astronomía, no adelantaron en

la navegación, sirviéndose de balsas groseramente construidas con cañas y palos. Sus soldados eran sobrios y sufridos; pero sin ardimiento y sin táctica alguna. Los hizo así la costumbre de la obediencia pasiva y el frecuente cambio de conquistadores. No tenían más armas que la lanza, el machete, el arco, la flecha, la porra arrojadiza y una clava de chonta, especie de palma más dura que el ébano. Fueron notables sus lapidarios y sus joyeros. Como los aztecas, imitaban, con oro y pedrería, las plantas y las aves, los reptiles y el hombre. Los Incas se distinguieron por su mansedumbre. No conquistaban para oprimir, sino para civilizar. Con su imperio llegaban, á las tribus vencidas, las calzadas, los puentes, los acueductos, las escuelas y la cultura de su organización social. Sus instituciones, semi comunistas y semi—feudales, oprimían á la clase plebeya; pero no la extenuaban, siendo muy llevaderas las cargas públicas y desconocidas las tragedias del hambre. El sol, el primero y el más útil de todos los séres; el sol, Hawaí, fué el dios de los Incas. A él deben los hombres las nieves del invierno y el calor del verano; él forma la nube, que fecunda los campos y mantiene el caudaloso correr de los ríos; él madura los frutos y colorea las flores; él abrillanta los labios y los ojos de la mujer; él es el solo digno de adoración, porque sin él la luz, la bienhechora luz, no existiría; él es, en fin, el padre del imperio, porque hizo descender, para civilizarle, á Manco Capac y á Mama Ocllo. El culto persistió después de la conquista. Cuéntase que un descendiente de la familia incásica le dijo á un misionero con orgullosa superioridad: «¡Tú invocas á un Dios, que murió en la cruz; yo adoro al Sol, que no muere nunca!»—Es que todas las idolatrías han empezado por el culto del sol. Es que el sol es el númen de los pueblos primitivos. Es que la heliolatría es la fé de los antiguos y de los bárbaros. La población autóctona de las Molucas, según Mount Lauff, no tiene otra divinidad que la luz, como la Persia idolatraba á la luz en Mithra, como la India idolatraba á la luz en Agni, y como idolatraban á la luz, en el siglo trece, los móngoles de Gengis Khan.

II.

Francisco Pizarro, Diego Almagro y Francisco Luque, vecinos de Panamá,—autorizados por el gobernador don Pedro Arias de Avila para descubrir y conquistar las tierras de los reinos llamados del Perú,—convinieron y acordaron que Luque daría, para los gastos de la expedición, como veinte mil pesos en barras de oro. Pizarro y Almagro,—tomando á su cargo la parte activa de aquella empresa,—ofrecían, en pago de aquella ayuda, ceder al padre Francisco Luque, vicario de la iglesia de Panamá, la tercera parte de sus conquistas y de las mercedes que por ellas se les otorgasen. Las otras dos partes de lo producido se repartirían con igualdad entre Almagro y Pizarro, según el convenio que celebraron, el 10 de Marzo de 1526, ante el escribano real Hernando del Castillo.

jefatura de la expedición.—El triunfador de San Lorenzo y de Chacabuco dijo al ejército de la libertad: «Voy á abrir la campaña más memorable de la revolución, y cuyo resultado aguarda el mundo, para declararnos rebeldes, si somos vencidos, ó reconocer nuestros derechos, si triunfamos.» La expedición se componía de ocho buques de guerra, diez y seis transportes, cuatro mil doscientos hombres de desembarco, cuatro piezas de sitio y como treinta piezas de montaña. El 20 de Agosto de 1820 salió la expedición de Valparaiso y el 7 de Setiembre desembarcó en el puerto peruano de Paracas.

Aquella empresa que según San Martín, iba á consolidar los destinos del continente; aquella empresa, coronamiento de todos los heroísmos americanos y todas las abnegaciones emancipadoras, no debía terminarla su iniciador. El triunfo final no estaba reservado al cerebro que resolvía las batallas, anticipadamente, sirviéndose del mapa y la estrategia. Estaba reservado á Bolivar, menos mesto, pero más genial; menos sapiente, pero más inspirado; menos detallista, pero más joven y más brillante. Por una injusticia del destino cruel y por una versatilidad de la fortuna, era Bolívar el designado para clavar la bandera de la emancipación en aquellos valles más seductores que el jardín de Armida, donde el padre Valverde, con una cruz, y Francisco Pizarro, con una espada, habían destruido el poderoso imperio que fundó, á principios del siglo onceno, la prudencia maravillosa de Manco Capac.